AÑO XXXV • 6.ª EPOCA • NUMERO 5 • MARZO 1981 • 175 PESETAS.

triunfo

MENSUAL

EL HOMBRE EN LA CIUDAD

«Cabeza urbana» 1975.—ORCAJO

"Está reunido."

No lo tome como una ofensa personal, sino como una disculpable cobardía.

¡Póngase en su lugar! Algunos días son tan duros que hay que tomarse unas vacaciones inmediatamente.

Aunque sólo duren unos minutos, muy bien aprovechados.

Carlos III. Si tiene tiempo, bébase el tiempo.

triunfo

AÑO XXXV ★ MARZO 1981 ★ 6.ª EPOCA

SUMARIO

PORTADA

Reproducimos un cuadro de Angel Orcajo, pintor madrileño nacido en 1934. Esta obra que el autor titula «Cabeza Urbana» está realizada en técnica mixta y es muy representativa como síntesis del último trabajo de este artista.

Angel Orcajo comenzó a pintar bodegones, jardines, azoteas y tejados dentro de un realismo poco lírico. Y desde ahí ha ido derivando hacia una visión ciudadana llena de autopistas, monstruos de cemento y siluetas humanas de un universo reducido a geometría.

4 EDITORIAL EL OCCIDENTE NO HA TERMINADO.

6 CRONICA DE GENTES LA HORA DE ESPAÑA, Victor Márquez Reviriego.

10 BESTIARIO, Manuel Vázquez Montalbán.

14 EL DESTRONAMIENTO DE LA DIOSA RAZON, Eduardo Haro Tecglen.

16 SUCEDIO MAÑANA GENTES SOLIDAS, ANTIGUA, Pozuelo.

18 QUINO.

20 EL HOMBRE EN LA CIUDAD, Juan Cueto.

25 LA CIUDAD COMO CONTRACULTURA, Carmen Fernández Ruiz.

30 ORDENAR LA URBE, Cristina Rubio.

32 BOCETO PARA UN LABERINTO, Manuel Vicent.

35 LA BOMBA, Cristina Peri Rossi.

36 LA CHICA DE LA PORTERA DESCODIFICACION DE ANA BELEN, Francisco Umbral.

42 CIEN AÑOS DESPUES DE DOSTOIEVSKI ENTRE EL GRAN INQUISIDOR Y LOS POSESOS, Juan Arañadi. DE «HISTORIA Y UTOPIA», E. M. Cioran.

49 AUTOBIOGRAFIA REFLEXIONES AUTOBIOGRAFICAS SOBRE LA CIENCIA, Faustino Cordón.

58 CONVERSACION CON MONSEÑOR ALBERTO INIESTA UN OBISPO SE CONFIESA, Victor Márquez Reviriego.

64 LOS OBISPOS CONTRA EL DIVORCIO, Enrique Miret Magdalena.

65 NUNCIOS INNOCENTI, DADAGLIO Y TEDESCHINI, Eduardo de Guzmán.

67 ROMEU.

68 EN MOCLIN, GRANADA YERMA ANTE EL «CRISTO DEL PAÑO», Antonio Ramos Espejo.

74 EL ORIENTALISMO, UNA CREACION OCCIDENTAL, Ignacio Ramonet.

78 JOSE HERNANDEZ, PINTOR CRIATURA DE LA NOCHE Y DE LA LUZ, Eduardo Haro Ibars.

82 JUAN RAMON JIMENEZ, «EL LOCO DE MOGUER», Julio Manuel de la Rosa.

87 DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN.

93 EL REGRESO DEL FOLLETIN, Ignacio de la Vara.

94 MANUAL DE URBANIDAD SEÑORAS Y SEÑORES, Luis Carandell.

96 HONORE.

DIRECTOR: José Angel Ezcurra. SUBDIRECTOR: Eduardo Haro Tecglen. JEFE DE REDACCION: Victor Márquez Reviriego. REDACCION: Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. COLABORACION: Juan Aldebarán, Juan Arañadi, Bernardo de Arrizabalaga, Pablo Barbán, Thomas G. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Corredor-Matheos, Ramiro Cristóbal, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeno, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nepomuceno, Cristina Peri Rossi, Pozuelo, Joaquín Ritoque, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, José Ramón Rubio, Robert Saladrigas, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. ILUSTRACIONES: Fuencisla del Amo, Honoré, Ricardo Zamarreño. HUMOR: Fetter, Quino, Ramón, Romeu. DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castelo. CONFECCION: Luis M. Turnes. FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez.

ADMINISTRACION: CEMPRO Fuencarral, 86. Teléfonos: 221 29-04-06. MADRID-4. SUSCRIPCIONES: Ver pág. 97. PUBLICIDAD: Joaquín Moreno Lago, Rafael Homar, 3-3.º A. Tels.: 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilio Becker, Avda. Príncipe de Asturias, 8. Tels.: 218 42 05 y 218 41 71. BARCELONA-12. IMPRIME: ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12,450. Fuencarral. MADRID-34. Tel.: 734 71 00. Depósito Legal: M-1.272-1958. DISTRIBUCION: Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. EDITA: Prensa Periódica, S.A. Plaza Conde Valle Suchil, 20. MADRID-15. Tel.: 447 27 00. Cables PRENSAPER. Télex: 43840 TRFO E.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1981. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos ni aun citando su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados, 175 pesetas. Precio Canarias (servicio aéreo): 180 pesetas.

Editorial

EL INCIDENTE NO HA TERMINADO

ESTA chapuza infame de aficionados al golpe de Estado no es algo sin pasado; el temor, ahora, es cuál puede ser su repercusión en el futuro. Probablemente es un intento terapéutica todo el que se ha hecho, desde la estructura suficiente de la democracia que sobresalía del secuestro, de aislar, de reducir el hecho que se llamaba, reiteradamente, «el grave incidente». Todo parece indicar, al final del «incidente» –salvo lo que haya podido ocurrir, lo que está sucediendo en el tiempo inevitable que transcurre desde que una revista mensual, como es ahora TRIUNFO, cierra sus páginas hasta que entra en contacto con sus lectores– que se continúa en ese esfuerzo de reducción al mínimo: un hombre al que se describe continuamente como un caso patológico, al mando de otros 200 ó 300 ■ los que se da por engañados en su mayoría. Y una condición que se acepta para su rendición: que ese supuesto loco se considerara el único responsable del suceso.

Desgraciadamente, esto no es así. Las raíces del golpe son antiguos: son simultáneas, por no decir anteriores, al nacimiento de la democracia. Desde un terrorismo deliberadamente producido para producir este otro terrorismo a partir de la descabellada idea de que el mal peor es el mal mejor, porque puede provocar soluciones radicales y definitivas, hasta el terrorismo intelectual y moral con que desde hace años se viene fomentando el espíritu golpista; desde incluso diputados de los que en las últimas horas de su secuestro –cuando podrían tener noticias de que todo estaba terminado– alzaban su voz para defender la democracia hasta editoriales de periódico, unos con la por lo menos valentía de reconocer sus propósitos, otros con la mal conseguida astucia de ensalzar el militarismo de Turquía ■ de la Argentina. Los sediciosos no han faltado en nuestro país en estos últimos años. Y se han ido creciendo a medida que su impunidad aumentaba y que la debilidad de quienes tenían que reprimirlo –o el miedo, o ■■ vago guiño de ojos– se hacía más y más patente. Todo este fomento impaciente y uniformemente acelerado de la insurrección estaba incluso siendo utilizado por aquellos que practicaban la política siempre suicida de jugar con fuego, de quienes tratan de presentarse como el único recurso frente al caos. Se ha jugado demasiado con el fuego en este país; y algunos de los que jugaron con él lo sintieron el lunes crepitar sobre sus cabezas: y en un tris estuvo que no estallase dentro de ellas. Entre estos, y otros impunes de los que acuñaban el lenguaje del «esto no puede seguir así», «aquí tiene que pasar algo», o las tozudas y estúpidas reflexiones de que somos un pueblo ingobernable ■ de que siempre hemos necesitado mano dura, se ha llegado a esta trágica situación.

Que todo haya llegado ■ anidar en la cabeza más débil de las Fuerzas Armadas no tiene ninguna rareza. Siempre hay un pobre hombre que tiende a creerse el salvador. Si ese pobre hombre ha pasado por diferentes etapas de sus últimos años de carrera vencido condenas y castigos e iluminado por el reflector de los sediciosos de traje civil, hay que buscar más allá de él mismo las responsabilidades.

Este hombre, los que le hicieron esperar algo de su acto insensato, los que le secundaron y los que le precedieron –ese supuesto Gobierno militar que debía presentarse de un momento a otro en las Cortes para recoger el fruto del golpe de mano– están lejos de representar un simple «incidente grave». Nacen de las raíces de la sedición, de las antiguas raíces de la sublevación.

Por eso sería seguramente erróneo considerar que el incidente no tiene futuro. Es cierto que la democracia ha tenido una victoria, y que ha superado la prueba más difícil de su corta historia en España; que en muchos aspectos esta victoria de la democracia haya procedido de algunos hombres que no creen en ella, pero sí en la sensatez, en el sentido común y en el riesgo de la patria, en su lealtad ■ unos juramentos, a unos símbolos, es una tranquilidad a medias. Como es también una fuente de tranquilidad el funcionamiento de una serie de instancias, a partir de la Corona y su serenidad, y de la constitución inmediata de un segundo Gobierno; y el magnífico servicio que las emisoras de radio privadas han prestado al país informándole con exactitud segundo ■ segundo; y la velocidad con que la Prensa, dentro de sus medios, ha puesto en la calle su opinión democrática.

El teniente coronel Tejero y el capitán de navío Menéndez, dos personajes del «grave incidente» del 23 de febrero.

Y la actitud popular, de contención y confianza.

¿Son suficientes esas satisfacciones? Si no se completan, no. No olvidemos un cierto hecho histórico que no deberá ser confirmado nunca como ley o precedente: la sanjurjada insensata del diez de agosto de 1932 precedió en menos de cuatro años al levantamiento del 18 de julio; y antes, el movimiento de Jaca precedió en unos meses a la proclamación de la República. Es preciso que el terrorismo del asalto al Congreso del 23 de febrero no preceda ■ nada a nada.

Pero para eso es preciso desprenderse de la ilusión óptica del «aquí no ha pasado nada» o del español «decíamos ayer». Aquí ha pasado mucho y muy grave, y se ha inferido una agresión a España, una herida a su costado que no se cicatriza con facilidad. A menos que el nuevo Gobierno, y la nueva política de los partidos, si es que reflexionan suficientemente sobre el hecho, y la nueva actitud cívica de los españoles, pongan un no tajante a cualquier continuidad. Puede que este sobresalto sirva para algo. Si no sirve para nada, si no ocurre que el reforzamiento de la democracia se hace desde sus propios términos, lo que podría ser el último coletazo del franquismo podría ser el primer coletazo de una situación mucho más grave y mucho más incontrolada de la que acaba de verse. Hay que evitar que la capitalice nadie, y para ello hay que definirla con el vocabulario decimonónico al que corresponde la misma elaboración del hecho: una traición, una felonía, que no solamente atañe a los que ■ han perpetrado, sino a quienes la han alimentado. ■

Crónica de gentes

UNA HORA DE ESPAÑA

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

EL lunes 23 de febrero, víspera de San Matías, asistía yo a la sesión de investidura de Calvo Sotelo donde se celebraría la segunda votación reglamentaria para lograrla por mayoría simple (la primera escrita antes del lunes se cuenta al final de la *Crónica de gentes*). Habían terminado ya las intervenciones de los representantes de los diversos grupos parlamentarios: el último fue Agustín Rodríguez Sahagún, por UCD. Comenzó la votación nominal. El secretario primero, Víctor Carrascal, diputado ucedeo por Zamora, nombraba a los diputados. Estos se levantaban y decían «*sí*», «*no*» u «*abstención*». Luego Carrascal lo repetía y algún letrado y los otros secretarios tomaban nota para el cómputo correspondiente.

Dijo «No» el último votante Carlos Navarrete Merino, diputado socialista por Huelva, y entonces Víctor Carrascal nombró al siguiente, Manuel Núñez Encabo, diputado también socialista por Soria.

Se oyó, lejano, un ruido en el pasillo de fuera. Don Landelino envió a dos ujieres. Carrascal preguntó:

–*¿Qué pasa?*

Núñez Encabo, entretanto, votaba que no.

Carrascal repitió:

–*No.*

Preguntó otra vez (seguía el ruido):

–*¿Qué pasa?*

De pronto el tumulto se hizo más cercano, creció y las puertas se abrieron con fuerza. Aparecieron varios guardias civiles gritando:

–*¡Alto! ¡Todos quietos! ¡Al suelo!*

–*¡Todo el mundo quieto!*

Susto general. Pensé en un posible atentado terrorista contra el Congreso (acaso por haber leído alguna noticia sobre la goma-2 robada por ETA) y supuse en principio que la Benemérita llegaba para protegerlo.

Entró un jefe del Cuerpo con tricornio y la pistola montada empuñada en la mano derecha. Era inconfundible, por las muchas fotos que los diarios publicaron cuando la llamada «*Operación Galaxia*»: el teniente coronel don Antonio Tejero Molina.

El teniente coronel encañonó a Landelino y luego, con la pistola siempre empuñada, habló a la Cámara desde la tribuna de oradores:

–*¡Quieto todo el mundo!*

Vinieron más gritos:

–*¡Silencio! ¡Quietos! ¡Quieto! ¡Todos abajo! ¡Al suelo!*

–*¡Al suelo! ¡Al suelo todo el mundo!*

Sonaron disparos. En medio del escándalo oíamos detonaciones cortas, de pistola, y algunas ráfagas de subfusil. Acaso no serían en total más de dos docenas de tiros, pero parecieron muchos más.

En la tribuna de Prensa nos habíamos echado al suelo cuando nos conminó a hacerlo un joven guardia civil de barba, armado con metralleta. Nos dio la impresión de que los disparos los teníamos casi encima. Y efectivamente algunos verían luego polvo de escayola o estuco sobre sus asientos. En la parte del techo del salón próxima a nuestra tribuna, había desconchados producidos por los impactos de las balas.

En la fila central de la tribuna donde me encontraba se sentaban también Luis Carandell (*«Diario 16»*), Carlos Elordi (*«La Calle»*), Fernando Pajares (*«El Socialista»*), Angel Gómez Escorial (*«Gaceta Ilustrada»*)... Delante, en la primera fila que yo suelo llamar del ginecco por sus habituales ocupantes, veía a Lola Espinosa (Grupo

socialista vasco), Miguel Angel Aguilar (*«El País»*), Susana Olmo (*«Colpisa»*), Pilar Narvión y Julia Navarro (*«Pueblo»*), Charo Zarzalejos (*«Gaceta del Norte»*)... Detrás, tercera y última fila, junto a la pared: Manuel Antonio Rico (*«Radio Nacional, España a las ocho»*), Jordi García Candau (*«Radio Nacional»*), Pedro Calvo Hernando (diversos medios), José Nevado (grupo socialista del Congreso), Angeles Alén (Gabinete ministro Educación)...

Desde el suelo oí que Antonio Rico decía:

–Las seis y veinticuatro. Marqué la hora.

Mientras tanto, abajo todos se habían echado también al suelo, según creíamos ver. Luego nos enteramos que el teniente general Gutiérrez Mellado increpó a varios miembros del comando operativo y que Suárez le pidió que se sentara. Suárez permaneció en su sitio a la cabecera del banco azul.

Cuando nosotros pudimos alzarnos un poco más ya estaba el Gobierno sentado. Al menos la parte de Gobierno que yo podía ver: Suárez, Gutiérrez Mellado, Calvo Sotelo, Pérez Llorca, Fernández Ordóñez, Rodríguez Sahagún, García Añoveros y Rosón. Vi asimismo a Sancho Rof, ya en la parte central del banco.

Alguien decía (era uno de los asaltantes):

–¡Ustedes tranquilos y quietos y no pasará nada!

Nuestro guardia nos dijo también que estuviéramos tranquilos, que no nos preocupáramos y que no tenía montada la metralleta. Luego nos permitió estar sentados, siempre que pudiera vernos desde su sitio, como así era.

Me pareció oír por abajo:

–Ya está todo.

Y dijo nuestro guardia guardián:

–¡Subir alguno aquí arriba que estoy solo!

Sonaron algunos gritos apagados y ruido de cristales rotos (alguna cámara de televisión) y otra voz:

–Sigo diciendo que no pasará nada.

Todo el mundo estaría ya sentado cuando entró un oficial de la Guardia Civil (podía ver desde mi sitio a unos diecisiete miembros del Cuerpo y con ellos alguien de paisano pero al parecer con el anorak y el arma reglamentaria). El oficial se quitó el tricornio ■ traspasar la puerta, subió al podio y dijo:

–Buenas tardes, no va a ocurrir nada pero vamos a esperar un momento a que venga la autoridad militar competente para disponer lo que tenga que ser y lo que el mismo diga a todos nosotros. Estense tranquilos. No sé si esto será cuestión de un cuarto de hora, veinte minutos, media hora. Me imagino que no tardará la autoridad competente, militar por supuesto. No pasará nada. O sea, que estén ustedes todos tranquilos.

A los fotógrafos les pidieron los carretes y desde la zona del grupo mixto un guardia llamó al médico del Congreso:

–Doctor Petisito: por favor venga acá, parece que este señor está un poco lesionado.

El lesionado era Sagaseta.

Rafael Luis Díaz, compañero de la SER, se alzó entonces en nuestra tribuna para decir que estaba la puerta cerrada y el médico no podía salir. Acudió Donato Fuejo, cardiólogo y diputado socialista por Madrid.

Susana Olmo, de Colpisa, también se hirió al arrojarse al suelo (Susana, hija, es que no te fijas). Después saldría con Charo Zarzalejos. En la tribuna de invitados situada a nuestra izquierda había un herido por rebote de bala, al parecer leve. Allí estaba algún hermano de Calvo Sotelo, las esposas del diputado Martín Oviedo y del senador Bermejo y acaso la señora de Fraga, además de otra mucha gente, claro...

Pasaba el tiempo y no llegaba la autoridad militar. La gente fumaba. Vi cómo el diputado tarraconense Antonio Faura encendió un pitillo al

general Gutiérrez Mellado y, cómo antes, Sancho Rof había dado tabaco a alguno de sus compañeros del primer tramo de banco. De los tres taquígrafos, había una que se abanicaba con papeles, creo. Un joven ujier, sentado en la mesa adosada al podio, se levantó y les trajo agua. Salieron los ocupantes de la tribuna de invitados. Los guardias civiles decían que no pasaba nada y que todos tranquilos. Al lado de Suárez, sobre el escaño, se sentó un paisano con la pegatina blanquiverde de escolta. En algún momento un guardia dijo:

–¡Al mínimo movimiento de menor se mueve esto, eh!

«Esto» era la metralleta.

Hacia las siete apareció Antonio Jiménez Blanco, ex-diputado de UCD y actual presidente del Consejo de Estado. Oyó la noticia y vino a reduirse con sus antiguos compañeros de Cámara.

Suárez se levantó y alguien le gritó:

–¡Señor Suárez, de momento a su escaño!

Parece que Suárez dijo:

–¡Soy todavía el presidente del Gobierno y tengo la autoridad...!

O algo así. Le gritaron otra vez:

–¡Señor Suárez en su escaño!

Y otro:

–¡Esto se ha acabao!

–¡Silencio! ¡Se sienten, coño!

–¡Se siente, joder!

Quizá fuera el teniente coronel Tejero quien dijo:

–Señores procuren estar tranquilos y dejen de hablar!

Después nos pidieron amablemente que desalojáramos la tribuna, poco antes había salido quien quiso hacerlo. Tenía yo el abrigo en el guardarropa. Nada sabíamos de lo que pasaba fuera y esto nos preocupó durante el encierro cortesano. Uno de los jóvenes ujieres –que antes fue camarero del bar cuando El llevaba Manila y a quien sus amigos llamamos Richard– estaba frente a la puerta de salida, junto a la cámara fija de TVE que filmó parte del acontecimiento. Le dije si podría él recoger mi abrigo y contestó que no lo sabía. Le preguntó a un oficial que estaba a la salida de nuestra tribuna si podía ir por el abrigo y me contestó que naturalmente que sí. Así lo hice, en el gabanero de la planta baja. Vi que estaba el gran pasillo central lleno de guardias. Me puse el abrigo, di cinco duros de propina (me fijé y eran nuevos, del Rey) y salí a la calle. Pasados los dos controles (de Guardia Civil primero y Policía Nacional después), mi sorpresa fue encontrar que fuera del Congreso la vida seguía igual. ■

La primera sesión

POR segunda vez, desde que en diciembre de 1978 los españoles votaran la Constitución, el Congreso de los Diputados vivió una sesión de investidura.

En esta investidura había mucha luz y tres taquígrafos. El candidato llevaba un traje cruzado azul y leyó un discurso de cuarenta y cuatro folios. Parece un hombre seguro de sí mismo. Poco antes de la sesión de investidura –según contó *El País*– interpretaba en el piano blanco de su espaciosa casa de Somosaguas (500 metros cuadrados) la *Sonata número 2* de Mozart. Un parlamentario ucedeo dio una versión diferente de la noticia:

–Ahí donde lo ves, esta mañana estuvo tocando al piano la décima sinfonía de Beethoven.

(Cosa ciertamente difícil, pues sabido es que el señor Beethoven sólo compuso nueve.)

Los ucedeos aplaudieron el discurso de Calvo Sotelo dos veces: una al principio y otra al final. Los aplausos primeros fueron para Suárez (*«Quiero dejar en el umbral mismo de este discurso mi homenaje a la extraordinaria obra de Adolfo Suárez y mi afecto y mi admiración por su persona»*).

Fueron aplausos un tanto necrológicos y como de funeral (si es que en los funerales hubiese la costumbre de aplaudir). Con la particularidad de que allí estaba vivo el difunto y con tan saludable aspecto que parecía desmentir los achaques alegados el día anterior por acólitos oficiosos para justificar su ausencia del pleno donde se debatió la muerte del etarra José Ignacio Arregui.

Calvo Sotelo acentuó el carácter mortuorio de tal ovación al hablar así del presunto y presente difunto:

–Con su retirada termina la transición. Con su retirada termina una etapa singularísima de la historia española. Precisamente porque ya no he sido el protagonista de esa transición que ahora termina, creo que puedo inaugurar una etapa nueva, en la que actúen desde el primer momento los mecanismos constitucionales limpios de toda emoción fundacional.

Y esa etapa nueva se hará dentro de *«la continuidad, pero desde luego sin la inercia de la continuación»* y durará dos años, los que faltan hasta 1983. Para dos años expuso su programa el candidato a investido en los puntos preferentes de política económica, política exterior, política autonómica y seguridad ciudadana.

Todo el mundo pareció entender mensajes claros en el discurso del candidato.

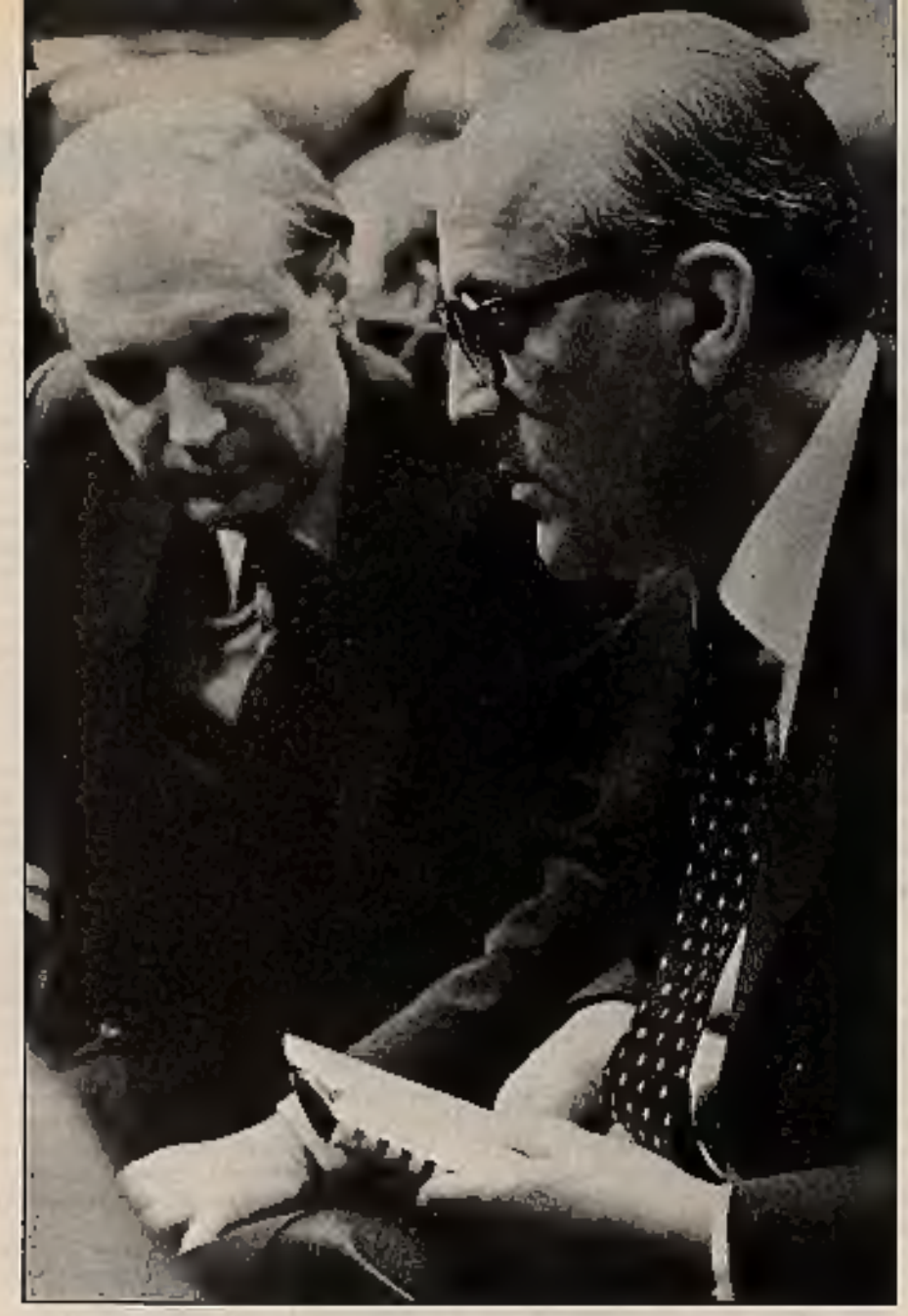
Por ejemplo: *«Sin un ajuste de los salarios reales no hay solución posible al problema del paro en nuestro país»*.

Sobre la OTAN: *«El Gobierno que aspiro a presidir reafirma su vocación atlántica, expresamente manifestada por la Unión de Centro Democrático, y se propone iniciar las consultas con los grupos parlamentarios a fin de articular una mayoría, escoger el momento y definir las condiciones y modalidades en que España estaría dispuesta a participar en la Alianza»*.

En cuanto a las autonomías se pareció entender que no andaba tan cercano ese Estado federal que los glosadores oficiosos del suarismo dedujeron de alguna de las diversas políticas autonómicas que han sido. Porque esa diversidad –ya en el debate de los días 19 y 20– llevarán a señalar a Clavero (que por cierto en tiempos algo colaboró en el invento) que UCD cambió cinco veces de actitud con respecto a Andalucía en un año. Razón por la cual ahora se iba a abstener:

–En estas circunstancias sería por lo menos temerario otorgar el voto afirmativo.

Y no lo obtendría el candidato al final de ese debate. Necesitaba para



La coincidencia de los asientos del vicepresidente económico y el ministro de Asuntos Exteriores, coincidía con una estrecha relación entre los titulares de ambas carteras. Así que Calvo Sotelo cambió impresiones más de una vez con Pérez Llorca.

ello la mayoría absoluta (mitad más uno de todos los diputados; es decir, 176). Le votarían 169 (los de UCD, más Osorio, Areilza, Semillosa y el navarro Aizpún). En contra, 158.

En las diez horas de debates que siguieron al discurso se dijeron muchas cosas, se aclararon algunas además de las ya aclaradas en el discurso, y otras permanecieron cubiertas para ser despejadas por el tiempo venidero.

Entre estas últimas estaban el proyecto de Ley de Divorcio, el de Autonomía Universitaria y las Incompatibilidades. Calvo Sotelo remitió a la soberanía parlamentaria y la oposición de izquierdas entendió que se iban a aguachinar.

Rojas Marcos dijo no estar de acuerdo en que hubiera terminado la transición y además temía «*que la involución haya ya empezado*». Iban los andalucistas a votar que no. Y Calvo Sotelo, al salir a replicar por vez primera, aprovechó para decir algo que luego repetiría más veces:

–No he entrado en negociaciones de votos, que no he entrado en el mercado de votos. Que prefiero empezar mi Gobierno, si consigo la investidura, con independencia y con claridad.

Quienes saben dicen que sí se quiso entrar en el mercado de votos. Que lo que pasó es que estaban muy caros. Los enterados apuntan a catalanistas y vasquistas y a unas exigencias tan onerosas que los negociadores ucedeos, dicen, hubieron de plantarse y decir no hay nada que hacer. Sea como sea, tanto si hubo como si no hubo intentos de compraventa y que los interesados de ambas partes niegan como es natural, el resultado es virtuoso. Aunque sea consecuencia de haber hecho de la pobreza virtud. Y la virtud está en hacer coincidir los votos oficiales con los votos reales. No como en la primera investidura o en la votación de confianza en que Suárez contabilizó unos votos que luego no tuvo a la hora de la brega parlamentaria, que es cuando hacen falta.

Esa claridad de que hablaba Calvo Sotelo, la destacaba en otro terreno y en sentido positivamente irónico, el socialista vasco Solchaga, su más duro crítico:

–Este programa, en primer lugar, es coherente. Es ciertamente reaccionario; pero desde la reacción es de una coherencia –señor candidato, permítame que lo felicite– verdaderamente impecable.

Felipe González dijo que, en lo económico, la oferta del candidato era «*fuertemente conservadora*». Carrillo que, en todo, su opinión del programa era «*radicalmente negativa...*» Daba la impresión de que, por primera vez, todo el mundo tenía todo claro (salvo quizá los ambiguos de oficio y aún de beneficio como vasquistas y catalanistas). (Así que al analizar el discurso Carmelo Cabellos pudo escribir en *Diario 16*: «Eso quiere decir que ya se acabaron los criptogramas suaristas, eso de no saber casi nunca de qué va la cosa.»)

Y ante una observación de Carrillo, el candidato contestaba así:

–Halagadoramente para mí dice que ha notado en mis palabras un acento Reagan, cuando tal vez deberían haber tenido un acento Kennedy. Señor Carrillo, estoy simplemente al día.

Carrillo, un tanto falto de mordiente en su primera intervención, se creció en la réplica. En ella afirmó que Calvo Sotelo necesitaba afirmar su anticomunismo:

–Para acabar de definir el carácter de la política que Su Señoría piensa realizar era necesario hacer un ataque particular y directo al Partido Comunista...

La dureza utilizada contra Carrillo contrastó con el tono de rivalidad amistosa empleado con Felipe González:

–Quiero agradecerle ante todo el tono de su intervención... la ha llevado al nivel al que debe ser llevada por un hombre de Estado.

Y como Felipe hubiera dicho «no es mi estilo ahondar en ninguna he-

Los ministros dimisionarios Garcia Diez, Ignacio Bayón, Martín Villa y Sancho Rof (detrás, Punset), con el pitillito del descanso.

CRONICA DE GENTES

rida», él dijo que tampoco lo era el suyo y hasta trajo allí a Shakespeare para que dijera lo buenos que eran los dos: «No entremos en torneos porque siempre sangre generosa tiñe en ellos generosas manos.»

Y eso parecía buscar. Llegaba a decir:

–Mi programa me ha parecido mejor, oído en el resumen rigurosa, generosa, correcto, del señor González Márquez.

Y más piropos: «Hombre de Estado», «un cierto y noble escepticismo», «posición de madurez», «esa nobilísima situación del hombre maduro que es el escepticismo»... Así que le proponía lo que Karl Manheim llamaba una *democracia viviente*, con diálogo para tomar decisiones sobre el tema (y el tema era el ingreso en la Alianza Atlántica)...

Y como Felipe, después de agradecer a Calvo Sotelo el tono empleado dijera:

–La mayor coincidencia es que discrepamos profundamente de lo que hay que hacer.

Volvería Calvo Sotelo a decir:

–No discrepamos tan profundamente... aunque la oposición tenga siempre que discrepar del Gobierno. Pero discrepamos claramente. Y el Gobierno que yo presida, si llega a la investidura, estará con claridad en esa discrepancia y no buscará nunca adelantarse a soluciones que sean del Grupo Parlamentario Socialista. Tendremos las nuestras. El Partido Socialista tendrá las suyas. Votaremos. Y saldrá de la votación lo que haya de ser hecho.

A la hora de los comentarios se decía que Calvo Sotelo hacía un gran favor al PSOE. A saber: arrojaba a Santiago Carrillo al infierno del estalinismo y dejaba la izquierda democrática libre para Felipe; él (o sea Calvo Sotelo) se iba a hacer de derecha dura, dispuesto a todo el trabajo feo en economía y en política exterior... Quedaba, pues, Felipe también con todo el centro a su disposición. Demasiada tierra para un hombre.

Lo que sí le puede quedar (si el investido no la hace) es toda una tarea de democratización y modernización del Estado que anunciara al principio de su intervención. Tarea que es de todos y no «específica de uno u otro grupo político». Resolver el modelo de Estado autonómico, democratizar y modernizar el aparato del Estado, la vida social, el que sólo la sociedad civil decida sobre la sociedad civil, etcétera...

Y por eso no creía que el fondo de las cosas fuera a cambiar:

–He querido entender que la ruptura con un cierto continuismo se refiere, fundamentalmente, a la manera de gobernar. El cambio de rumbo es en la manera de gobernar más que en los enfoques de los programas de gobiernos; en el modo más que en los contenidos.

Queda por ver si el personal quiere que varíe sólo el modo o también los contenidos. Eso no podrá verse hasta las elecciones. Y esas no son oficialmente, y según el investido, hasta 1983. Hay quien asegura que serán en 1982. ¿Antes o después del Campeonato del Mundo? ■ V.M.R.

BEST

Vázquez Montalbán, además de un gran escritor, parece ser un vidente extraliicido. El texto que publicamos está escrito mucho antes de los sucesos del 23 de febrero en el Congreso, y ya tenía la premonición del «Caballo de Pavía». Sólo cabe una explicación racional: que a cada sesión del Congreso Vázquez Montalbán haya estado esperando la irrupción golpista.

TODOS los manes familiares, los Bustelo, los Sotelo, los Ibáñez, los Martín, los Leopoldo y los Calvo, claro, vigilaron la elección del traje, de la corbata, pusieron el almidón suficiente para que el nuevo primer ministro conservara esa pose de estatua ecuestre sin caballo. Don Leopoldo Calvo Sotelo había conseguido quijada importante a base de pronunciar cien veces al día la palabra *lealtad* y de tratar de desabotonarse con la punta de la barbilla el tercer botón de la camisa. Ahora marchaba hacia Cortes con el ánimo confuso pues no sabía a ciencia cierta a cuanto le obligaba ser oficialista.

–Felicidades, don Leopoldo. Ya me he enterado que es usted el representante de la oligarquía.

Le dijo la vendedora de periódicos.

–¿Quién le ha dicho a usted esa barbaridad, señora mía?

–Un cuñado mío que es del PCE.

Nada contestó don Leopoldo por no descender a una lidia inútil pero pensó: en cuanto llegue a las Cortes voy a dejar bien claro que de oligarquía nada. Y con este propósito aceleró al chófer y luego sus pasos hacia el hemiciclo, desoyendo saludos y desairando peticiones de mano. En cambio se precipitó sobre un desganado Fernández Ordóñez y le besó la frente, gesto que fue inmediatamente interpretado como un apoyo al sector socialdemócrata de UCD cuarto piso tercera planta.

–¡Me ha besado! ¡Hoy creo en Dios!

Gritaba Fernández Ordóñez entusiasmado. Landelino, que todo lo había observado desde su elevado sitial, frunció la musculatura facial para no ser traicionado por la palidez y aprovechó la primera aproximación de Leopoldo para pellizcarle en un brazo. Fue un pellizco estilete, una mordedura de dedos de monja que

TIARIO

VAZQUEZ MONTALBAN

chamuscó la central nerviosa del primer ministro. Con lágrimas de dolor en los ojos, Leopoldo Calvo Sotelo se quejó amargamente: ¿Qué he hecho yo? Ya te diré lo que has hecho, dijo entre dientes Lavilla mientras sonreía protocolariamente a Santiago Carrillo.

–Como te vea hablando con ese rojo te vas a acordar de mí.

–Pero si yo no hablo con don Santiago.

–Me refiero a Paco Fernández Ordóñez.

Contrito, Leopoldo Calvo Sotelo se creyó en la obligación de compensar su entusiasmo afectivo y aprovechando que Fernández Ordóñez estaba de espaldas e inclinado hacia Carmela García Moreno, sabe Dios qué diciéndole, don Leopoldo le lanzó un puntapié que dio de lleno en el cuadrante colar del nordeste. Nunca un puntapié fue tan mal interpretado. Los socialdemócratas de UCD lo consideraron como un puntapié colectivo y respondieron enérgicamente bien metiendo el dedo en el ojo de Alvarez Miranda, bien utilizando el puño cerrado para tratar de achatar por el polo norte la cabeza trapezoide de Herrero de Miñón. Por fortuna asistían aquel día los del PNV a la sesión y actuaron como eficaz servicio de orden, hasta el punto de que en media hora se restableció la calma, aunque no se consiguieron evitar resoplidos de protesta desde los bancos socialistas y la cantinela comunista ya esperada: *Gobierno débil amplía mayoría con presencia de la izquierda* o bien *Gobierno débil amplía mayoría con presencia de la izquierda*, pues es bien sabido que la minoría comunista en el Parlamento es bilingüe. Esperó Landelino a que los comunistas se desahogaran y cedió la palabra a Calvo Sotelo para que informase sobre los desastres de la semana.

–Se ha conseguido llegar a los cinco millones de parados, pero aún nos sobran tres millones de trabajadores. ¿Quién puede echar una mano? ¿ningún partido político necesita «liberados»?; ¿ni siquiera los de Euskadiko Ezquerra?

Alguien le tiró, desde el banco comunista, sin duda alguna, el *octálogo del buen eurocomunista* grabado en piedra, con la intención de darle en la sien, pero don Leopoldo hizo una finta y el octálogo le dió en la nariz a don Landelino. Fue la señal. Los democristianos de UCD se sacaron los misales con cubiertas de nácar y empezaron a arrear a los socialdemócratas mientras los martinvillistas en pie, firmes, cantaban: *Montañas Nevadas, Banderas al viento*... Los socialistas lanzaban cortes de mangas en todas direcciones. Blas Piñar aprovechaba el tumulto para cogerle una mano a Fernando Sagaseta y con lágrimas en los ojos decirle: ¿Por qué no me quieres un poco? ¿por qué no me saludas? Te lo he dicho mil veces, Blas. Replicó tajante, Sagaseta. No te saludo porque eres un agente del imperialismo oligárquico explotador, avalador de la división social del trabajo en el interior y de la división internacional del trabajo dentro del sistema económico mundial dirigido por las multinacionales y los belicistas del Pentágono. Blas Piñar escuchaba extasiado e insistía: más, más. Se me han acabado los adjetivos, coño, dijo Sagaseta molesto por la evidente instrumentalización. Gracias Fernando. Hasta ahora sólo me habían llamado integrista o fascista y tú me has dicho cosas tan maravillosas. Se encogió de hombros don Fernando. Se sacó del bolsillo superior de la chaqueta la emisora portátil que siempre le acompaña y empezó a transmitir.

–Aquí Efe cincuenta y dos... hablando Efe cincuenta y dos... Digan le a Jota cuatro que aquí se ha armado la de Dios es Cristo... repito: aquí Efe cincuenta y dos...

Bandrés le guiñó un ojo desde su escaño. El sabía que Sagaseta jugaba a agente secreto y que la emisora portátil no sólo estaba desenchufada sino que incluso tenía oxidadas las pilas. No pudo reflexionar sobre ello mu-

BESTIARIO

cho tiempo. Un terrible grito subió desde los primeros pupitres.

–Landelino, me ha pegado. Paco me ha pegado.

Se quejaba entre hipos Pérez Llorca.

–Es que se pasa y ocupa mi espacio en el pupitre.

Razonó Fernández Ordóñez señalando la zona de pupitre que compartía con Pérez Llorca.

–Yo había marcado un límite con un bolígrafo y él siempre pone el codo más allá del límite y lo hace de mala fe.

–No lo hago de mala fe, Landelino. Es que tengo los brazos muy largos.

–¿Y ése es motivo para pegar a un compañero?

Fernández Ordóñez comprendió que había cometido un error, un inmenso error y bajó la cabeza.

–Escribirás mil veces: No desestabilizaré la democracia.

–¡A la cola! ¡A la cola!

Gritaban los socialistas, secundados por Bandrés y por una señora del sector invitados.

–Y además abandona tu sitio y sitúate en el gallinero durante tres plenarios.

–¡Cuatro! ¡Cuatro!

Insistió la señora desde el público.

–Pues cuatro.

¿Quién era aquella señora tan poderosa capaz de teledirigir al mismísimo Landelino? Esta fue la pregunta que se hizo la cámara de los diputados, pregunta sin respuesta y hasta Roson, desconcertado, tuvo que movilizar a sus confidentes para enterarse. Es la bruja del doctor Cabezas, el presidente del Atlético de Madrid.

–¡Desertora! ¡Traidora!

Gritaba la señora desde su silla y desde su indignación. Mas no acaparó la expectación por mucho tiempo porque se percibió un lejano forcejeo verbal, seguido por un misterioso tocteo que precedió a la entrada de un descompuesto ujier seguido de un caballo.

–¿Qué es esto, Melquiades?

Preguntó don Landelino con acento catalán.

–Yo no quería que entrara, pero ha insistido. Dice que es el caballo del general Pavía.

Los diputados se pusieron en pie estupefactos.

–¿Y el general?

–Viene ahora.

Respondió el caballo.

–Me ha dicho: Adelántate. Saluda a los señores diputados y diles que en un momento estoy allí. Está comprando Marca.

Urgentes consultas, cuchicheos, miradas dirigidas hacia Rodríguez Sahagún, ceñudo el ministro, estudiante del catálogo de militares de España.

–No hay ningún *Pavía*.

Exclamó el ministro de Defensa y miró al caballo de hito en hito.

–¿Seguro?

–Seguro.

–Ya me han vuelto a tomar el pelo. Es que soy huérfano.

–Pobrecito.

Gritó Carmela García Moreno.

–¡Ha sido una macabra broma fascista!

Clamaba Carrillo desde su escaño.

–Este caballo es de Fuerza Nueva.

Opinó Alfonso Guerra con su intransigente tono habitual. Orden. Orden en la sala. Pedía don Landelino. Calvo Sotelo, ante el atril carraspeaba y pronunciaba por lo bajín *bisaurio* o se tocaba con la barbilla, el tercer botón de la camisa para recuperar la longitud de quijada, la longitud de la gravedad. Que se lleven a ese caballo. Ordenó don Landelino. Caballitos de Pavía a mí, rugía Fraga comiéndose una lubina que había sacado de su portafolios.

–Se ruega a Su Señoría don Manuel Fraga Iribarne que se guarde la lubina. No es correcto comer durante la sesión de investidura.

–¡Voto a bríos! ¡Por Belcebú! ¡Felones!

Senillosa, a su lado trataba de llamar su atención sobre un párrafo, delicioso, Manolo, te lo digo yo, delicioso, de Borges. Mira que dice aquí el cegato: «El Islam asevera que el día inapelable del Juicio, todo perpetrador de la imagen de una cosa viviente resucitará con sus obras y le será ordenado que las anime y fracasará, y será entregado con ella al fuego del castigo». ¿Qué chorradas lees, maldito snob mediterráneo? ¡Perecerás traspasado por mi espada! Clamaba Fraga, lanzando mandobles con la lubina. Se escapó el húmedo pescado de la húmeda mano y fue a dar contra el rostro de Ernest Lluch, sorprendido en el momento de contarle a Felipe González que Reventós lleva los calzones remendados. La palidez apescada del diputado catalán fue restañada por la bufanda de Fraga, con la que el encendido gallego trataba de limpiar las escamas y enjugar la pulpa blanca desparramada por las facciones del economista.

–¡Usted con la lubina en la mano es un peligro público! Clamaba Alfonso Guerra desde su escaño.

–¡Cállese su Señoría o me veré obligado a darle con el bonito que llevo en el portafolios para merendar!

–¡Prosigue la sesión de investidura!

Dijo taxativo Landelino Lavilla e invitó a Calvo Sotelo a que prosiguiera. Estaba usted en ese punto en el que decía que España necesitaba tres millones de parados más.

–Con la venia. Así como, según el informe de la OCDE, está demostrado que necesitamos tres millones más de parados, en ninguna parte he leído yo que necesitemos divorciados.

–No cuela tanto.

Gritó desde su escaño Lali Vinaró que siempre toma apuntes.

–¡Protesto por alusiones!

Trataba de imponer su voz Fernández Ordóñez pero fue detenido por dos de la Gestapo que pasaban por allí y se lo llevaron a un campo de exterminio.

–¡Propongo que se le ponga el nombre de Fernández Ordóñez a una calle de Madrid!

Dijo Tamames puesto en pie.

–Aprobado por unanimidad.

Apostilló Tierno Galván al que había despertado por un codazo de un camarada diputado.

–Objetivo esencial del programa de mi gobierno será restañar las heridas causadas por la transición democrática, heridas a su vez causadas sobre las llagas de la guerra civil.

Le aplaudieron los unos y no le aplaudieron los otros.

–Se ha dicho que yo represento a la oligarquía. Pues bien, yo no conozco a esa señora.

Aplausos de los de UCD sobre los que se impone una voz airada de mujer que baja desde los palcos de invitados.

–La Oligarquía soy yo. ¿Dices no conocerme? Ingrato. Después de haberte dado los mejores años de mi vida.

–Todos los hombres son iguales.

Cuchichean Carmela y Soledad.

–En cuanto consiguen lo que quieren.

–Por eso no hay que darle nunca lo que quieren, como decían las protagonistas de las comedias de Benavente.

–Oye, nos avenimos mucho tú y yo ¿eh? Aunque yo sea oficialista y tú del sector crítico.

–Es que las chicas no somos competitivas. Los hombres en seguida se ponen como se ponen. En cambio yo pues valoro otras cosas, no sé.

–Es que tenemos un sistema de valores diferente. El nuestro es una cosa mona y sencilla.

–En cambio fíjate en esos cafres. Fíjate cómo se pone el Landevilla cuando le llevan la contraria.

–Ni un hombre vale lo que se come.

–¡Ay, hija! ¡Qué cruz!

Calvo Sotelo terminaba su intervención.

–Prometo sangre, sudor, lágrimas y contaminación atmosférica.

Los aplausos de los correligionarios

constituyeron un frágil cristal roto por las pedradas verbales de la oposición socialista. Los comunistas en cambio, obligados a demostrar sus buenos modales para compensar las torvas imágenes construidas, expresaron su disgusto enarcando enormemente las cejas.

–Tiene la palabra don Alfonso Guerra.

Especación. Suárez cruza y descruza las piernas. Entra un coche en el hemiciclo. Se abre una puertezuela. Arrojan desde dentro el cuerpo magullado de Fernández Ordóñez. El coche da marcha atrás y huye.

–¡Le han torturado!

–Qué va. Ha sido una simple corrección fraterna, por su bien.

Comenta alguien que está bien enterado. Los comunistas y socialistas ayudan a Fernández Ordóñez.

–Si lo han torturado no merece ser de UCD. En nuestra familia no tenemos de eso.

–¡Qué ordinariez, un torturado! Ya se lo tengo dicho a mi chico. Ni torturador, ni torturado. Todos los extremos son malos.

Estos eran los comentarios más abundantes. Mientras tanto Carrillo le proponía a Fernández Ordóñez hacerse eurocomunista y Felipe González entrar en el PSOE, aunque fuera en el sector crítico. Derrumbado en su escaño, Fernández Ordóñez negaba tozudamente. Soy de UCD y mi cara serrana lo va diciendo. Quiero morir en UCD. Le dejaron por inútil, aunque sin mente, tanto Carrillo como González pensaban en seguir trabajando aquel pobre cerebro maltratado por la Historia. Tomó la palabra Alfonso Guerra.

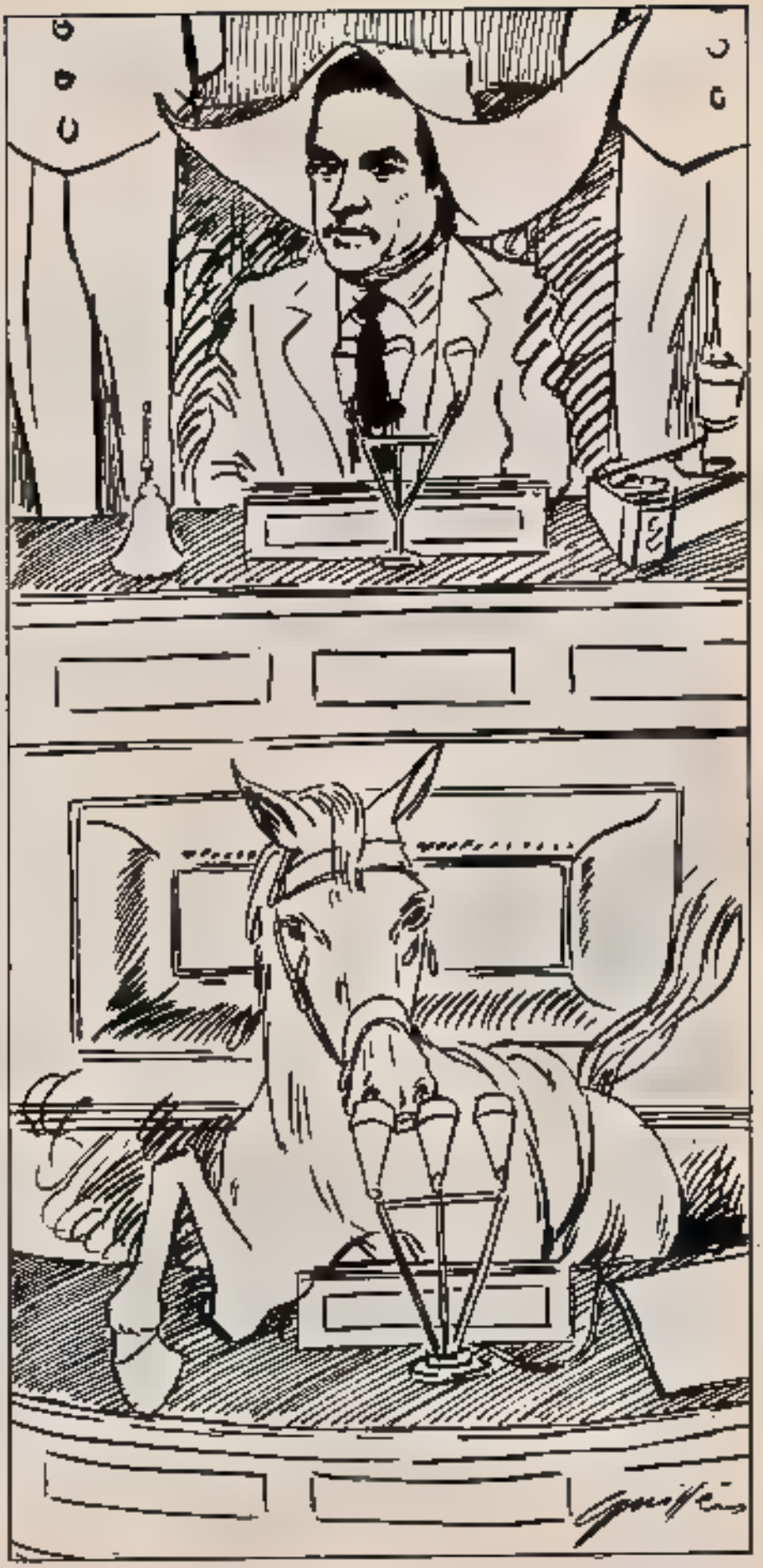
–El señor Calvo Sotelo, que por cierto podría elegir si es Calvo o Sotelo (risas socialistas, pitos centristas) nos ha prometido sangre, sudor, lágrimas y contaminación atmosférica. Y eso que tenía un día tacaño (risas socialistas, pitos centristas). Si los socialistas mandaran en lugar de mandar los centristas, tendríamos sudor, simplemente sudor, sudor de trabajo (aplausos socialistas y un ¡qué asco! generalizado entre los centristas). El señor Calvo Sotelo sólo puede prometer lo que puede prometer la oligarquía.

Y desde el gallinero parlamentario, Oligarquía Cifuentes de Villaviciosa, cuelga sus poderosos pechos sobre el hemiciclo y grita.

–¡No lo niegues Leopoldo! ¡Eres mi hombre!

Abatido ante lo irreversible, don Lepoldo Calvo Sotelo dejó caer la barbilla contra el pecho y se suicidó.

No hubo más remedio que convocar elecciones generales. ■ M.V.M.



EL DESTRONAMIENTO DE LA DIOSA RAZON

EDUARDO HARO TECGLEN

EN el año 1793 los revolucionarios franceses decidieron una de las grandes contradicciones de su historia, sobre muchas de las cuales aun vivimos: la entronización de la Diosa Razón. Se trataba de señalar el triunfo de los filósofos sobre el fanatismo. Los filósofos –la filosofía, representaban el pensamiento libre y sin trabas ni prejuicios, la observación de la realidad y su desarrollo según una lógica positiva; para darle vigor y calidad a este triunfo, los revolucionarios de la Convención sobre una idea de Chaumette –un procónsul [illegible] y anarquista al servicio de la República de los jacobinos, terminó en la guillotina– decidieron utilizar procedimientos mágicos y religiosos. La razón se convirtió en «diosa». Se eligió para representarla a una joven y hermosa actriz: Mlle. Aubry, vestida de túnica y gorro frigio, en la condujo en procesión por las calles de París en un trono y se la condujo a la catedral de Notre-Dame donde se celebró la fiesta cívica. Era el 20 brumario (10 de noviembre) y la fiesta no se celebró nunca más: el 20 de mayo siguiente Robespierre decidió que «el pueblo francés reconoce al Ser Supremo y la inmortalidad del alma». Quedaba borrada la frase que Fouché había hecho escribir a la puerta de los cementerios: «La muerte es un sueño eterno». Robespierre decidía ya que «el [illegible]».

Parece que estamos ahora en un momento en el que van apareciendo en el mundo algunas formas mágicas de hacer política, como contraposición a las formas lógicas que habían predominado en tiempos anteriores. Los fines o el trasfondo, son casi siempre los mismos. Varía la formulación. Mágica y lógica representan una oposición que tiende a la simbiosis y a que cada miembro trate de apoderarse de los valores del otro, como sucede en todas las oposiciones. Los jesuitas encontraron la fórmula verbal con su lema de «razón y fe», seguros como estaban de que una no excluía a la otra, sino al contrario. Y ya sabemos qué enorme cantidad de materialismo se oculta bajo las pretensiones de espiritualismo. Y, a la inversa, como el materialismo oficialmente declarado ha tenido que apelar siempre a otras trascendencias, a otras sublimaciones o a otra fe para tratar de prosperar y de conquistar los esfuerzos de sus colaboradores de forma que se elevaran más allá de su mero bienestar material.

Los revolucionarios franceses nos dieron ya esa lección. En el fondo de la cuestión, Chaumette y Robespierre se equivalen y su «ser guillotinó a aquel fue por una cuestión de procedimientos. Para profundizar en el triunfo de la razón y de la lógica, Chaumette buscaba una liturgia y una religiosidad, que deberían sacralizarse; para enfrentarse con la aristocracia Robespierre utilizaba la religiosidad clásica, antigua, del pueblo francés, que no parecía acoger con demasiada tranquilidad, pese a los filósofos, la idea de que su vida acababa con el episodio de esta tierra.

Algunos episodios de los que están sucediendo hoy en el mundo vienen de todo este trasfondo. Uno de los más apasionantes de seguir en este aspecto es el de la acción de la Iglesia Católica en Polonia, apoyando una izquierda, y en España, apoyando una derecha; y siempre con la misma emanación. Podemos considerar una izquierda la que se agita en Polonia, teniendo en cuenta algunos conceptos un poco por encima de los esquemas fijos en que nos movemos. El movimiento polaco se alza contra un «antiguo régimen» que representa un «conservadurismo»: esto es un sistema de valores basados en la sacralización de unos principios incapaz –por el mismo o por la presión exterior que le mantiene– de crear una tensión ideológica o social y de salir de un fracaso que se representa por el estado de postración de sus ciudadanos. El poder fijo impide las libertades, dificulta su expresión, con el objeto de perpetuarse. El movimiento pretende cambiar el régimen –dentro de los límites de lo confesable y de lo posible– y cada día empuja un poco más esos límites, a medida que no observa una reacción en contra demasiado dura–; pretende el triunfo de la razón –el de sus filósofos, que son librepensadores en el sentido de que se oponen a un pensamiento dogmático– y la mejora de las clases trabajadoras en forma de más salarios, más alimentos, menos horas de trabajo. No están muy lejos esos móviles de los que representaban los revolucionarios franceses en 1789. Aunque después se guillotinaran unos a otros y terminasen en el greso a un Imperio nuevamente aristocrático. Por lo cual podríamos deducir que, en el caso de triunfo de esta revolución lenta de Polonia podría abrirse, a la larga, un período más o menos duro de confrontación interior, y quién sabe qué caminos de regreso.

Nada está exento de ello, y menos las revoluciones sacralizadas. La suerte de algunos revolucionarios cubanos de Sierra Maestra y la mutación de los objetivos es una ilustración; otra, la de las sucesivas tragedias y transformaciones argelinas. Y estamos asistiendo a otro de los grandes datos de esta reaparición de las formas mágicas: la revolución teocrática del Irán, que ahora acaba de cumplir dos años.

La revolución del Irán tiene el mismo esquema de la de Polonia: un «antiguo régimen» –el del Sha y sus castas– sostenido por un poder extranjero, que aplasta al mismo tiempo las libertades y las dignidades humanas y que acaba con los factores de esperanza que no sean los contenidos en su propia retórica; y frente a ese antiguo régimen conservador y sin ninguna salida abierta, un movimiento popular que se va fraguando durante años, que va empujando poco a poco los límites de lo posible hasta adentrarse en lo que parecía imposible. Como en Polonia, ese movimiento popular encuentra para su razonamiento y su lógica un motor mágico religioso. Lo que representa Jomeini en Irán es lo mismo que representa Wojtyla en Polonia, a pesar de las grandes diferencias de ámbito y de todas las posibilidades de violencia. En el Irán la magia ha sustituido a la lógica o a la razón, quizá por la idea de que la consecución de lo imposible sólo puede producirse por la intervención favorable de lo sobrenatural, además de por otros factores más inmediatos. Volvamos a la revolución francesa para buscar los precedentes. El diputado Parisot reunió al Club Bretón en la famosa noche del 4 de agosto de

[illegible]

clases, de las provincias, de las corporaciones». El apelativo de «sagrada» dado a la revolución está presente en [illegible] preguntaría si todas las tragedias pos[illegible] degeneración y muerte, no vendrían [illegible] no proceden de la transmigración de la magia usada para la revolución en [illegible] puede inquietar por el futuro del [illegible]

[illegible] Iglesia Institucional [illegible] viendo como motor [illegible] revolución de libertades. La misma magia, aquí [illegible] opuesto: el de [illegible] a las clases [illegible] familia no como agrupación humana de intereses y solidaridades, sino como «célula básica [illegible] desde la cual –y a través de la cual– crear un orden de gobierno: la oposi[illegible] timo año [illegible] ha producido [illegible] reen[illegible] cuando existía, con su Iglesia. Puede [illegible] definitivos. Podría suceder que la izquierda tratase también de ver fijada su carrera y de [illegible] sus punto fijos, como el anticlerica[illegible] por anticuado, [illegible] porque en los [illegible] tiempos de la oposición a Franco y de la lucha por la democracia había sentido una pro[illegible]

[illegible]

que perjudica su condición [illegible] una especie de ceguera por los medios y una obsesión por los fines [illegible] primer error –un error que [illegible] de [illegible] pos y que no [illegible] responde con estos– es el de creer que hay *fines* [illegible] decir, que cualquier movimiento termina en algo definitivo y, sobre todo, algo que enlaza con [illegible] destino mejor. El segundo, como consecuencia, es el de no advertir que los *medios* están conteniendo en sí mismos la finalidad. La revolución del [illegible] les estremeció con la fuerza de un movimiento popular contra una tiranía con el descubrimiento de que las revoluciones son todavía posibles en este mundo y con la ilusión de que daba una dentellada fuerte –en su economía, en su orgullo, en su estrategia– al gran imperio de Occidente, a [illegible] Estados Unidos. No quisieron ver –y no lo ven aun algunos de ellos– que los medios teocráticos de esa revolución, [illegible] fanatismo, la intransigencia, podrían contribuir a desprestigiar las revoluciones [illegible] conducir [illegible] pueblo liberado a [illegible] simple estado de magia como sustitución de un estado de justicia social [illegible] la misma manera [illegible] ante los escapularios, los lábaros, las imágenes, los rosarios, las genuflexiones, los cánticos y hasta las visitas [illegible] papa de los polacos, creyeron que el [illegible] desprenderse del imperio occidental en Irán y que el catolicismo militante era un medio para desprenderse del imperio oriental en Polonia, y que de esos medios se podrán desprender los [illegible] No advierten que están configurando el futuro, por lo menos durante muchos años por venir. Parece que los intelectuales han sido, también, presas de la magia y de la ausencia de razón. Lo cual no quiere de[illegible] que han de dejar de apoyar por ello la lucha del pueblo polaco por su independencia, sino que deben comprender la calidad de las fuerzas que hay en todo ello.

En España el regreso de la magia [illegible] los signos ext[illegible] que en Polon[illegible] entre otras cosas porque aquí est[illegible] devaluados, mientras allí [illegible] magnificados por la prohibición. El movimiento, aquí, busca una forma de razón. Si los revolucionarios franceses dieron religiosidad a la razón, la derecha eclesiástica española está buscando la manera de que la razón y la lógica entren en la religiosidad. Una de sus fórmulas de mayor uso en estos días es la del «derecho natural», es decir, la alusión a una fuerza permanente que es de uso habitual en una cierta izquierda: la Naturaleza. La izquierda ecologista acude continuamente a ella y ciertas formas de la psicología racional –las ciencias del comportamiento, por ejemplo– también. La vieja idea de las leyes naturales comenzó a declinar en el siglo XVII para reaparecer con fuerza a raíz de Darwin y la serie de ideas filosóficas y políticas que se desprendieron: la naturaleza tiene un *sentido*, una dirección, hay un equilibrio en tod[illegible] la evolución [illegible] en el sentido de [illegible] mejor y en [illegible] de la supervivencia del más fuerte. La idea se podía aprovechar en cualquier sentido; en [illegible] religioso, poniendo en el principio de la naturaleza la idea de Dios, [illegible] en el racionalista, considerando esa fuerza por [illegible] misma, como un determinismo. [illegible] evidente que todo lo que sucedió después –la era industrial, [illegible] gran mecánica, [illegible] tecnología y ahora la microelectrónica– tienden políticamente a lo contrario, a presentar al hombre como un modificar continuo de la naturaleza, y a ésta como una fuerza enemiga y hostil. La ciencia fue acogida como una magia nueva: su falta de eficacia en resolver el vie[illegible] problema de la felicidad comenzó después a rechazarla como a un enemigo. La ciencia capaz de [illegible] brica la bomba, sobre todo. Y capaz también, de envenenar el aire que respiramos, los alimentos que consumimos y las relaciones humanas. Un sector importante de los partidarios del progreso se volvió contra ese progreso. Esta devolución de la idea de naturaleza y de derecho natural que hacen ahora los obispos españoles tiene [illegible] mismo sentido.

La investigación de porque el mundo tiende ahora más [illegible] lo mágico que [illegible] lo lógico tendría q[illegible] ser larga. Aparece en pequeños detalles. Aparece en las nuevas adhesiones a ciencias de las llamadas naturales, como en la medicina, se buscan hierbas, o sofrólogos, o acupuntores –que lo que hacen es, en teoría, la estimulación de unas fuentes naturales del cuerpo–. Reaparecen los viejos amigos, se multiplica el [illegible], la imposición de manos, el péndulo. Las carreras por el campo, la bicicleta, los movimientos gimnásticos.

Poco a poco, la Diosa Razón va bajando de [illegible] trono. La empuja Reagan, que ha ganado el suyo apoyado, como se sabe, en un enjambre de asociaciones de rearme moral, de predicadores, de reconstructores del sueño americano. La ceremonia de toma de posesión y juramento, retransmitida al mundo entero, con los cánticos, los rezos, las banderas, [illegible] reverendo y el discurso lleno de alu[illegible] toria sobre el kennedismo [illegible] ha facilitado otro reencuentro a la derecha española, al antiguo régimen. ■

Sucedió mañana

GENTES SOLIDAS, ANTIGUAS

POZUELO

CADA uno tiene la neurastenia que merece. La de este español alto y escuálido, con unos ojos diminutos, apagados, como lejanos en unas órbitas demasiado profundas, acartonado en una mediana edad poco definible —diez años mas, diez años menos— consistía en creer que el determinismo histórico existe, pero del revés: que todo va de mejor a peor. Creía firmemente en Darwin, pero con la pequeña modificación necesaria para comprender que la selección natural había ido favoreciendo siempre lo peor. Creía en la lucha de Dios con el Angel Malo, pero estaba seguro de que había ganado el Malo.

—¿No ven ustedes —decía a sus contertulios en la larga hora del desayuno en la cafetería— la presencia continua del mal? No puede ser que todo lo bueno se estropee apenas aparece, en la vida particular como en la pública, si no es por la fuerza mágica, invisible, de Alguien —su mano huesuda y sus largos dedos de yemas y uñas nicotinizadas se extendían hacia el espacio—. Sobre el mostrador los pinchos de tortilla lacia y reseca, los boquerones fritos y refritos, la salsa de las patatas bravas, la desmoronada carnecilla de los pinchos morunos, parecían darle la razón: todo eso no surge por una benévola generación espontánea, y deja ver la intervención del Maligno.

Había obtenido la peor de las condenas con que se puede afligir a un neurasténico: el atentimiento indiferente. Ni siquiera sus hijos se reían de él. Su mujer se olvidaba frecuentemente de su existencia; cuando alguien la preguntaba mecánicamente por su marido, a veces contestaba: «¿Quién...? ¡Ah sí,! Bien, muy bien...». En la oficina donde realizaba vagas tareas insignificantes y diversas se mezclaba en la conversación general y tardaba un tiempo en darse cuenta de que estaba hablando solo: el grupo se había desplazado hacia un rincón, para continuar su temática trascendente —grandes relatos, fútbol y convenio— mientras él se esforzaba en explicar como la entropía, que aparece en la segunda ley de la termodinámica, era en realidad el verdadero motor esencial del mundo.

A veces tenía éxitos brevísimos. Como el día en que apareció con los periódicos en los que estaban fotografiados Suárez y Sahagún para demostrar la selección inversa, el darwinismo del revés, o como cuando arguía que las declaraciones de los obispos eran una prueba fehaciente de la existencia del Malo. Pero eran éxitos cómicos que nunca valoraban lo que él creía que era su esencia: un filósofo realista, pragmático, empírico. En esos casos alguien que le había escuchado por casualidad, exclamaba:

—Mirad lo que dice *este* —siempre se decía *éste* cuando por alguna necesidad, casi siempre del servicio, se referían a él; su nombre se había olvidado tiempo atrás—.

Pero casi inmediatamente cada uno se atribuía a sí mismo, o a otro, la paternidad de la frase, nunca a él. Pero a él no le importaba. Como un verdadero filósofo antiguo (para los modernos es esencial firmar en las páginas de «El País») lo que le importaba es que su enseñanza cundiera, y no su nombre. Y cuando vio la fotografía de Sahagún pinchada en la pared sobre la mesa del gracioso de la oficina, pensó que se había ganado una batalla.

Lógicamente, escribía. Breves frases, pensamientos. Los guardaba en el cajón de la oficina, con esa preocupación del escritor novel de salvar sus escritos de las miradas atónitas y siempre burlescas de los seres queridos, en el hogar. Como leía en las bibliotecas, y como iba sólo al cine: se sentaba en las primeras filas, donde van siempre los seres solitarios. Conoció a algunos, de esos que comentan en voz alta las incidencias del film, pero pronto se separaban de él. Intimó un poco más con una gruesa dama, con esa obesidad de las que comen dulces continuamente para compensar su ansiedad y su terror a la vida. Se citaban vagamente, sin compromiso pero con una punta de esperanza.

—El martes que viene —decía uno de los dos— iré, creo, «Moulin Rouge». La dan otra vez, y me gustaría...

Y ese martes se encontraban, y fingían la moderadísima alegría de la casualidad. Comentaba él, al salir, y él decía:

—Eso todavía era cine... Con sentimientos humanos, con ternura, con emoción. Ahora vemos una realidad fragmentada, unos personajes mecanizados... La descomposición avanza...

Ella asentía firmemente porque también creía que todo lo pasado era mejor. Pero lo creía de otra manera. Tenía la peor de las nostalgias: la de aquello que nunca existió. Creía que había sido bonita, esbelta, alegre y amada: lo creía con tanta fuerza que ni siquiera hablaba de ello. Ahora era, en el sentido antiguo de la palabra, una Tía. La Tía española, la que vive con la hermana casada y con los sobrinos, en la habitación más pequeña y más oscura de la casa, sin despertar más disgusto que el pequeño malhumor presupuestario del marido, tratando de prestar pequeños servicios para obtener, a cambio, la silla más incómoda y más lejana a la hora familiar de la televisión, y sin que nadie le respondiera cuando preguntaba, tímidamente:

—Pero ¿ésta es la favorita del Rey... o es la otra, la que preparó el veneno?

Si insistía, una sobrina la reprendía brevemente:

—¡Calla, tía, que no nos dejas oír!

Un día, al salir del cine, él la invitó a café.

—Café no, que no me deja dormir...

—Mejor es no dormir, la noche está hecha para pensar.

—Usted debe pensar mucho...

—Bastante —dijo él con modestia—.

—Nunca he encontrado a nadie que piense. Vamos, que piense así... por nada, por pensar.

—Antes, la gente pensaba. Se decía de alguien que era un pensador, y se decía con respeto y admiración. Hasta que a los pensadores comenzó a considerárseles como sujetos perniciosos...

—Pues usted es un pensador y no me parece nada pernicioso.

Sorbió ella el resto de su batido de chocolate, procurando no hacer ese ruidillo, y él se fijó en su boquita de corazón, bien dibujada entre los mofletes. «Una mujer de antes», pensó.

Hasta la tercera entrevista no comenzó a analizar lo que estaba pasando. Primero creyó que podía ser algo de esa relación de vasos comuni-

canes que a veces se establecen entre dos seres humanos, la atracción del escuálido por la gorda. Una cosa todavía normal. Luego sintió terror al pensar que podía renacer en él algo que tanto le había molestado en sus primeros años –nunca pensaba «mi juventud»– ■ sexo. Un nerviosismo maligno del que le había curado poco a poco el uso del matrimonio, con la seguridad certera con que los dentistas matan el nervio de una muela. Hacía ya muchos años que por aquellas zonas no había tenido más sensación que, de cuando en cuando, una cistitis.

Pero el verdadero desmoronamiento le vino cuando sintió, con repugnancia infinita, que se le había enamorado. Otra prueba de la existencia del Maligno. Encontró en sí mismo tres pruebas inequívocas: la primera, que las citas se hacían ya con franqueza, y se habían convertido en diarias. La segunda, que había guardado en el bolsillo uno de sus cuadernitos de pensamientos para leérselos a ella. La tercera, que no se los había leído. Los demás empezaron también a encontrar algunos datos. El primero, que comenzaban a fijarse en él. Se había vuelto grosero y huraño.

El desgraciado comenzó a aplicar todos los remedios conocidos. Intentó imaginarse la pura realidad: que ella era gorda y tonta. Pero no podía. Quiso pensarla en actitudes grotescas, repulsivas; tampoco podía. Fue entonces cuando comprendió, enteramente, la magnitud de su tragedia. Todavía tardó un tiempo en enfrentarse con la situación, pero una noche ■ armó de valor y, mientras ella sorbía su batido, dijo:

–Yo... tengo que decir una cosa... Nunca hemos hablado de las circunstancias que atenazan mi vida.

Ella sorbió un poquito más, olvidándose de evitar el ruidillo.

–Yo no soy sólo un ser que piensa, profundamente... Soy también un hombre casado.

El suspiro de ella agitó la superficie del líquido pastoso. Empalideció. Tragó el resto del chocolate, se puso en pie trabajosamente –aunque ella imaginaba que con celeridad y agilidad; y él fue capaz de verlo así– y dijo:

–Sólo una palabra: adiós.

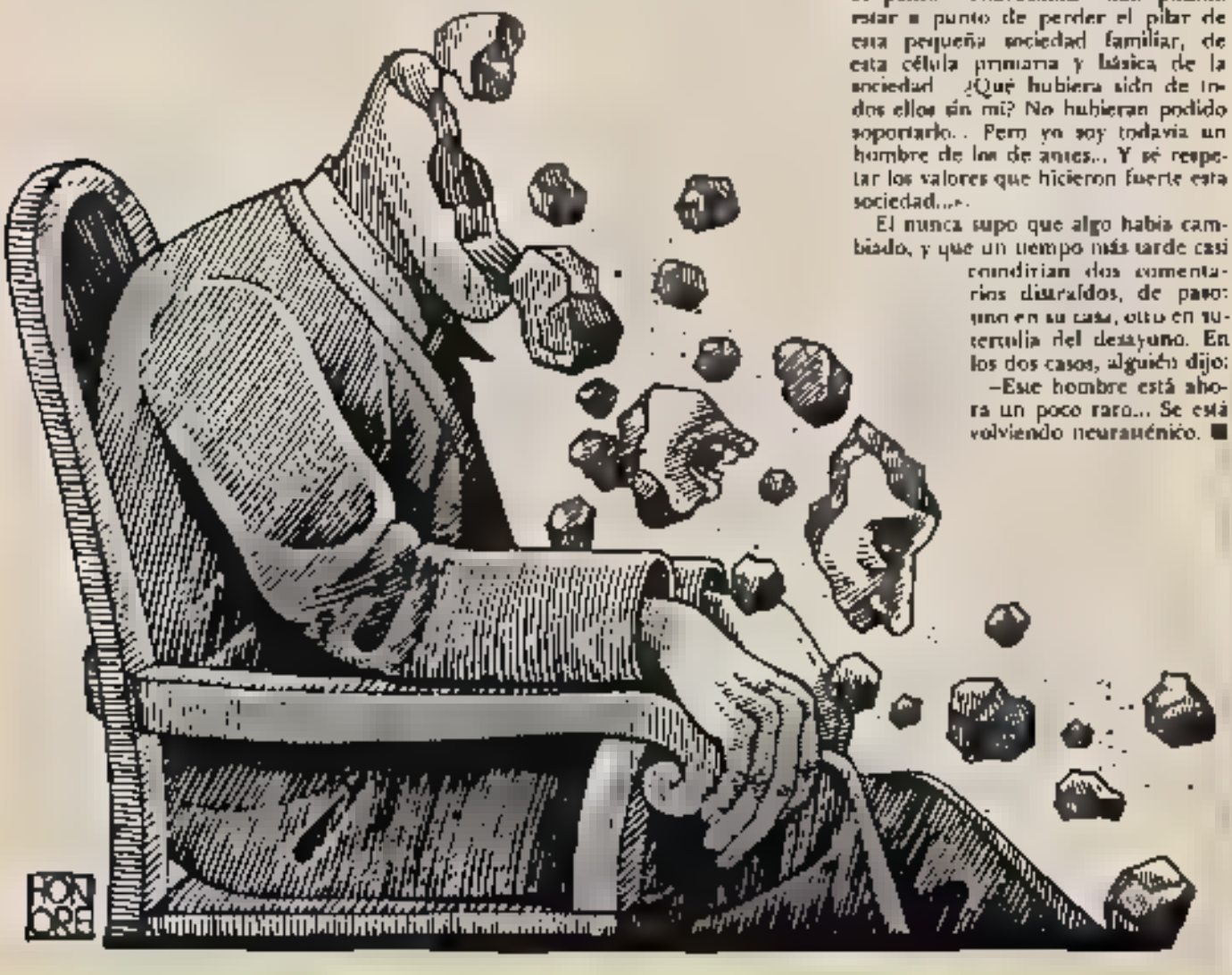
Trabajosamente se abrió paso entre las mesas y huyó. «Una mujer de las de antes», pensó, con orgullo, con la satisfacción de haberse fijado en alguien que no era una mutante.

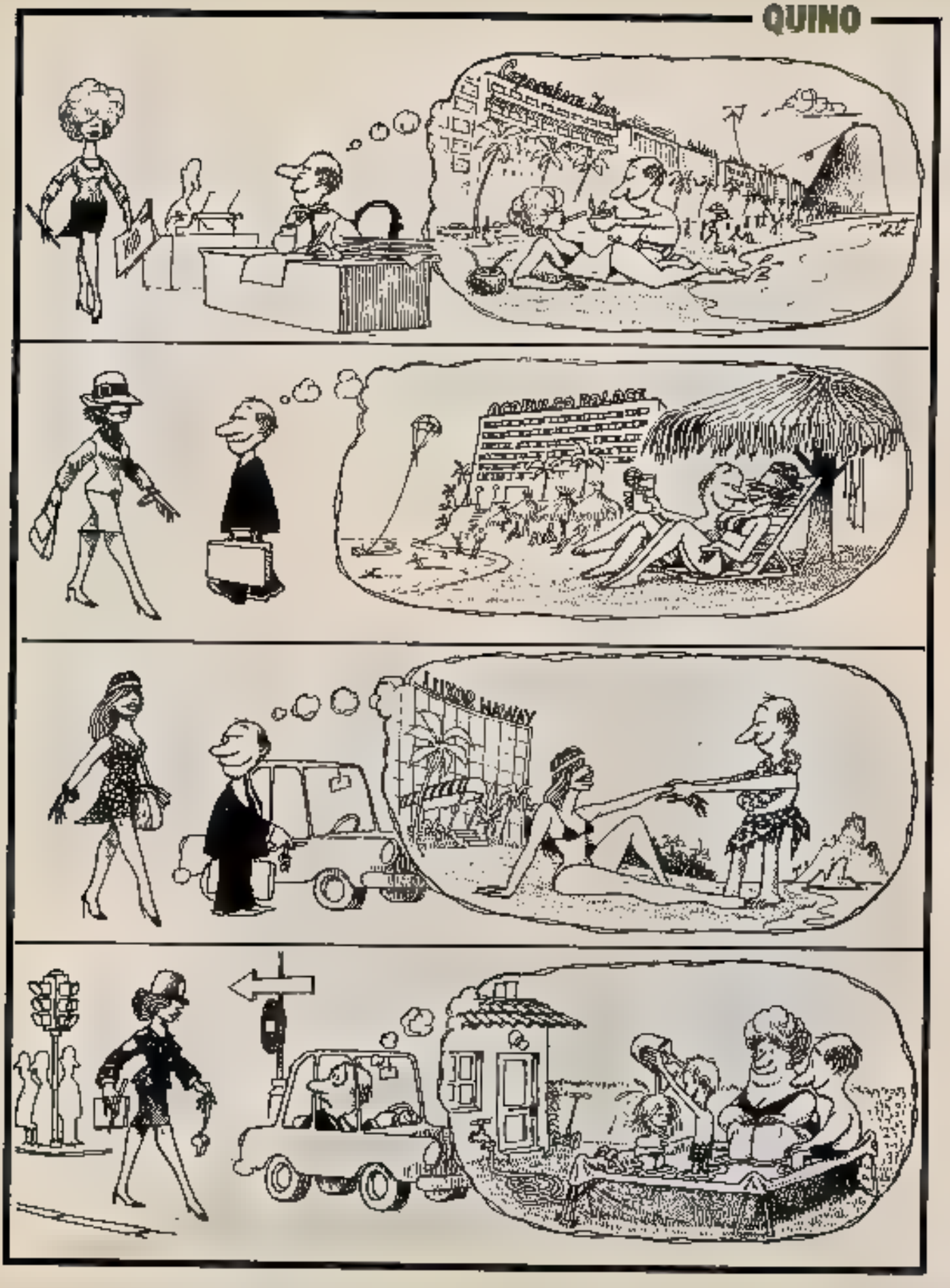
Paseó por las calles, entre el frío y los restos de nieve. Las gentes andaban deprisa. «Van huyendo de sí mismas», pensó, y se prometió recordar la frase para apuntarla en el cuaderno de tapas de hule. «En la ciudad, las gentes andan con prisa: no porque vayan a ningún sitio, ni se separen de ningún sitio, sino porque procuran huir de sí mismas».

Ella estaba poniendo la mesa, como todas las noches. Nadie se fijó en que tenía los ojos húmedos: nadie se fijaría nunca. ■ tardó en llegar a la casa. Ya estaban viendo todos a Jean Marais en «José Balsamo». Su sitio estaba vacío: nadie se había fijado en que no lo ocupaba, ni advirtieron que había llegado y se había sentado en él. Pero él pensó «Pobrecillos... han podido estar a punto de perder el pilar de esta pequeña sociedad familiar, de esta célula primaria y básica de la sociedad. ¿Qué hubiera sido de todos ellos sin mí? No hubieran podido soportarlo... Pero yo soy todavía un hombre de los de antes... Y sé respetar los valores que hicieron fuerte esta sociedad...».

El nunca supo que algo había cambiado, y que un tiempo más tarde casi coincidirían dos comentarios distraídos, de paso: uno en su casa, otro en la tertulia del desayuno. En los dos casos, alguien dijo:

–Ese hombre está ahora un poco raro... Se está volviendo neurasténico. ■





Ermenegildo Zegna

La nostra qualità è proverbiale.

EL HOMBRE EN LA CIUDAD

ANDA por ahí con uno de esos monos de peto y hebillas que suelen utilizar los agricultores de la España húmeda cuando abren la tierra. Pertenece desde hace tres años al movimiento ecologista de su barrio, concretamente desde que se autoproclamó disidente por culpa del leninismo. Todavía no descolgó la reproducción amarillenta de el Guernica de la pared que protege el tresillo de skay, pero sustituyó progresivamente el resto de la iconografía de la resistencia imaginaria por imágenes hermosas a cuatricomía de la

naturaleza paradigmática: poster de una conformista puesta de sol en el coto de Doñana, plano del macizo de los Picos de Europa, cartel de las fiestas de las enramadas sanjuaneras de Guipúzcoa, litografía turística de las Rías Bajas, y apoyado contra la pared, a modo de tótem casero, un espectacular tridente del alto León para las faenas de la hierba. O una rueda de carro de bueyes lucense. La bicicleta está en el rellano de la escalera, convenientemente encadenada a la barandilla.

Se le vio recientemente en cabeza de una manifestación organizada por el movimiento ciudadano del barrio, exigiendo más árboles, más césped, menos ruidos callejeros, basta de arquitecturas horrorosas y alienantes, abajo la masificación urbana, por una vida verde. Su gran orgullo es un ficus de metro y medio que crece asimétricamente en el ángulo del salón iluminado por el sol breve de mediodía. Desconfía del agua del grifo, de la refrigeración de la nevera, del calor de la estufa de butano, de la oxigenación de su apartamento, de los sistemas anti-robo, de todos los alimentos etiquetados. No es rigurosamente vegetariano, pero compra sus provisiones en una tienda de toda confianza del barrio viejo que presume de mantener tratos directos con la aldea. Ya se sabe, manzanas leridanas, tomates y lechugas de El Pilés, truchas del valle del Esla, espárragos conquenses, leche cuajada al aire alto de la montaña santanderina, embutidos de El Bierzo, queso de Villalón, tartas de Montoñedo y licor de guindas de El Panadés.

JUAN CUETO

Paletismo a la inversa

Hay más datos. Le horripilan a nuestro hombre del mono los edificios de más de tres plantas. Es francamente alérgico a los supermercados, a los grandes almacenes, a los drugstores, a los Burger King's, al plástico –es famosa en la vecindad su colección de cerámica popular–, a los transportes públicos y privados, a la serialización del objeto y a la cultura de masas. Prefiere la escalera de caracol al ascensor de memoria y el portero cotilla al portero automático. Repite incesantemente que su ideal futuro es la vida en el campo, rodeado de lechugas y de gallinas.

Aunque no lo parezca, que no lo parece, estoy intentando describir objetivamente al arquetipo del nuevo urbanícola de las grandes densidades demográficas por kilómetro cuadrado. Los múltiples especialistas en las múltiples y mareantes ciencias que tratan de la ciudad y sus problemas siguen discutiendo acaloradamente acerca de las características que definen y singularizan sin equívoco al tipo asfáltico en las postrimerías del siglo, a la vera del 2.000. Sospecho que el rasgo diferencial hay que buscarlo del lado de la paradoja. Porque el auténtico *homo urbanus* de ahora mismo es precisamente ese individuo que ha encontrado el sentido de todas las cosas y del mundo en la oposición permanente a los ritos, mitos y símbolos de la gran ciudad. Un ciudadano que siente nostalgia por esa aldea que nunca conoció y por tal razón intenta ruralizar con vehemencia su muy asfáltica cotidianeidad, sembrando las paredes de su apartamento y los muros de su barrio con los símbolos elementales de la naturaleza.

Se delata este curioso y paradigmático modelo de urbanícola, industrializado por los cuatro costados, incluso de diaria comunión postindustrial, no

por su desparpajo para moverse en «La jungla del asfalto», como se decía enfáticamente hace unos 20 años, sino por su pasión desmesurada hacia los signos externos de la agricultura decimonónica; dieciochesca a veces. O sea que el nuevo ser metropolitano es esa figura que anda por las calles con trazas de veguero echando pestes contra la vida en la gran ciudad, pertenece a todos los movimientos de protección del habitat campesino y amuebla su conciencia urbana con esa conocida serie de encantadores simulacros campestres, granjeros, labrie-

«Paisaje del silencio», 1974.

EL HOMBRE EN LA CIUDAD

gos, rupícolas y urbanos, seguramente con el objeto de enmascarar su fatal condición megapolitana. En resumen: el [illegible] nocido alogan que cuando la autarquía popularizó Paco Martínez Soria: [illegible] de otros muchos modelos de urbanícola primordial, pero sostengo que el único que jamás abandonará la gran [illegible] de ellos abandonará la gran ciudad. Del resto no estoy tan seguro.

Utopistas y autopistas

Quién le iba a decir a don Armando Palacio Valdés que llegaría a ser el Tomás Moro de [illegible] del siglo XX. Porque la indiscutible literatura utópica del presente ya no es la que [illegible] anuncia el regreso a la *aldea* [illegible] sino lugares [illegible] semeja el asfalto, en los límites de Amaurota. Era la construcción de un plano sin fisuras de la ciudad geométrica, lo que excitaba la imaginación de los utopistas de antaño. Con el tiempo, los pobladores más contumaces del plano, los usuarios de las autopistas, sueñan con un mapa [illegible] nético, radicalmente *desurbanizado*, virgiliano.

Juegos de espacios que suelen acontecer cuando se olfatea una ruptura histórica, o un cambio de paradigma o la irrupción en el escenario cotidiano de un nuevo hecho de civilización; como lo queramos llamar. Nacieron aquellas utopías de la ciudad ideal –que no desdeñaban, por cierto, la espectacular simetría [illegible] niana– en el momento que se resquebraja el mundo feudal y se inicia la consiguiente transformación capitalista de la sociedad y surgen esas utopías verdes, del campo ideal cuando empiezan a detectarse en las avenidas de la metrópoli los [illegible] incontenibles de la era postindustrial, esencialmente por la implantación social de la revolución electrónica. Es decir, se provocan las nuevas ensoñaciones [illegible] tener sentido las tradicionales *diferencias* urbanas: esos castizismos de asfalto, folklorismos de barrio, costumbrismos de aceras y bordillos, exóticas de distrito postal, jergas municipales y ritos co-

nocidos e insufribles figuras actuales del mito aburrido del *urban character*, acaso aún más necio que los famosos del *national* y del *regional character* que tanto y tan mal hacen hablar y escribir a «gentes concejiles» en una usada expresión de Caro Baroja.

Basuras, excrementos, escombros y muertos

Porque si ya es casi imposible eludir esas plúmbeas rutinas del lenguaje que son los *tópicos* cuando se habla del carácter español, extremeño, asturiano, maragato o seguviano, el género –ese género que tanto irritaba a Hume– deviene patético, por lo menos, cuando intenta aplicarse a los grandes asentamientos urbanos. Y chirría el sonido de tamaño lugar común en el más común de los lugares del hombre porque, como se sabe, el verdadero *hecho diferencial* de la ciudad es *la repetición*. Superados los 9.500 habitantes por kilómetro cuadrado se diluyen las peculiaridades [illegible] dadanos y se difuminan las personalidades callejeras. Los signos de la ciudad dejan de ser *locales* para convertirse en *universales*. A fe de cuentas, Manhattan, Madrid, Tokio, México D. F., el Gran Bilbao, Barcelona, Roma o París no son más que barrios repetidos de esa Ciudad Universal que ya estamos viviendo planetariamente.

Aunque admito gustoso que también hay ciertos matices diferenciadores. Como recuerda Mumford y no [illegible] tinuada de una gran ciudad depende, primordialmente, «de la sistemática eliminación de las basuras, los excrementos, los escombros y los muertos». Por eso resulta infantil, por lo menos, buscar las diferencias urbanas en la supervivencia del gótico en los barrios viejos y redoudos, en los neocostumbrismos de suburbio, en la manera chulapa de llamar las cosas por otro nombre o en la historiografía lírica o barriobajera, que [illegible] el modo de combatir la cochambre en donde se caben casticismos distingos sutiles del *urban character* serias de identidad metro-megapolitanas, personalidades de autopista. Porque es evidente que ciertas áreas urbanas destacan por ser incomparables espléndidos desastres en el complejo y vital asunto de la evacuación excremental; otras poseen justa fama diferenciadora por la originalidad de sus artes funerarias, y no pocas ostentan colar sus escombros municipales como elementos de atracción turística, solucionando así, a la vez, el espinoso problema burocrático de la recogida de basuras y la ausencia de una tradición artístico-monumental.

O situamos las diferencias urbanas en el lugar que científicamente les corresponde –la psicología– o incurrimos fatalmente de nuevo en la retórica de la novelería decimonónica. Y no afirmo esto último para sumarme a esa absurda campaña anti-siglo XIX que aquí se ha desatado, no se sabe bien por qué y por quién. Quiero decir el desfase de la novela decimonónica, su actual imposibilidad, es algo más que una cuestión de historias interesantes o de estilísticas deslumbrantes, como se repite. Ocurre sencillamente que son ya imposibles aquellas ciudades y sociedades provincianas que narraron Balzac, Auberi, Clarín, Galdós, Gogol, Baroja, Unamuno. Esa literatura de finales de siglo –o principios de éste, en los casos de Pérez de Ayala y Gabriel Miró–, que hoy se intenta desnaturalizar en nombre de ignoro qué «alternativa» o «modernidad», era ante todo, «*novela de ciudad*». Pero ciudades de escasa envergadura poblacional, vale decir literariamente «abarcables» que ocupan perfecta, *naturalmente* en las páginas de la novela, y por [illegible] –aunque hay bastantes más razones que ahora no vienen al caso, y que algún día habrá que discutir para salir al paso de tanta mentecatez– esa narración que expresaba la ciudad burguesa y provinciana llegó a ser el espacio privilegiado en el que se reconocía míticamente la sociedad provinciana y el lenguaje que hablaba la cultura burguesa.

Nostalgia de la agrociudad

No quedan ya recursos de aquellas precisas ciudades –mejor dicho, sólo quedan los recursos peor o mejor encuadernados– y lo sorprendente es que alguien intente aplicar a estas millonarias dimensiones sociourbanas –eliminadas las diferencias urbanas–, la peculiar escala novelística de Rouen, Vetusta, Orbajosa, Pilares, Yecla o Castro Duro, por mencionar solamente los planos imaginarios más celebrados y discutidos todos de idéntica exjundia demográfica, siempre inferiores a los 30.000 habitantes y escasamente industrializados.

Hay algo más que cambio de gusto narrativo o de sensibilidad estilística. Hay cambio de escenario del hecho literario. Y en el que estamos irremediablemente involucrados imperado

«Alzamiento», 1973

por la repetición, dominado por lo instantáneo, saturado por la información y colonizado por lo universal— carece de sentido la novela decimonónica, que surgió de y para aquellas *agrociudades* provincianas diferenciadas en lo social, lo cultural, lo histórico y lo estético. Y no me refiero aquí al sentido sociológico o psicológico, sino al de la propia escritura de ficción. A la lógica de lo narrativo. Ni siquiera es posible interpretar como casos aparte esos actuales asentamientos generales llamados Macondo, Comala, Castrofuerte de Baralla, Uqbar o Región, que los literatos despistados, o poco impuestos en las rigurosas disciplinas urbanísticas, analogarían precipitadamente con la serie famosa de Rouen, Vetusta y etcétera. No confirman la regla, por excepción, estos ejemplos, recientes. Precisamente son excepcionales ejemplos que instauran la regla y la moda. Esos espacios de García Márquez, Rulfo, Torrente Ballester, Borges o Benet, convertidos en capitales literarias de obligada lectura y referencia, aunque provincianas o pueblerinas, decimonónicas algunas y mágicas casi todas, son justamente lo contrario: son ciudades-Estado, espacios metafóricos de esa universidad que estamos viviendo, planos de escala totalizante, paradigmas narrativos del cambio de paradigma en los límites del espacio textual. Partían los decimonónicos de lo local para acceder al universalismo y se llega hoy al único provincianismo posible, el territorio de lo íntimo, desde la universalidad proclamada de estas ciudades mágicas, pequeñas pero planetarias, y en donde sus personajes —o sus estilemas— son, por encima de cualquier otra consideración, «ciudadanos» del mundo. Microcosmos literarios que, como las mónadas de Leibniz, pretenden reflejar todo el universo con las ventanas cerradas.

La culpa de San Agustín

Y sin embargo, tiene mala prensa la gran ciudad. En realidad, siempre la ciudad terrenal fue objeto de menosprecios y el famoso de Guevara —el «Che» no, el obispo de Mondoñedo— oponiendo la aldea a la corte en la más rigurosa tradición de la utopía moderna, como veíamos antes, no es más que una tardía y pálida muestra de la poca estima que desde antiguo teólogos, obispos, filósofos académicos y escritores festivos manifestaron por lo que *no era campo*, creando el mito de la «naturalidad» rústica y de la «artificialidad» ciudadana. Acaso la culpa de esta generalizada y necia actividad antiurbana la tenga San Agustín —para no remontarme en plan pedante a Ticonio, cuidando, eso sí, de ocultar la fuente: Ferrater Mora—.

Sospecho que la aún maniquea distinción que el ex maniqueo de Tagaste estableció un buen día entre la aérea Ciudad de Dios y la carnal, terrenal y pagana ciudad del diablo, reservando para la que se escribía con minúscula todos los dramas posibles del cosmos, y encerrando en su recinto siniestro a los malditos, influyó decisivamente en esa generalizada animadversión hacia las considerables densidades poblacionales, los grandes almacenes, las luces de neón, las vallas publicitarias, las señales de tráfico, las autopistas altas y veloces, los ferrocarriles subterráneos, las cabinas telefónicas, las actividades cuaternarias, los edificios con ascensor de más de seis teclas, los mendigos de acera con pancartas lacrimógenas, la red audiovisual, la cultura de masas, las máquinas tragaperras, los minicines, los quioscos de prensa y hamburguesas o ese casi infinito catálogo de cosas que comprar, usar, admirar, robar o tirar a la basura municipal de la gran ciudad.

La condición humana es la condición urbana

Escribían San Agustín y compañía desde la divina ruticidad. El caso es que ya únicamente podemos descri-

EL HOMBRE EN LA CIUDAD

birnos como entes inmersos en el «fango asfáltico» de la vasta *civitas diaboli*. Para bien o para mal –eso que lo diga San Agustín, que es su oficio– nuestro destino es irreversiblemente urbano, irremediablemente metropolitano y previsiblemente megapolitano. El resto, o son utopías encantadoras del hombre del mono o inmutivas ucronías de ese mono que todavía los hombres llevamos dentro del alma.

Hay que asumirlo, pero, sobre todo, hay que decirlo. El campo ya no es *lo natural* en las sociedades modernas. Ni la ruralidad, ni la aldea perdida, ni los verdes valles. La naturaleza de la sociedad contemporánea es el medio urbano.

No afirmo, todavía, que llevemos inscrito lo urbano en el código genético. Digo que lo llevamos impreso, y de manera indeleble, en el cerebro. La ruptura con las sociedades «naturales» acontecida hace siglos, la hipercomplejidad y originalidad del desarrollo y organización de la sociedad humana desde el punto de vista de las ciencias de la vida, la biología promorfialmente, han determinado que el ecosistema social –llámese medio urbano, técnico o como se quiera– no sólo influya en los modos externos de comportamiento del hombre –lo social, lo cultural o lo político del discurso sociológico mecanicista, behaviorista o metafísico–, sino que afecte de manera importante al propio organismo humano. No invento nada. Ahí están las investigaciones apasionantes de Von Neumann, Jacob, Morin, Waddington, Moscovici et alii para mostrar que también lo urbano, al cabo del largo y complejísimo progreso eco-auto-re-organizador de la sociedad, tiene que ser entendido como fenómeno neurocerebral. No es la sociología lo que nos determina como urbanícolas, es la biología.

Insectos contra mamíferos

Utilizar los hombres del mono azul de la utopía verde, los típicos socorridos de la ciudad-colmena, el enjambre social, el barrio-avispero, la sociedad-hormiguera o la plaga de la langosta como formas evidentemente demagógicas de la vida metropolitana y de sus tasas demográficas. En un lenguaje que proviene del mundo de los insectos y se pronuncia con la obvia intención de oponerlo «malévolamente» al mundo de los mamíferos. O sea, el maravilloso campo de los rumiantes contra la atroz ciudad de los himenópteros. No está mal escogida la analogía descalificativa. Como saben todos los bioantropólogos y algunos sociólogos sin anteojeras mecanicistas derivadas de la era del ferrocarril, la característica primordial de las sociedades contemporáneas respecto a las arcaicas y a las de los mamíferos en general, es el factor demográfico. Pues bien, sólo las sociedades de insectos comportan un número tan vasto de individuos como la llamada sociedad humana. Y como recuerda Morin, ese denigrado proceso demográfico que nos ha separado de los mamíferos, desencadenado por el desarrollo eco-tecnológico del hombre (agricultura, ganadería, etc.) es lo que provoca, por ejemplo, la formación de las ciudades, la constitución de las naciones y de todos los aparatos sociales, la división del trabajo, las reglas culturales y otras minucias que, eso sí, pueden interpretarse positiva o negativamente, pero que ya, qué se le va a hacer, no tienen vuelta de hoja de parra del Edén.

Creer que el modelo social mamífero es más deseable que el insectil, es cuestión de gustos y de ingenio literario. Lo cierto es que si siquiera una catástrofe demográfica hipernuclear, con la consiguiente fabulación demográfica sería capaz de devolvernos a la paz mamífera. Lo que inmediatamente haría el superviviente de la sociedad contemporánea después de quitarse el polvo de encima, sería cavar los cimientos del primer edificio con ascensor de la futura ciudad. Otra historia distinta es que se considere preferible la organización social del hormiguero a la de la colmena, o la vida de los coleópteros diurnos y voladores a la de los nocturnos y suburbanos.

«Amantes al amanecer», 1973.

El gran teatro del mundo

Suelen olvidar frecuentemente los urbanícolas que detestan en público esa ciudad inevitable que llevan marcada en los dos hemisferios cerebrales, que hay gentes no del todo despreciables que sentimos por la flora y fauna metropolitana el mismo entusiasmo estético que ellos por los signos o simulacros de la naturaleza –incluso de la historia, oso decir, que no entiendo ya muy bien por qué una estela funeraria del País Vasco, un capitel románico segoviano, el gótico tardío asturiano o una fachada rococó andaluza han de ser *necesariamente* objetos culturales más estimados que un rascacielos de Manhattan, una cabina telefónica londinense, una valla publicitaria madrileña, la arquitectura electrográfica de los grandes almacenes o el gótico industrial de Avilés.

Y esto al margen de lo ya sabido, que esa ciudad que cuesta atravesarse, por lo menos, 45 minutos es un verdadero espectáculo, lugar de todas las actividades sociales imaginables –algunas francamente inimaginables–, espacio insoslayable de la actual comunicación –elitista o de masas– dentro de la moderna industria, ocasión de aventuras todavía más apasionantes que las de las selvas y las de las selvas, escenario en el que diariamente se representa con pelos y señales el gran teatro del mundo contemporáneo, y toda esa retahíla de argumentos que esgrimen los sociólogos y los economistas la conocida cantinela de las sociologías internas y de las economías externas.

El problema verdadero de las grandes ciudades no está en la masificación insecticida, en la contaminación más o menos mortal, el alejamiento progresivo de las materias primas, en la arquitectura aburrida, en la urbanización descabellada, en la especulación salvaje o en ese cinturón que conocemos de memoria. Todo eso tiene arreglo.

La aberración está en esas simulaciones de rusticidad que ponen el asfalto perdido de ingenuas utopías verdes que sólo conducen al infarto si se toman muy en serio, a decorar el piso-chalet como si se tratara de una granja de las que aparecen en las revistas de la moda mujeril, a base de chimeneas rústicas compradas en Galerías Preciados. **J. C.**

Ilustración de ORCAJO

«Estructuras represivas», 1975.

LA CIUDAD COMO CONTRACULTURA

NADIE en la ciudad tiene abierta la puerta de su piso ni permite que entren más que las personas imprescindibles para continuar su segura existencia. De la mañana a la noche, el ciudadano vive rodeado de gente a la que desconoce, por la que no siente ningún interés, desconcertado por noticias que es incapaz de asumir y bombardeado por una filosofía de aspiraciones infinitas a las que no puede dar respuesta. Vista desde fuera, la ciudad puede parecer un inmenso hormiguero por la uniformidad de la gente, su continuo ajetreo y su machacona desgana en relacionarse con los vecinos más o menos causales. Esto permite un ambiente de impunidad, de anonimato que todos fomentan y que lo mismo se transforma en pequeñas gamberradas, como quemar papeleras, que en permitir que se viole y asesine una mujer ante nuestros ojos –el famoso caso ocurrido en Nueva York ante una treintena de impasibles vecinos. En los pueblos, por el contrario, hay una fiscalización incómoda, pero ningún gamberro puede hacer nada parecido en la calle, porque los mozos le sientan a palos. ¿Qué es lo que ha desvirtuado entonces este paradigma de la civilización, para que las calles –el espacio común– sean tan hostil y las casas individuales asfixien con sus mil exigencias, con su pequeño espacio o con su mal equipamiento?

Es difícil concretar en qué consiste ese malestar general: todos hablan mal de la ciudad, pero nadie se mueve. Para José Luis Pinillos, (1) la ciudad está hecha para la gente fuerte, no está pensada para los niños, los ancianos o los inválidos. «El incumplimiento de las normas, la impunidad –nos dice– se alían con el contraste entre expectativas y posibilidades. Se predica la vida de Hollywood para todos, ese espectáculo de la vida como no lo ha habido nunca, por lo que las aspiraciones son infinitas y la frustración relativa es mayor. En la ciudad se vive mejor que en el campo, pero hay mucha más gente frustrada; además, el contraste cultural es constante. Se abandona la cultura anterior, pero no se sustituye más que por los valores más bajos: la satisfacción de necesidades materiales más elementales. Es bueno tenerlos, pero han de estar en su sitio. Está bien tener una lavadora, pero el tiempo que ahorra podríamos emplearlo en cultivarnos, no en ver la televisión».

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

Espacio marginal

Definir la ciudad es intentar encontrar el común denominador de la convivencia de los seres humanos dentro de un conjunto arquitectónico más o menos armónico. A pesar de que la mayoría de los occidentales vivimos en grandes urbes, no sería fácil establecer quién gobierna a quién: el hombre a la estructura de ladrillo y hormigón ■ está a él, envuelto en el crecimiento de la ciudad más allá de ■ misma, subordinando zonas cada vez más alejadas de las que extrae las materias primas, a las que devuelve sus desperdicios, en los

(1) José Luis Pinillos, catedrático de Psicología en la Universidad Complutense, es autor de «Psicopatología de la vida urbana» (Espasa Calpe, 1977), entre otros estudios sobre el tema.

que crea sus ciudades-dormitorios o lo que algunos, como Pedro Costa Morata, llaman aberración: la «segunda residencia». El caso es que en esa estructura de ladrillo y hormigón el sujeto va creándose la imagen de sí mismo, de la que dependerá su acomodación al grupo. Aparece aquí lo que se ha pretendido ver como un inconveniente inevitable en el desarrollo económico, que es el gran número de inadaptados de los barrios marginados, los que producen la mayor delincuencia. De las características de la vivienda –calidad, espacio– dependerá en gran medida la inserción del niño en la sociedad. Según el matrimonio francés de psicólogos Chombart de Lawne, cuando el espacio disponibles menor de ocho-diez metros por habitante, la patología social y física se duplica. En el caso concreto de Madrid –escribía Jesús Valverde (2) hace unos meses– la casi tercera parte de los barrios con mayor índice de delincuencia viven en espacios menores de los cincuenta metros, y el 11 por ciento de las familias viven en grupos de dos y tres por piso. «El Tribunal Tutelar de Menores sabe que algo más del 42 por ciento de sus tutelados viven en un espacio inferior al resto de la población. Naturalmente, el nivel de estudios y formación profesional va íntimamente ligado con el tamaño de la vivienda y, las condiciones del barrio. Todo ello dificulta el acceso al entorno social institucionalizado, al que llegan sin leyes, normas ni valores.»

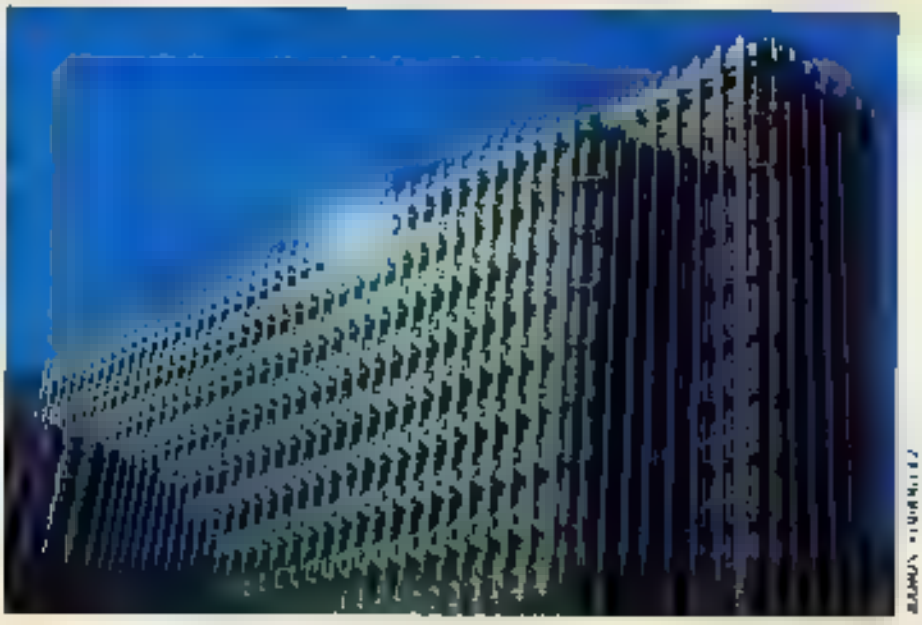
Resulta entonces imprescindible conocer el hábitat en que se ha inadaptado el sujeto, para conseguir un mínimo de conocimiento en torno a él, lo que no se consigue desde la frialdad de unos tests aplicados en la cárcel, de los datos estadísticos o de las diligencias judiciales. El tema de la delincuencia –nos advirtió Valverde– al comienzo de la entrevista– es un caldo de cultivo para la demagogia, el sensacionalismo, pero lo dramático del tema es la realidad de los datos (3).

«Tal vez nuestro esquema sufra un duro quebranto si nos planteamos el tema en profundidad. Es fácil, como dice Jervis, reducir el problema social a individual, para que nuestra conciencia permanezca inalterada. Así se pueden construir viviendas *sociales* al margen de los estudios sobre hacinamiento humano». Hay que considerar la importancia que tiene en la internalización de las vivencias la posibilidad de estar solo, el niño sin ello se volverá gregario, no tendrá planteamientos propios sobre el mundo exterior ni sobre sí mismo y se volverá dúctil al comportamiento antisocial. Después, la falta de condiciones mínimas en la casa hará que pase la mayor parte del tiempo en la calle, con lo que la vivencia del barrio –generalmente en las mismas malas condiciones que su casa– le dará una determinada imagen de sí mismo. Rechazará todo lo que venga de fuera del barrio, empezando por las instituciones sociales, de las que generalmente no conocerá más que su carácter represivo. «A los barrios pobres, como las UVA, las chabolas, etcétera, no llegan más funcionarios que los policías y éstos ni siquiera son del barrio», dice Valverde. La imagen del padre, por otra parte, está muy diluida porque la familia no tiene sitio donde sentirse como tal. El padre es una persona que siempre está fuera, los hermanos mayores también; a veces (15 por ciento) son alcohólicos y todo ello aumenta el distanciamiento del hijo, dificulta la imagen de la autoridad ejercida desde un plano afectivo.

Por todo ello, el hecho de nacer en una chabola acerca al niño a la inadaptación, hasta el punto de que «más del noventa y cinco por ciento de los delincuentes de las cárceles pertenecen al *lumpen* proletariado, no al proletariado. Vallecas, por ejemplo, está más cerca de Chamberí que de El Pozo del Tío Raimundo, o más bien del poblado de La Celsa. Vivir un entorno degradado significa sobre todo para los jóvenes, percibir la diferencia». La diferencia con el estudiante que realiza allí una encuesta, con las señoras de Madrid (en este caso) que se acercan para «hacer caridad», con los policías que les detienen, con todo aquello que procede de una sociedad urbana en opulencia que le muestra cosas a las que no puede acceder.

Remodelar El Pozo

Hablar en Madrid de El Pozo del Tío Raimundo es hablar del barrio chabolista por excelencia, que fue capaz de crearse un espíritu muy distinto al que puedan sentir los que viven en otros barrios. La unidad, fomentada para conseguir sacar de su miseria a los habitantes y a su barrio, partía de una convivencia vecinal, casi de aldea. Ahora, las chabolas están siendo sustituidas por casas de pisos, bien fabricadas, en cuya construcción trabajan los parados del Pozo, que han creado comisiones en los bloques para vigilar la calidad de la construcción. Esto ocurre en cerca de treinta zonas chabolistas, pero en unas como en otras se irá perdiendo esa señal de identidad que une a la gente que vive horizontalmente. Cuando la aldea se convierta en barrio, sufrirán un cambio las relaciones humanas. José María Llanos, P. J. militante del PCE, comenzó hace veinticinco años a vivir



(2) Jesús Valverde, profesor de la Universidad de Somosaguas, presentó hace unos meses su tesis sobre la influencia del medio en la delincuencia juvenil.

(3) En 1956 se contabilizaron 28.284 chabolas en Tetuán-Peña Grande, Hortaleza-Chamartín, Yeguas, Vallecas, Villaverde y Carabanchel. En 1975, eran 58.748. (Fuente: Mieza y Revista Ciudad y Territorio 1978.)

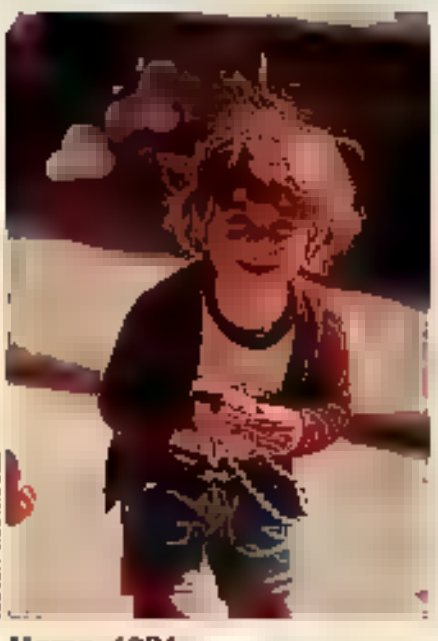
En la misma fecha, el 42,5 por ciento de los analfabetos no tiene agua corriente. De los que no tienen estudios el 81,2 por ciento.

En las zonas chabolistas, el 4,20 por ciento dispone de menos de 2,5 metros cuadrados y el 98,11 de menos de los diez metros considerados como imprescindibles. (Cartas, 1978.)

Enfermedades del cabeza de familia: mucha, 29,29 por ciento; mala, 4,78 por ciento.

RAMON RODRIGUEZ

«La ciudad de hoy es eminentemente contracultural, entre otras cosas por la gran variedad de roles que hemos de asumir.»



RAMON RODRIGUEZ

como ellos y a plantearse la forma de organizarse para mejorar el barrio. La Asociación de Vecinos actual se considera su discípula; juntos consiguieron traer la luz eléctrica, para lo que se creó una pequeña cooperativa única en Madrid, las acometidas de agua, el asfaltado de las calles, que se permitiera a los vecinos hacer obra, y hoy hacer realidad una obra social estatal bien hecha.

«Las barriadas tenían sus inconvenientes, pero también sus valores —dice Llanos—. Los inconvenientes eran espantosos, desde la policía que venía a desalojar a los chabolistas hasta las condiciones de vida. Cuenta como una vez convenció a los policías de que los terrenos pertenecían al Vaticano y de que se iba a crear un problema internacional si les echaban. «Cuando yo vine a compartir sus cosas, ellos trabajaban en la construcción, donde podían. La gente de aquí levantó con su esfuerzo la Ciudad Universitaria y después otras construcciones de las que concebía Don Francisco. Costó mucho poner esto en mínimas condiciones. Primero, en los años cincuenta llegó aquello de la beneficencia de las señoras de Madrid que venían a conseguir chachas y asistentas; luego, la leche de los americanos, las latas de queso. Después, las chicas no querían servir y empezaron las grandes peticiones de El Corte Inglés y otros. Pero las mujeres siguieron asistiendo para sacar la familia adelante. Y lo siguen haciendo, porque aquí donde hay tanto paro lo que no hay es paro del servicio doméstico; sube el coste, pero las señoras no pueden prescindir de la asistencia. Costó trabajo al principio que se impusiera el servir en otras casas, pero se hizo; y, claro, eso trajo no sólo dinero, sino también el cambio de la forma de vida, con lo que perdió mucho de lo característico del

barrio, su salsa. La aldea de antes tenía muchos valores de entrega, de ayuda. Aquí no había guarderías, pero unas a otras se cuidaban los niños. Tienen, a pesar de todo, valores, como el aguante enorme ante el paro que yo diría que es menor tolerado por las clases medias, pero ellos tienen un aguante, una dignidad, porque saben prescindir de todo si es necesario.»

En estos barrios la soledad no existe. La gente venía en grupos de la misma aldea, del mismo pueblo y se conocían todos. Algunos han empezado a volverse al pueblo, los que tenían casa. Y, allí con las gallinas y algo más se mantienen a veces mejor que aquí con el paro». No le gusta pensar en que el barrio pierda su vecindad, su humanidad, cuando se convierta en parte de la gran ciudad. «La vecindad es horizontal», repite.

La Asociación de Vecinos de El Pozo está luchando ya porque la gente no se desvincule por no perder la identidad que lograron durante los años difíciles, cuando les expropiaron o cuando les quitaron sus papeles de propiedad sobre sus minúsculas parcelitas o de cuando Valero Bermejo se paseaba en helicóptero prometiéndoles solucionarlo todo, mientras se les prohibía hacer obras para reparar sus chabolas. Esa identidad, amasada en el compañerismo, puede desaparecer cuando lo absorba la ciudad. Miguel Angel Pascual nos cuenta que han creado clubs deportivos para jóvenes, centros de reunión para ancianos («Aquí nadie manda a sus padres al asilo» dice Llanos) una pequeña zona industrial para los carpinteros, ebanistas y demás. Quizás consigan instalar una única tahona para los trece despachos de pan que tiene el barrio y crear una comunidad financiera para pagar juntos los nuevos pisos. Aunque no les gusta deshacer la vecindad ni la posibilidad de convertirse a su vez en potenciales especuladores de los pisos, no se podía negar a la gente esta mejora de la calidad de vida. Respecto a la posibilidad especulativa, Pascual insiste en que hay que conseguir que sea punible el vender una vivienda protegida: «No hay instrumentos legales para castigar la especulación de estas viviendas y el Ministerio ha concedido a algunos dos viviendas, lo que, claro, es aprovechado por los desaprensivos.

La ciudad contra el campo

La vida en la ciudad crea una relación extraña, porque no es natural que el hombre esté solo entre otros hombres. Sin embargo, la soledad en el campo es muy distinta: en ella el hombre está en un medio natural, dice Pinillos. «Nuestra especie tiene unas limitaciones, necesita un mínimo de relaciones afectivas, de espacio de maniobra, de margen de espontaneidad. En la Naturaleza hay una cierta unidad orgánica, horizonte para la mirada, aire puro, cantos de pájaros, rumor de lluvia y no ruidos de caxon». Para el ecologista Joaquín Araujo la especie está empeñada en olvidar sus orígenes que «no sé hasta qué punto nos están molestando. El mejor ejemplo de la agresión al medio natural es la ciudad: ahí está sintetizado todo lo que significa el desprecio del hombre actual por la Naturaleza».

Ciertamente, el hombre está enamorado de su propia evolución y se cree fácilmente desvinculado de sus orígenes, del reino animal. Le vuelve la espalda y agota sus recursos. «Para la masa de gente que vive en las ciudades hay que extraer materias primas y encontrar un sitio para las basuras que produce, contaminando el agua, el aire. Creo que no hay que dar cifras —añade Araujo— para ver cómo la ciudad es un parásito que vive de su entorno y no le devuelve nada». Los ecologistas son terminantes cuando hablan de las grandes urbes. Pedro Costa Morata, colaborador de TRIUNFO, afirma que el hecho de las ciudades mayores de medio millón de habitantes significa un desastre ecológico de una envergadura mayor que si se embarranca un petrolero o hay un terremoto; al fin y al cabo, estos son desastres ocasionales que la Naturaleza puede resolver mucho mejor que una contaminación constante. El hombre no sabe ya estar en el campo, sin un plan preconcebido, estar sin compañía, meditando, paseando; no sabe disfrutar porque —comenta Araujo— «hemos olvidado cuáles fueron nuestras condiciones de estabilidad, de inserción armónica con el medio medio y, casi casi diría que de tranquilidad y felicidad. Existen suficientes ejemplos en el mundo como para estar seguros de que no estamos logrando ni mucho menos un bienestar espiritual, ni siquiera material, a pesar de lo anclados que estamos en la consecución de bienes de consumo. Las únicas sociedades que viven de una forma armónica son las tribales, que están en medios naturales sin degradar».

En su libro sobre los animales (4) plantea una crítica a la sociedad urbana desde el punto de vista de los flamencos, que también son gregarios y viven en espacios minúsculos. Pero el hombre ha llegado a vivir sin disponer de un determinado espacio donde encontrarse consigo mismo y con la Naturaleza. De ella venimos, a ella iremos y en ella nunca se siente angustia. «Yo he estado meses y semanas sin compañía y nunca me han inquietado los animales ni los

(4) Joaquín Araujo ha publicado en diciembre de 1980 su libro «Todavía viven» (Editorial Urbión), en el que los animales de las distintas especies critican la forma de vida del hombre urbano.

El ciudadano debería evolucionar hacia unas perspectivas ecológicas, de respeto al medio ambiente.

Las zonas chabolistas, aparte de sus grandes inconvenientes, tenían su salsa.

[illegible] en un taxi [illegible] he sentido angustia en un vagón de metro. No entiendo la vida sin relación con los animales y las plantas». Araujo termina comentando los estudios sociológicos que hablan de las tres generaciones consecutivas de Nueva York que no han conocido más naturaleza que Central Park.

La enfermedad de ciudadano

Hemos hablado de gregarismo, falta de capacidad para internalizar las vivencias en el delincuente o en el futuro delincuente. Hemos hablado de impunidad, de falta de relaciones afectivas, de viviendas incómodas. Podemos hablar ahora, con Pinillos, de la desinformación ciudadana por culpa de la sobre carga de noticias. El ser urbanos nos está convirtiendo en una especie de pequeños monstruos peleando por las ventanillas de los coches. «La principal enfermedad mental urbana es el mal humor; le siguen las enfermedades sicosomáticas, úlceras, enfermedades de tipo vascular, respiratorias, un tipo de asma con gran componente sicológico que tiene una [illegible] bastante marcada (aparte de las razones ambientales de tipo material, como la contaminación); otra enfermedad sería la gran irritabilidad y por otro lado una apatía casi patológica por la convicción que tiene el hombre de no poder remediar nada. Por las rendijas del sistema, el individuo intentará solucionar sus propios problemas, despreocupándose por la vida común. Si hay un accidente de tráfico que se ocupe el que venga detrás, o los guardias, quien sea, menos yo.» Este mismo desánimo lo advierte Costa Morata en el movimiento ciudadano de un tiempo a esta parte. En los últimos años de la dictadura, el movimiento ciudadano tenía un gran poder de convocatoria que todos recordamos, adornado de ciertos logros que, quizá como dice M. A. Pascual hablando concretamente de los problemas de El Pozo, facilitaban los funcionarios municipales en un [illegible] de [illegible] con el futuro. Ahora, la mayoría de los líderes ocupan puestos oficiales y tienen las manos atadas por la multiplicidad de compromisos, por la herencia de deudas, por el lastre de un funcionariado excesivamente burocrático. De cualquier forma, para Costa Morata «el movimiento ciudadano necesitaba evolucionar hacia perspectivas más amplias, más ecológicas, hacia la mejora de la calidad de vida, que brilla por su ausencia. Pero eso sería un planteamiento revolucionario, como todos los ecologistas por lo menos en primera instancia y sigue siendo necesario un factor de verdadero cambio ajeno al aparato burocrático convencional».

En cuanto a la influencia de espacio en la inadaptación social, el profesor Valverde insiste en los años [illegible] en [illegible] de [illegible] las escuelas con la inhibición de los padres, explotados laboralmente en la infancia y desvinculados personal o grupalmente del entorno familiar. Todo lo que hace a los jóvenes vivir el barrio como algo diferente del resto de la ciudad, como una asimilación inconsciente y no política de «clase». Por ello rechazan lo que viene de fuera, lo que es importante sobre todo en la fase evolutiva del adolescente. La importancia de las malas condiciones ambientales es tan decisiva que merece un estudio detallado, con vistas a la recuperación de los inadaptados. Como dice Valverde, ningún chaval se levanta pensando «voy a robar un coche», porque todo ello es consecuencia de un proceso de desestructuración social; la personal vendrá después, cuando intervengan las instituciones reeducativas. «Hablar de anormalización del delincuente es en realidad un efecto carcelario la mayoría de las veces. Los procedimientos judiciales no afrontan el problema de la readaptación, porque no actúan en el medio».

La rueda económica que uniforma

La ciudad ha aportado un material nuevo para el comercio: el suelo. La especulación consigue efectos tales como la despoblación del centro, (6), el traslado de las clases acomodadas de unas zonas consideradas como privilegiadas a otras que pasan a serlo, rodear la ciudad de un lejano cinturón urbano sin equipamiento (ciudades dormitorio). Esta última modalidad de vivienda proporciona antes y después de la jornada de trabajo un «stress» extra a sus felices moradores. «Un agotamiento que sólo se da en las ciudades y que —según dice Araujo— no sólo afecta a las personas, sino también a los animales, como lo demuestra el aumento de suicidios de perros en las ciudades. Se calcula que Lima será, según la progresión demográfica, una ciudad de cincuenta millones de habitantes a final de siglo y que en el Tercer Mundo habrá unos treinta nuevayorks. En estas macro ciudades la identidad individual se pierde entre ser un objeto más o un potencial consumidor, nunca llegará a ser alguien que piense por su cuenta.» Para Costa Morata, el hombre realiza un papel bastante secundario en la ciudad, ya no es el ciudadano griego de la *polis* (formada idealmente por 4.521 habitantes), se convierte en un ser disgregado y negativo. Parece que las actuales gerencias municipales tienen la culpa de que ya no se participe como hace unos años. Las torres de diez pisos son el paradigma de nuestra sociedad pero los que las construyen suelen vivir en chalets en los que tampoco se crean vínculos de vecinos. Como en esas aberraciones de fin de semana, en la sierra o en la playa, donde tampoco hay más relación. Hay quien considera que los chalets tiene su lado positivo, porque dan

LA CIUDAD

árboles y plantas a lugares secos. Pero el árbol no es un valor ecológico absoluto. La Naturaleza hay que respetarla.

Los 4.521 habitantes de Planton

La ciudad debería tener lugares para pasear, controlar su crecimiento, debería potenciarse el campo y la pequeña ciudad. Habría que plantearse la necesidad de parques con una extensión mínima de cien hectáreas, según Costa Morata. Por otro lado, las ciudades nuevas como Tres Cantos, tampoco sirven como solución. De hecho, los ejemplos de nuevas ciudades han dado muy poco resultado, porque lo que hace a una ciudad habitable son las relaciones mantenidas durante siglos, su mezcla de épocas, que los servicios sean realmente mejores que en el campo, pero no a costa de distanciar a los habitantes.

«Es posible –dice Pinillos– que la especie evolucione hasta crear un órgano que la haga compatible con la contaminación, pero el hombre actual perecerá en ello. La ciudad de hoy es eminentemente contracultural, es la contracultura en sí, entre otras cosas por los miles de roles que tenemos que asumir sin que el rol de hombre pueda llegar a su plenitud. Tampoco es que haya que sublimar al campesino, pero su cultura tiene más peso, está menos informada, pero está más cerca de la vida. Aquí en la ciudad, el hombre no se aburre nunca, pero no reposa. Todo el mundo va a algún sitio con mucha prisa. Y masa por velocidad da energía, una enorme energía de gente que no sabe a donde va. El resultado es que creamos neuróticos y luego les curamos. Mejor sería no crearlos.»

Pero para ello sería necesario disuadir a la gente de vivir en grandes ciudades. Para Araujo serían ciudades con diez mil habitantes como máximo. Para Costa Morata habría que detener el crecimiento en las que alcanzan el medio millón de habitantes. Para el sicólogo serán las condiciones de vida mínimas en que puede desarrollarse el ser humano. Para todos en fin, parafraseando a Luis Lacasa (5), se trata de pensar en cambiar el régimen económico-social, que vuelve a la ciudad contra el hombre. ■ **C.F.R. (Fotos: Ramón Rodrigues)**

(5) «Luis Lacasa, escritos (1922-1931)». (COAM).

El barrio de San Blas, en Madrid: viviendas de 25 y 32 metros cuadrados que se construyeron mal y hoy algunos bloques se caen literalmente a pedazos.

ORDENAR LA URBE

CRISTINA RUBIO

EN el año 2000, el 80 por ciento de la población mundial vivirá en ciudades, cifra que ya se ha alcanzado y superado en muchos de los países occidentales: en Bélgica, por ejemplo, un 94 por ciento de su población (1) lo componen ciudadanos. La realidad es que la mayoría de la gente vive actualmente en las ciudades, que existe un comportamiento auténticamente urbano y que hoy no es fácil concebir modernización sin urbanización.

El alud de gentes hacia las urbes que provoca esa compleja serie de acontecimientos que se ha llamado la revolución industrial genera el crecimiento anárquico de las mismas –Mancheater entre 1760 y 1850 multiplicó por 100 el número de sus habitantes– Las ciudades, indefensas ante el fenómeno, ven cómo fábricas, estaciones de ferrocarril, almacenes, se hacen dueños del suelo urbano y suburbano y a su lado van surgiendo los barrios obreros donde se hacina la mano de obra necesaria para que funcione el engranaje industrial.

En las ciudades que se forman antes de la industrialización las jerarquías están claras, los papeles del hombre en la sociedad y, por lo tanto, su repercusión espacial en la ciudad estaban relativamente ordenados. Con la ciudad industrial se llega a una homogeneización de clases que da lugar al malestar social. El ciudadano medio se ve envuelto en un amplio espectro de problemas que van desde la escasez e inadecuación de la vivienda, a la contaminación del medio ambiente urbano, la congestión del tráfico, la escasez y carestía del transporte, las grandes distancias que separan las viviendas de los centros de trabajo y la falta de equipamientos sociales.

El crecimiento urbano ha dado vida a una nueva sociedad cuyos esquemas de convivencia y planteamientos políticos han variado sustancialmente con respecto a la sociedad semi-urbana o rural de décadas atrás.

Ante esta situación surgen, a partir de la segunda mitad del pasado siglo, los primeros intentos de ordenar las urbes: desde la ciudad-jardín de Ebenezer Howard, un intento de descongestión urbana basado en la creación de pequeñas ciudades con una población limitada (en torno a los 30.000 habitantes), totalmente independientes y articuladas por medio de una

(1) Los datos de concentración urbana proceden del último «Anuario demográfico», publicado por las Naciones Unidas en 1978. Curiosamente, en esta tabla existen datos de casi todos los países del mundo –excluido Burundi donde el porcentaje de población urbana es del 2 por ciento–, y, sin embargo, no figura España que no ha podido, al parecer, suministrar este tipo de estadística.

red de ferrocarriles; a, más adelante, la «Ciudad radiante» de Le Corbusier –el hombre que mas ha influido en el aspecto físico que tienen nuestras ciudades en la actualidad–, modelo apoyado en la gran concentración urbana, y la «Broadacre» de Frank Lloyd Wright, un híbrido entre campo y ciudad, vemos que los creadores de las ciudades del futuro se han basado siempre a realizar su trabajo en motivos estéticos, funcionalistas, válidos para solucionar problemas de tráfico –el caballo de batalla de los urbanistas de principios de siglo– «pero no se han detenido a analizar los aspectos económicos, sociales y políticos, pensando que la revolución del suelo en las áreas centrales de Madrid y Barcelona repercute en un porcentaje situado entre el 50 y el 60 por ciento en el precio de las viviendas, cuando en Alemania esta repercusión es de un 12 por ciento, en Holanda, del 17 por ciento; y en Inglaterra se sitúa entre el 15 y el 30 por ciento. La falta de legislación unida al elevado precio del suelo provocan que la densidad de nuestras ciudades duplique la de las francesas o italianas e, incluso, sea tres veces mayor que las de Centroeuropa y Norteamérica. Se puede decir que en España no se ha ejercido durante años ningún control urbanístico. El mercado español ha sido un mercado liberal planeado y esa planificación urbana se ha convertido en una barrera porque ha creado una enorme maraña de compromisos.

Recuperar, reinventar el paisaje urbano es una meta de los urbanistas. En la foto, ejemplo de Barcelona.

saturación del ambiente material traería como consecuencia el nacimiento de instituciones idóneas para su gobierno» (2). Desde medidas eminentemente urbanísticas, puramente físicas, espaciales, es difícil resolver los problemas sociales.

El urbanismo va en nuestros días encaminado ante todo a tratar los problemas humanos en el medio urbano. El hombre debe ser entonces medida-patrón de las soluciones que se planteen. La planificación del espacio, el urbanismo en suma, tiene que estudiar los aspectos que conforman la vida urbana y que pueden influir no sólo en la comodidad del hábitat, sino también, y fundamentalmente, en el comportamiento colectivo de los ciudadanos.

Urbanismo en España

En España, el desarrollo urbano se ha venido realizando con una perspectiva localista, sin visión de conjunto de los problemas. Ha existido una anarquía espacial y temporal en el crecimiento de las ciudades y una falta de coordinación entre los organos competentes en la materia. Por otra parte, en opinión del arquitecto-urbanista, Francisco F. Longoria, consultado por Triunfo para la realización de este trabajo, «del plusvalor producido por la rápida transformación de suelos rústicos en urbanos es de donde proceden gran parte de los males de nuestras urbes, en grado infinitamente superior al de otros sistemas en donde el mercado ha sido incluso más liberal». En la urbanización de esos países ha existido una mayor información, y una mayor exigencia en el cumplimiento de ciertos estándares mínimos de densidad, equipamientos sanitarios, escuelas, zonas verdes y deportivas, etc., establecidos en las leyes, y este tipo de legislación no ha existido en nuestro país. La consecuencia inmediata es que el precio del suelo en las áreas centrales de Madrid y Barcelona repercute en un porcentaje situado entre el 50 y el 60 por ciento en el precio de las viviendas, cuando en Alemania esta repercusión es de un 12 por ciento, en Holanda, del 17 por ciento; y en Inglaterra se sitúa entre el 15 y el 30 por ciento. La falta de legislación unida al elevado precio del suelo provocan que la densidad de nuestras ciudades duplique la de las francesas o italianas e, incluso, sea tres veces mayor que las de Centroeuropa y Norteamérica. Se puede decir que en España no se ha ejercido durante años ningún control urbanístico. El mercado español ha sido un mercado liberal planeado y esa planificación urbana se ha convertido en una barrera porque ha creado una enorme maraña de compromisos.

La necesidad de alojar a miles de familias que procedentes del medio rural acceden a la ciudad de un modo casi inesperado, trae consigo la aparición del suburbio clásico y, posteriormente, de las ciudades dormitorios, a las que llegan también gentes desde el centro de la ciudad, obligadas en muchos casos a abandonar estas zonas centricas porque el barrio donde habían vivido hasta ese momento se ha convertido en una zona comercial o en zona residencial de lujo. Los nuevos barrios suburbanos son grandes en general, escasamente deficientes y la falta de transportes, a la que acompaña la casi ausencia de servicios, radica, por una parte, su aislamiento respecto a la ciudad y, por otra parte, una total y absoluta dependencia de la ciudad, de ordinario alejada, a la que la población tiene que ir para comprar, trabajar, estudiar, etc..

El diseño de la ciudad

El crecimiento de la ciudad hacia la periferia, la construcción de esos grandes barrios residenciales, de polígonos industriales aislados, lleva aparejado el abandono del centro y su paulatina degradación. Las reformas que se efectúan en el área central de las urbes son siempre soluciones de circunstancias que perjudican las estructuras existentes. En resumen, se destruye lo que constituye el mayor aliciente del paisaje urbano. «La transformación paulatina de nuestras ciudades históricas esta suponiendo la desaparición tanto de las viviendas populares del centro como de aquellos elementos que caracterizan a cada ciudad» (3).

Los responsables de la planificación de las ciudades españolas empiezan a poner freno a estas transformaciones

(2) Fernando Chueca Goitia. «Breve historia del Urbanismo». Alianza Editorial.

(3) Alfonso Alvarez Mora y Fernando Roch «Los centros urbanos». Edit. Nuestra Cultura.

Así, el Ayuntamiento de Madrid tiene en proyecto la formación de una empresa municipal de viviendas que va a funcionar pronto y cuya primera meta es la reconstrucción de 400 viviendas en el centro de la capital de España. En opinión de Ramón Tamames, primer teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid, «Se debe dedicar un gran esfuerzo a la rehabilitación del centro de la ciudad, e, incluso, de los distritos periféricos: es mucho mejor conservar el parque de viviendas existente que no lanzarse a grandes operaciones de nuevas viviendas. Eso es un trabajo muy costoso; urbanísticamente, impresentable; y, socialmente, lamentable. Los barrios tienen que estar relativamente mezclados para evitar lo que se podría llamar ghetos sociales y ghetos de actividades. Una ciudad tienen que estar permanentemente en funcionamiento. Las zonas de una ciudad que a una determinada hora se desrizan se convierten en inutilizables y, a partir de ese momento, como no hay gente, pueden llegar a ser peligrosas».

El día 8 de febrero dos mil vecinos madrileños de los céntricos barrios de Lavapiés y Malasaña se manifestaban en la Plaza Mayor al ver cómo la Administración central pone en peligro la realización del Plan Especial del Ayuntamiento de Madrid que evita la demolición de sus casas –trescientas viviendas declaradas en ruinas–, en un primer intento de rehabilitar el casco antiguo de la capital, proyecto en el cual se van a invertir este año 250 millones de pesetas del presupuesto municipal.

Francisco F. Longoria, hace también hincapié en este tema: «La gente se asocia con su ciudad, se identifica con ella en tanto en cuanto le gusta y se siente integrada en su aspecto físico. El paisaje urbano es importante y el diseño de una ciudad adquiere entonces una dimensión de cultura que es incluso vanguardista. La reinvención de la ciudad históricamente heredada con una nueva visión, con una nueva manera de revitalizar los usos de la ciudad degradada que nos ha llegado, es una de las grandes oportunidades que se ofrecen al urbanista.

De la misma manera que se habla de la ciudad gótica, y de la ciudad barroca, se tendrá que hablar de la ciudad posindustrial –que es en la que estamos entrando– como una ciudad caracterizada por la diferenciación de sus clases sociales, por una enorme diversidad de espacios, de actitudes, de maneras de vivir y, ante ella, creo que debemos ser fundamentalmente constructivos y positivos». ■ C. R.

Boceto para un laberinto

MANUEL VICENT

ALGUNOS ciudadanos de Nueva York, al regresar de sus vacaciones en Florida, se llevan a casa como recuerdo un pequeño cocodrilo. Es el detalle inocente del perfecto turista. Pero tampoco es necesario viajar a Miami para darse ese placer subtropical. En Norteamérica existen compañías que le mandan un caimán contra reembolso o le ponen a pie de ascensor una jirafa o un caníbal domesticado con el único requisito de que expreses tus señas con letras mayúsculas. En Nueva York está de moda criar cocodrilos en la bañera, es el último capricho que impera en Babilonia. Estos saurios de criadero chapotean con mucha ternura en agua de grifo con sabor a cloro en el piso 74 de cualquier rascacielos, las amas de casa les compran hamburguesas vitaminadas en el supermercado de la esquina y cuando luce el sol sobre la ciudad los sacan a la terraza dentro de una canastilla de bebé. Después de todo Nueva York no es un conglomerado tan brutal. Allí muchas mujeres acunan en su regazo y cantan nanas a cocodrilos de medio metro.

Pero pasa una cosa terrible. Que el amor a los cocodrilos tampoco es eterno. Sucede a menudo que sus propietarios se cansan muy pronto de esta novedad exótica. Los ven flotar

con el párpado enternado en la bañera durante una semana, dan un cóctel en su honor para presentarlos a los amigos, dejan que los niños los acaricien un poco y un buen día, aburridos del juguete o alarmados porque la fiera va engordando demasiado y puede de un bocado llevarse una mano por delante, deciden deshacerse de este recuerdo de Miami. La colocan amorosamente en la taza del retrete y tiran de la cadena. El pequeño cocodrilo baja despeñado por el desagüe dándose coces contra las paredes de la tubería, atraviesa apartamentos, oficinas, salones, vestíbulos, sótanos y por fin, muerto o vivo, aterriza de un panzazo en la cloaca más profunda de la clase. Después de algunos años en las herméticas alcantarillas de Nueva York que están a cien metros bajo el nivel de la joyería Tiffany's, se ha desarrollado una colonia de cocodrilos blancos y ciegos navegando en la cerrada oscuridad de los excrementos ciudadanos. Lechosos e invidentes, con media cabeza soñadora fuera del cieno, miles de caimanes se reproducen en las raíces de la gran urbe. Es maravilloso. Un centenar de brujas más arriba, sobre la vertical de esta escena, M. Fontaine baila el Lago de los Cisnes.

La ciudad es un espacio mental que está entre la pantorrilla de Margot Fonteyn y las oscuras escenas de unos cuerpos blancos y ciegos, de cuatro metros de longitud, inflados de detritus, que crecen en la terminal de los pozos. Se trata de un equilibrio inestable. En medio hay túneles de cemento llenos de mendigos violinistas, patinadores con auriculares en los tímpanos, negros ataviados como aves del paraíso, intelectuales con hojarasca abrazados a una bolsa de papel repleta de botellas de ginebra, vallas publicitarias que exhiben rostros de héroes junto a la imagen de tu salchicha preferida, trenes cargados de ajetreadas que se deslizan sobre los lomos de los cocodrilos. La ciudad es un espacio mental donde el hombre ha perdido el olfato. En este sentido un primo carnal del ser humano, el gorila Dolfhus del zoológico de Nueva York, dio recientemente una gran lección de sensibilidad. Dentro del jaulón de gordas hembras, Dolfhus se ponía muy nervioso sólo cuando pasaban cuatro mujeres. En inocente Dolfhus dejaba que las visitantes se acercaran e incluso por cuatro cacahuetes acariciaba el flequillo de los niños. Pero a veces entraba en el radio de su mirada cualquier señorita indeterminada y de pronto el gorila amigo comenzaba a berrear dando furiosas zarpazas en el aire hacia ella para conseguir que fuera su novia. Tuvieron que aislarlo en una cámara de cristal, porque Dolfhus delataba a las señoras que estaban en celo.

La ciudad es un espacio mental donde el hombre ha perdido la inocencia y el olfato, pero no la punitería. Ese equilibrio inestable de mendigos violinistas, intelectuales alcohólicos y negros iluminados como colas de pavo real puede romperse en el cerebro de cualquier superviviente anónimo que habite una ratonera en el piso 42 de cualquier rascacielos ahumado. Es una mañana radiante de primavera. La calle está llena de carteles, coches, tiendas abiertas y alegres viandantes que acuden al trabajo silbando una balada. Pero de repente a las once en punto al ciudadano innominado de la ratonera del piso 42, le da un ataque de lucidez y acaba convirtiéndose en dios antes de que llegue mediodía. Mira por la ventana la calzada atascada por furgonetas de reparto, la frutería con piñas suspendidas de un hilo en el dintel, la tienda de licores, la hucvería de azulejos, la pequeña mierda que ha contemplado durante una década de soledad multitudinaria. Se va a la alcoba y coge la escopeta de caza que está plantada detrás del abrigo en el armario ropero. Se cruza el pecho con la canana y de vuelta por el pasillo va cargando el arma con cartuchos del siete. Abre de par en par una ventana con buen campo de tiro, apoya los codos en el alféizar y suelta un ciego disparo de aviso que da en los cristales de la fachada de enfrente donde hay una oficina y se ajetrean sombras de mecanógrafas. Desde allá arriba este dios no percibe nada. El primer escopetazo no ha cambiado la mediocridad del paisaje. Enfila los cañones hacia la frutería, aprieta el gatillo y ve con sumo placer como saltan las piñas colgadas y se desploman cuatro bultos sobre la acera. Entonces carga otra vez el instrumento y comienza a disparar a voleo contra todo lo que se mueve: los coches, los peatones, el guardia urbano, los nuevos ciclistas, los tipos del footing. Al instante se produce la desbandada. El héroe se queda muy pronto en blanco, frente al espacio mental desierto, la calle vacía, la circulación parada, un silencio helado allá abajo y el equilibrio roto.

La perspicacia de los gorilas en el zoológico, las aladas pantorrillas de Margot Fonteyn, las bolsas de cocodrilos ciegos de las alcantarillas, la locura anónima en la cúspide de un rascacielos son los puntos cardinales que orientan a los nuevos turistas en la ciudad. ■ M. V.

Lo natural es volar.

Si usted va para arriba, lo natural es volar. Y si usted quiere llegar lejos, nosotros vamos con usted.

A donde quiera que usted vaya. Cada dos minutos un avión de Iberia despega o aterriza en algún aeropuerto del mundo.

Hoy la vida transcurre volando. No deje que se le escape.

IBERIA
LINEAS AEREAS INTERNACIONALES DE ESPAÑA

Usa tus alas

LA BOMBA

CRISTINA PERI ROSSI

CUANDO la conversación decae todos hablan de la bomba. En [illegible] sos vuelven a llenarse. Helena considera poco oportuno buscar empleo: la bomba estallará en cualquier momento, sin anunciarse, y sería un ridículo que la sorprendiera mientras pasa en limpio una carta de negocios o prueba un abrigo «una señora, en el vestuario del gran almacén». Horacio enciende un cigarrillo y dice que emprenderá un viaje: prefiere que la bomba le sorprenda en la autopista, [illegible] claustrofobia. La bomba estallará (no importa si hoy o mañana, si dentro de [illegible] de un año), con estrépito de calles y de rascacielos, deflagrará las casas y los árboles, sublevará los ríos y los malecones saltarán, hechos pedazos, alzándose hasta el cielo como menudos trofeos. Y todo para que, murmura Celina, melancólicamente. Frente a ello es intrascendente conje[illegible] alguien del Este, si alguien del Oeste [illegible] César imperterrito.

Como el hormiguero que destruimos de pequeñas [illegible] Entonces hubo una gran confusión de hormigas. Algunas murieron aplastadas entre horribles dolores, otras fueron amputadas; las que se salvaron quedaron desvalidas, corrían sin rumbo, sin lugar donde regresar, otras deambulaban, extraviadas, iban y venían, y el depredador las miraba, con curiosidad superficial. Cuando se cansó de contemplar, tiró el palo lejos [illegible]

Pablo y Francisca dejan de hojear el libro (los amores de Lancelote y la reina Ginebra) y miran por la ventana: nadie sabe cuándo será que la rosada luz del atardecer (y gris) domine por última vez los delicados [illegible]

Durante mucho tiempo, la bomba fue una metáfora, como el diluvio. Era una bomba esférica, no muy pesada, algunos imaginaban que podía llevarse en el bolsillo: era una bomba en singular, redonda y portátil, que asustaba a los niños. Con esta nos acostumbramos a convivir dócilmente y cuando se multiplicó (cuando hasta un hombre de paisano era capaz de construirla con sus intrumentos de *bricolage*) se convirtió en un objeto más, familiar y cotidiano. Se dejó, entonces, de hablar acerca de ella. Poca gente sabe hablar de los objetos que le rodean: la frecuencia de la mirada puede compararse a la ceguera.

La nueva bomba, en cambio, es infinitamente más perfecta, su poder de destrucción infinito, aunque no incalculable. Para calcular esta destrucción infinita, los asesores militares apelan al sistema inventado en 1903 por el profesor de la Universidad de Stanford, Georg Ferdinand Ludwig Philipp Cantor. Este descubrió que cualquier conjunto infinito de cosas (como por ejemplo la destrucción de hombres y ciudades) puede contarse atribuyendo a este conjunto infinito el número cardinal aleph zero (xe). De este modo los asesores militares pudieron rebatir uno de los argumentos más importantes de los opositores de la nueva bomba: el de su incalculable poder de destrucción. En efecto, según el sistema de Cantor, el poder de destrucción de la nueva bomba sería infinito, pero no incalculable. El per[illegible] destrozó el otro argumento de los detractores de la nueva bomba: los daños materiales incomensurables. Además de tratarse de una imprecisión (éstos también podrían ser calculados según el método del aleph zero de Cantor) es una falsedad: la bomba de neutrones sólo destruirá a los individuos [illegible] más que los automóviles, las fábricas o los sintéticos, a lo sumo. Según una serie de rigurosos planos que circulan en las mesas de los asesores militares, las radiaciones penetran a través de los muros de los edificios, de las paredes de las casas, de los techos y azoteas, de las ventanas blindadas: nadie queda oculto. Las radiaciones persiguen a los ciudadanos en el retrete, dentro del ropero y debajo de la cama, en los sótanos y detrás de las columnas. En cambio (y esta es la mayor ventaja de la bomba de neutrones) no produce daños en los edificios: las suntuosas residencias permanecen en pie, los bancos, la bolsa, las autopistas, las playas de estacionamiento. Es una destrucción selectiva, llena de precisión: conserva las plantas, los semáforos, los automóviles, sólo destruye a los hombres. Una ventaja adicional de la bomba de neutrones es que causa poca radiactividad, por lo cual las tropas pueden desplazarse de inmediato a la zona bombardeada (provistos de máscaras y de oxígeno) para exterminar eficazmente a los escasos sobrevivientes. Las bombas de neutrones no son, sin embargo, mastodónticas y pesadas; por el contrario, se pueden transportar con relativa comodidad y es más: son muy fáciles de disparar, con la misma precisión de un proyectil de artillería o un misil. Las ciudades quedarán intactas, aunque vacías, es cierto, pero ¿quién puede resistir el encanto de una vieja ciudad —Venecia, por ejemplo, o Brescia— con sus palacios dorados reflejándose en el agua, o sus catedrales de piedra elevándose al cielo, silenciosas, deshabitadas, limpias y sin aglomeraciones? Por otra parte, La Biblia anunció la purificación por el fuego, y como todo el mundo sabe los asesores militares son muy cristianos. ■

LA CHICA DE LA PORTERA

Su imagen es tan clara, su rostro de Virgen canalla de Murillo es tan transparente, que el intentar un viaje al fin de la noche femenina de esta mujer parece prometernos un obvio estar de vuelta antes de haber salido de ida. Pero, a fuer de quedar ensayistas, practicaremos una máxima que viene funcionando desde Heráclito de Efeso a d'Ors: «Oscurezcámoslo». Se lo decía yo hace poco a Rubert de Ventós, que vino a casa, generosamente, a elogiarme mis artículos y, de paso, algún libro mío como «Los amores diurnos», del que se confiesa profeta: «Mira, Rubert, yo, en los artículos, procuro partir de una idea menor, mía, leve, subjetiva, para luego ir enriqueciéndola, porque el artículo es todo lo contrario del ensayo, aunque muchos se confundan a diario de género. El artículo cristaliza en torno a una brizna de actualidad como la ramita de Stendhal arrojada a una mina de sal.» El oscurecimiento no es adorno literario, sino la literatura misma. Es oscuro el que no sabe ser claro y teme, con claridad, quedarse en bolas. Pero oscurece literariamente el que sabe que la literatura no es sino una de las artes plásticas. Ana, empero, es clara.

Descodificación de ANA BELEN

FRANCISCO UMBRAL

Ana, si en la ventana...
(cantable)

La laicísima trinidad de Ana Belén es así, claro: chica-de-la-portera (hija del bajomadrid, es lo mismo), artista famosa, militante política.

La chica de la portera, que va a colegios y los aprovecha, que estudia con Narros en aquel estudio de Basquillo, que moltura su belleza adolescente al sol de la piscina Castilla, que es lanzada como una Marisol morena y madriles en «Zampo y yo» —Tengo la película entera, Paco, si queréis un día os la echo—, se va a diferenciar luego del personal en que nunca será pueblo asimilado, pueblo desclasado, como todas las folklóricas y todos los toreros, sino que, queriendo compensar intuitivamente la absorción de su genealogía popular por las élites recreativas, elige una militancia política de izquierdas. No digo que sólo por eso, pero también por eso.

Cuando la cultura, el living theatre, Marx, la expresión corporal, la canción/protesta, Nicolás Guillén, «Sabor a miel» y todo eso ha pasado por ella, Ana se salva muy naturalmente (siempre sin proclamas) de esa otra *cosificación:* ni la aristocracia del *Hola* ni la aristocracia de la cultura. La chica de la portera sigue funcionando en ella en cuanto pone ojitos, se asusta de un chiste chirmoso que le cuento, bosteza o se estira deliciosamente delante de los invitados, porque tiene sueño. Quizá se estira para indicar que nos vayamos, pero yo me quedo para verla estirarse otra vez.

El yo cultural y el yo

Sabremos el yo residual.
Rubert de Ventós

Precisamente, la dialéctica en que consiste hoy la personalidad (e incluso la persona) de Ana Belén, haga lo que haga, es la dialéctica *yo cultural/yo natural.* Quizá fracasó como niña prodigio *(Zampo)* porque iba a ser siempre un prodigio de niña. Todo lo que sabe, todo lo que sigue aprendiendo sobre interpretación y manera de estar en un escenario o un plató, no llega a estofarla como una mujer-objeto cultural, cual a tantas otras (por ejemplo ilustre, Nuria Espert), sino que en Ana sigue viva la niña que jugaba en Mesón de Paredes, y eso no contradice lo otro, sino que naturalmente lo potencia, lo enriquece, lo legitima. El yo residual de la niña bajomadrileña emite más signos en escena, cante Ana o interprete, que el yo cultural, como dice Deleuze que el idilio de una criada y un soldado es más rico en signos que el de dos intelectuales (incluso suponiendo que los intelectuales sean de distinto sexo).

Se ha reprochado repetidamente a los actores españoles el que son intuitivos, subjetivos, personales, el que son poco científicos. Si el actor es malo, no le va a salvar Stanislawski, y si es bueno, sobra Stanislawski.

Antropofagia y mass/media

Oscurezcámoslo.
d'Ors

Marcel Proust iba a ver a Sarah Bernardht o a la Berma, no a la heroína postromántica e insoportable que interpretaban. Iba a consumir una persona, una personalidad, a ejercitar su antropofagia cultural de adolescente. José Bódalo emite más signos que Robert Redford, qué le vamos a hacer. Redford emite acciones de Banco.

La antropofagia cultural de los públicos, que ha existido siempre, se potencia en nuestro tiempo con los mass/media. El cadáver exquisito a consumir —Sha de Persia, Onassis,

Jacqueline, Sonaya, el Cordobés, Miguel Bosé, Ana Belén– se aparecen más veces ante nosotros y *más cerca*.

Más cerca, no sólo porque la televisión, el cine, el happening y las revistas de famosos nos acerquen a nuestros idolos/maniquíes, sino más cerca porque ya lo sabemos todo de ellos, o necesitamos saberlo. A Buster Keaton le tenía prohibido Hollywood sonreír, bajo contrato. Las primeras estrellas del cine no podían tener vida privada para las revistas. Aparecer en familia y con un hijo hubiera sido hornera en los felices veinte (yo creo que lo sigue siendo).

Hoy, por el contrario, «la sociedad transparente» que sueña mi querido Salvador Pániker, se ha hecho transparente, sobre todo, en estas figuras del espectáculo o la cultura, porque aquí se transparentan siempre los mismos. Los políticos, por ejemplo, siguen siendo opacos.

Y ahora es cuando viene bien el «oscurezcámoslo» dorsiano, no sólo en el primer sentido de enriquecer un texto, sino en este otro sentido de que una figura pública debe oscurecer un poco su imagen, tejer una penumbra, hilar un misterio en torno a sí, como sistema defensivo. La voracidad de los mass/media, o del público servido por ellos, quiere canibalizar a sus personajes como si fueran un complejo vitamínico, pues, naturalmente, sospechan en el famoso mayores contenidos de vitaminas, de imaginación, de oportunidad, de vida y hasta de muerte, que en ellos mismos, en sus vidas sombrías y barojianas, en sus tragedias de la vida vulgar.

La vigencia de un mito es contraria a su transparencia, y por eso Ana Belén, mujer transparente, cristal femenino atravesado por el rayo de luz de la actualidad, que ni la rompa ni la mancha, pudiera parecer la virgen de la tribu que va a ser devorada en primer lugar. Pero aquí se produce el movimiento dialéctico que he insinuado: la *chica-de-la-portera* no se ha convertido en la caricatura de sí misma o en la caricatura de una región –Lola Flores/Andalucía– gracias a que un fondo menestral de Mesón de Paredes viene a corregir-contradecir la transparencia del mito. De la contradicción nace la duda y de la duda la ambigüedad. ¿Por qué, si es joven, bella, artista, triunfadora, seguramente feliz, milita en un partido de izquierdas? No nos importa aquí esa militancia políticamente, sino sociológicamente. Esa militancia o la simple impronta *chica-de-la-portera*, rompen el esquema, hacen legible el mito y, por lo tanto, más difícil su digestión.

Oscurezcámoslo.

Ana Belén ha pasado, como todos sabemos, por largos estudios dentro

Descodificación de ANA BELEN

de su oficio, y por precoces experiencias. Si es hoy Ana Belén, ello no me parece consecuencia de la actuación cultural, ni tampoco de la supuestamente erguida de su personalidad u origen (tan evidente), sino que precisamente llamamos *Ana Belén* al delicado equilibrio cultura/bajo pueblo.

La cómica

A «lo que se dice», llamaron los griegos «fama».

Ortega

Lo que se dice de ella es que es bella, roja y que canta. Esto me recuerda una definición navideña y educacional que hicieron los niños de Madrid sobre el rey Juan Carlos: «Es alto, bueno y mata osos». «Fama», desde los griegos, es lo que se dice de la gente. González-Ruano se lo dijo una vez a un novelista:

–Usted es un genio porque lo decimos cuatro amigos. Usted será un imbécil si empezamos a decirlo así otros cuatro.

La cómica se ha desdoblado en dos: actriz y cantante. La gran actriz le dedica muchas horas (¿enamoriadas?–a la música. Me parece que esto se explica por la antropofagia cultural o subcultural de que hablaba antes. Los cantantes han sustituido a los astros de Hollywood, en la antología fugaz de nuestro tiempo, porque el astro o actor siempre necesita de por medio un personaje, un papel, un estorbo, en fin, mientras que el cantante se da directamente en el concierto, la música pasa a través de él y, además, *la música le explica*, mientras que, al actor, su papel le oculta. Y el hombre, «animal adorador», como dijo alguien, necesita constatar a otro hombre o mujer.

Ana, interpretándolo, es la AB cultural. Ana, cantando, es ella misma, la chica-de-la-portera que canta. La música nos explica y nos permite explicarnos. AB, excepcional actriz, sólo puede arrojar perfiles biográficos de sí misma, al público, cantando. Ya nadie va a consumir el personaje que hace Marlon Brando. Se consume directamente Marlon Brando.

Ella misma me lo ha contado.

–Era yo muy pequeña, salíamos de los ensayos, Juanito Diego me acompañaba en su coche y todo el tiempo me iba hablando de obreros. Yo pensaba, qué ligón más raro, por qué me hablará de obreros y no de Palma de Mallorca, como todos los novios.

Juan hacía su trabajo.

De la progre a la roja

Se abandona la izquierda, se recorre un trecho en la oscuridad y de pronto se encuentra uno en la derecha.

Sartre

Pero el trabajo, sobre todo, lo había hecho la vida, Franco, el tiempo. Me interesa el compromiso intelectual de los seres no muy intelectualizados, el compromiso político de los seres no muy politizados. Porque seguramente se trata de unos compromisos menos *extensos*, pero más *intensos*. Más inefables. A una criatura tan clara como Ana Belén sólo podía añadirle enigma, profundidad, ilegibilidad, misterio, aura, alguna forma de militancia.

Así como a ciertos monstruos intelectuales, siempre en su laberinto de tinta, tenemos que pedirles continuamente que se expliquen, a estos seres arcangélicos, como Ana, les pediríamos que se velen un poco, que se velen desvelándose por algo, o al menos nos alegramos cuando lo hacen. La progre era mera y pura disponibilidad, en Ana y en todas (yo escribí un libro titulado «Carta abierta a una chica progre», sin nada peyorativo en el título ni la intención). La roja, la comprometida, la militante vuelve a recobrar su libertad, su disponibilidad (ahora más profunda y cierta) precisamente cuando ha purgado alegremente todas sus indecisiones interiores en un compromiso. (El compromiso, que hoy se vacía absolutamente de sentido sartriano, conserva, por eso mismo, un más puro carácter de catarsis.)

AB purga su vitalidad juvenil mediante la música y su indecisa decisión vital mediante el compromiso o la militancia. El yo directo se agota en la rítmica de la música y el yo *político, social*, se agota en el compromiso, como el compromiso, a su vez, se agota en la militancia.

Ahora, cumplidos esos trámites –y aparte su pura facticidad–, podemos tener a la criatura tal cual, emergiendo de un interior más profundo o de una vida más compleja. Como el poeta novel que necesita publicar su primer libro lleno de influencias precisamente para purgarse de ellas. Hay un yo social o primaveral que está siempre tapando la multitud sucesiva o simultánea de los yoes.

El cantante Raphael (por poner un ejemplo tomado del gremio de AB) pudiera ser el modelo humano que nunca ha purgado su yo social-primaveral, adolescente o heredado. De ahí su extraña conversión en salitre de sí mismo. AB cubrió el proceso de la progre a la roja. Hoy nos interesa sencillamente, como lectura de un ser humano, la mujer.

Tematización/ contextualización

Tres cosas me impiden oír la palabra divina: mi cuerpo, la pluralidad, el tiempo.

Maestro Eckhart

Tematización/contextualización. O, dicho más complejamente: comercialización. En sus últimas grabaciones y actuaciones, AB ha sido denunciada por los tecnocríticos como excesivamente condescendiente con las exigencias multinacionales de la industria del acetato.

AB, según eso, ha sido tematizada por el contexto, convertida en algo muy legible para el consumo. Pura contradicción con sus militancias. A eso sólo podríamos contestar (si hubiere que contestar) mediante el maestro Eckhart, que vuelve a ser lectura bien vista.

Tres cosas nos impiden oír (o pronunciar) la palabra de la verdad, de nuestra verdad, de la subjetividad responsable. Primera cosa, nuestro cuerpo. Cuerpo o imagen, AB, repetida infinitamente por el marketing, puede caer en el narcisismo economicista. Y Narciso siempre es un poco sordo. La palabra que ella debe escuchar o pronunciar no es sino la de la *chica-de-la-portera*. Purgada de militancia en el compromiso, purgada de compromiso en la militancia, lo que tiene que decirle la portera interior que lleva dentro, como otros llevamos un niño de derechas, un flecha o un pilarista, es que la vida se salva en ella.

Segunda cosa: la pluralidad. Es la pluralidad lo que multiplica su cuerpo y su imagen artificialmente (nunca multiplicación natural, no multiplicación contable de la CBS). Tercera cosa: el tiempo. El tiempo, del que tengo escrito que es discontinuo y nos desautoriza siempre, ha hecho de la progre/piloto, de la joven rebelde, de la bella, una ejemplar madre de familia. Ella me lo decía hace poco, cenando en su casa:

–Vengo de un programa de radio

Ana, cantando, es ella misma.

donde me han presentado como madre y esposa modelo. Figúrate. Con las cosas que se han dicho siempre de mí en este país.

Como la amo, callé la respuesta: «Tú te lo has ganado». Su «puritanismo» de izquierdas es fácilmente asimilable por la derecha radiofónica y por la otra como puritanismo de derechas. Hace años fui a hacerle una entrevista para «Blanco y Negro», y el fotógrafo, Paco, le pedía un poco de pierna:

–Un poco de pierna, Ana, que Ansón me ha pedido una cosa moderna.

–Uy, cuando Ansón se pone moderno, qué miedo –dijo la chica de la portera.

Y se negó a sacar pierna.

A mí esto me alegró mucho, pero he aquí que el victorianismo de los victoriosos e invictos de la Victoria, como apenas encuentra modelos de derechas entre la derecha, los busca entre la izquierda. Lo mismo pasa con los valores intelectuales (asimilación de Unamuno, Machado, etc.).

En otras palabras, en palabras de la catequesis que a todos nos dieron, el demonio, el mundo y la carne como los tres abismos que acechan a AB y a cualquier figura general (o privada) Demonio llamó Sócrates a su ángel interior, y también Goethe. Mundo, pluralidad, marketing, hacen soluble, hoy, cualquier personalidad en mercancía y cualquier mercancía en el mercado, como vienen denunciando desde Baudrillard a Robert de Ventós. Carne, o imagen, o belleza personal (todo junto en el caso AB), con la consiguiente angustia por el paso del tiempo.

El tiempo es la metafísica del cuerpo, y por eso su aura. En la España transicional, pocas mujeres se han salvado tanto y de tantas cosas como AB, que metaforiza así, involuntariamente, a la roja, a la feminista, a la puritana de izquierdas, a la progre de hace unos años y a la gran cómica de todos los tiempos. Su imagen ofrece tantas lecturas como peligros. Todos los reproches que se le hagan son válidos. Tiene algo de las criaturas exentas o privilegiadas de Juan Ramón Jiménez. Es como el arsenal de blancura adonde siempre podemos acudir buscando ejemplos o metáforas del teatro, del feminismo, del compromiso, del matrimonio. Y tanta riqueza no la da una complejidad, claro, sino una extrema sencillez.

Los infortunios de la virtud

Una muchacha como tú no puede resistir la penetrante mirada de los condes.
Balzac

Esta frase de Balzac, que regocijaba a Proust como ejemplo de lo mal escrita que está «La comedia humana», es, desgraciadamente, verdad. No hace mucho, en casa del conde de Lavern (apócrifo), un conde o duque o marqués de algo se acercó a Ana Belén y le dijo:

–Eres muy guapa, tú. Tienes que salir conmigo una noche a cenar.

Son los infortunios de la virtud, sea ésta de izquierdas o de derechas. Hay en España como una conspiración a favor de Ana Belén. Estas conspiraciones a favor son, naturalmente, mucho más peligrosas que las conspiraciones en contra, pues que el entusiasmo decae antes que el odio. Salvo algún noble distraído, como el de la anécdota, todo el mundo respeta a Ana. Si la llamada progresía, la izquierda recreativa y uno mismo queremos que se salve, que no se rompa ni manche, que perdure, es porque estamos colectivamente queriendo salvarnos en ella.

Lo mejor que había en su generación y en la nuestra, lo mejor que hay en el teatro y en su teatro, en la canción, en las bases políticas, en el feminismo, se metaforiza naturalmente en esta mujer, y la pura metáfora está siempre en peligro, claro, como una porcelana. Aparte el caso personal, que resolveríamos mejor mediante una carta de amor, el caso general consiste en que la chica de la portera ha encarnado milagrosamente una serie de sueños despiertos y fantasías políticas de la sociedad española. Cualquier reproche que podamos hacerle a ella, que puedan hacerle, nos lo estamos haciendo a nosotros, pues que su imagen se corresponde simétricamente con la zona de altura, optimismo y verdad que hubiéramos querido salvar en nosotros mismos. ¿Ana tematizada, Ana contextualizada, Ana codificada, Ana descodificada? Es de esas personas intolerables porque nos pone delante, con su contingencia, nuestra continua huida de lo contingente. Me gusta oírle criticar a alguien, hacer un poco de chisme social (tan inocente y divertido en ella), porque entonces me digo: «tiene defensas, tiene defensas».

Es presente absoluto. Crea su presente, lo vive, lo agota, se agota en él, mientras todos andamos necesitados de alguna cuota del presente que nos corresponde. «Si pierdo la memoria, qué pureza», dice un verso de Gimferrer. Quizá la pureza de esta mujer es que pierde a diario toda memoria del mal. Su cuerpo, en fin, se corresponde con lo que tendría que haber sido nuestra alma. (Siquiera, nuestra alma social.) ■ F. U.

EL INVENTOR ACABARA COPIANDONOS.

La tecnología japonesa vuelve a romper moldes. ■ despegarse.

Canon presenta ■■ amplia gama de Copiadoras.

Grandes ideas, y no ideas grandes.

Máquinas perfectamente estudiadas que reproducen con la nitidez y exactitud de un espejo.

Tecnología por delante de su tiempo.

Sencillas, cómodas, racionalmente pequeñas para conseguir mejores ventajas.

Multiplican con precisión y exactitud sobre cualquier tipo de papel.

Y ofrecen un servicio técnico eficaz.

Rápido. Inteligente.

Es la tecnología japonesa marcando el camino.

■ Inventor ■ tiene difícil.

Acabará copiándonos.

Canon
COPIADORAS

ACABARAN COPIANDONOS.

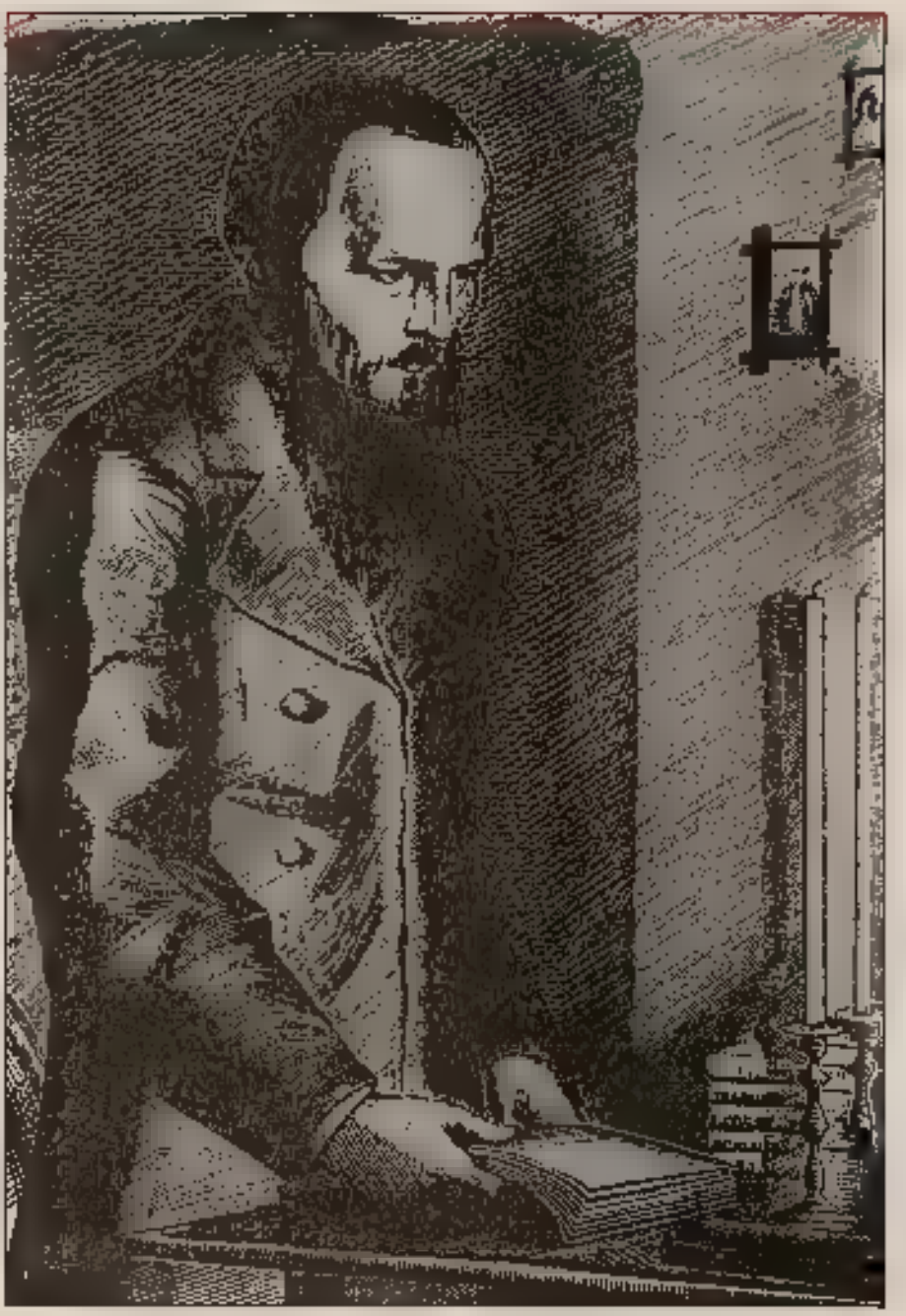
CANON COPIADORAS DE ESPAÑA, S.A. - AVDA. ISLAS FILIPINAS, 52 / MADRID-3 - TEL. 2531207

Cien años después de Dostoievski

ENTRE EL GRAN INQUISIDOR Y LOS POSESOS

JUAN ARANZADI

«La imaginación y la fuerza interior de los criminales de Shakespeare se limitaban a una docena de cadáveres. Es porque no tenían Ideología. ¡La ideología!, ella es la que aporta la justificación que el crimen busca, la larga firmeza necesaria al criminal... Es la IDEOLOGIA lo que le ha costado al siglo XX el experimentar el crimen a escala de millones, lo crimen imposible de ser refutado, pesado por ella, sumergido.» Alexander Soljenitsin.



EN un comunicado tan *delirante* como *razonable* (delirios de la Razón, de una *cierta razón*) y por ello enormemente significativo, los verdugos del ingeniero Ryan «declinan toda responsabilidad» en la muerte de su víctima. En este siglo de siglas, entidades colectivas y entelequias abstractas (ETA, Iberduero, el Estado, la Sociedad, el Pueblo), que usa y abusa de las Mayúsculas y ha acostumbrado a los responsables de su miseria a hablar de sí mismos en tercera persona o en mayestático plural, los criminales no tienen rostro, los crímenes carecen de autor. *Nadie mata* (quizá por la misma razón que nadie *vive*).

¡Trágica (in) actualidad de Dostoievski! Son idénticos los motivos que indujeron a Althusser y Poulantzas a (no) pensar los millones de víctimas del estalinismo con el «concepto» de *desviación teórica* del movimiento obrero y los que han llevado a personas cruelmente compasivas a esconder el suicidio del uno y el crimen del otro bajo el siembrete de locura o de efecto de la lucha de clases: en nombre de la Ciencia y/o de la Historia se desposee al individuo de sus actos. Hoy en día, todos somos «nazis inocentes»: «yo sólo obedecía órdenes» (de la Naturaleza, del Inconsciente, del Estado, del Pueblo).

Menos los chinos, empeñados al parecer en llamar a las cosas por su nombre (aunque sólo hasta cierto punto, ¡faltaría más!): son crímenes

Ilustración de «Pobres gentes».

las muertes provocadas por los gobernantes... *después*. La tajante Frontera del Poder separa el *crimen* de la *muerte necesaria*, y la sombra actual del Poder futuro metamorfosea aquel en ésta: pero es siempre la Historia, la Sociedad, la que mata; o en su defecto la Locura.

Matar libremente

Los suicidas y criminales de Dostoievski se insurgen contra tamaño atentado a su libertad. Frente a los socialistas que piensan que «el crimen es una protesta contra un orden social mal organizado y *nada más*», contra la «moderna teoría de la alienación temporal, con la que se quiere actualmente tan a menudo explicar los actos de ciertos criminales», Raskolnikoff insiste una y otra vez que partió a hachazos el cráneo de la vieja usurera y el de su hermana Isabel con plena conciencia de lo que hacía, en pleno uso de sus facultades. El epiléptico Smerdiakov está muy lejos de la locura cuando mata al viejo Karamázov, y se suicida con toda lucidez, como también Svidrigaïloff o Stavroguin; y no digamos Kirilov, apóstol del *suicidio lógico* que se quita la vida porque la libertad (su idea) le *obliga* a ello.

También es una *idea* lo que *inicialmente* hay en el origen del asesinato de Raskolnikoff, una idea que permite diluir la frontera entre el asesino de una anciana y los prohombres que pagan con sangre ajena el progreso de la especie. Esa idea es que hay individuos que «tienen el derecho, no oficialmente, sino por sí mismos, de autorizar a su conciencia a franquear cierta clase de obstáculos; pero sólo en el supuesto caso de que se lo exija la realización de su ideal, el cual puede ser, a veces, útil a todo el resto del género humano... Hasta la nueva Jerusalén». Cuando su hermana, presa de pavor, le reprocha su falta de arrepentimiento —¿No te das cuenta que has derramado sangre?—, Raskolnikoff responde: «¿Y qué? Todo el mundo la derrama. Siempre ha corrido a torrentes sobre la tierra y quienes la derramaron como si fuera champaña ascendieron de inmediato al Capitolio y fueron proclamados protectores de la humanidad... No veo por qué ha de ser más glorioso arrojar bombas sobre una ciudad sitiada que asesinar a alguien a hachazos.» Aun después de haber confesado «no se arrepentía en absoluto de su crimen» y sólo se repro-

chaba a sí mismo haberse quedado «a medio camino» se quebraron mis alas, y por eso me llaman miserable. Si hubiese alcanzado mi objetivo, me hubieran cubierto de laureles». En el mero hecho de no haber sido capaz de insertar su crimen en la cadena de medios que conduce al fin último, radica su diferencia con «los bienhechores de la humanidad», que «hubieran debido desde sus comienzos ser entregados al suplicio. Pero esas gentes llegaron hasta el fin y eso las justifica, mientras que «yo no he sabido proseguir; por ende no tenía el derecho de empezar». ¿Qué es lo que indica esta inconsecuencia de Raskolnikoff, esta incapacidad de llegar hasta el final, de convertir un crimen en un acto de beneficencia? Pone de relieve que *«el acto de matar trasciende la idea que lo impulsa y justifica»*: una vez cometido se percibe con angustia la nada, la insuficiencia de toda racionalización y el vértigo de la conciencia es incapaz de colmar su exceso. Esa *«grieta»* en la que anida la *conciencia de culpa* es opaca a toda psicología: en el agosto terreno que abre, se juega la misteriosa partida de la fe, el amor y la resurrección. Dostoievski sabe como Fetiukóvich, el abogado defensor de Dmitri Karamázov, que con «la psicología se puede deducir cuanto se quiera»: por eso, tras escarbar en los más escondidos vericuetos del alma de sus personajes y perseguir las trampas [illegible] y espejismos de la conciencia hasta el paroxismo, acaba por abandonarlos, inexplicados y enigmáticos, frente al impenetrable *misterio de la libertad*.

Por lo mismo que fracasa la psicología fracasa asimismo la justicia: el «error judicial» que condena al inocente Mitia por la muerte de su padre, no es mayor que el que condena al culpable Raskolnikoff por un «crimen que no entiende y que sólo descubre por la confesión de éste (pero también Iván confiesa un crimen que no –?– ha cometido). Lo fundamental: la eterna lucha del bien y del mal de Dios y el Diablo, late bajo el conflicto psicológico, judicial, social. Y si la inextricable presencia de los designios divinos sólo comparece en la figura ejemplar de Cristo, más obvias resultan, para Dostoievski las máscaras de Satán.

Los demonios

Es sabido que la naturaleza única del arte Dostoievski parece un personaje de sus novelas. Cuyo itinerario ideológico se presenta a veces con excesivo simplismo: una primera época de «escritor realista cronista de las «Pobres Gentes», socialista impregnado de las teorías de Cabet, Proudhon, Fourier y Strauss, miembro de los círculos de Petrachevski y Durov arrastrado por Spéshnev (obseso de la formación de [illegible] que organizaba un levantamiento) a la constitución de una imprenta clandestina, el trauma de la detención, el proceso, la condena a la pena capital, el simulacro de ejecución, la salvación en el último momento, una vez la muerte cara a cara; el *descensus ad inferos* en el penal siberiano, autovaciamiento místico y completa revisión de sus concepciones, regeneración por el sufrimiento, vislumbre del paraíso en el descubrimiento del amor y la grandeza humanos, aun en medio del infierno y la sordidez de una comunidad de condenados y criminales, *muerte y resurrección*: una etapa final de [illegible] convertido en profeta del pueblo ruso «teóforo», predicador eslavófilo y antioccidental de la tarea mesiánica de la Santa Rusia. Hay una gran dosis de verdad en esta abusiva simplificación que identifica a Dostoievski con el Shátov de «Los Demonios» y le hace hablar finalmente por boca del príncipe Myshkin y Alioscha Karamázov de socialista utópico a precursor de Soljenitsin con el *Gulag* como experiencia crucial; motivo nada desdeñable de su vigencia. Son numerosas las páginas del «Diario de un escritor» que avalan esta caricatura y ejemplifican los aspectos más antipáticos de su indigerible optimismo patriótico-[illegible].

Pero afortunadamente, y como ya Gide señaló, Dostoievski es pródigo en inconsecuencias y contradicciones, por encima de filósofo es novelista. Quizá la contraposición más sutil y [illegible] no es la que opone a Alioscha e Iván, el cristiano virtuoso y el ateo inmoralista, sino la que enfrenta finalmente a Iván y su discípulo Smerdiakov, la que distancia a Stavroguin de Verjovenski encarnaciones respectivamente inconsecuente y consecuente de una *idea satánica*.

«Los Demonios» parten de que *Dios ha muerto*, «el socialismo no es sólo la cuestión obrera o del denominado cuarto estado, sino que es, de preferencia, el problema de la encarnación moderna del ateísmo, el problema de la torre de Babel, que se edificaba precisamente sin Dios no para alcanzar el cielo desde la tierra sino para traerlo a ella». Se impone la conclusión teórica de Iván Karamázov «Luego todo está permitido». Las objeciones del mezquino y arribista semanarista Rakitin («La humanidad encontrará por sí misma energías hasta en el sufrimiento, en la conservación de sus propias angustias cuya encanto acaba de descubrir. Con el personaje del *Sottorraneo*, «el sufrimiento abogará por el caos, rebelándose contra la razón, el «dos y dos son cuatro», contra el «palacio de cristal» réplica del Falansterio.

Quien ha tocado el infierno, la desgracia planificada volverá a encontrar la terrible simetría de la ciudad ideal, felicidad para todos, la cual «plugue al más tolerante». Dostoievski se mostró hostil a ella hasta la intolerancia. Con el paso de los años se definiría cada vez más por la oposición a las ideas fourieristas de su juventud; no pudiendo perdonarse haber sucumbido, se vengó en sus héroes, caricaturas sobrehumanas de sus primeras ilusiones. Lo que Dostoievski detestaba en ellos eran sus antiguos errores, las concesiones que el había hecho a la utopía, cuya víctima de sujetos debía de perseguirle «a sabiendas» cuando, con el gran Inquisidor, dirían: la humanidad es un rebaño feliz y una minoría aislada, clarividente, que asume «los destinados» y cuando, con Pedro Verjovenski, quiere hacer de Stavroguine el jefe espiritual de la ciudad futura, «un sumo pontífice revolucionario y ateo» (acaso no se inspira en el «sacerdocio» que los saintsimonistas colocaban por encima de los «productores» o del proyecto de Eufantin de erigir al propio Saint Simon en papa de la nueva religión? Dostoievski acerca el catolicismo al «socialismo», incluso los identifica, según una óptica que participa del método y del delirio, mezcla eminentemente eslava. Con relación a Occidente, todo en Rusia se eleva un grado: el escepticismo se

DE "HISTORIA Y UTOPIA"

E. M. CIORAN

El sufrimiento, en su conjunto, confía en la ruina de este bajo mundo y busca un apoyo, aguardándolo a él de alguna manera; cuanto más se agrava el sufrimiento, más se separa, para no interesarse más que a sí mismo. De ahí que sea de los sistemas utópicos, se dirige ahora contra ellos, y distingue un peligro

«Los hermanos Karamazov», ilustrado por Kardovski.

tentre para morir por la verdad, aun cuando no crea en la inmortalidad del alma. En el amor a la libertad, la igualdad y la fraternidad encuentra, si se reducen a una blanda e hipócrita esperanza, secretamente [illegible], como Raskolnikoff, Iván Karamazov y Stavroguin no se cansaron de demostrar. Pero en el laberinto moral desvelado por la muerte de Dios los caminos divergen aunque todos lleven a ninguna parte. Para Kirilov no hay más consecuencia posible que el suicidio: un suicidio paradójicamente libre y necesario a la vez, un suicidio profético y en cierto modo sacrificial. «El comprender que no hay Dios y no percatarse de que uno mismo se ha convertido en Dios representa un absurdo; para el que lo comprende se mataría uno sin remedio. Si lo comprendes, tú eres el soberano y ya no te matas a ti mismo, sino que vivirás en la mayor de las glorias. Pero uno, el que lleva la primacía, ha de suprimirse forzosamente, pues, de no ser así, ¿quién iniciaría la prueba y quién la demostraría? Yo me mataré sin falta para dar el ejemplo y demostrarlo. Sólo soy todavía un Dios a la fuerza y soy un desdichado porque me veo en la obligación de manifestar mi libre albedrío. [illegible] vador»

Un similar imperativo sacrificial otorga toda su grandeza trágica al terrorismo ruso de los Kalaiev, Savinkov, [illegible] encuentra para ellos —dice Camus— el asesinato se identifica con el suicidio. Una vida se paga entonces con otra vida. No ponen en consecuencia idea alguna

transforma allí en nihilismo, la hipótesis en dogma, la idea en manía. Chigaliov no profiere ya más sandeces que las que suelta Cabet; sin embargo, pone en ellas un ensañamiento que no se encuentra en su modelo francés. «Vosotros no tenéis ya obsesiones, sólo nosotros las tenemos aún», parecen decir los rusos a los occidentales a través de Dostoievski, el obseso por excelencia, adherido, como todos sus personajes, a un solo sueño: el de la edad de oro, con el cual, nos asegura, «los pueblos no quieren vivir y no pueden incluso morir». No espera la realización en la historia; teme, por el contrario, el advenimiento, sin desembocar sin embargo en la «reacción», puesto que ataca el «progreso», no en nombre del orden, sino del capricho, del derecho al capricho. Después de haber rechazado el paraíso por venir, ¿va a anhelar el otro, el antiguo, el inmemorial? Dostoievski hace de él el motivo de un sueño que prestará sucesivamente a Stavroguine, a Versilov y al «hombre ridículo».

«En el museo de Dresde hay un cuadro de Claude Lorrain que figura en el catálogo con el título de Acis y Galatea. Este cuadro es el que yo vi en sueños, no como un cuadro, sin embargo, sino como una realidad. Había, lo mismo que en el cuadro, un rincón del archipiélago griego, y yo, al parecer, había vuelto más de tres [illegible] *ras, islas y rocas, riberas florecientes; a lo lejos, un panorama encantador, la llamada del sol poniente... Aquí estaba la cuna de la humanidad. Los hombres se despertaban y se dormían felices e inocentes; en los bosques resonaban sus alegres canciones, expansionándose en el amor, en la ingenua alegría, el exceso de sus esfuerzos abundantes. Y yo lo sentía todo distinguiendo el porvenir inmenso que les esperaba y del cual no dudaban ni siquiera, y mi corazón se estremecía ante estos pensamientos.»* (**Los endemoniados.**)

Versilov, a su vez, tendrá el mismo sueño que Stavroguine, con la diferencia no obstante de que el sol poniente se le aparecerá de repente, no ya como el del comienzo, sino como el del final de la «humanidad europea». En El adoles-

DOSTOIEVSKI

por encima de la vida humana, aunque matan por la idea». Estos terroristas están en las antípodas éticas de un Netchaiev jesuita «de la revolución que justifica todos los medios conducentes al sagrado fin, incluido el asesinato del estudiante Ivanov, desertor de «la causa» y por ello hipotético delator. El trasunto literario de ese episodio que enfrentaría a Bakunin nuclea, como es sabido, la novela de Dostoievski «Los Demonios» (o «Los Poseídos»). Verjovenski asesina a Shatov, implicando en el crimen a los otros miembros del «círculo» no tanto por un real peligro de delación cuanto para cohesionar el grupo en base a la sangre derramada. Así se lo reprocha con repugnancia Stavrogin, a quien Verjovenski admira hasta el punto de ser en él al zarévich «oculto» que se revelará tras la revolución, pero que sin embargo, y a pesar de su ateísmo y de que sólo es capaz de *sentir que ve* en el escándalo y la transgresión, retrocede ante las consecuencias últimas de su postura: la fidelidad inquebrantable a «la causa», el fanatismo de la idea, es lo que hace de Verjovenski un asesino con buena conciencia, es decir sin conciencia: la inconsciencia, la sinrazón, el absurdo, apartan del crimen a Stavroguin para instalar en su lugar una angustia que le llevará al suicidio. Iván retrocede ante Smerdiakov, monstruosa encarnación de su ideal: más le rechaza su responsabilidad al reconocerla a pensar en condición el precio de tal acrecentamiento es la locura. Como quizá no pueda ser menos de serlo para todo aquél que muerda la manzana que torturó a Dostoievski y le dictó sus más intranquilizadoras páginas: *Dios ha muerto. NO todo está permitido*. En esta contradicción lógica se cifra nuestra desventura y la angustia de nuestra razón, pero también quizá el último resorte de nuestra humanidad.

El Gran Inquisidor

Mas no es el terrorismo nihilista la más terrorífica imagen dostoievskiana de Satán, sino esa lúcida pesadilla que dictó a Iván Karamázov el poema del Gran Inquisidor que por su inapreciable valor educativo debiera ser constantemente leído en las escuelas y Parlamentos.

El argumento es conocido. Cristo desciende nuevamente a la Tierra en Sevilla durante los tiempos más terribles de la Inquisición, y no tarda en ser detenido. En su celda, recibe la visita del Gran Inquisidor que le reconoce y *porque le reconoce* le anuncia que será quemado en la hoguera como «el peor de los herejes»; por haber venido a estorbar. «Todo fue transmitido por mí al Papa, así que ahora todo está en poder del Papa, y hasta ahora en no veinte en absoluto no nos molestes. No repetirás entonces 'Quiero haceros libres'? Pues bien, ahora y precisamente ahora esas gentes están convencidas más que nunca de que son completamente libres cuando ellas mismas nos han traído su libertad y la han puesto humildemente a nuestros pies.» El engaño es sublime: en el nombre de Cristo, se realiza el programa de su enemigo y tentador. La libertad se inmola gustosa en el altar de la necesidad de la necesidad material ¿qué libertad es esa si la obediencia se compra con pan? de la necesidad «de la comunidad de la adoración» (incluso cuando desaparezcan los dioses es lo mismo: caerán ante los ídolos... sólo dudamos la libertad de los hombres quien tranquiliza sus conciencias») de la necesidad de autoridad. «*milagro, el misterio y la autoridad* cimentan el edificio del Poder. Pues el Gran Inquisidor confiesa: «Hace mucho que no estamos contigo sino con él... hace ocho siglos que de él lo que tú rechazaste indignado, el último don que te ofrecían los reinos de la tierra tomamos de él. Nosotros y la espada del César y nos declaramos dimos reyes de la tierra, reyes únicos aunque hasta ahora no hayamos podido llevar nuestra empresa hasta su completo término. Al aceptar este tercer consejo del poderío [illegible] habrías realizado todo cuanto el hombre busca en la tierra: ante quien inclinarse, a quien entregar la conciencia y el modo de unirse finalmente todos en un indudable y común querer común y concorde porque la necesidad de la unión universal es el tercero y último tormento de los hombres».

Por si alguien pudiera ingenuamente pensar que esto se aplica sólo a la Iglesia, creyendo ingenuamente que el Estado moderno escapa a tan demoníaco proyecto «liberador», el Gran Inquisidor declara cínicamente su despreocupación por las «rebeldías» de chiquillos» que agitan al mundo. «La libertad el espíritu libre y la ciencia los llevarán a tales laberintos y los pondrán frente a tales prodigios y misterios insolubles, que unos, indóciles y furiosos, se aniquilarán a sí mismos; otros, indóciles pero débiles, se exterminarán unos a otros, y los terceros, los que queden, débiles y desgraciados, se arrastrarán a nuestros pies y clamarán: «Sí, tenías razón vosotros solos poseías su secreto

DE «HISTORIA Y UTOPIA

como, el cuadro se ensombrece un poco; se ensombrecerá por completo en «El sueño de un hombre ridículo». La edad de oro y sus clichés se presentan allí con más mimeticidad y fogosidad que en los dos sueños anteriores; una visión de Claude Lorrain comentada por un Hesíodo sarmentoso. Estamos sobre la tierra «antes de que fuera manchada por el pecado original». Los hombres vivían allí «en una especie de fervor amoroso universal y recíproco; tenían hijos, pero sin conocer los horrores de la voluptuosidad y del alumbramiento, rogaban a través de sus bocas cantando himnos, y, sumergidos en un éxtasis perpetuo, ignoraban los celos la

cólera, las enfermedades etc. Todo eso es todavía convencional. Verosímilmente para nosotros, su felicidad, que parecía eterna, se revelaría precaria: el «hombre ridículo» se instaló entre ellos y los pervirtió a todos. Con la aparición del mal, los clichés desaparecen: el cuadro se anima. «Cual una enfermedad infecciosa, un átomo de peste capaz de contaminar todo un imperio [illegible] en su presencia una tierra de delicias hasta su inocente. Los hombres aprendieron a mentir y se deleitaron en la mentira y conocieron la belleza de la mentira. Quizá todo esto comenzó muy inocentemente, por simple broma, por coquetería como una especie de juego agradable, y quizás efectivamente por medio de algún átomo, pero este átomo de mentira se insinuó en su corazón y les pareció amable. Poco después nació la voluptuosidad, la voluptuosidad engendró los celos, los celos la crueldad [illegible] no me acuerdo ya pero enseguida, muy deprisa, la sangre brotó en una primera salpicadura. Los hombres quedaron asombrados, asustados, comenzaron a separarse unos de otros, a separarse. Se formaron alianzas por ahora dirigidas contra las demás. Las reproches y las [illegible] se hicieron oír. Conocieron lo que es la vergüenza, y de la vergüenza hicieron una virtud. El sentimiento del honor nació entre ellos y por encima de toda alianza ondeó su estandarte. Se pusieron a maltratar a los animales, y los animales huyeron de ellos para ganar la soledad de los bosques, se les mostraron hostiles. Una era de luchas se abrió a partir del particularismo, del individualismo de la personalidad, de la distinción entre lo mío y lo tuyo

y a vosotros volvemos; salvadnos de nosotros mismos». Donde no hay un Vichinsky y un Wojtila prestos a recibir este postrer homenaje, los propios políticos se prestan a jugar ese clerical papel: «¡Entonces apreciarán en mucho lo que significa someterse de una vez para siempre!... Sí, les obligaremos a trabajar, pero en las horas de asueto organizaremos su vida como un juego de niños, con canciones infantiles, coros y danzas inocentes... Les diremos que todo pecado se les perdonará si es cometido con autorización nuestra.» Esta felicidad de la mayoría conlleva el sacrificio de la minoría de gobernantes, pues sólo ellos soportarán la dura carga del *secreto del universal engaño:* su extrema benevolencia llegará hasta el punto que Raskolnikoff fue incapaz de alcanzar: sobre sus formidas espaldas cargarán los potenciales crímenes de la humanidad, cuidándose de administrar en beneficio del pueblo el inevitable caudal de asesinatos. ¡Mártires incomprendidos!

Las proféticas palabras del Gran Inquisidor resuenan como un eco en el programa socialista de Shigalov: «Partiendo de una libertad ilimitada, llego a propugnar el *despotismo ilimitado*... No propugno una bajeza, sino un paraíso, el *paraíso terrenal*, que es el único factible en la tierra». En él, «Una décima parte de los seres humanos disfrutaría de libertad individual y de un derecho ilimitado sobre las nueve partes restantes. Estas nueve partes perderían su personalidad, convirtiéndose en una especie de rebaño y, mediante la sumisión ilimitada, alcanzarían, tras una serie de transformaciones de su inicial candidez, algo como un paraíso primitivo, aunque, por lo demás, habrían de trabajar». Se cierra el círculo del Mal. Los *Pastos* sólo aspiran a perfeccionar el sueño del *Gran Inquisidor*.

Moscú y Roma

«¡Eso es Roma!», exclama excitado Aliosha cuando Iván termina de narrarle su inquisitorial pesadilla. El padre Paisi se ha encargado al comienzo de la novela de recordarnos lo diferente que es Moscú, el cristianismo ortodoxo ruso: «no es la Iglesia la que se convierte en Estado, comprendalo. Eso es Roma y sus sueños... Sucede al contrario, el Estado se convierte en Iglesia, asciende a Iglesia y se transforma en Iglesia sobre toda la tierra, lo cual es algo diametralmente opuesto al ultramontanismo, a Roma... esa es la gran misión de la ortodoxia en la tierra. Esa estrella resplandece por el lado de Oriente».

Dicho en otros términos: se trata de que la *societas* se convierta en *communitas*, que el Estado basado en la Ley ceda su sitio a la comunidad basada en el amor, que la *fraternidad* sustituya a una *igualdad* que sólo lo es de esclavitud. Pues nada más falaciosa que la moderna unión de estos dos ideales contradictorios: donde el primero pide particularidad, el segundo aspira a la universalidad, si al primero lo mueve el amor el segundo esconde un egoísmo impersonal. La fraterni-

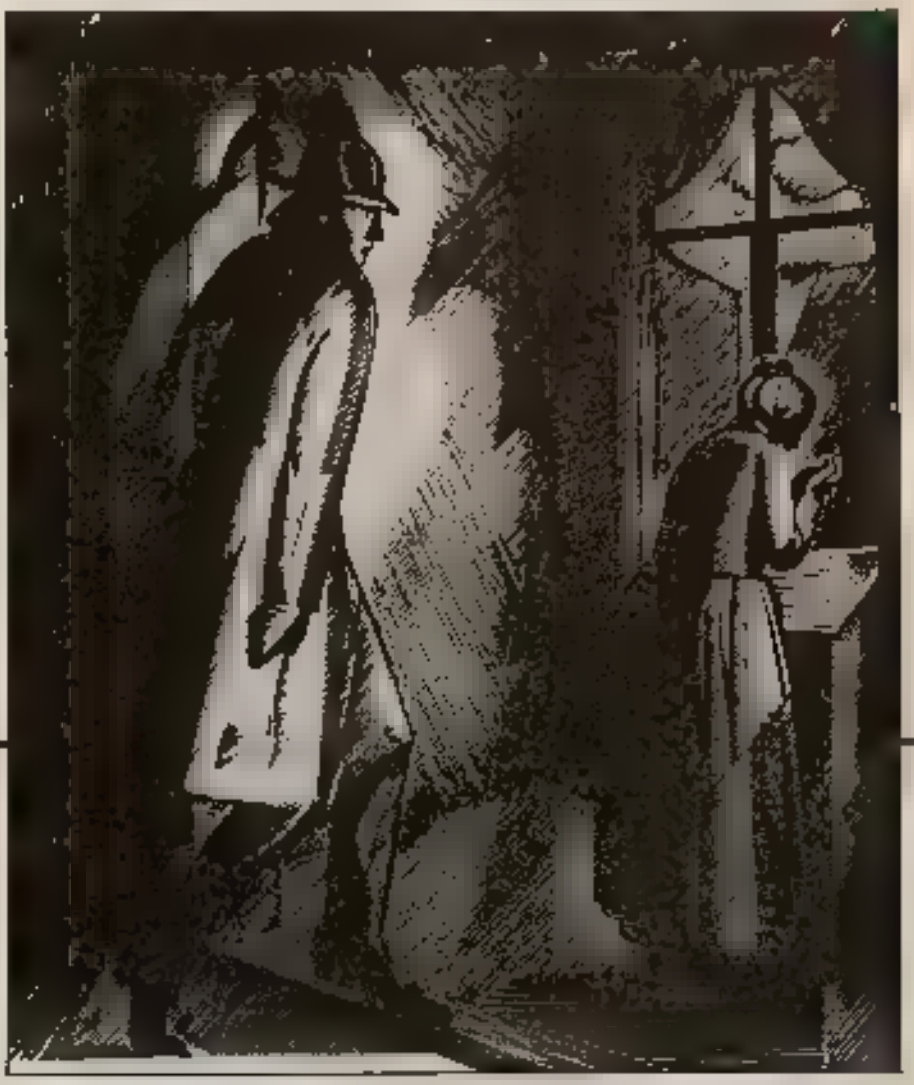


Ilustración de «Crimen y castigo».

Hubo diversidad de lenguas. Conocieron la tristeza y amaron la tristeza; aspiraron al sufrimiento y afirmaron que la verdad no se adquiere más que por el sufrimiento. Y la ciencia hizo su aparición entre ellos. Vuelto salvados, es entonces cuando empezaron a hablar de fraternidad y de humanidad y cuando concibieron estas ideas. Vueltos criminales, es entonces cuando inventaron la justicia y se impusieron códigos completos para conservarla; después, con el fin de asegurar el respeto de los códigos, instituyeron la guillotina. No conservaron más que un vago recuerdo de lo que habían perdido, e incluso no querían creer que antes habían sido inocentes y dichosos. No dejaron de burlarse de la posibilidad de su antigua felicidad a la que consideraban un sueño. (Ver **Diario de un escritor**).

Pero hay algo peor: descubrirían que la conciencia de la vida es superior a la vida y el conocimiento de las «leyes de la felicidad» superior a la felicidad. Desde entonces, estaban perdidos; denunciándolos de ellos mismos por la obra demoniaca de la ciencia, y precipitándoles desde el presente eterno en la historia, ¿no recibió el «hombre ridículo» con respecto a ellos los errores y las locuras de Prometeo?

Una vez perpetrado su crimen, he aquí que pretien, a instigación del remordi-

DOSTOIEVSKI

dad de los Karamazov que anunció la regeneración de Dmitri contrasta con la igualitaria justicia que le condena.

Tal es el más hondo y atractivo sentido del mesianismo de Dostoievski, la más halagüeña faz del cristianismo ruso, a cuya luz se aclara la promesa encerrada en el trágico destino de sus suicidas y criminales. No tiene nada de casual que esta contraposición entre Moscú y Roma surja a propósito de una discusión sobre los tribunales eclesiásticos y en relación con la justicia civil, durante la cual Iván defiende que «Si ahora hubiese solamente un tribunal eclesiástico que entendiera en todos los asuntos, la Iglesia no mandaría a presidio ni condenaría a muerte. El delito y su visión del mismo deberían cambiar entonces indudablemente... la Iglesia excomulgaría al delincuente y no se dedicaría a cortar cabezas». Pero para que la excomunión, la exclusión de la comunidad, de la comunión de los santos tenga algún sentido, se precisa la previa existencia de tal comunidad. Cuando no la hay y el Estado la sustituye, la justicia civil se limita a la «actual separación mecánica y casi pagana del miembro contagiado»; escapa a su posibilidad el imponer un auténtico castigo, pues el único castigo real, «el único que intimida y apacigua, reside en la comprensión de la propia conciencia»; por eso no está ni puede estar en su mano «la regeneración del hombre, su resurrección y su salvación». Lejos de los jueces del Estado y sus instituciones, el poder de renovar el milagro de Lázaro sólo le es reconocido por Dostoievski a Sonia y a Grúshenka, a Aliosha y a Tijon, a monjes y prostitutas, al amor, la amistad y la fraternidad, a la solidaridad en el sufrimiento y en la rebelión, a [illegible] actuales de la soñada comunidad.

Esa comunidad con la que soñó también en 1934 nuestro excelso poeta Antonio Machado: «"Moscú contra Roma" quería decir entonces muy otra cosa de lo que hoy significa. El ruso, genuinamente cristiano, creía en la *fraternidad* humana... Moscú era un alma; Roma, como siempre, un poder, que había tomado del Cristo lo imprescindible para defenderse de él. Hoy, Rusia abandona los Evangelios, profesa a Carlos Marx y habla de un arte proletario. Con ello retrocede del Nuevo al Viejo Testamento... Es posible que ignoremos todavía cuál es la honda y popular interpretación rusa del marxismo. Y lo probable, lo casi seguro, es que Rusia no sea tan infiel a sí misma que renuncie a su misión histórica, esencialmente cristiana [illegible].»

¡Sueños de fraternidad! Pero también hay hermanos como Caín ■ **J.A.**

DE «HISTORIA Y UTOPIA»

mente, una cruzada para la reconquista del mundo de las delicias que acaba de destruir. Se compromete en ella, pero no la cree verdaderamente. Si —éste es al menos nuestra impresión— el autor tampoco, después de haber rechazado las fórmulas del Porvenir, no se vuelve hacia su obsesión preferida, hacia la felicidad inmemorial, no es para desenmarañar la inconsistencia y la fantasmagoría. Aterrorizado por sus descubrimientos, tratará de atenuar sus efectos, de reanimar sus ilusiones, de salvar, aunque no fuera más que en idea, su sueño más querido. Sabe como nosotros que no lo conseguirá, y apenas si desvirtuamos su pensamiento afirmando así que concluye con la doble imposibilidad del paraíso.

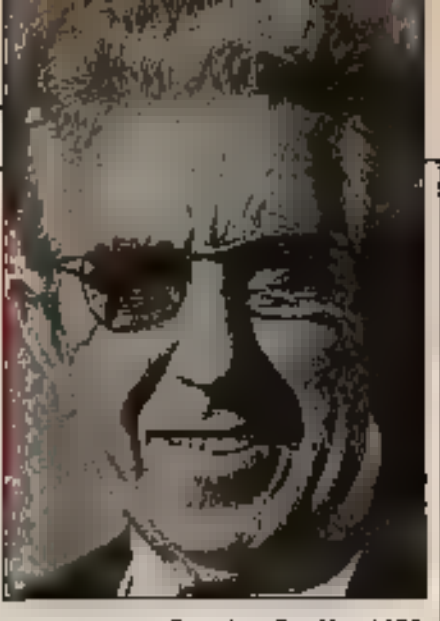
Por lo demás, ¿no es revelador, que, para describir el paisaje idílico de las tres versiones del sueño, haya tenido que recurrir a Claude Lorrain, quien, como Nietzsche, amaba los insulsos encantamientos? (¡Qué abismo supone una predilección tan desconcertante!) Pero desde el instante en que se trata de describir la disgregación de la felicidad original, el deterioro y los vértigos de la caída, no recurre ya a nadie, extrae de él mismo, aparta toda sugerencia extraña (incluso deja de imaginar y de soñar) y vuelve a encontrarse al fin en su elemento, en el centro de la edad de hierro, por cuyo amor había combatido el «palacio de cristal» y sacrificado el Edén. ■ **E. M. CIORAN «Histoire et utopie». Ed. Gallimard. París, 1960. Traducción: Joaquín Fernández Bernaldo de Quirós.**

Obras de Dostoievski en España

EL ADOLESCENTE. Edic. Bruguera. 1974. [illegible]
[illegible]. Edic. Bruguera. 197[illegible]. Trad. Carlos de Arce.
[illegible]. Edic. [illegible] 1979.
[illegible]. Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
CRIMEN Y CASTIGO.
Edic. [illegible] 197[illegible].
Edic. [illegible] 197[illegible].
Edic. Edaf. 197[illegible]. Col. Edaf bolsillo.
Edic. Cultura y Progreso. 1977.
Edic. Bruguera. 1978. Trad. Julián Almansa [illegible].
Edic. [illegible] 1978. Trad. [illegible].
Edic. Círculo de Lectores. 197[illegible]. Trad. Pedro [illegible].
Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
Edic. [illegible] 197[illegible].
[illegible]
Edic. Bruguera. 197[illegible]. Trad. Carlos de Arce [illegible].
Edic. Edaf. 197[illegible]. Col. Edaf bolsillo.
[illegible]
Edic. [illegible]
Edic. [illegible]. 1978. Trad. Javier [illegible] Clavell.
FEDOR DOSTOIEVSKI. [illegible]. Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
LOS HERMANOS KARAMAZOV.
Edic. Sopena. 197[illegible].
Edic. Vergara. [illegible].
Edic. [illegible] 1975.
Edic. Bruguera. 197[illegible]. Trad. F. Bruguera.
Edic. J. Mouchón. 1977. Trad. J. Zamberna Borragán.
Edic. Bruguera. 1978. Trad. Julio Acerete Bueno.
Edic. [illegible] 1978.
[illegible]
Edic. Espasa-Calpe. 197[illegible]. Trad. [illegible].
Edic. Bruguera. 197[illegible]. Trad. Fernando Gutiérrez Pérez.
EL IDIOTA.
Edic. Círculo de Lectores. 1977. Trad. Pedro Laín Entralgo.
Edic. Juventud. 1977. Trad. Gloria Marinago.
Edic. Mundo Actual. 1976. Trad. G. Marinago.
Edic. Bruguera. 197[illegible]. Trad. Carlos de Arce [illegible].
EL JUGADOR.
Edic. [illegible] 197[illegible].
Edic. Bruguera. 197[illegible].
Edic. Espasa-Calpe. 1977. Trad. Rafael [illegible]. Col. Austral.
Edic. [illegible] 1977. Col. Novelas modernas.
Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
[illegible]
Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
[illegible]
Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
[illegible]. Edic. Mundilibros. 1977. Trad. Miguel Jiménez.
NOCHES BLANCAS. Edic. Maguncia Español. 1978. Trad. Tatiana Pérez.
[illegible]. Edic. Aguilar. 197[illegible]. Trad. Rafael [illegible].
OBRAS DE FEDOR [illegible]. Edic. [illegible] 19[illegible]. Trad. [illegible].
OBRAS DE DOSTOIEVSKI. Edic. Edaf. 1977. [illegible].
[illegible]. Edic. [illegible] 197[illegible]. Trad. [illegible].
[illegible]. Edic. [illegible] 197[illegible].
[illegible]. Edic. Bruguera. 197[illegible]. [illegible].
[illegible]. Edic. [illegible] 1976. Trad. Juan López Morillas.

REFLEXIONES AUTOBIOGRAFICAS SOBRE LA CIENCIA

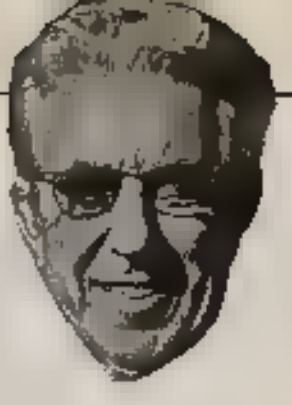
FAUSTINO CORDON



Faustino Cordón, 1978.

Me parece que las innumerables influencias que han contribuido a modelarnos pueden clasificarse, a primera vista, en dos categorías. Por una parte, hay un tipo de influencias que podemos decir que han actuado sobre nosotros por simpatía, por conformidad con nuestra propia naturaleza. Estas influencias han sido tanto más decisivas cuanto más pronto actuaron sobre nosotros (y más maleables éramos, pues, al recibirlas) y cuanto más conformes son con nuestra naturaleza. Constituyen lo más querido de nuestro pasado y rememorarlas nos ofrece el atractivo de bucear en nuestra vida emocional persiguiendo las fuentes del propio carácter. Se trataría de evocar los padres, abuelos y hermanos; los amigos de infancia y adolescencia; los camaradas de la apasionada vida política juvenil que nos permitió vivir con lúcida intensidad la epopeya de nuestra guerra; la mujer que, durante cuarenta y seis años, ha polarizado mi vida afectiva y la familia que hemos constituido. Todo esto lo he vivido en una muy corta sucesión de escenarios naturales –siempre he sido poco inclinado a viajar y mucho a encariñarme con mi ámbito– alguno de los cuales llegó a serme tan consustancial que, después de cerca de medio siglo, puedo evocarlo con gran nitidez en

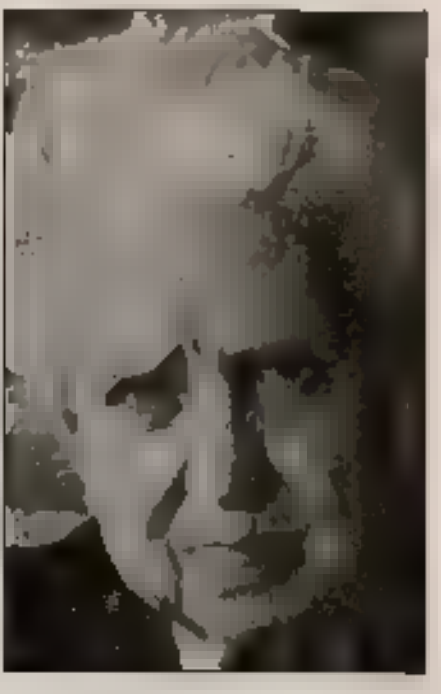
Equipo del doctor Cordón en IBYS en el momento de mayor desarrollo. En él se daba una estratificación que resultó fecunda. Los colaboradores se concentraron en la realización de labor experimental diversa, que la dirección del equipo se esforzaba en elevar a teoría arrancándola del aislamiento a que suele condenar la especialización en técnicas.



sus horas y estaciones y hasta recordar con emoción alguno de los animales domésticos que me acompañaban. Ahora bien, en esta nota autobiográfica prescindo de recuerdos de este tipo ante todo por pudor y por piedad. De hecho, son datos biográficos de otros, aunque del mayor interés para mí. Por ello voy a aprovechar la amable invitación de TRIUNFO para rememorar el otro tipo de influencias, las que han modelado mi actividad profesional y dado sentido a mi trabajo, lo único que, en el mejor de los casos, puede ofrecer algún interés para alguien.

Así pues, para estas notas autobiográficas sobre la ciencia, más que las influencias conformes en cada momento con mi pasado y con mi pendiente natural, me parece que interesa el tipo de las que operaron venciendo una resistencia mía inicial, a veces intensa. Hay que tener, en efecto, en cuenta que la ciencia sólo puede cumplir su función de alumbrar pensamiento más verdadero negando aspectos débiles o erróneos del pensamiento vigente (nada se origina del vacío), de modo que evidentemente en ciencia no hay más modo de avanzar que combatiendo prejuicios propios. En consecuencia, me parece que el argumento de la vida de un hombre de ciencia es la sucesión de los actos contradictorios en que se fue realizando su pensamiento, actos tanto más importantes y decisivos para él cuanto, más arraigado en él estuviese el prejuicio vencido, es decir, cuanto más oculto estuviese a su introspección, cuanto más consustancial fuese hasta entonces con su orden general de ideas.

Siguiendo esta línea de reflexión, me parece que lo más significativo del período de aprendizaje y de formación de un hombre de ciencia es lo que le fue configurado de modo que, llegado a madurez, poseyera la capacidad contradictoria de asimilar profundamente el pensamiento social que se le ofrece y de reaccionar con creciente libertad a lo que este pensamiento tenga de equivocado o de débil. En resumidas cuentas, lo que puede quedar (caso de que quede algo) de la etapa creadora de un hombre de ciencia ha de constituir en los resultados de los actos vivos de voluntad en cada uno de los cuales se niega a sí mismo en aras de lo que va a ser, y, en consecuencia, lo que interesa de su período de aprendizaje son las influencias exteriores que le aficionaron a instalarse con plena conciencia en la inseguridad continua propia del hombre, es decir, que le enseñaron que la seguridad de hoy no es sino el paso hacia la perplejidad de mañana, en una palabra, que hicieron de él lo que ha de definir a un científico: un profesional de la ignorancia.



«De mi padre, Antonio Cordón (a la izquierda en 1946) aprendí el desprecio a lo culturalmente mediocre.» A la derecha, Elena Bonet, madre de Faustino Cordón.

Período de aprendizaje (de 17 a 27 años)

En el marco de este artículo no puedo sino destacar tres influencias que me parecen particularmente favorables en esos años de aprendizaje. La primera es la circunstancia familiar, circunstancia que hoy me parece que ejerció sobre mí dos influencias contradictorias y, por ello, capaces de determinar sobre las dos un efecto muy progresivo. Por una parte, en mi familia materna, catalana, cuentan algunos químicos distinguidos del siglo pasado y mi abuelo mismo –en cuya casa viví mientras cursaba el bachillerato– era catedrático de química orgánica de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central: esta rama familiar me parece hoy como el paradigma del asentamiento profesional y sereno en la ciencia y de virtudes domésticas y públicas silenciosas y verdaderas, de las que mi madre tuvo la triste ocasión de dar, naturalmente, como sin saberlo, toda su heroica medida en nuestra guerra y posguerra civil. Esta influencia –familiarizarme con la perspectiva de la enseñanza de la ciencia y del ejercicio y respetabilidad científicos– tuvo que ser profunda y trascendente para mí, pero sé poco de ella, sin duda porque me modeló fácil y calladamente desde niño y debe considerarse de las que operan por simpatía. En cambio, la influencia de mi padre me es mucho más notoria, afecta mucho más a mi actividad, a lo que me siento ser realizándome en el trabajo, aunque ciertamente sea sobre la base que me dio la tradición cultural y humana de la rama materna: el tipo cultural y humano de mi padre me parece muy poco corriente y el ejemplo de su conducta me ha influido mucho, pero, en mi juventud, no sin tener que vencer una tenaz resistencia por mi parte; ante todo mi padre, hijo de un arrendatario extremeño y luego, él mismo, terratenientе, fue el primero de su familia que cursó una carrera universitaria y el hecho le dio acceso, no a un mero conocimiento profesional, sino a la cultura misma que vivía con exaltada

Con la familia, un domingo de 1938.

[illegible] las tareas que me capacitaron para efectuar en su día un estudio disciplinado, pero que, sobre todo, me descubrieron la importancia que él daba al saber; pero hay dos rasgos de su carácter que me parece que han influido sobre mí decisivamente: uno [illegible] dad de que yo abordara objetivos difíciles y otro (que yo percibía con claridad a pesar de un orden económico que a temporadas hubo de ser muy estrecho) que para él estos objetivos fuesen, por así decirlo, supraeco[illegible] [illegible] ciales ponía por encima de todo con una generosidad que el hombre [illegible] lidad era sabia. Me parece que estas dos influencias familiares que parecen [illegible] aplicada y pacífica a lo recibido, y la negación apasionada no ya de lo falso, sino de lo mediocre o de lo superado [illegible] para la ciencia están las dos en cada latido de su progreso: la tradición y el cambio. Por ello haber recibido ambas en mi vida juvenil, las dos tan claramente y por separado, me parece hoy que [illegible] favorable para mi futura labor de investigador científico.

SIGUIENDO un orden en el tiempo, hay una segunda circunstancia de este período que ha ejercido, en mi sentir, muy decisiva influencia sobre mi trabajo científico emprendido muchos años después. Se trata del hábito adquirido hacia mis dieciocho años, de consignar y desarrollar mis reflexiones por escrito; lo sigo haciendo, de modo que he ido reuniendo cuartillas a lo largo de más de cincuenta años. Claro que [illegible] en el sentido de que nunca pretenden [illegible] que siempre [illegible] mejores en líneas de reflexión que pretendo ahondar y analizar con continuidad. Esto no significa que sean notas redactadas sin precisión, ya que procuran ayudar al origen y formulación del pensamiento [illegible] que me sea posible en el momento y fijarlo de modo inequívoco para retomarlo como punto de partida un día que puede ser lejano. (Parece obvio que escribir es la técnica fundamental para auxiliar al pensamiento.) Ahora bien, pensar en el modo de ser del hombre y pensar bien es importante en cualquier actividad [illegible] abundantemente lo es en el ejercicio de la ciencia, que por definición exige debatirse con el pensamiento humano [illegible] recoger hechos concretos, sino descubrir hechos o aspectos de ellos que posean un valor estratégico que permita contrastar, depurar, ensanchar la concepción teórica que el hombre se va formando de la naturaleza (sin ello la actividad científica se reduce a [illegible] tierra de nadie). Parece, pues, evidente que pensar activa, apasionadamente, tiene que ser la [illegible] principal de quienes se dedican profesionalmente a saber, de modo que en los protocolos de un hombre de ciencia está plasmada la peripecia de su trayectoria intelectual. Esta costumbre mía juvenil refleja, sin duda, una preocupación tras la verdad que está en la base del ejercicio de la investigación científica, a cuyos resultados (como a todo lo humano) suelen contribuir más los factores morales que los intelectuales. Pienso que esta conducta —que no imité ni me fue impuesta— debió originarse principalmente en [illegible] verdad y la fidelidad a la propia razón. Fue para mí una de las circunstancias importantes de mi período de aprendizaje.

HAY una tercera circunstancia de este período de modelamiento juvenil que ha ejercido gran influencia [illegible] así y muy decisivamente en la dirección que fueron tomando mis problemas desde mis cuarenta años. Me refiero a una circunstancia [illegible] propia de la época y que afecta a toda la ciencia. Me parece, en efecto, que en el estado actual de la ciencia se da una discordancia entre, por una parte, los aparatos teóricos de las diversas ciencias experimentales (que, negando la historia de ellas, tiende a fragmentarlas en campos cada vez más especializados) y, por otra parte, una creciente tendencia a buscar una interpretación unitaria del universo que se percibe coherente y sujeto a un proceso evolutivo general. Pues bien, de este estado de cosas, de esta contradicción interna que padece la ciencia, no empecé a hacerme consciente hasta la madurez; si, en mi juventud, alguien me hubiese señalado la discordancia, habría probablemente respondido que en la naturaleza se da una cierta dualidad en virtud de la cual hay fenómenos que requieren un modo y método de conocer (los propios de las ciencias experimentales) y otros que exigen uno muy distinto (el totalizador e histórico). Es decir, durante largos años me encontré perfectamente cómodo frente a la ciencia que se me impartió en la Universidad y que luego seguí estudiando (consciente de su enorme valor) con constante interés. Pero lo [illegible] que la otra gran [illegible] de pensamiento siguió solicitando siempre mi reflexión y, con motivo de la guerra civil, con particular intensidad.

Sin esta dualidad de aprendizaje y sin el hecho que considero sumamente favorable de que ambos se produjeron con independencia (sin perturbarse durante veinte años el uno al otro) me habría sido imposible [illegible] ble iniciar la línea de investigación en que se ha realizado mi vida. Sin el doble aprendizaje, no hubiese dis-

puesto del entramado necesario para plantearme un nuevo tipo de problemas; y sin haberme identificado, el alcance de mis fuerzas con el sistema de conceptos y con la interpretación de la realidad propia de la ciencia experimental, hasta constituir en mí convicciones muy arraigadas. Ahora difícilmente hubiese podido emprender una crítica objetiva y sincera de la crisis de crecimiento de la ciencia experimental vigente, crítica que, en todo momento, significó un penoso y lento negarme a mí mismo.

Mi propósito y de hecho mi ocupación profesional hasta los cuarenta años fue la química y, más en concreto, la química orgánica a cuya enseñanza pensaba entonces dedicarme; no obstante, diversas circunstancias me llevaron a cursar la carrera de farmacia en un momento (al comienzo de los años 50) en que la Universidad española alcanzó, tal vez su momento muy digno. Me parece que la elección de carrera, por motivos que no podía prever, fue muy afortunada; por una parte me ofreció la base suficiente para iniciar mis estudios de química, y, por otra, me abrió un primer horizonte hacia la biología (por ejemplo me fascinó el estudio de la botánica y me apliqué a conocer las plantas de mi región) horizonte que no [illegible] dejó de atraerme; en fin, el hecho de comenzar a trabajar, terminada la guerra, en la industria farmacéutica, esto es como químico ante un ser vivo, pudo fácilmente brindarme un problema objetivo ante el que interfirieran los dos modos que dividen la ciencia actual con claridad suficiente para que yo pudiera percibirlo, campo que en mi opinión inicialmente no podía ser sino el protoplasma en su gobierno de moléculas.

Período de formación (de 27 a 40 años)

DESMEMBRAR en períodos algo tan concreto como una vida (en la que todo el pasado opera en cada momento) no pasa de ser un recurso artificial. Ahora bien, los que he distinguido para ayudarme a analizar mi proceso intelectual se inician con hechos esenciales que determinaron inflexiones importantes en mi vida de trabajo. El acontecimiento que determinó un cambio principal en mi vida fue el comienzo de la guerra civil de 1936. En este ensayo autobiográfico he de limitarme a señalar lo que este tremendo acontecimiento supuso para mi futuro trabajo científico.

La guerra [illegible] desplazó durante un tiempo el centro principal de mi interés desde una de las dos líneas principales de pensamiento científico a la otra y, además, a ambas les dio un nuevo sentido, vinculándolas a la realidad social. Cuando llevaba unos años preparándome para oponerme a una cátedra, en los que el estudio de la química experimental llevaba la mayor parte de mi tiempo, comenzó el conflicto, en el que de inmediato tomé partido y me esforcé (siguiendo preocupaciones siempre vivas) en entender las fuerzas sociales que operaban, su sentido y el modo de actuar sobre ellas racionalmente. Evidentemente este estudio ya no fue abstracto sino que participé activamente en el acontecimiento, de modo que se me impuso la necesidad de contrastar con la realidad viva lo que en el primer período no pasaba de ser una línea de reflexión más o menos continuada, pero secundaria y sobre libros. Pronto se me encomendaron tareas en la industria de guerra y hubo de tomar decisiones en lo posible racionales, sin duda informadas por mi concepción teórica e historicista del acontecer humano pero que me eran impuestas por la realidad apremiante olvidado de lo aprendido en los libros. Esto debió formarme mucho el carácter (la disciplina y el sentido de la responsabilidad) pero, en lo que respecta a la investigación futura, tuvo la trascendencia –que no aproveché sino mucho más tarde– de haber vivido el evolucionismo en este campo concreto del acontecer humano, como una línea de pensamiento eficaz, con una sólida tradición pero perfectamente propicia a diversificarse y a progresar cuando se contrasta urgentemente (sincrónicamente) con la realidad.

Por otra parte, mi trabajo absorbente sobre hombres y sus acuciantes conflictos humanos no me apartó durante este tiempo totalmente de las ciencias experimentales, por ese hecho de haber sido destinado a la industria de guerra; aunque apartado del trabajo científico tuve ocasión asimismo de vivir mis conocimientos científicos en su realización moral y de percibir así un sentido adicional de ellos.

LA guerra fue seguida de quince meses de cárcel y campo de concentración y de más de medio año de confinación voluntaria en Barcelona. Ahora bien, los primeros meses duros y opresivos y los segundos de gran aislamiento fueron muy provechosos para mi formación y los recuerdo con gusto. Para el que entienda que un hombre debe realizarse en un proyecto de largo alcance lo más penoso del encierro es sentir que le impide operar sobre el mundo; pero, que éste se cierra sobre uno; desde el primer momento vi con claridad que mi salvación moral pequeña realizarme en [illegible] trabajo profesional cualquiera que hubiese de ser éste. Por ello me con[illegible] de dar[illegible] italiano– y de matemáticas –que, luego, proseguí durante otros cuatro años–. Por lo demás, la preocupación por el pensamiento general y el interés por la biología se ponen de manifiesto en el hecho de que mi trabajo sobre Mendel consistió en la traducción de la *Historia de Roma* de Mommsen y en el estudio de un excelente tratado de anatomía, fisiología y embriología de los grandes tipos de animales. Me parece que todo me resultó muy útil en el futuro.

Creo recordar que en alguna [illegible] importante de esta época que me gustaría imprimir en los jóvenes es la conveniencia, en esta vida nuestra tan provisional de como toda circunstancia provisional e incómoda como definitiva, de aprovecharla al máximo. Pero creo que este mismo tiempo me propocionó una enseñanza complementaria de la anterior de la que, en parte importante, dependió el desarrollo posterior de mi trabajo científico; me refiero al dominio de la impaciencia, a la costumbre de considerar los logros del propio trabajo como provisionales, como pasos a realizaciones superiores. En resumidas cuentas se trata de plegarse al medio pero activamente, para actuar sobre él de modo conforme a la propia razón cuando sepamos o podamos.

DADO el espíritu de la posguerra [illegible] la contienda me había cerrado la [illegible] para la que [illegible] meses de [illegible] en [illegible]

celona tuve el acierto de encontrar, en la industria farmacéutica, la colocación que, probablemente, mejor convenía para mi formación científica; se trataba de los Laboratorios Zeltia de Porriño (Pontevedra) en los que trabajé cuatro años desde el día preciso en que el ejército alemán invadió Rusia hasta poco después de terminada la guerra mundial. En este retiro apacible encontré las mejores circunstancias para rematar mi formación en química experimental. Tuve la suerte de que esta empresa farmacéutica, todavía llena de espíritu constructivo que inspiró su creación, estuviese dirigida por el joven profesor Calvet, apartado de su cátedra, que se había formado en buenas escuelas europeas de química orgánica y de bioquímica y que procuraba transmitirnos su formación científica rigurosa como único medio de hacernos profesionales útiles (recuerdo que antes de encomendarme los primeros problemas de investigación bioquímica, hube de realizar, con buenos rendimientos y conforme a las reglas establecidas, una larga serie de síntesis orgánicas y un difícil trabajo extractivo: cristalizar ácido ascórbico de zumo de naranja y, luego, del de hojas de lirio). Tuve, pues, el privilegio de convivir íntimamente con un excelente maestro, que fue el vector, hacia un corto número de colaboradores entusiastas, de la mejor tradición científica y así encontré una coyuntura muy favorable para recuperar (ciertamente ya con la ayuda del restante bagaje adquirido) el tiempo restado a lo que seguía constituyendo mi objetivo profesional: lograr una buena preparación en química experimental.

Sin recurrir a las notas de reflexiones sobre mi trabajo que conservo de estos años, voy a señalar, del modo sucinto a que obliga una nota autobiográfica lo que destaca en mi memoria de esos años decisivos. Se trata, ante todo, de un cierto deguste y disfrute de la ciencia experimental, cuya importancia para mi ulterior trabajo no pudo encarecer lo que merece por dos razones que conviene dejar muy claras. La primera es el hecho de que la ciencia experimental no es, en resumidas cuentas, sino el modo humano, conscientemente aplicado, de avanzar en el conocimiento de la naturaleza: actuar, mediante técnicas adecuadas, sobre ella, conforme a una hipótesis de trabajo meditada, observar objetivamente los resultados, y deducir conclusiones de algún valor teórico o práctico; la ciencia experimental, junto con la recogida y clasificación de datos empíricos, que hay que esforzarse en elevar a ciencia experimental, es, por consiguiente, el modo eficaz y riguroso de recoger conocimientos lo más correlacionados posible que sirvan para organizar con ellos conocimiento evolucionista: esto es, la ciencia evolucionista (la ciencia que persigue una comprensión integradora e histórica de la naturaleza) no se opone ni es una alternativa a la ciencia experimental, sino que ésta es la base insoslayable, la condición misma natural y futura del pensamiento evolucionista, y sólo un científico experimental puede serlo evolucionista. La segunda razón que da valor a mis años de Zeltia es mi convicción –que, en cierto modo, contradice a la pendiente actual hacia la especialización– de que una buena preparación experimental capacita para trabajar asimismo bien en campos incluso alejados; la ciencia experimental no se limita a conferir destreza en el manejo de aparatos y en la observación de sus resultados, sino que educa al espíritu para enfrentarse científicamente con la naturaleza en cualquier aspecto de ella. ¿Cómo aprendí entonces lo que en mi sentir es el ejercicio correcto de la ciencia experimental?

Ante todo, para investigar científicamente el pensamiento ha de primar sobre el trabajo manual, dominarlo; siempre nos formulábamos con toda claridad lo que pretendíamos saber o realizar y el valor objetivo que, para nosotros, valdría este conocimiento; supe que lo duro de la experimentación es el planteamiento de las hipótesis de trabajo, cuya originalidad, audacia y presciencia miden la capacidad del investigador.

En segundo lugar, aprendí que hay que planear reflexivamente el experimento que ha de contrastar la hipótesis, y que hay que procurar que sea económico, rápido y sencillo (negándonos a la rutina cuando sea aconsejable); la penuria de recursos a que nos tenía sometidos la guerra mundial resultó ventajosa para nuestra formación de investigadores experimentales, aunque a veces nos irritara; trabajar con aparatos ideados por uno mismo para un propósito, adelanta el fin, ayuda a interpretar los resultados y libera de algún modo el pensamiento (imaginar un experimento y un aparato elegante es el remate, por así decirlo, de la reflexión científica que lo requiere); por el contrario, la posesión de aparatos perfectos y complejos que a elevado precio nos ofrece el mercado y cuyo pleno sentido a veces no se domina, me parece que, paradójicamente, implica el riesgo de subordinar a ellos el pensamiento, de especializarlo, de hacerlo rutinario.

Por último, una tercera preocupación mía de esa época era la de desarrollar mi capacidad de observación, de seguir atentamente lo que pasa ante nuestros ojos para advertir

Faustino Cordón en octubre de 1943.

cómo van los procesos, para prever resultados y corregirlos racionalmente; hoy sé, con el ejemplo de los grandes científicos y por experiencia, que la capacidad de observación depende de la altura del pensamiento desde la que se observa y que, a la inversa, el ejercicio de la observación contribuye en alto grado a elevar el pensamiento; tiene, pues, profundo sentido la exclamación de Darwin, uno de los más grandes observadores de la historia, al formularse la teoría de la selección natural: al fin, tengo una teoría desde la que observar.

BAJO la dirección de Calvet, realicé mi tesis doctoral, el descubrimiento y caracterización de un enzima que inactivaba algunas fuentes comerciales de insulina. Desde Zeltia, en 1945 (a mis 36 años) pasé a IBYS, donde comencé a investigar, bajo iniciativa e inspiración propias y pronto dirigiendo a algún colaborador, en temas, unos, derivados de mi experiencia anterior con alguna aportación original (sobre enzimología de la penicilina) y, otros, planteados por la actividad industrial. Como conclusión de lo expuesto puedo decir que, hasta aquí, quizá lo más notable de mi vida científica pueda formularse diciendo que tuve la suerte de haber recibido en condiciones adversas una educación experimental rigurosa, clásica, aunque en algunos años de las habituales.

Me parece que estaba en condiciones, y a ello me sentía llamado y me satisfacía plenamente, a ser un buen químico experimental, en vez del biólogo evolucionista en que me fui realizando a lo largo de los treinta años sucesivos.

Antes de exponer la coyuntura que cambió mi destino profesional, voy a señalar el riesgo que corrí de algo que probablemente hubiese impedido esa inflexión de mi vida científica. Se trata de que recién salido de Zeltia gané, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, por concurso-oposición una beca para proseguir en Estados Unidos, con técnicas más finas, nuestros trabajos de enzimología, afortunadamente, el Ministerio de Educación Nacional vetó la beca concedida oficialmente. Creo muy posible que la especialización en bioquímica me hubiese alejado irreversiblemente de lo que había de ser mi problemática biológica. Si en la vida de un hombre de ciencia se distingue un período de acumulación y otro de liberación y desarrollo de lo acumulado, mi regreso a los dos años bien pudo haber supuesto el término de mi período de acumulación e impedirme iniciar, sobre bases nuevas, el período llamado de madurez en este esbozo autobiográfico, en el que la acumulación siguió predominando sobre la producción. He de decir que la noticia de que se me despojaba de algo a lo que daba entonces valor me causó una inesperada satisfacción que atribuí a la percepción de estar por encima de ciertas contingencias exteriores, pero a ello debo sumarle la sensación confusa de que me convenía buscar por mí mismo mi propio camino.

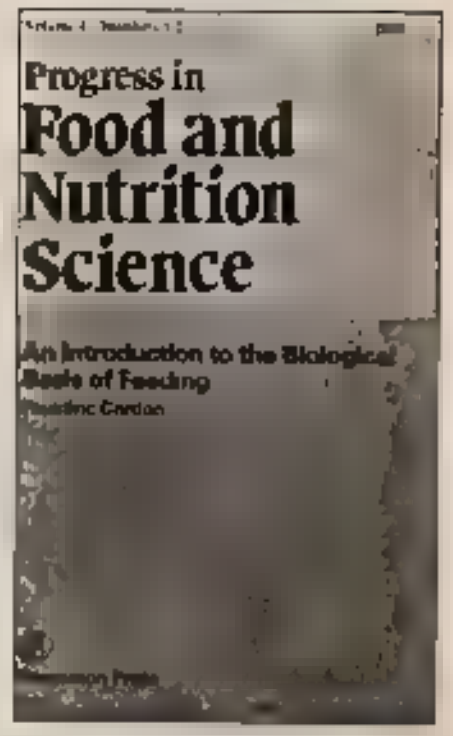
Período de madurez (de 40 a 65 años)

EL acontecimiento que decidió tardíamente mi destino científico fue inesperado pero no fortuito. En el Instituto IBYS, tradicionalmente dedicado a preparar sueros y vacunas, estaban omnipresentes problemas prácticos relacionados con la inmunidad y yo hube de ocuparme.

Mi interés latente por la biología pronto me hizo percibir que la inmunización (la capacidad de responder específicamente a proteínas extrañas), fenómeno muy general y de tan diversas manifestaciones, tenía que deberse a algo con una profunda significación científica. Mi absorbente curiosidad me llevó a estudiar con rigor experimental un fenómeno asequible de inmunidad, a saber, la anafilaxia a caseína en cobayos. Con el tiempo, un experimento bien planteado nos llevó a descubrir que la proteína ajena inyectada al animal (lo que en inmunología se denomina el antígeno, en nuestro experimento caseína) multiplicaba en él alguna de sus estructuras, de modo que, al parecer, el hecho primario de toda inmunización es una suerte de autoreproducción del antígeno y no, como suele pensarse, una producción de sustancias defensivas (los anticuerpos) desencadenada por la presencia del antígeno.

El hecho parecía suponer un cambio en la interpretación de la inmunidad, cambio que (conforme a las exigencias de la ciencia experimental) había que contrastar con la teoría de la inmunidad vigente frente a todos los fenómenos pertinentes conocidos y, a ser posible, anticipar algún fenómeno desconocido que fuese de prever según el nuevo modo de entender las cosas.

Cumplí la primera exigencia estudiando un magistral tratado de inmunología, en curso de publicación, que venía a poner orden en un increíble mare mágnum de publicaciones, *Die Immunitätsforschung* de Doerr, volúmenes I a VIII, cuya traducción mía editó la Revista de Occidente, y contrastando la conformidad con los hechos de las dos teorías en mi primer libro, *Inmunidad y autoinfección*

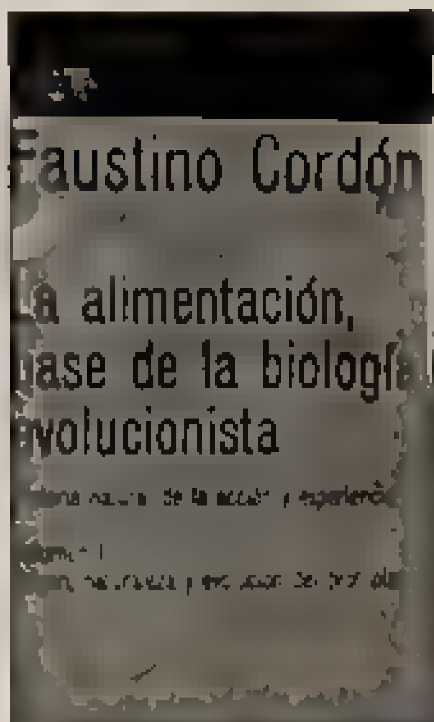


ción proteica, que publicó en 1954 la misma editorial. Respecto al segundo requisito realicé, animado por el profesor Halbauer de Berna, un experimento cuidadosamente concebido que dio la respuesta prevista: el cobayo inoculado con toxina tetánica multiplica en su cerebro, no la toxina, pero sí determinantes inmunológicos de ella en una cantidad que va subiendo en el curso del tétanos provocado, hasta rebasar considerablemente la de los determinantes inoculados. Por lo demás, el campo de investigación experimental así abierto, la teoría desde donde observar, parecía muy rico en temas y entre mis 40 y 50 años creí

que había encontrado mi cantera de investigación experimental*.

Sin embargo, este trabajo experimental había de ejercer una influencia más trascendente sobre mi vida profesional. [illegible] el fenómeno observado [illegible] en general parecían inexplicables sin entender el ser vivo donde se producen; en consecuencia, me atrajeron [illegible] entre el [illegible] las dispersas incorporadas desde fuera) y la intimidad celular susceptible de ser perturbada tan despropor[illegible] [illegible] con un [illegible] por lo que fuera, para procurar entenderlo. Por tanto, estos trabajos experimentales, en primera aproximación, [illegible] de la [illegible] general, mi problemática de bioquímico en una de biólogo, ya que el tema central de la biología es la naturaleza del ser vivo [illegible] que es. Pero, sobre todo, [illegible] de la [illegible] en el trabajo experimental [illegible] diametral a mi problemática, que después se ha sostenido tenazmente. [illegible] de ese trabajo experimental [illegible] para lograr [illegible] [illegible] por el todo de que forma parte y por [illegible] conocer esas partes que hoy dependen de él. Por ello, obviamente, la ciencia experimental que [illegible] el conocimiento de lo particular y concreto es esencial para conocer el todo y su evolución. [illegible] desde hace dos siglos los brotes de pensamiento evolucionista son [illegible] ciencia experimental elevada a un nuevo nivel de problemática.

Con esto llegamos a la iniciación del trabajo en que continúo empeñado y aunque nos distancien de ella veinticinco años [illegible] que resta es presente u opera tan directamente sobre él que está recogido en mis libros recientes. Incluso la historia del trabajo durante estos años de madurez, desde 1950 a 1970, se expone [illegible] en el «Prefacio» de mi libro *La alimentación, base de la biología evolucionista* (páginas XXXI a XXXV). En la presente nota autobiográfica he centrado mi recuerdo en los antecedentes de lo que sigo siendo, sin gran variación en concepción general ni en métodos, desde que emprendí mi labor de [illegible] biólogo, y, sobre todo, en como percibo como se verificó y sigue verificándose en mí mismo la organización de los



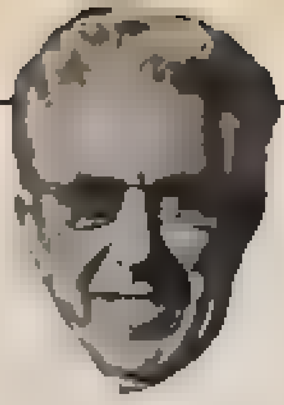
conocimientos experimentales en pensamiento evolucionista.

Voy, pues, a limitarme a señalar el hecho de que desde que tomé la nueva dirección de pesquisa científica, nuestro persistente esfuerzo por interpretar los datos experimentales concretos por el todo de que forman parte y viceversa, durante los años que van desde mis 45 mis 65 años, han permitido dar, con mayor o menor fortuna, una serie de pasos cada uno de los cuales ha supuesto, respecto al anterior, un progreso equivalente, que podemos caracterizar así: 1) su ocasión inicial ha solido ser una observación experimental propia que inesperadamente ha conducido a un nuevo campo*; 2) cada nuevo estadio ha podido iniciarse (el pensamiento había alcanzado madurez para interpretar lo observado) gracias al trabajo teórico del estadio anterior que, por término medio, ha durado cada vez unos cinco años; 3) la nueva problemática se ha referido, en cada paso, a un orden adicional de relaciones que traba un entorno mayor de la realidad (un todo más amplio) con datos concretos de un orden de tamaño (de un nivel de complejidad) en cambio menor que el estudiado en el estadio anterior, y 4) cada paso nos ha llevado a estudiar sistemática y objetivamente el acervo de conocimientos empíricos y experimentales de alguna ciencia biológica antes considerada con menos atención. Hitos principales en este proceso de reflexión se recogen en los siguientes libros: *La introducción al origen y evolución de la vida* (1958), *La evolución conjunta de los animales y su medio* (1966), *La función de la ciencia en la sociedad* (1978), *La alimentación, base de la biología evolucionista*. Volumen I (1978), y *La naturaleza del hombre a la luz de su origen biológico* (1981).

ME parece que, en líneas generales, estos años de madurez se han caracterizado por una labor muy continuada y cada vez más productiva, muy parcialmente recogida en nuestras publicaciones. Gran parte de la producción se ha ido acumulando en notas de trabajo muy elaboradas pero que han ido quedando inéditas por un carácter que [illegible] a ofrecerme nuestros resultados y al que hube de plegarme con aplicada docilidad. Consistía este carácter en el hecho de que las soluciones de los problemas planteaban, con un ritmo más rápido que su solución misma, nuevos problemas más generales y concretos que nos impulsaban a menospreciar lo que creíamos conocer en aras de lo que

* Dos temas [illegible] entonces mi atención y sigo sintiendo haberme visto forzado a abandonarlos: el papel biológico de la [illegible] y la secuencia y causa de los trastornos [illegible] provocados por los [illegible]. Ahora bien, el habernos tenido que enfrentar con problemas nuevos exigidos por la marcha de nuestra empresa farmacéutica, arrancándonos de los campos que nos eran familiares, nos abrió horizontes que procuramos correlacionar con los previos, lo que nos forzó a elevar el nivel teórico.

* Por ejemplo, la definición de nivel biológico de integración energético-material, la del primero de ellos [illegible] de los niveles inferiores en los superiores, surgieron inesperadamente de los trabajos experimentales dichos sobre inmunidad. En el [illegible] de la naturaleza y origen de la célula como individuo [illegible] de [illegible] trabajos experimentales sobre los [illegible] superpuestos en la coagulación sanguínea y sobre la doble función intracelular del colesterol (trabajos sugeridos ambos por problemas farmacológicos que nos impuso la práctica). [illegible]



[illegible] conocer. Las hipótesis de trabajo desembocaban en otras más profundas de modo que este periodo se distingue por la búsqueda de bases cada vez más firmes del pensamiento. Sin duda, este carácter de nuestra investigación durante esos años no se debe a cualidades mías (cuya originalidad previa fue modesta) sino a la naturaleza objetiva de la cantera descubierta que afectaba a campos nuevos si se ahondaba conve[illegible] fuerzo no se malogra y da algún fruto, nuestro mérito, no ha sido sino el sometimiento casi forzoso a algo que nos había ocupado y que exigía imperiosamente día a día desarrollarse. Este periodo de gran sometimiento a objetivos suprapersonales creo que, paradójicamente, ha sido un [illegible]

Por otra parte, desde que, hacia mis cuarenta años, percibí la inseguridad de algunos principios de la ciencia admitida (desde que se me desmitificó [illegible] un edificio concluso, sino una tarea a realizar) [illegible] cualidad nueva: tender a la negociación fecunda, atreverse a la heterodoxia.

Opino, pues, que el hombre de ciencia, apoyado en los dictados de su razón, ha de fomentar su imaginación [illegible] miento adquirido en método de conquistar nuevo conocimiento. Esta tendencia algo radical que me ha impuesto el curso del trabajo ha estado en mí muy atemperada por idiosincrasia, por educación, por experiencia. Cuando la reflexión me lo exige me aventuro cautamente por *terra incognita* pero lo hago con una aguda sensación de alarma, de inseguridad.

Nunca he osado, ni me ha atraído, imaginar teorías abstractas; para no extraviarse en su esfuerzo teorizador, el científico no tiene más recurso que pegarse a los hechos reales, que familiarizarse (en el Universo sometido a un proceso de interacciones coherentes) con una gama creciente de ellos; puntualizar los hechos, considerarlos en todas sus relaciones, es un hábito nuestro impuesto por la inseguridad, por la prudencia, del que profesionalmente ha de aventurarse solo.

Hay una segunda norma que la vida me ha enseñado: hay que armonizar la insobornable fidelidad a lo que dicta la propia razón con el respeto a lo que opinan otros. La base del pensamiento de todos los hombres es, evidentemente, común, de modo que [illegible] respeto a las ajenas. Parto siempre de la seguridad de que toda opinión que disiente de la mía guarda necesariamente un cabo de verdad que hay que descubrir: o bien nuestra interpretación da cuenta de la ajena (la resuelve) o bien ésta descubre un lado débil de la [illegible] errónea, de que tenga también su cabo de verdad). Sé que el multitudinario proceso de la ciencia se cumple en colaboración y que nuestro principal apoyo es la verdad del pensamiento ajeno no su debilidad. Por eso creo que siempre he procurado formarme en una crítica constructiva que procura poseer a fondo, no las lagunas y debilidades de lo que leo (lo que es en general fácil), sino el fondo de verdad descubierto que, a veces, el [illegible] fectamente. Por ejemplo, me fue fácil percibir lo erróneo de Lamarck o de Weismann y mucho más difícil (¡y gratificador!) comprender el brote [illegible] tores, de pensamiento verdadero. Me parece, pues, anticientífica la discusión personal en vez de la ponderación generosa de los hechos y de las ideas; es más, consciente de lo desacreditado que ha llegado a estar en la ciencia (hoy tan encorsetada) el ejercicio libre del pensamiento, he tenido la tendencia, no a negar la convicción propia a la que me entrego apasionadamente, pero a procurar apoyarla en el pensamiento general admitido, de modo que pierda en lo posible su cuño personal.

La recta final (desde mis 65 años hasta hoy)

ME parece que hacia mis 65 años se produce una última inflexión de mi trabajo que hoy percibo claramente. Hacia esos años, por una parte, me enuncio la idea de la acción y experiencia como carácter esencial de los seres vivos que puede entenderse en términos de la evolución conjunta del universo, con lo que llego al fondo de lo que [illegible] ción el hilo rector que, sobre la base [illegible] campos biológicos en mis años de [illegible]

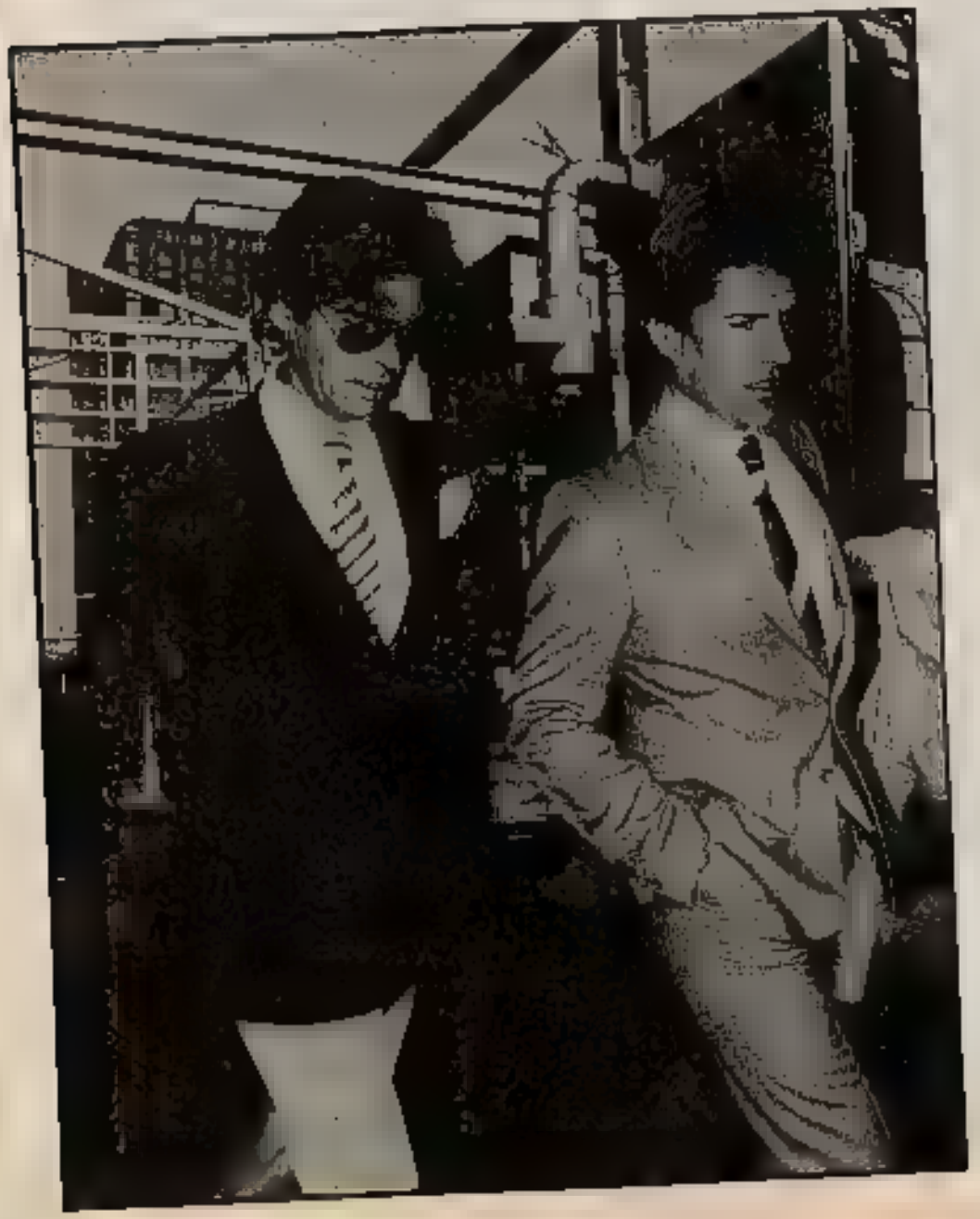
[illegible]

[illegible] quince años sin duda porque, aunque haya descendido mi capacidad física, [illegible]

[illegible] lico), lo que es la tarea de la humanidad [illegible] cretos que tengo [illegible] me siguen planteando. Este trabajo a veces es satisfactorio, llena lagunas y [illegible] de mediterráneos, proporciona una confortante seguridad [illegible] lento, tiene su tempo propio que no puedo forzar a pesar de toda mi premura.

Pero, sobre todo ha dejado de ser un goce creador para constituirse en el deber de justificar ese goce pasado, de [illegible] ■ F. C.

Ya es Primavera en El Corte Inglés.



Aquí nace la nueva moda para el hombre.

Con el renovado clasicismo de los trajes de pura lana, de pequeños dibujos, en gamas azuladas, beiges y grises.

Con el aire deportivo de los coordinados de americanas y pantalones.

Y la gran novedad de las elegantes blazers.

Así es la Primavera del hombre con estilo.

El Corte Inglés

Aquí nace la moda

Conversación con monseñor Alberto Iniesta

UN OBISPO SE CONFIESA

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

La primera impresión que causa el obispo Alberto Iniesta en un profano es que no parece un obispo. Quiero decir que no responde a la imagen episcopal, habitual, oficial, oficial, proverbial, general, usual, tradicional y tal. Claro que uno no conoce a ningún otro obispo vivo. Conoció, hace muchos años, a don Pedro Cantero Cuadrado cuando era obispo de Huelva (Cantero, no un serrucho). La gente de allí, muy dada a poner motes, le llamaba el «Adoquín». Más no debe verse aquí un especial sentido peyorativo: en aquellos años don Pedro no tenía el tinte integrista luego conseguido y fue prelado dinámico y hacedor que vestía el cargo con pompa y majestad en la entonces recién inaugurada diócesis huelvense. Sucedió a don Pedro un santo varón, García Lahiguera, inclinado a rezos y devociones continuas y alejado de las cosas de este mundo; tanto que la gente decía que «*estaba siempre en la higuera*». Después vino monseñor González Moralejo, hombre inteligente y hablador con puesto importante en la Conferencia Episcopal o algo así y por ello habitual viajero. Así fue que algunos onubenses le motejaron descriptiva y cariñosamente «*Sir Ausencio Revendíamas*», huérfanos por sus frecuentes idas.

Monseñor Iniesta ni tiene pompa episcopal, ni anda fuera del mundo, ni viaja apenas. Aunque en octubre de 1975 hizo una precipitada visita a Roma, tras una sonada homilía referida a las ejecuciones de septiembre.

Alberto Iniesta, obispo auxiliar de Madrid, vive en Vallecas: una ciudad dentro de otra, «la populosa barriada», el «Madrid rojo y proletario»...

Desde la Ventilla se ven las tribunas del estadio del Rayo Vallecano (que ese sí que es más que un club). En la puerta pone «*Pase sin llamar*». Y entonces mi compañero Ramón Rodríguez y yo pasamos. Hay una recepción-sala de visitas-oficina-antedespacho, de unos veinte metros cuadrados, y luego el modesto despacho del obispo, más pequeño, con varios pósters (uno de Pedro Casaldáliga, el obispo español de Brasil), un tresillo y la mesa. Una estufa de butano disimula el frío del antedespacho. Todos los muebles son simples, feos y metálicos (aunque no llegan a la cartujana austeridad del despacho parroquial de la vivienda del obispo). En su estante, junto a folletos litúrgicos y ejemplares de la revista «*Vida Nueva*», están cuatro botellas para agasajar a los visitantes: coñac «*Decano*», «*Señorío de los Llanos*» (vino de Valdepeñas; poco más de diez duros en los no lejanos almacenes Simago), un vino de Málaga y una Casera. El vino de Málaga, que pedí cuando monseñor me ofreció beber algo, no hacía mucho honor a Málaga ni al vino. Sería acaso por el sabor a plástico que le comunicaba el vaso. ¡Qué diferente de aquél magnífico «*Oporto*» escanciado en cristal tallado por monseñor Cantero!

Cuando se habla con Iniesta se ve que toda esta sencillez no es afectación sino manera de ser. Concertamos la entrevista por teléfono y pidió un cuestionario, que es el que aparece contestado más adelante. Al hablar con él se establece pronto una corriente de confianza y dice que le tuteemos. Eso hacemos. Viste un traje gris y cuello de clérigo. Las gafas se le caen un poco como a Martín Villa, pero esa característica no resulta complementada luego con el siguiente gesto de acabalgárselas sobre la nariz, lo que podría crear malestar y distraer a un interlocutor nervioso.

Es autor de cuatro libros: «*Papeles prohibidos*», «*¡Creo en Dios Padre!*», «*Escritos en la arena*» y «*¡A la buena de Dios!*». Nació en Albacete en 1923. Sintió la vocación después de hacer el servicio militar y cuando trabajaba en la Caja de Ahorros de Valencia, que le costeó los estudios en el seminario de Hellín y en Salamanca. Por entonces gustaba de mortificarse (*«No bebía agua durante largo tiempo; llevaba el cilicio puesto gran parte del día; en el tazón del desayuno echaba disimuladamente sal en vez de azúcar y cosas así»*). Conoce aquellos años al luego cardenal Tarancón y a los luego obispos Larrauri y Delicado Baeza. Se ordenó sacerdote en Lourdes el año 1958. Fue párroco un sólo año en San Pedro, provincia de Albacete. Después profesor del seminario, doce años. Y en 1972 obispo auxiliar de Madrid con Ricardo Blanco Granda, Ramón Echarren, José Estepa y Victorio Oliver, estos dos últimos nuevos en la plaza, como ■ (*«Y en cierto momento salió el tema de los 'capisayos'. Yo estaba aterrado. Oía hablar de que si 'palatina', que si 'manteleta', que si 'esclavina', que si 'fajines'... Para facilidad de los nuevos, se concertó que determinado día y hora nos juntaríamos en Madrid en una sastrería de esas rosas. Cuando llegó la mañana indicada, estaba casi a punto de ir, pero me dije: «Alberto: esto para como en los matrimonios; si cedes a la primera, cederás siempre». Y no acudí a la cita. Tampoco nadie me recordó luego nada. Me arreglé sacando una sotana que tenía de los tiempos en que aún la llevábamos, y que estaba –y está; es la misma que tengo ahora– de buen ver; encargué a las carmelitas de Albacete que me hicieran un fajín rojo; y con eso y con el personal me arreglo para los pocos días en que hay que ponerse de 'tiros largos', que en Madrid son dos: las dos misas que celebramos en la catedral el Jueves Santo y el Día del Papa. Por supuesto que en la liturgia uso mitra, aunque bárbulo lo menos posible. Y no tengo solideo, porque propiamente no es prenda litúrgica, creo yo. En realidad va desapareciendo casi del todo su uso. Y tengo que reconocer que nadie me ha dicho que porqué no lo llevo. Pero dejemos de hablar de modas»*).

No fuma desde hace 10 años (antes «*Ducados*» y cachimba). Se levanta a las seis y media, hace gimnasia, lee y reza y dice misa todos los días en la parroquia vallecana del barrio de Santa Carlota (¿o es Doña Carlota?) donde vive. Va al cine y al teatro cuando puede (le gustó mucho el «*Gaspar*», de Peter Handke-José Luis Gómez. La última obra que ha visto es «*La señora Tártara*», de Francisco Nieva: «*me pareció interesante y con muchas lecturas*»). Contestó este cuestionario en las vísperas de San Valentín, Día de los Enamorados.

¿Cuáles son tus relaciones con el marxismo?

–No tengo ninguna relación. No tengo contacto ni vinculación con ningún grupo ni partido marxista. Pero sí con personas concretas, cristianos y no cristianos, que se afirman marxistas y de los que soy buen amigo.

–Pero mucha gente te considera el mascarón de proa del «gauchismo cristiano»...

–Favor que me hacen... Pero no es para tanto. Aparte de que lo que el «gauchismo» tuviera de emocional, de apriorístico y de adolescente, me parecería lamentable y algo que habría que evitar. Pero vamos, en serio, que no, que no es eso. Hay muchas caricaturas de mí, y esa es una de ellas, aunque son malentendidos difíciles de borrar.

–¿España ha dejado de ser nacionalcatólica?

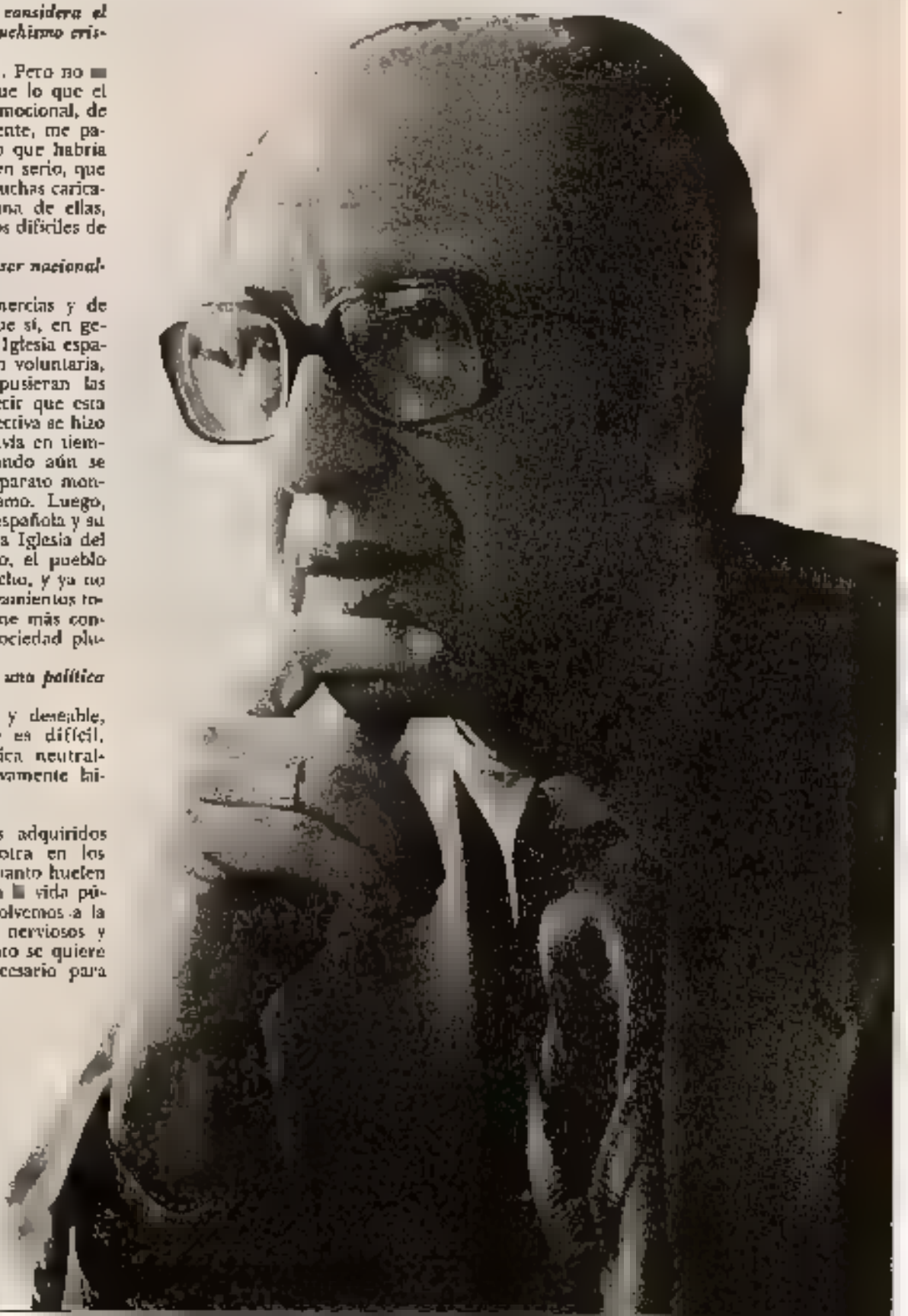
–A pesar de ciertas inercias y de ciertas nostalgias, creo que sí, en general. Y por parte de la Iglesia española, esto fue una opción voluntaria, antes de que se lo impusieran las circunstancias. Quiero decir que esta especie de conversión colectiva se hizo gracias al Concilio y todavía en tiempos del franquismo, cuando aún se sostenía oficialmente el aparato montado del nacionalcatolicismo. Luego, por parte de la sociedad española y su Constitución, al separar la Iglesia del Estado. Al mismo tiempo, el pueblo español ha cambiado mucho, y ya no se aceptan aquellos planteamientos totalitarios, sino que se tiene más conciencia de vivir en una sociedad pluralista.

–¿Es posible en España una política laica?

–Creo que es posible y deseable, aunque reconozco que es difícil. Quiero decir una política neutralmente laica, no combativamente laicista, por supuesto.

–¿Y por qué es difícil?

–Pues por los reflejos adquiridos por una parte y por otra en los últimos años. Unos, en cuanto huelen algún síntoma católico en la vida pública ya les parece que volvemos a la inquisición, y se ponen nerviosos y agresivos. Otros, en cuanto se quiere hacer algún reajuste necesario para corregir excesos anteriores, que sacralizaban realidades y cosas en sí mismas neutrales, y, digámoslo así, legítimamente profanas, bueno, pues arman la marimorena, y dicen que es revancha, y que quieren arrinconar a la Iglesia, y simplismos así. Por eso es difícil, por reflejos condicionados. Pero hay que intentarlo. Yo creo que la Iglesia católica tiene un papel en la sociedad española, pero sin exclusivismos, sin avasallar, ni tampoco arrinconarse. Por lo que a mí respecta, opino que en los casos dudosos es preferible ceder, más que armar guerra por exigir unos derechos.



Alberto Iniesta parece más un cura de barrio que un obispo. Sólo el anillo con la cruz denota en él la jerarquía eclesiástica episcopal...

UN OBISPO

Primero, porque siempre estará más en línea con el estilo del Evangelio. Y segundo, porque en general durante los últimos tiempos nos habíamos pasado, y hay que ayudar a pagar esa factura.

—Hay quien piensa que asistimos a un neogalicanismo en la vida oficial española.

—No, por Dios, en modo alguno. Ni siquiera el Estado español, ni mucho menos la Iglesia española pueden ser acusadas de neogalicanismo. Sólo que al cambiar los planteamientos de esta sociedad son inevitables los reajustes y las negociaciones, con sus inevitables tiras y aflojas. Por parte de unos y de otros. ¡De unos y de otros!, ¿eh? Que el Vaticano tenga que tratar con un país de Estado a Estado no es un tema que me entusiasme ni me haga particularmente feliz. Pero ya que las cosas están así y hay que hacerlo, nadie tiene por qué extrañarse de que el Estado de una sociedad pluralista no pueda generalizar ni imponer los planteamientos de un colectivo religioso mucho más homologado, como es la Iglesia Católica, aunque sea estadísticamente mayoritaria.

—Pero no son pocos los que insisten en que la Iglesia española es un freno a la modernización del país.

—Vamos a ver. Yo diría que hay que distinguir. Respecto al pasado, hay que reconocer con tristeza que fue bastante general esa postura de la Iglesia española, de tendencia predominantemente conservadora, llena de prevenciones ante los cambios históricos y frente a la ciencia y los intelectuales. También en la Iglesia de hoy quedan actitudes así, pero ya no se puede generalizar. Creo que en todos los niveles de la vida católica y en todas partes de su geografía, hay mucha gente que no solamente no se opone a la modernización del país, sino que colabora en ella con seriedad, con sinceridad y con constancia.

Un hombre así, habla así

—Quisiera recordar ahora la opinión del grupo parlamentario socialista (donde figuran personas tan sinceramente católicas como Peces-Barba) sobre el documento de los obispos acerca del divorcio. Dice que les parece —el documento episcopal— «inoportuno, desmedido y desestabilizador». ¿Qué opina Alberto Iniesta?

—[illegible] Dice [illegible] que «del [illegible] enemigo, el [illegible]». Máxime que la Iglesia no puede considerar a Peces-Barba precisamente como enemigo. Y no lo digo porque para mí sea un buen amigo, como lo es, sino porque me parece un político serio y honesto y un cristiano sincero. Y aunque a la Jerarquía le pueda parecer también «desmedido» el juicio de Peces-Barba, sería bueno preguntarse por qué un hombre así habla así.

—Pero lo que yo preguntaba es cómo habla Alberto Iniesta...

—Es que es un tema peliagudo y complicado, y no quiero ni alargarme ni simplificar. Pero te diré en síntesis algunos criterios a tener en cuenta. En primer lugar, que no se trata de un documento de la Conferencia Episcopal en cuanto tal, que somos ochenta obispos, sino de la Permanente, que son unos veinte, aunque sean especialmente cualificados. En principio, nadie puede discutirles el derecho a opinar. Pero tampoco pienso que ellos quieran discutir a los demás el derecho a opinar de sus opiniones. Inclusive otros obispos, aunque sean pequeños como yo. A este respecto, y sin entrar de lleno en el contenido del documento, que nos llevaría ahora muy lejos, yo hubiera preferido que en todo caso no se hubiera hablado en aquella lamentable coincidencia del congreso de UCD. Desde luego que no lo intentaron adrede. Pero podían y yo creo que debían haberlo evitado. Máxime cuando poco después celebrábamos la Conferencia Episcopal una sesión plenaria de seis días, durante los que se podía haber estudiado el asunto entre todos, con más tiempo y con más participación. Y en cualquier hipótesis también creo que se debe salvar el respeto a los legisladores que representan a una sociedad pluralista, no pidiéndoles que impongan a todos los puntos de vista de una parte, aunque sea importante. Hacia el interior de la Iglesia, debemos anunciar sin cansancio en teoría las grandes exigencias del ideal evangélico tanto sobre la vocación matrimonial como sobre otras vocaciones. Hacia el resto de la sociedad pluralista, tampoco ocultar nuestro proyecto para que se le respete, al [illegible]. Y ofrecer a los demás aquellas razones y motivos que nos parece que valgan para todos. Y no solamente no forzar en este aspecto a los legisladores [illegible] tratar de comprenderles, respetarles en su trabajo para una sociedad pluralista, y hasta ayudarles en lo que sea posible.

—¿Podemos hablar de aconfesionalidad en España?

—No debería ser. Pienso que ya no lo es en gran parte. Pero quedan todavía mañas, presiones, apaños que aún buscan eso. ¡Y hasta ponen por excusa razones pastorales y misioneras!

—¿Se ha secularizado mucho la sociedad española?

—Quizá como a retales. De una manera visceral, desgarrada, a trompicones. Es decir, que no me parece fruto de una evolución cultural madura y generalizada, sino más bien a saltos. Y siempre con muchos residuos, tanto en los individuos como en los grupos sociales, a veces aun los que menos se pueda imaginar, donde quedan actitudes no ya de religiosidad sana ni siquiera ambigua, sino claramente mágicas y deformes. En conjunto, la imagen social es que da más bien la impresión de una sociedad más o menos en proceso de secularización. Y quiero aclarar que así como me parecen negativas tanto la sacralización como el secularismo, la secularización en sí misma es positiva.

—¿Se barruntan intentos de «reconquista tradicionalista»?

—Sí; me temo que sí.

La Iglesia no pretende influencia

—¿Puede hablarse de una línea oficial u oficiosa de la Iglesia española en la política?

—No, no; en modo alguno. Ni siquiera si, como me figuro en tu intención, entendemos «Iglesia» como «Jerarquía». Ni aún así se puede hablar honradamente de una línea oficial en modo alguno, ni oficiosa tampoco, al menos en general. Aunque luego algunos obispos tengan sus simpatías políticas, más o menos consentidas y conocidas. Pero afortunadamente, en la Iglesia de hoy existen todas las tendencias políticas conocidas, y católicos militan en partidos de todas las siglas, bajo su conciencia.

—¿Y de taranconismo?

—Tarancón no creó la coyuntura, claro está, pero supo muy bien aprovecharla para ayudar a que el cambio se hiciera en la Iglesia y en la sociedad española al menor precio posible. Creo que el servicio que ha prestado a todos es impagable, y que aún estamos demasiado cerca para poder evaluar la importancia excepcional que ha tenido en esta etapa tan decisiva.

—¿Qué influencia tuvo la Iglesia —si es que tuvo alguna, claro está— en las elecciones generales de 1977 y 1979?

—Precisamente debido en gran parte a la orientación del cardenal Taran-

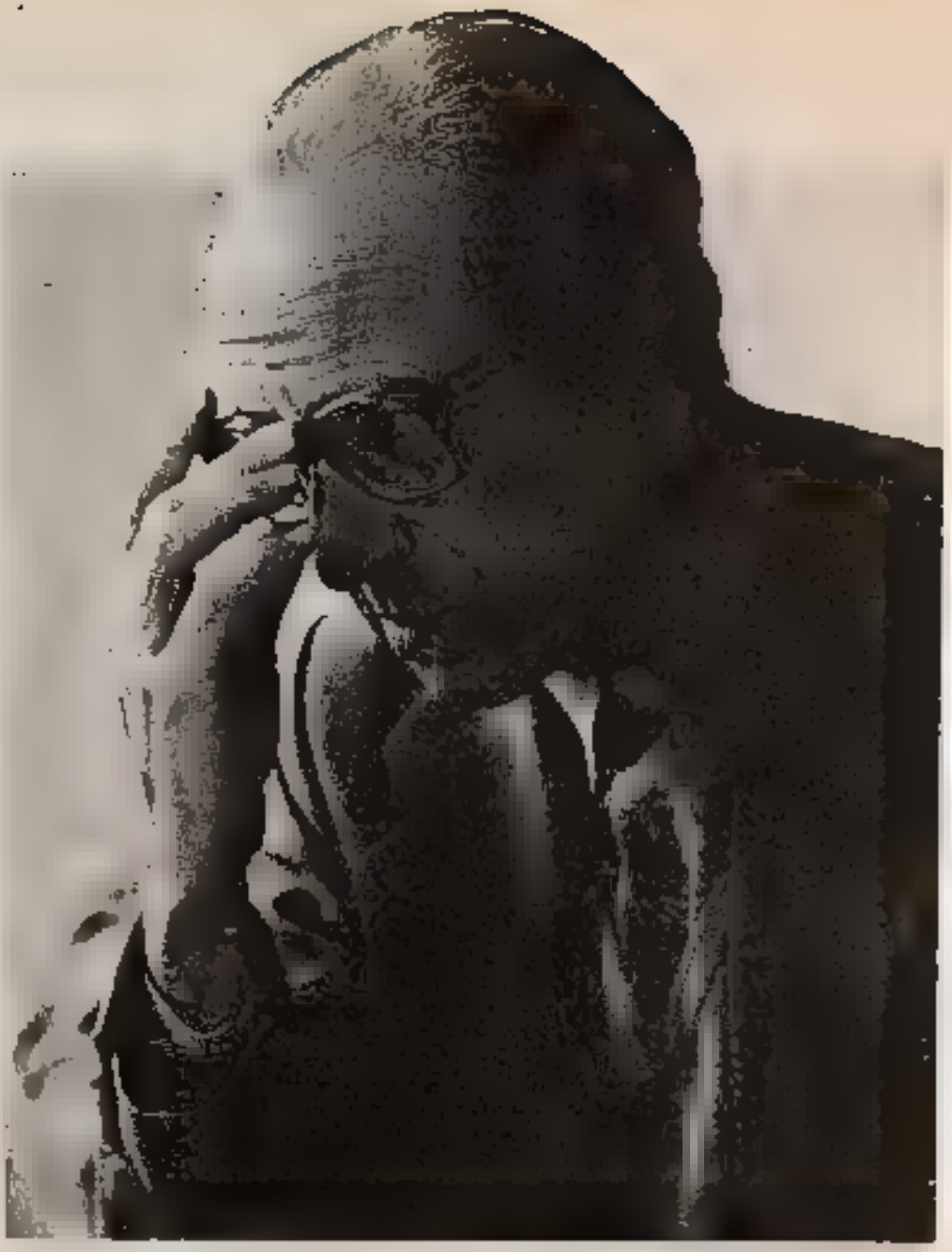
ción, aunque también con una nueva conciencia del resto de la Iglesia, madurada en los últimos años del franquismo, la influencia de la Iglesia fue no pretender influencia, no apoyar ni condenar a nadie de antemano, permitiendo de hecho que los católicos optaran de acuerdo con su conciencia y con sus análisis políticos. Hay dos pruebas menos: la desaparición de un partido democristiano, lo que no hubiera ocurrido si la jerarquía se hubiera enganchado en esa corriente de manera más o menos velada; y otro, la presencia de tantos católicos en diversos espectros políticos, sin excluir ni mucho menos los de la izquierda.

–Según Aranguren tras las elecciones de 1977 se fortaleció «aún más la presencia de la Iglesia en el Gobierno». Y el 21.3.79 escribía en «El País»: «la relación UCD-Patino-Tarancón-teólogos tarancanianos, a mí me parece, quizá equivocadamente, estructuralmente muy clara». Y J. L. Cebrián escribe en «La España que bosteza» (1980) que «la influencia de carácter político que la jerarquía eclesiástica ejerce desde hace tiempo, quizá desde su creación, sobre el partido del Gobierno...» ¿Qué decir de esto?

–Pues no sé, no sé. No conozco bien los entresijos de la vida política diaria, como esos amigos que citas. Sus razones tendrán. Pero por lo que yo puedo suponer, más que saber, podría haber dos tipos de influencia, siempre relativa. En un nivel de amistades personales, que por supuesto pueden tener su eficacia, entre algunos obispos y algunos políticos. Pero eso no se puede demostrar, yo al menos, y desde luego no se puede generalizar. En un nivel más institucional, en cuanto que por los antecedentes globales de UCD, por un lado, y por otro el peso sociológico de la Iglesia, puedan tener cierto peso en este sentido sus criterios, sus pretensiones o sus intereses.

–El padre Martín Patino, en cambio, hablaba después de las elecciones generales primeras, de los exequias del poder político de la Iglesia.

–Y creo que en parte es verdad, y así debe ser. Aunque quedan, como antes dije, reductos y tendencias todavía fuertes que buscan y consiguen mecanismos de poder, de todos modos contrapesa mucho el planteamiento público y publicado por el Concilio y por la Jerarquía española en el sentido de no querer poderes ni privilegios. Por supuesto, que esto hace más hipócrita aún la conducta cuando de hecho todavía se busca el poder. Pero una parte importante de la Iglesia quiere seguir buscando la pérdida del poder político.



–Algunos sectores aseguran que Suárez cae por haber desplazado a los que ellos llaman nacionalcatólicos de centros tradicionales de poder suyos como Universidades y Justicia. Los proyectos de Ley de Autonomía Universitaria y de Divorcio serían los primeros motivos del choque.

–Sí conozco esa hipótesis por la prensa. Pero no tengo sobre eso ningún dato personal que yo conozca directamente, ni que pueda esclarecer lo que haya de verdad o de otra sospecha.

Un problema más

–En 1912 («Cánovas. Episodios Nacionales») escribe Galdós: «el problema confesional, el gran problema hispánico». No pocos consideran la frase vigente ¿lo está?

–Ya no debería ser ningún problema para nadie. De hecho, aún trae problemas. Pero de todos modos, no es «el» problema, ni mucho menos el «gran» problema español, sino un problema más, entre muchos.

–¿Nace en España un nuevo anticlericalismo o es el de siempre?

–Cuando alguien me decía en otros tiempos que no creía en los curas, yo le decía: «ni yo, tampoco». Porque para alguna gente «creer en los curas» era sinónimo de tener que tragar ruedas de molino... o de sacristía. Digo esto porque si anti «clericalismo» fuese simplemente opuesto a «clericalismo», yo no tendría nada que objetar. Yo también soy anticlerical. Ni siquiera dentro de la Iglesia, y menos aún

fuera de la Iglesia, los curas y los obispos podemos adoptar actitudes totalitarias, absorbentes, o siquiera paternalistas. Somos hermanos entre los hermanos, y hombres entre los hombres. Con una tarea que tiene su importancia mirada desde la vida de la fe, pero nada más, y aun en ese plano ejercida con humildad, con sencillez, en espíritu fraternal y en actitud de servicio. Por eso, puede haber un anticlericalismo justificado, antes y ahora. Como también hay perjuicios, tópicos, opiniones injustas o poco matizadas, y a veces completa ignorancia de lo que se trata. Se podrían traer mil ejemplos. Pero puede haber algunas novedades en este aspecto. Por un lado el anticlericalismo de derechas o de algunas derechas, quizá porque creen que los curas son poco clericales por ejemplo. Por otro, el del anticlericalismo de algunos cristianos de base, que precisamente buscan purificar la imagen del cura y la atacan cuando ven que todavía se quieren mantener las adherencias de Cristiandad.

–¿Y el clericalismo?

–Siempre queda algo, sobre todo en la Iglesia más conservadora, sin que falten algunos brotes entre la izquierda. Pero mucho más aislados de lo que en ocasiones se ha querido [illegible].

–¿Puede hablarse de nueva etapa en la Conferencia Episcopal?

[illegible] nueva etapa, tanto por el cambio de Tarancón como por el de una nueva [illegible] personas. Dependerá en parte no sólo del presidente que se elija en la próxima Plenaria de la Conferencia Episcopal, sino también de los miembros del Comité Ejecutivo y de los presidentes de comisiones que formen la Comisión Permanente. La Presidencia tiene más capacidad de maniobra que [illegible] pero [illegible] imagen del episcopado en su conjunto. De todos modos, es previsible que se [illegible] tornillos por toda la maquinaria, en búsqueda de una mayor uniformidad. Se sabe que en algunos ambientes del [illegible] del episcopado español, y eso puede [illegible] tiempo, me parece que cada vez más las diócesis tendrán que acentuar la [illegible] les a la Iglesia local. En la bi-polaridad entre Iglesia universal Iglesia local, no se puede suprimir ninguno de los polos en beneficio del otro, aunque según los tiempos o los temas se pueda [illegible]. Entre los reinos de taifas y un centralismo absorbente puede y debe estar una buena teología pastoral de la Iglesia Diocesana.

–¿Debería celebrarse un referéndum sobre el divorcio?

–Como obispo no tengo nada que decir, ni a favor ni en contra. Respeto mucho que decidan nuestros gobernantes.

No necesitar «culpables»

–¿Qué tipo de divorcio admitiría Iniesta, de admitir alguno, claro?

–El divorcio presupone un fracaso anterior. Supongo que eso lo considerarán lamentable unos y otros. El amor conyugal tiende por su misma [illegible] a la permanencia como ideal. En el caso del sacramento del matrimonio, el católico sabe que es indisoluble, y si quiere ser fiel a la Iglesia no puede [illegible]. Pero los católicos, que hemos aceptado públicamente la libertad religiosa y el respeto al pluralismo de la sociedad, no queremos impedir que los que no [illegible] católicos, puedan acogerse a leyes civiles en las cuales pueda ser declarado [illegible] matrimonio y pueda celebrar un nuevo matrimonio ante el poder civil. Sin que nosotros compartamos esas concepciones de la vida, la respetamos y el mismo legislador civil debe tener en cuenta esa diversidad de opciones, aunque él mismo sea cristiano y católico, porque él no legisla para un grupo religioso, sino para una sociedad pluralista. Lo que se puede pedir es que esas leyes garanticen cierta estabilidad al matrimonio para que ni aun en ese ámbito pueda bar[illegible] juegos en una injusticia frente al otro cónyuge o frente a los hijos. Ahí es donde la prudencia del legislador debe andar con pies de plomo para no necesitar «culpables», ni tampoco facilitar excesivamente el que se certifique la defunción de algo que quizá todavía pueda dar esperanzas de vida o el que alguien pueda tomar decisiones unilateralmente y de manera injusta contra el otro.

–¿Qué corrientes podrían señalarse en la Iglesia española?

–Habría que distinguir entre los católicos, los practicantes y los cumplidores. Porque en los tres niveles hay como tres grandes corrientes, pero con diversa proporción. Pero en general se podría decir que hay dos minorías, la reaccionaria y la revolucionaria, y una mayoría que oscila a veces entre un discreto conservadurismo y un moderado reformismo.

–Si como opinan algunos buena parte de la sociedad ha perdido la antigua religiosidad ¿por qué la ha sustituido?

–A algunos no les hacía falta sustituirla por nada, porque también ha habido siempre mucha gente sin vida religiosa. Ni siquiera en la Edad Media o menos aún en tiempos del nacionalcatolicismo se puede afirmar que la religiosidad fuera un fenómeno completamente generalizado. Aunque unos tiempos faciliten más las cosas que otros, y los signos religiosos estén más o menos presentes. Y siempre ha habido sustitutos «ídolos», [illegible] de lo [illegible] «juventud» «violencia» y sobre todo, como siempre, «éxito», «poder» «dinero».

–Maquiavelo al comentar a Tito Livio, habla de la utilización de la religión por la política (cosa útil es la religión a la política) ¿Quién usa a quién?

–Hace tiempo que no leo a Maquiavelo. Pero no hace falta, para saber que muchas veces pretenden manipularse mutuamente y bastantes veces, lo consiguen. Creo que la fuerza política y la religión no pueden casarse sin deformarse mutuamente, y con el peligro de tener también hijos deformes, [illegible].

–¿Qué interpretación política tendría el mensaje cristiano?

–El mensaje cristiano no puede ofrecer un análisis ni un proyecto político ni unas actitudes un espíritu, una utopía, una tendencia, que puede congeniar más con unos proyectos políticos que con otros, pero que nunca será agotado por ninguno de ellos ni ninguno se acoplará totalmente. En general se puede afirmar que el cristianismo es incompatible con todos los proyectos políticos que [illegible] el armamentismo, las desigualdades sociales, la violencia, la falta de libertad, la carencia de los derechos humanos fundamentales los que propugnan la competitividad, la ambición de dinero y de poder, etc. Mientras que se armoniza mejor con las tendencias socializantes en general la búsqueda de una sociedad sin clases, la igualdad entre los hombres, el reconocimiento a la dignidad de todos, la sobriedad de vida, sentido comunitario de los medios de producción y de distribución libertad de pensar, de opinar, de agruparse el sentido de familia hu-

Iniesta presidente de un colegio electoral en Vallecas. Lo fue tres veces: en el referéndum constitucional, en las generales y en las municipales (Foto: Europa Press).

mana en la que todos sean hermanos, etc. Todo esto es congenial con el ideal cristiano, aunque el creyente tendría que añadir a todo ello algo más, un «plus», que daría el sentido último a todo: paternidad de Dios, como fundamento de nuestra fraternidad, y sentido escatológico, como esperanza de que todo esto se salvará a través de la muerte y aún será acabado y transformado por Dios, gracias a Jesucristo.

Motor de liberación

–Marcel Xhaufflaire («Prácticas de la teología política») habla de «la funcionalización de la fe cristiana, como sistema ideológico de legitimación de las relaciones sociales de dominio».

–Bueno: también se podría hablar, y no sólo en teoría, de la fe como motor de liberación, y de la Pasión de Jesucristo, el Justo injusticiado, como «memoria subversiva». Pongamos por ejemplo inicial, la actitud insumisa de los primeros cristianos ante las autoridades de Jerusalén. Esto también se ha dado, se da, y se puede y se debe seguir dando. Aunque tampoco niego que, por desgracia, muchas veces a la fe cristiana ha servido de legitimación ideológica de las relaciones de dominio, como en la conquista de América –en parte; porque hubo muchos misioneros que defendieron al indio, y no solamente Las Casas–, o en la guerra civil española y el franquismo posterior –también con sus abundantes excepciones–.

–Para Marx la religión era «la expresión de la miseria real» y también «la protesta contra la miseria real».

–Eso: y depende de nosotros qué elegimos. Pero bien conscientes de que según lo que elijamos, podemos dar gloria a Dios o blasfemar de El. Y sucede curiosamente que los que han acusado de rebeldes a los que se levantaban contra esa miseria, en el fondo eran blasfemos de Dios, mientras que los revolucionarios eran los que querían darle gloria, aunque aún sin saberlo. Porque, ¿qué clase de Dios presentamos en una religión que se conformara con la injusticia y la opresión, bendijera la esclavitud, y compartiera las ganancias injustas a costa del sudor y la sangre del pobre? Eso es blasfemar de Dios, el Dios Padre de todos, que quiere que nos portemos mutuamente como hermanos. Los cristianos podríamos quitar en esto la razón a Marx, si quisiéramos. Y sospecho que él se alegraría de ello.

–¿El cristianismo es un humanismo?

–No, propiamente. Pero con todos puede sentirse en comunión sincera, desde dentro, sin necesidad de ocupar un espacio propio y exclusivo, como un proyecto más en el escaparate de los humanismos, aunque sí pudiendo ser el alma de todos ellos.

–El voto es secreto, pero no secreto de confesión ¿a quién votó?

–No se lo he dicho nunca absolutamente a nadie, lo que se dice a nadie, ni en la más estricta intimidad. Ni siquiera creo que por gestos equivalentes lo puedan deducir. Hasta tal punto procuro que mi posible influencia como obispo no pueda repercutir en ninguna influencia política de partido.

–¿Qué predomina en los «cristianos por el socialismo»: el cristianismo o el socialismo?

–En general creo que el cristianismo, desde luego.

–¿Se considera Alberto Iniesta un revolucionario?

–Verás: creo que la palabra «revolución» es ambigua, porque las hay buenas, malas, regulares; provechosas e inútiles; caras y baratas, es decir, de costos desproporcionados o razonables, etc. Por tanto, no se puede decir de antemano que la revolución es mala. Si la situación es mala y no hay otros caminos, la revolución es buena y necesaria. Pero como método, creo más en la transformación y renovación, con tal de que sea verdadera, profunda y constante. Claro que a ésto hay quien le llama la «revolución permanente». Bueno: pues como la llamemos. Pienso que esta evolución constante es la que encierra más posibilidades de encontrar los buenos caminos con el menos costo posible. Sólo que, a veces, el inmovilismo puede hacer ya inevitable una verdadera revolución, como mal menor en relación con la situación que se padece.

–¿Hay discrepancias entre Juan Pablo II y el Vaticano II?

–No creo que ningún Papa pueda permitirse el lujo de discrepar de ningún Concilio, por modesto que fuera; y menos del Vaticano II. No sólo porque es uno de los más importantes de la historia, sino sobre todo porque es el que la Providencia ha encomendado a esta generación. Otra cosa es cuestión de acentos y matices, especialmente en una realidad tan compleja como fue el hecho conciliar y su documentación y legislación posterior.

–¿Cómo puede explicarse el fenómeno polaco?

–No he estado nunca en Polonia. Aunque haya leído bastante, no me creo capacitado para emitir un juicio. De todos modos no se puede mitificar a ningún pueblo, ni siquiera el polaco, aunque sea la patria del Papa actual. A distancia, yo admiro especialmente su fortaleza, su cohesión, su recia espiritualidad, su valiente defensa de la libertad frente a la dictadura.

No aceptar una religiosidad alienante

–Se habla de cierto retorno de la antigua religiosidad, casi medieval y milenaria en algún caso, ahora que andamos próximos al segundo milenio. Algunos interpretan así la ascensión del ayatolah Jomeini e incluso la repercusión popular de los viajes papales. ¿Es que vuelve a la fe o es que siempre fue así y ahora se nota más con la expansión comunicativa de la «aldea global»?

UN OBISPO

–No diré yo que me apene ese «revival» de lo religioso en el mundo. Como creyente, todo lo que sea la búsqueda de Dios me da espontáneamente alegría, porque creo que la fe es un valor incalculable, para mí el principal. Eso no quiere decir que haya que ignorar la ambigüedad que puede darse en muchos de esos movimientos. Son bastantes, y en todo el mundo. Y tan variados, que no podemos englobarlos sin caer en simplismo. Se está publicando mucho recientemente sobre este fenómeno, y procuro seguir la pista en lo posible. Por una parte, demuestra que, para bien o para mal, se han comprobado como falsos los vaticinios que desde diferentes filosofías y análisis se anunciaban para la sociedad moderna, desde el marxismo hasta la teología de la secularización radical. La religión no ha muerto en el mundo, en contra de lo que dijeron algunos doctores, que le daban pocos años de vida hace decenios. Pero por otro lado, la historia de los movimientos religiosos anteriores debe ponernos en guardia para no aceptar una religiosidad alineante, que consuele con el cielo para huir de la tierra, o que se amancebe con el poder, o que pretenda suplir los análisis políticos, económicos y sociales como mediaciones inevitables para una proyección temporal de la propia fe, etc. Dentro mismo de nuestra vida cristiana española, podría darse la tentación de que una parte de la juventud, cuando regresa desengañada y desencantada de la lucha universitaria, obrera, cívica, etc., nosotros, los curas, tan contentos y a decirles que claro, que ya ven, que la política es un asco, y que les han instrumentalizado, y que se vengan al nido gratificante de la parroquia, de la fe, de la celebración, y a mirarnos el ombligo espiritual. Bueno: pues por supuesto que el rezar y celebrar juntos la fe me parece estupendo indispensable y fundamental. Pero que eso no puede servir de coartada, para la huida, sino de motor para el compromiso, la lucha, el enganche. Y que un cristiano no tiene nunca derecho a pasar, a romper todo carné, a dejar que el mundo se las apañe. Cristo no pasó ni se desencantó nunca, hasta la muerte. Una prueba de la autenticidad de esa renovación espiritual estará en que los movidos por el espíritu salgan, salgamos, a la vida para luchar contra la injusticia, la insolidaridad, la opresión, la marginación, etc. para que el mundo se parezca cada vez más al proyecto de Jesucristo, al Reino de Dios entre los hombres. ■ **V.M.R. Fotos: Ramón Rodríguez.**

LOS OBISPOS CONTRA EL DIVORCIO

E. MIRET MAGDALENA

UNA lectura rápida –como ha hecho casi todo el mundo– de la Declaración de los Obispos españoles sobre la ley civil del divorcio, ha llevado falsamente a la conclusión de que nuestros Prelados se oponen a la existencia de una ley que regule todo caso de disolución del vínculo matrimonial.

Pero una mirada más cuidadosa del documento nos conduce a una conclusión distinta, mucho más matizada. Hay que estar acostumbrado a las sutilezas de los escritos eclesiásticos, sabiendo interpretarlos a menudo según la regla: «donde digo *digo*, digo *Diego*».

En tres ocasiones han intervenido los mentores de la Iglesia española sobre este asunto; y las tres repiten sustancialmente el primer escrito, que fue el más completo y más doctrinal de todos. Lo escribió monseñor Miguel Roca, un hombre de Iglesia preparado intelectualmente, aunque in-

cinado por su cargo eclesiástico a defender ante todo la institución. Todo obispo suele ser deudor de aquella máxima popular, de gran aplicación en la vida reciente de nuestra Iglesia, de que hay que «defender antes el fuero, que el huevo». Veamos un poco el documento último.

Entre mucha hojarasca y fraseología dramatizante tiene esta declaración al menos dos partes básicas: una la que confirma la doctrina católica tradicional –recordada por los Papas y Concilios recientes– de que existe una «justa autonomía de la autoridad civil». Esta autoridad es la que tiene que «legislar» y apreciar lo que sea exigido por «el bien común», pues quien decide en materias civiles es «la prudencia política del legislador» y no la autoridad eclesiástica que debe limitarse nada más a «sopesar, advertir y recordar principios y posibles consecuencias negativas de una acción de gobierno importante, sin considerar al seglar como mero autómata de sus órdenes». El gobernante católico es quien debe aplicarlos y medirlos en la situación social y política concreta bajo su sola responsabilidad.

La prueba está en que los más decididos representantes del pensamiento episcopal en la UCD (como son los demócrata cristianos) no se han opuesto a algún tipo de legislación civil divorcista, sino solamente al proyecto Fernández Ordóñez.

Lo único que debemos preguntarnos, por tanto es: ¿Por qué esta negativa actitud ante un proyecto de ley como éste?

Todo católico admite que los obispos deben enseñarle en materia de principios acerca de la «fe y costumbres», siempre que se refieran a la Revelación cristiana. Pero es la conciencia del gobernante quien debe interpretarlos en concreto y aplicarlos. Los obispos pueden equivocarse, al medir por su cuenta y riesgo esta aplicación de los principios, ya que ellos nunca son infalibles, y menos en materias mixtas que rozan lo sagrado y hasta lo profano.

El caballo de batalla ha sido sólo uno: el divorcio por mutuo consentimiento entre los cónyuges. A los casados nunca les conceden nuestros obispos la libertad de decidir que su matrimonio en crisis no es ya verdadero matrimonio. Quieren que sea solamente «la autoridad» quien decida acerca de ello por motivos sociales, pero no personales.

Estamos ante el mismo esquema de siempre en la historia reciente de la Iglesia: antes el fuero, la institución, que el huevo, o sea que las personas concretas.

Una grave y anticristiana consecuencia, porque el cristianismo teologizante es el máximo defensor doctrinal de la conciencia personal, a diferencia de otras religiones históricas. Así lo aseguraron personas tan poco inclinadas hacia la Iglesia como Hegel, Guizot y Fousel de Coulanges en el siglo pasado, y en este nuestro Ortega, y los marxistas franceses Garaudy y Mury. Para ellos el cristianismo es ante todo interioridad, conciencia.

Debía ser por tanto más bien al contrario lo que hubieran decidido los obispos, si son cristianos; tenían que aceptar como primera razón para el divorcio la conciencia y después –en segundo lugar– los motivos externos. Ese es el orden predicado por el cristianismo, y no otro.

Por eso dos famosos especialistas católicos el canonista monseñor Kelleher y el moralista padre Haering, se han planteado esta problemática dándole una solución de conciencia: lo primero dice que cuando la «comunidad de vida y amor», en que consiste el matrimonio según el Concilio Vaticano II, resulta definitiva y claramente inexistente, el lazo externo solo no puede unar lo que está completa e irreversiblemente roto por dentro, y el divorcio es una realidad que las leyes no deben sino reconocer. El segundo se plantea otro problema dentro de la Iglesia: cuando una pareja casada religiosamente cree sinceramente que su matrimonio es nulo, y la autoridad eclesiástica no les concede la declaración de nulidad, tienen entonces en conciencia todo el derecho a no unirse casados ante Dios puesto que los hombres –de Iglesia o no de Iglesia– pueden equivocarse, y la conciencia es antes que la ley o que el superior, como ya recordaba en el siglo XIII el gran Santo Tomás.

Por tanto los obispos no dicen que no a toda ley de divorcio; y al criticar la de Fernández Ordóñez pueden equivocarse como todo hijo de vecino, y de hecho se equivocan como cristianos al poner antes la institución que la conciencia, antes el fuero que el huevo. ■

NUNCIOS

Innocenti, Dadaglio y Tedeschini

EDUARDO DE GUZMAN

CON toda la pompa y el ceremonial acostumbrado en estos casos –según tuvieron ocasión de comprobar millones de españoles a través de las pantallas de sus televisores– a mediados de enero presentó sus cartas credenciales el nuevo nuncio de Su Santidad en España monseñor Innocenti. Pocas horas después, la Agencia Efe divulgaba unas declaraciones suyas a las que, tras eludir todo elogio a la obra de su predecesor en el cargo, opinaba sobre la proyectada ley de divorcio y otras cuestiones políticas internas, repitiendo algunos de los conceptos emitidos un mes atrás a su llegada al aeropuerto de Barajas y que fueron seriamente protestadas por el Partido Socialista Obrero Español.

Lejos de desmentir los abundantes rumores circulantes en Madrid la actitud y las palabras de monseñor Innocenti parecen confirmar plenamente que la Iglesia española, o –para mayor precisión y exactitud–, el sector más conservador y ultramontano de las jerarquías eclesiásticas de nuestro país ha iniciado su regreso a las posiciones tradicionalmente defendidas antes del aperturismo liberal del Concilio Vaticano II. Algunos obispos, arzobispos y cardenales, que siempre estuvieron más cerca de Pío XII que de Juan XXIII, considerarán superada la etapa del peligroso «aggiornamento» iniciado por el papa Roncalli y tienen prisa por desandar el camino recorrido posiblemente alentados por la significación que atribuyen a los viajes y a los discursos del papa Wojtyla.

Fruto primero de esa nueva orientación ha sido, según los que se dicen bien informados, las presiones ejercidas en Roma para conseguir la sustitución del nuncio apostólico, monseñor Dadaglio, por otro monseñor vaticano de diferente tendencia. Demostración patente no sólo de ese relevo sino del desagrado con que en determinados círculos tradicionales se ha visto su actitud durante los últimos años favoreciendo –no obstaculizando cuando menos– la transición operada en España, es que a su regreso a la ciudad eterna, Dadaglio no haya sido

NUNCIOS

bonrado con el capelo cardenalicio, como sucedió con sus antecesores en el cargo y como probablemente ocurrirá con quienes le sucedan.

Aunque a muchos puede asombrarles que ciertos sectores del catolicismo español –en los que predominan quienes se consideran más papistas que el papa– intriguen y maniobren en Roma para conseguir la destitución de un nuncio apostólico y su sustitución por otro más acorde con sus pensamientos o intereses, la realidad es que el hecho nada tiene de nuevo ni sorprendente. Se ha repetido varias veces en el curso de la historia contemporánea y algunas en forma mucho más peregrina, insólita y escandalosa. Por ejemplo, en el caso de monseñor Tedeschini, representante diplomático en Madrid al proclamarse la segunda República española.

Arzobispo de Lepanto y cardenal, monseñor Federico Tedeschini es nuncio apostólico en España desde varios años antes de proclamarse la República. Al triunfar el nuevo régimen y siguiendo escrupulosamente las directrices marcadas por el Vaticano, procura mantener relaciones normales con los gobernantes republicanos, celebrando diversas entrevistas amistosas y cordiales con el ministro de Justicia, el socialista don Fernando de los Ríos. La política vaticana –aunque aplaudida en un principio por «El Debate»– choca pronto de manera violenta con los elementos ultramontanos del catolicismo español, que, según expresa declaración de persona tan poco sospechosa de anticlericalismo como don Pedro Sainz Rodríguez, «se dieron cuenta de que el mayor obstáculo para poder captar votos entre las masas católicas de derechas era la actitud del nuncio», del que traza un retrato que nada tiene de halagüeño: «Era hombre mundano –escribe– de costumbres digamos más que corteses, galantes. Su conducta en este capítulo dejaba mucho que desear. Tenía también una cierta avidez económica que se refleja en diversas circunstancias de su vida».

Las duras acusaciones precedentes pueden encontrarse en la página 183 del libro que con el título de «Testimonio y recuerdos» publica Sáinz Rodríguez en el mes de febrero de 1978. Para demostrar lo que dice, cuenta el autor que estando en la agonía el marqués de Valdecilla, Tedeschini le visita y, aprovechándose de la extrema debilidad del enfermo, trata de arrancarle una sustanciosa donación, a lo que el moribundo se niega en forma violenta. También habla Sáinz Rodríguez de la denuncia de un grupo de monjas escandalizadas por las relaciones del nuncio con una dama aristocrática en el propio convento de las religiosas; denuncia que el autor del libro lleva personalmente a Roma sin conseguir por ello la pretendida destitución del representante vaticano en Madrid. En vista del fracaso, y siempre según Sáinz Rodríguez, los católicos ultras recurren a un procedimiento tan habitual entre los gángsters americanos, como increíble en personas sedicentes representantes de la moral, el orden y la decencia.

«Era notorio en Madrid –puede leerse en la página 188 de «Testimonio y recuerdos»– que una señora llamada T. M., rubia, de cierta edad, de tipo rubeniano, era muy amiga de Tedeschini. Todo el mundo recordará un atentado que hubo en la Casa de Campo contra el nuncio en el que disparó unos tiros de revólver un individuo que no pudo ser detenido porque se escapó. Parece que el individuo que agredió al nuncio era amigo o *soutenant* –como dicen en Francia– de T. M. y no se saben bien los motivos por los que se originó aquella agresión. Lo que sí sé es que una gestión similar a la que se había hecho cerca de las monjas, unos personajes estaban presionando a la señora T. M. para lograr adquirir una correspondencia que el nuncio había sostenido con ella.»

«Esta señora puso muchas dificultades. Confiando en mis dotes diplomáticas me encargaron a mí de informarme sobre la realidad de tales cartas y un día fui a visitarla. Aquella señora –no sé bien cómo– sabía a lo que yo iba; en vez de hacerme esperar para vestirse –porque se estaba bañando– dio orden de que yo entrase en el cuarto de baño y la conferencia se mantuvo, estando ella en el baño y yo sentado en una silla a su lado. Le hablé, la convencí –por lo pronto de lo que se debió convencer es de que yo era un carámbano de hielo, pues hablé con ella como si hubiera estado vestida con falda de miriñaque– me pintó las dificultades porque ella había hecho entrega de aquella correspondencia a un amigo, y este amigo se había ido a África, no sé bien si a Tánger o Ceuta. Un elemento militar, hoy general y entonces coronel, hizo un viaje a África, y se enteró de que Tedeschini, a pesar del tiroteo de la Casa de Campo, había tenido la habilidad de ser él quien la recuperase de tal individuo. No hubo posibilidad de coronar con éxito esta nueva maniobra.»

Con tales antecedentes, ¿cómo sorprenderse de que haya habido presiones católicas hispanas para la sustitución de monseñor Dadaglio por monseñor Innocenti? Lo que casi medio siglo después de sucedidos los hechos nos cuenta el señor Sáinz Rodríguez acerca de Tedeschini demuestra fehacientemente los procedimientos a que son capaces de recurrir los ultramontanos del nacionalcatolicismo español incluso en contra de un arzobispo, cardenal y representante de Su Santidad en España. ■ E. G.

El nuevo nuncio apostólico en España, monseñor Innocenti, con el Papa en el Vaticano.

YO, DON NICO, DEMOCRATA (de toda la vida)

ROMEU

En Moclín, Granada

El dormitorio de los niños Federico y Paco García Lorca, en la Vega granadina, estaba presidido por la *«Imagen verdadera del Santísimo Cristo del Paño»*. El *Señor* de las estériles, las yermas, las secas. De aquel marco añejo, que enturbió los sueños de la niñez del poeta, nacería muchos años después la segunda tragedia rural de Federico García Lorca: *Yerma*. El 29 de diciembre de 1934 se estrena la obra en Madrid. Protagonista: Margarita Xirgu. Hoy, quedan niños en la Vega y en los Montes de Granada y Jaén que duermen al *amparo* de la *«Imagen verdadera del Santísimo Cristo del Paño»* y las yermas suben todavía a Moclín, junto con otras piadosas mujeres, esperando el milagro de la fecundidad.

YERMA ANTE EL "CRISTO DEL PAÑO"

ANTONIO RAMOS ESPEJO

LA anciana, inválida, atravesó con dificultad la barrera de niños cornetas y tambores, llegó al puesto de venta de objetos religiosos, asió fuertemente una estampa del *Cristo del Paño* entre sus manos temblorosas, pegadas al pecho, subió las escalinatas escurridizas, borrachas de cera, y llegó al fin a la sacristía.

–Quiero cumplir con la promesa –dijo la buena mujer al sacristán.

–¿Qué promesa? –contestó un hombre gordinflón, con aspecto de gestor *beatífico*.

–Una mía al Señor del Paño.

–Meta el dinero en ese sobre.

–¿Cuánto?

–Lo que usted quiera... –contestó en un tono que venía a significar *cuanto más mejor*, en los cálculos del sacristán.

La mujer abrió con torpeza el monedero y contó cuatro billetes arrugados de cien pesetas, todo su caudal. Guardó sólo un billete para ella e introdujo tres en el sobre amarillento piadoso para cumplir la promesa en metálico. Y preguntó de nuevo:

–¿Qué hago con el sobre?

–Déjelo aquí si quiere o lo echa en un buzón. Y ya está...

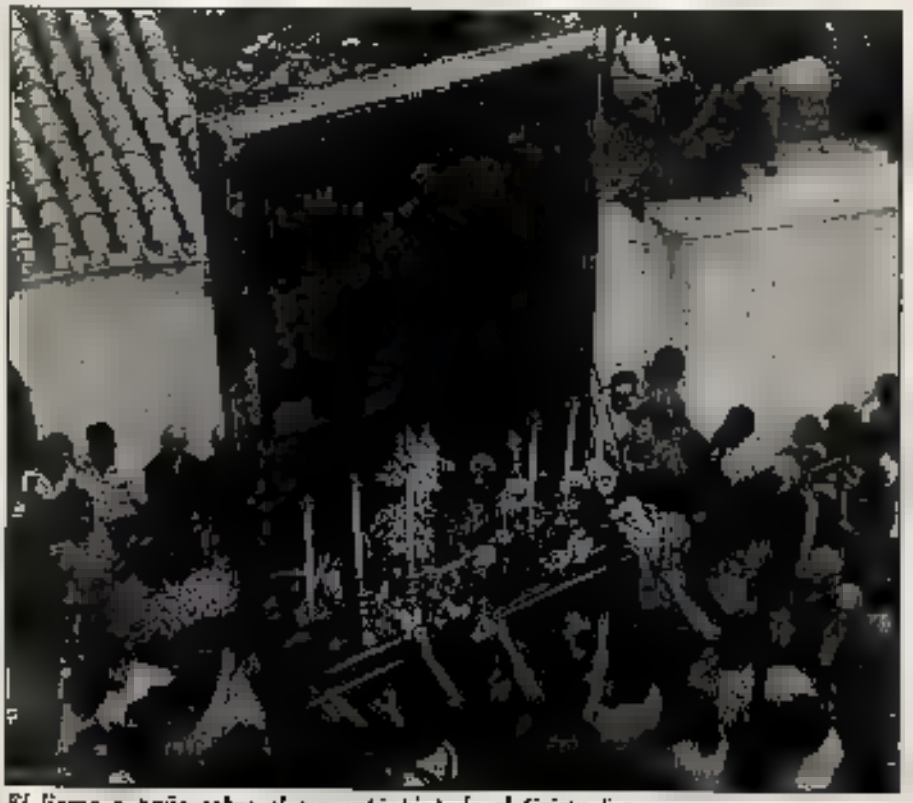
–¡Bueno! Usted se lo queda. ¿Ha puesto mi nombre? Me llamo Dolores...

–No hace falta poner su nombre. El Señor del Paño la conoce –contestó metafísico el sacristán.

–Bueno, pero que sea para el Cristo.

–Que sí, mujer; que sí...

No se marchó conforme Dolores. No. Dolores no comprendía, con su teología campera de cortijo aislado entre cerros, cómo el *Señor* iba a saber que le había entregado el dinero de sus sacrificios de sopa y cafelillo de puchero; metidas sus trescientas pesetas en un sobre común, como si fuera de la inclusa de devotos anónimos. Entonces, la anciana, ni corta ni perezosa, se fue hasta el *Cristo*, que estaba al aire libre, rodeado de miles de personas, a comunicarle inmediatamente que aquel sobre con tres billetes arrugados correspondía a Do-



El lienzo o paño sobre el que está pintado el Cristo fue un regalo de los Reyes Católicos al pueblo de Moclín.

lores, la jornalera inválida de las cuatro mil pesetas de paga misericordiosa del Gobierno. La piadosa mujer pasó sus manos, el pañuelo y el rosario por el lienzo del *Cristo*, como otras tantas ancianas, jóvenes esposas yermas, enfermas devotas simplemente. Conseguía así Dolores unas señas de identidad más directas sin intermediarios, ni sacristanes, ni vendedores de estampas. La religiosidad popular, directa, sin maldad, sin trasfondos económicos, creyente a pie juntillas en un *Cristo* milagroso, al que la leyenda atribuye vida a las yermas y visión a los ciegos.

En la ruta de los curanderos

Unas treinta mil personas acudieron el primer domingo de octubre, la última romería, a la procesión del *Cristo del Paño*, en Moclín, a unos veinte kilómetros de Granada, al pie de un soberbio castillo en ruinas, rodeado de tierras de olivares. En esta comarca granadina, donde se pasa de la vega fértil a los montes, se abre una extensa ruta de curanderos, milagreros, santones, que penetra con más fuerza en la provincia de Jaén, hacia Alcalá la Real y los pueblos que fueron feudo del *Santo Custodio*, milagrero en vida, que al morir dejó sus poderes al *Santo Manuel*, que tiene hoy su santuario en la aldea de los Chopos. El *Santo Manuel* cuando se ve apurado en sus recetas beatífico-medicinales envía a la clientela al *Señor del Paño* que, en última instancia, es el que tiene el *poder*.

La romería del *Cristo del Paño* es *Verna*, una sucesión de imágenes trágicas. Federico García Lorca colaboró a extender la leyenda de las vermas que paren a los nueve meses de la romería, como una de las muchas curaciones que la religiosidad popular atribuye al *lienzo*, o *paño*, que fue regalado por los Reyes Católicos a la fortaleza de Moclín, utilizado como estandarte de las tropas cristianas.

«Federico discurría sobre los caracteres paganos de la imagen»

Fuente Vaqueros y Valderrubio están muy cerca de Moclín. Francisco García Lorca –en *«Federico y su Mundo»*– escribe al hablar de *Verna*: ***«Nunca fuimos nosotros al abrupto Moclín, a pesar de no estar lejos de nuestras propiedades en la Vega y de que el nombre del pueblo fuera suficientemente conocido por la fama de su***

La gente llora, grita, reza. Una sucesión de imágenes trágicas, como la obra lorquiana.

YERMA

romería. Es más, no se sabe por qué, en la Vega se solía introducir el relato de los cuentos infantiles con el siguente inexplicable introito:

*Este era lo que era
Colomera en una era
y Moclín en un cerro.»*

Aún es más interesante saber que ya de niño la imagen del *Cristo del Paño* ejerció una extraña influencia en Federico, que en su madurez artística se desarrollaría como un volcán contenido de experiencia popular. *«No he llegado a ver* —dice Paco García Lorca— *la imagen milagrosa de Moclín, pero es un cuadro* (como aparece en *Yerma*) *groseramente pintado, a juzgar por la reproducción litográfica que no faltaba en ninguna casa de la Vega. Nuestro dormitorio en el campo estaba presidido también por la* «Imagen verdadera del Santísimo Cristo del Paño» *según rezaba al pie. Muchas veces, contemplando la tosca reproducción litográfica, Federico discurría sobre los caracteres paganos de la imagen. Debo confesar que la imagen de Federico iba mucho más lejos que la mía.»*

Luego, el niño, amante de las tradiciones populares, conoció las leyendas en torno a aquella romería pagano-religiosa. Paco García Lorca advierte sobre la contrapartida de la fiesta religiosa: *«la fama maliciosa de que las mujeres son fecundadas en virtud de razones mucho más naturales, hechas realidad al socaire de las fiestas y acampamento al aire libre. De tal modo es así, que el día de la novena los romeros, a caballo o en carro, son recibidos por muchachos y chiquillos, a su paso por pueblos y caminos, al grito de* "¡Cabrones! ¡Cabrones!" *mientras suenan sistros de cuernos de cabra y borregos. Toda la Vega parece resonar con el mencionado grito y, ya antes de llegar al lugar, ha habido alguno sin graves incidentes.»*

No cabe duda que la leyenda exageró la morbosidad erótica de la romería, como también advierte el hermano de Federico al observar que *«sin negar la posibilidad de que en algún caso la versión maliciosa del 'milagro' haya resultado cierta, es, sin embargo, inconcebible —en términos generales—, dada la moralidad conyugal prevaleciente en la región y la actitud del granadino medio frente al adulterio. Siendo ello inconcebible, la explicación, digamos natural del hecho, acaso tenga más antiguas y hondas raíces. Es bien sabido que la Iglesia, desde sus primeros tiempos, superpuso celebraciones y efemérides religiosas sobre las antiguas costumbres paganas que se intentaba desterrar.»*

«Y el Santo hace el milagro»

La trilogía rural de Lorca, primero *Bodas de Sangre*, luego *Yerma* y por último, *La Casa de Bernarda Alba* está captada de la vida que rodea al poeta. Las tres son campo, lavanderas, criadas, tragedias familiares, leyendas, canciones. La realidad que le había impresionado de niño y que luego madura y poetiza en la madurez artística.

«Yo me sorprendo mucho —decía Federico— *cuando creen que estas cosas que hay en mis obras son atrevimientos míos, audacias de poeta. No. Son detalles auténticos, que a mucha gente le parecen raros porque es raro también acercarse a la vida con esta actitud tan simple y tan poco practicada: ver y oír. ¡Una cosa tan fácil! ¿Eh?»* (Proel, 1935)

Ese mismo año el autor de *Yerma* confesaría a Nicolás González Deleito: *«Cinco años tardé en hacer* Bodas de Sangre; *tres invertí en* Yerma. *De la realidad son fruto las dos obras. Reales son sus figuras; rigurosamente estructuro el tema de cada una de ellas: primero, notas, observaciones tomadas de la vida misma, del periódico a veces... Luego, un pensar en torno al asunto. Un pensar largo, constante, enjundioso.*

Y, por último, el traslado definitivo: de la mente, lo escena...».

Así de sencillo. Ver y oír. Hasta que sale la tragedia, en una escena, idealizada, de la romería de Moclín:

«Vieja.—Venía a pedir hijos al santo y resulta que cada año vienen más hombres solos a esta romería. ¿Qué es lo que pasa? (Ríe)

Mujer 1.ª—¿A qué vienes aquí si no crees?

Vieja.—A ver. Yo me vuelvo loca por ver. Y a cuidar de mi hijo. El año pasado se mataron dos por una suegra seca y quiero vigilar. Y, en último caso, vengo porque me da la gana.»

Luego, la Vieja dice a *Yerma*:

«Cuando te vi en la romería me dio un vuelco el corazón. Aquí vienen las mujeres a conocer hombres nuevos. Y el santo hace el milagro. Mi hijo está sentado detrás de la ermita esperándote.

Mi casa necesita una mujer. Vete con él y viviremos los tres juntos. Mi hijo sí es de sangre. Como yo. Si entras en mi casa, todavía queda olor de cunas. La ceniza de tu colcha se te volverá pan y sal para tus crías. Anda. No te importe la gente. Y en cuanto a tu marido, hay en mi casa entrañas y herramientas para que no cruce siquiera la calle.»

«Yerma será la tragedia de la mujer estéril»

En las tres bases de las tragedias rurales la muerte pone el punto final. En *Yerma* es la protagonista la que *«aprieta la garganta hasta matarlo»* a Juan, el marido, causante de la aparente esterilidad de su hembra. Una tragedia completa. *«Yerma será la tragedia de la mujer estéril. El tema como usted sabe, es clásico. Pero yo quiero que tenga un desarrollo y una intención nuevos. Una tragedia con cuatro personajes principales y coros, como han de ser las tragedias...»* declaraba a Juan Chabás en 1934.

Durante los ensayos de *Yerma*, García Lorca le explica al periodista catalán Joan Tomás:

«Yerma es una tragedia. Una tragèdia de debò... Des les primeres escenes, el públic s'adona que passarà quelcom de grandiós.

—Què passa?

—Què passa? Yerma no té argument. Yerma és un caràcter que es va desenvolupant en el transcurs dels sis quadros de què consta l'obra. Tal com passa en una tragèdia, he introduït a Yerma uns cors que comenten els fets. O el tema de la tragèdia, que és constantment el mateix. Fixeu-vos que dic tema. Repeteixo que Yerma, d'argument no en té. En molts moments, al públic li semblarà que n'hi ha, però és un petit engany... Ah! Els actors no parlen amb naturalitat. Res de naturalitat. Algú podrà fer constar-ho. Si la tragèdia es produeix, consti que jo sóc responsable. Únic responsable.»

Benavente, Valle-Inclán, Unamuno asistieron al estreno en el *Español*, de Madrid, de *Yerma*. Unamuno, que había tratado el tema de la esterilidad en *Raquel*, «dijo generosamente a Federico (y mi hermano me lo confirmó) que *Yerma* era la obra que a él le hubiese gustado escribir» (Paco García Lorca).

El párroco que rompió el cuadro del Cristo

Yerma, extraída de la romería de un Cristo milagroso y de la leyenda popular, es una obra literaria. Pero, la romería de las yermas, los inválidos y los pobres profesionales, siguió su vida en Moclín. No es precisamente ahora la visión lorquiana la que queda en el pueblo, aunque sigan subiendo las mujeres a pedir fecundidad al *Santo Cristo del Paño*. Ni ya vienen los romeros andando y en caballería, en

carruajes, donde pasaban las noches en tiendas de campaña. Ahora llegan miles de coches. Conserva, eso sí, el folklore religioso –pagano de los campesinos que acuden de lugares aislados, donde muchas veces son curanderas los que suplen la ausencia de médicos. Y, una vez al año, el *Cristo del Paño* desempeña su papel de gran médico, curandero, veterinario, todopoderoso.

La Iglesia oficial ha intentado en algunas ocasiones romper la devoción *pagana* y festiva que los romeros le tiene al *Señor del Paño*. Ahora, el enfrentamiento se ha atenuado. El párroco participa en la ceremonia religiosa y luego se retira de la procesión. En una ocasión el enfrentamiento llegó a tal extremo que un párroco de Moclín, José López Vallecillo, rompió una noche el cuadro del Cristo, sobre el que además arrojó un cubo de cal, para eliminar con tan drástico procedimiento esa religiosidad de sus feligreses, vecinos de Moclín y de los pueblos que mantiene la tradición centenaria.

Este hecho, en el que intervinieron la Guardia Civil y el Arzobispado de Granada, provocó que durante 14 años la procesión fuera prohibida, hasta que en 1975, los feligreses, casi a la fuerza, lograron restablecer la procesión. Ese mismo año, el cura López Vallecillo, ya de párroco en otro pueblo, hacía unas declaraciones sensacionalistas a Gómez Barón. Unas palabras que más parecían extraídas de la visión lorquiana, que de la misma realidad:

Hagase una idea: en mi tiempo ya menos, a los nueve meses de la romería nacían niños por los alrededores, que no tenían que haber nacido, y muchos».

García Lorca en «Yerma» colaboró a extender la leyenda de las mujeres estériles que paren a los nueve meses de la romería.

«El Cristo», de Martín Recuerda

El también dramaturgo granadino, José Martín Recuerda, escribió otra obra de teatro, «*El Cristo*» –prohibida durante el franquismo– basada en la romería del *Cristo del Paño* de Moclín. En Lorca, es la visión poetizada y trágica. En Martín Recuerda es el drama real del enfrentamiento de las dos iglesias, del cura que hace trizas el cuadro del *Señor del Paño* y la visión paganizante de los romeros y cofrades. Un pasaje de «El Cristo» de Martín Recuerda expresa el choque entre cristianos y al mismo tiempo, en un época diferente a la lorquiana, la experiencia del fenómeno migratorio, que ya empiezan a sufrir los pueblos de Andalucía y las relaciones macho-hembra en una sociedad rural:

«Juan El Banderas.–¿Dónde habéis estado metidas todo el año?; ¿es que no salís más que cuando vienen los forasteros?

Consuelo.–Y vosotros, ¿por qué no os vais al extranjero, como los que están dejando los pueblos desiertos?

Rosa.–Aquí no tenéis nada que hacer.

Amelia.–¡No sabéis trabajar!; ¡no sabéis mantener a una mujer! Enteraros de una vez: ¡bribones!, ¡no sabéis ni enamorarnos!

María.– No sabéis más que esperar todo el año la sacristía para enviciaros y vivir después los recuerdos del vicio, de la mujer que os duró un solo día!

Juana.–¿Habéis temido que entrar en la iglesia con vino!; ¡no podíamos hacerlo de otra forma!

Rosa.–¡Y nosotras, sí, mirando a los forasteros por los cristales del rastelón!; ¡cerradas de que no nos miréis, porque sólo sabéis esperar a los camiones de putas que llegan de Jaén!

Consuelo.–Pero ¡hoy no llegarán!; ¡Ignacio y los de Acción Católica salieron a los caminos a apedrearlas!; ¡vayamos nosotras también, mientras vosotros ponéis en andas al Cristo, en contra de la voluntad de ese cura que odiáis!; ¡vayamos a los caminos a apedrear a los camiones! (Salen las del coro).

Juan El Banderas.–¡Id, que no me fío

YERMA

de vosotras!; ¡id, a quedaros preñadas de los forasteros, como se quedó Estrella la Larga!» (...)

«¡Dios le de salud y suerte, madre!»

La romería de Moclín, leyendas aparte, no es hoy, como en otras épocas, una procesión dedicada a las yermas, ni la fiesta erótica bajo tiendas de campañas. Es la fiesta de la milagrería, entre cacharros de feria, tenderetes de objetos religiosos y el deambular de miles de turistas, ajenos al fervor religioso, que mantienen los vecinos de los pueblos de las comarcas vecinas. Curiosamente, no son los vecinos del pueblo, salvo algún caso, los que se benefician del gran comercio de la milagrería, sino gente de fuera, *pobre profesionales*, expertos en explotar el sentimiento religioso del campesino. Y también acuden los *pobres*, que llegan con sus carteles: *«Padre de familia, ocho hijos, sin trabajo desde hace diez meses...»*, expresión de otra situación en la Andalucía de nuestro tiempo.

La cuesta que sube del pueblo a la ermita aparece bordeada de pobres, inválidos, tullidos... Un espectáculo irritante, de náusea organizada, medieval y espeluznante. Tres hombres componen con sus figuras un estandarte: el cojo, con camisa de hábito morado con cordón dorado sobre el pecho, se sostiene en los muerpos de dos mancos, y recitan y cantan, con tonillo de peregrinos de ultratumba, saludos de oración y penitencia:

–¡Dios le de salud y suerte, madre!

–¡Perdonen ustedes que les molestemos!

–¡Que Dios les de salud y suerte, hermano!

–¡Que el Santísimo Cristo del Paño les reciba con alegría!

–¡Que Dios les reciba en su celestial gloria!

Miles de peregrinos se detienen con la peseta, el duro, los cinco duros, que caen en las *parcelillas*, acotadas con mantas, de los inválidos y mendigos.

«Escucha la penitente/de tu santa romería»

Bajo un sol implacable, junto a la ermita, el lienzo del Cristo del Paño. Una imagen de Cristo con la cruz a cuestas. El espaldas del paño está recubierto por un manto, con bilduras de oro, valorado en tres millones de pesetas. Los peregrinos se acercan a gritarle; otros, en silencio, con los ojos llorosos, les llevan velas, que se consumen allí mismo a la guarda del sacristán; pasan sus pañuelos por el cuadro y luego se restriegan por la cara, el pecho, los brazos... Una religiosidad cuerpo a cuerpo, ante la que el espectador siente con respeto la comunión que le produce el comportamiento de los devotos. Una espiritualidad de trance, del desahogo del campesino que va flechado al Cristo del Paño para que le resuelva la cruel sequía, para que crien las vacas; que vuelva sano el hijo que está en la mili; que la yerma traiga hijos; la creencia del enfermo, que no confía en el médico, tan distante de su lenguaje rural, que le cobra un dineral, y se ve abocado en primer su confianza en el *Señor del Paño*. La religiosidad del subdesarrollo. Más sana, más espectacular, quizá más escandalosa.

–¡Viva el Señor del Pañoooooo...» –grita una mujer con el rostro desencajado, los ojos extraviados, con una voz que le ha salido de las entrañas y ha corrido por el cerro.

–¡Viva la Madre de Dios...!

–¡Viva su Santo hijooooo...!

Los vivas enronquecen las gargantas. Un viejete que dice que los vecinos de los ajenos son más comunistas que los de Moclín (los de Tózar, Limones, Tiena, Olivares, Puerto Lope...), comenta:

–Yo no echo las velas en el cajón. Yo, velo que compro, velo que gasto delante del Cristo.

–¿Desconfía usted?

–Yo, ¿eh? –y sin mediar más palabra se pone a cantar– *¡Agrupémonos todos en la lucha final... el género humano es la Internacional...! ¿Usted no lo sabe?*

–¿Yo? No es una canción muy adecuada para este momento.

–Eh... –e interrumpe con otra canción– *¡Cada uno será lo que quiera, nada importa la vida anterior... Legionario, legionario... Legionarios a luchar, legionarios a morirrr...!*

–Pero, hombre...

–¿Sigo? ¿En Madrid mandan los rojos y en Granada los requetés y en Perlón de la Mata, la moneda y tres...! –el hombre rebusca algo en su cartera– *¿Sabe qué es esto? El carné de CC.OO. ¿Sabe lo que quiere decir? Que yo pongo la vela porque soy cristiano, pero cristiano del Cristo del Paño.*

Las mujeres se mueven de un lado para otro, sonámbulas, descalzas unas, de rodillas otras, cumpliendo promesas. Quizá como *Yerma* pidiendo el milagro de la fecundidad:

«Escucha la penitente
de tu santa romería.
Abre tu rosa en mi carne
aunque tenga mil espinas».

Un hombre se sitúa frente al Cristo del Paño e invita a la muchedumbre a cantar al son de la trompeta, solitaria, maravillosa y desafinada, los cantos del nacional-catolicismo. Las mujeres cantan y lloran. Por las laderas del castillo, otra gente, al margen de la procesión, se divierte. Como si recordaran la versión lorquiana del *Marido* en la romería, cuando dice a la *Hembra*:

Si tú vienes a la romería
a pedir que tu vientre se abra,
no te pongas un velo de tul,
sino dulce camisa de holanda.
Vete sola detrás de los muros,
donde están las higueras cerradas,
y soporta tu cuerpo de tierra
hasta el blanco gemido del alba.
¡Ay, cómo retumba!
¡Ay, cómo retumbaba,
ay, cómo se cimbrea la casada!

Un torbellino de manos se lanza a coger las *medas* del *Señor del Paño*. La gente llora, grita, reza... Otros aplauden. Es la fiesta y la tragedia. Una sucesión de imágenes trágicas, como la obra lorquiana, sin argumento, la locura del peregrino ante su imagen. Cuerpo a cuerpo, al fin. Dos horas de recorrido, atravesando primero la galería de pobres e inválidos. El sacristán abre el ruedo en su calidad de pontífice de la milagrería rural, con la mirada pícara del contable de velas, estampas y sobres con dinero en metálico para cumplir promesas. Una muchacha hermosa pisa descalza el camino.

«Señor que florezca la zarza
no me dejéis en la sombra».

Pícaros de siempre

Un inválido nos pide un cigarrillo. Tiene el hombre un brazo esquelético que le sale del hombro hacia arriba.

–Lo mío es lo más roto de todos, dice como presumiendo morbosamente de su defecto físico. *Y no tengo más vicio que el tabaco.*

–¿Cómo va la cosa?

–Este año no va mal. Otros años había más pobres. Pero, también se recaudaban muchos borrachos, mucha intergeneración.

Treinta mil personas se reunieron el primer domingo de octubre, la última romería, en torno al Cristo del Paño, en Moclín, cerca de Granada.

Se ponían tirados en mantas o en sábanas, para recoger...

–¿Usted viene todos los años?

–Yo voy a todas partes.

–¿Y se saca?

–Para ir viviendo. Porque con las 9.000 pesetas de paga que tengo no podría vivir en Málaga. Aunque yo soy de un pueblo de Huelva. En este negocio, estamos de todos los pueblos de España.

–¿Qué sitios recorre?

–Yo he estado en la Virgen de la Cabeza; también en el pueblo de Juanito Valderrama, en Torredelcampo (Jaén); allí es Santa Ana. Esa Virgen es muy buena para lo nuestro. Allí hice en cuatro horas 30.000 pesetas. Ahora que no veas lo castizos que son allí para dar... Pum, pum, pum... Y con un arte... También voy al Rocío y a muchas otras.

–¿Y aquí, en Moclín?

–Ocho o diez mil pesetas llevo hasta la presente, según el cálculo, porque todavía no he contado.

–De los que más saca, según se ve.

–Hombre, es que lo mío...

–Aunque aquellos tres, parece que no van mal.

–Esos sacan mucho, pero tienen que partir para tres. Si yo llevo 30.000, 30.000 que son para mí solo, ¿me entiende usted? Salgo más beneficiao.

–Bueno, le dejo, que está perdiendo un tiempo de oro.

–¡No...! Ahora, los entrecojo a la bajada. Y además, esta noche me pongo en otra calle y siempre me empalmo tres o cuatro mil pesetas más.

–¿En qué más sitios ha estado?

–También en Barcelona, Montserrat.

–¿Qué tal los catalanes?

–Allí se saca un perrón... Como estoy autorizado y lo mío es muy raro, ya usted ve por donde me sale el brazo, que como yo no hay ninguno...

¿Cómo es que usted no está en hospital?

–Yo con esto me lo cambio mejor, hombre. ¿Qué luego yo en un asilo, en un hospital? Yo me hago mis romerías, y vivo. La primera romería que hago es la de Cártama, en Málaga. Allí me ventilé 20.000 pesetas el primer domingo de mayo. De allí salté a la Virgen de la Cabeza. Pero, lo de la Virgen de la Cabeza, ¡ufffff...! Allí no van más que a divertirse. Da vergüenza, usted. Allí van con caballos, con orquestas, de fiesta todo más.

–Y a usted eso no le gusta.

–A mí me gusta que la gente venga con fe, como aquí en Moclín.

–Claro.

*–Que vengan con fe. Porque el que viene con fe la suerte mejor. Si ha echado su promesa de tres o cuatro mil pesetas, las reparte a los pobres con fe, porque el **Santo** le haya puesto bueno o las **medecinas**...*

–Eso nunca se sabe.

*–El **Santo** o las **medecinas**. Vaya usted a saber.*

–Misterios de la vida.

–¡Qué misterios...! Yo no creo en santos, usted, de verdad. Yo no soy bruto.

–¿Entonces...?

–Hombre... Siempre hay que contar con esta gente de fe.

–El negocio, ¿no?

–Claro. Si ya le digo, yo no soy bruto. ¿Usted qué cree? Yo soy del Partido Comunista.

–¡Acabáramos!

Y el hombre del brazo más raro del mundo continuó en su trabajo: ¡Dios los proteja...!

Mientras sus ojillos de pícaro veían caer monedas sobre monedas a costa de los que tienen fe, que son los que más la sueltan. Comenzó a lloviznar. Los *pobres profesionales* de las romerías y los milagros lucían los montones de monedas. En la sacristía, también contaban los sobres, las monedas y las velas. La gente, los campesinos sencillos del subdesarrollo echaron a andar satisfechos de haber cumplido con el *Señor del Paño* y sus *intermediarios* así en la tierra como en el cielo.

La romería del *Cristo del Paño* sigue cada primer domingo de octubre. En cada época, con una dimensión nueva de la religiosidad popular de la buena gente; y entre ella, peregrinos y devotos, los pícaros de siempre, los que aparecen este año, como el inválido de la mano más rara del mundo o la *Dolores*, la *conjuradora*, en la obra lorquiana, explotando sus artes para hacer parir a las yeguas:

«...La última vez hice la oración con una mujer mendicante que estaba más seca que tú, y se le endulzó el vientre de manera tan hermosa que tuvo dos criaturas ahí abajo en el río, porque no le daba tiempo a llegar a las casas, y ella misma las trajo en un pañal para que yo las arreglase. ■ **A.R.E.**

Fotos: Pepa Garrido

«La esclava blanca», de Jean-Jules-Antoine Lecomte de nouy (1888). «El encantador de serpientes», de Jean-Leon Gerome.

EL ORIENTALISMO
UNA CREACION OCCIDENTAL

por IGNACIO RAMONET

EL Oriente no existe. Las ochenta mil obras (científicas, literarias) que lo describen en diversas lenguas europeas, desde el principio del siglo XIX, constituyen tan sólo un «fantasma orientalista», una manifestación singular del imperialismo cultural de Occidente. Tal es, al menos, la convicción de un universitario árabe de Nueva York, Edward Said, que en su libro *El Orientalismo* (París, Ed. Le Seuil, 1980) emprende el minucioso desmontaje del discurso occidental sobre el Islam y los árabes.

El Oriente árabe e islámico ha sido el único que ha presentado para Europa un desafío permanente en los planos político, intelectual y, en cierta época, económico. Para Europa, el Islam ha constituido un trauma duradero. Durante mucho tiempo simbolizó el terror, la devastación, y la furia de las hordas salvajes aborrecidas. Hasta el final del siglo XVII, durante diez siglos pues, Europa se ha sentido amenazada por el Islam; primero en sus fronteras meridionales (España, Provenza, Sicilia) y luego, por el peligro otomano, en Europa central. Esa constante amenaza para la civilización cristiana acabó por incorporarse al tejido mismo de la vida cultural de Occidente, y no es de extrañar que, en contrapartida, el pensamiento occidental haya tratado, estos dos últimos siglos, de «digerir» simbólicamente, de domesticar gracias a su avance científico, ese miedo secular; estudiar el mundo árabe, comprenderlo, explicarlo, ocupar su mismo lugar (hablar en su lugar) con el fin de nunca más temerle, tal ha sido el objetivo de la «ciencia» orientalista.

EL ORIENTALISMO

Característica de la incomprensión ancestral hacia esta región es la manera con que el Occidente ha tratado de traducir lo «exótico» en términos caseros; por ejemplo, presentando al Islam como un negativo del cristianismo y haciendo creer que Mahoma ocupa en la religión musulmana un lugar simétrico [illegible] de Cristo en el cristianismo, de ahí su obstinación en calificar absurdamente al Islam de «mahometismo», y al profeta musulmán constantemente de «impostor». Ejemplos culturales abundan en los que el confusionismo sobre el Islam alcanza dimensiones extravagantes; ya en la *Canción de Rolando* se muestra [illegible] los musulmanes *adorando* a Mahoma como a un Dios vivo. Esta confusión fue tal que durante la Edad Media Juan De Segovia en 1460 intentó organizar una «contraferencia», conferencia contradictoria entre doctores de la fe cristiana y sus homólogos musulmanes con el fin de convencer a estos últimos de que el Islam era una «versión equivocada del cristianismo» y obtener así, en bloque, la conversión a la «verdadera fe» de todos los musulmanes. Mahoma ha sido constantemente presentado como un falsario, un compendio de hibricidad, de estupro, de sodomía y de toda suerte de traiciones e imposturas. El poeta Dante le coloca en el último círculo del infierno condenado a ser hendido en canal, «de la cornilla al ano», incesantemente, hasta el fin de los tiempos, por haber sembrado el escándalo y el cisma».

Antes de ser abordado concretamente, Oriente aparece a los europeos como un escenario, una especie de teatro en donde se disponen todas las figuras culturales, todo el equipaje creativo que la imaginación europea ha inventado sobre esta región desde el medioevo: escenas del *Romancero del Cid* y de la *Canción de Rolando*, páginas de grandes escritores como Ariosto, Milton, Marlowe, El Taso, Shakespeare, Cervantes... hasta esa apoteosis de ambigüedad que es la primera traducción de *Las Mil y una Noches*, por Galland en el siglo XVII.

A partir del final del siglo XVII, Gran Bretaña y Francia dominan el Mediterráneo oriental; luego Egipto cae bajo dominación francesa hasta que las tropas británicas ocupan el territorio en 1882, pero los franceses conservan el Gobierno de Argelia que controlan desde la toma de Argel en 1830; esas circunstancias políticas explican por qué tantos franceses y británicos producen la mayor parte de los estudios orientalistas. Estos dos Estados son los que mayor interés (político, económico) tienen en comprender cómo funcionan esas sociedades orientales, con el propósito de [illegible] la rápida expansión de Francia y Gran Bretaña por todo el mundo [illegible] alianzas locales contra los turcos. Des[illegible] Cairo que p[illegible] (de 1803 a [illegible]

1. *Sur les Sociétés Pré-capitalistes*. Textos choisis de Marx, Engels et Lénine [illegible] 178. (Este curioso argumento de Marx podría ser utilizado hoy, tal [illegible]

tinibles silenciosas en las que yacía olvidada, y traerla a la claridad de la ciencia europea moderna. Oriente es reconstruido, reensamblado, literalmente dado a luz gracias a los esfuerzos de los orientalistas. Estos parten del principio que los hombres, los lugares y las experiencias siempre pueden ser descritos en un libro, hasta tal punto que el libro (el texto) acababa por adquirir mayor autoridad práctica que la propia realidad descrita; de ese manera el orientalismo domina al Oriente, en tanto que sistema de pensamiento *sobre* el Oriente; el orientalismo supone un Oriente constante, «propensión a dividir, subdividir y volver a dividir sus temas sin jamás modificar su opinión sobre el Oriente, objeto siempre idéntico, invariable, uniforme, radicalmente científico». El Oriente en sí acaba por ser menos importante que lo que de él decía el orientalismo.

Como se sabe, toda disciplina erudita es una técnica específica de poder: confiere al que la práctica informaciones que tan sólo él posee y que para los demás, se hallaban perdidas. Asimismo, el orientalismo es ese saber que permite enseñar a un oriental aquello que ignora: que él es un oriental. En ese sentido esta «ciencia» participa directamente del europeocentrismo característico de las ciencias humanas y sociales y más particularmente de aquellas que tienen por objeto el estudio de los pueblos no-europeos. El orientalismo resulta ser una especie de poder intelectual, a paz de explicar el comportamiento de los orientales, de darles una mentalidad, una genealogía, una «modelo», más que permite que los europeos traten a los orientales y hasta les vean como un fenómeno dotado de características regulares. El oriental de entonces de ser un ser humano (el ser humano «normal» es como se sabe, el europeo) y pasa a constituir una simple categoría de análisis.

De este modo todo oriental es culpable de ser oriental ya que, según el saber europeo, el oriental es irracional, depravado, pueril, extraño. Un oriental vive en Oriente, lleva una vida de pereza oriental en un ambiente de despotismo y de sensualidad orientales, lleno de dicho fatalismo oriental.

Muchos escritores importantes del siglo XIX se apasionaron por el orientalismo; y podemos considerar al orientalismo también como un género literario representado por obras de Byron, Goethe, Hugo, Flaubert, Nerval... Pero todas las creaciones literarias sobre el Oriente en un contexto político caracterizado por la dominación del mundo árabe, mantienen y refuerzan inevitablemente la

[illegible]

escritores el Oriente es, además, un lugar en donde se puede buscar la [illegible]

quizá más libertina y menos [illegible] de pecado. Con el tiempo, la [illegible]

[illegible] tinge y las pirámides de [illegible] literatura romántica había [illegible] este gusto por lo exótico y por las fantasmagorías orientales; los harenes [illegible] ción con el gusto por los cuentos [illegible]

pre-técnica del siglo XIX el adjetivo [illegible] cer idílico, energía [illegible] lor.

[illegible]

tuve una caricatura de Oriente). La obra matriz de la pintura orientalista es, sin duda, *La muerte de Sardanápalo* (1827) de Eugène Delacroix: la potencia despótica, la sangre, la sensualidad y la muerte violenta, ingredientes obligados de todo lienzo orientalista, se hallan traspuestos en formas suavemente onduladas y en colores profundos y ricos. Muchos pintores van a seguir la temática de Delacroix: algunos hasta se instalan en Oriente, por ejemplo, Decamps que vivió en Esmirna e influenció enormemente en la primera generación de pintores orientalistas; el propio Delacroix visitó Marruecos y Argelia en 1831. Fromentin vivió con una tribu beduina en el Sahara. Gérôme visitó todo el Oriente Medio en 1854. Ernst, Ludwig, Deutsch, Horace Vernet y Bauernfeind también residieron en Oriente, «si como los británicos Lewis, Seddon, Goodall y William [illegible] Hu[illegible]

El mejor orientalista español fue Mariano Fortuny, que acompañó la expedición del general Prim en la conquista de Tetuán en [illegible] tusiasmo con el color, la luminosidad y lo pintoresco de Marruecos: pintó moros jugando con hale[illegible] encantadores de serpientes, fantasías, suplicios, etc., Fortuny inició a muchos pintores extranjeros en la pintura orientalista; él llevó a Regnault a Marruecos por primera vez, así como a los pintores italianos Stefano Ussi y Cesareo Biseo.

Todos estos pintores orientalistas trataron de plasmar en sus lienzos el calor tórrido, el sol cegador, los colores soberbios, el esplendor opulento de palacios y mezquitas, las calles pintorescas, los acuerdos deslumbrantes y las bizarras costumbres del mundo musulmán. Pintan unos interiores exóticos y muy refinados, con azulejos decorados, puertas incrustadas, maderas marqueteadas, celosías de sándalo, cofres con joyas, profundas alfombras, cerámicas, biombos. Los colores favoritos son luminosos: rojo granate, carmín, verde esmeralda y turquesa, azules espléndidos. Los motivos se repiten: escenas de harén, de tortura, de muerte [illegible] harenes, sobre todo (en los que ningún europeo, ni siquiera los pintores, había penetrado jamás) permiten expresar todo el mítico «misterio oriental», favorecen la introducción en el cuadro de desnudos excitantes para ilustrar «el velado encanto del erotismo oriental». El marco exótico permitía además representar escenas equívocas, la más célebre de las cuales es sin duda el *Encantador de Serpientes* de Gérôme, donde la pasión pedofílica se ve ilustrada por una escena en la que una serpiente se enrolla por el cuerpo desnudo de un joven. Tortura y muerte (con pizcas de sadismo) sobre fondo de opulencia mágica, de belleza y de misterio también gustaban mucho.

Todos estos estudios y obras literarias o pictóricas orientalistas han inculcado profundamente en la cultura occidental una imagen desformada, discriminatoria, del hombre oriental. Aún hoy día las comunicaciones de masas siguen usando los clisés orientalistas y describen a los árabes (el poder del petróleo les vuelve a conferir, según Occidente, un alto grado de peligrosidad) como seres corrompidos y disolutos, violentos y venales y cuya riqueza inmerecida constituye una verdadera afrenta para la civilización (obviamente occidental). Edward Said al proponer un inventario de los procesos mediante los cuales los hombres de Oriente se convirtieron en «orientales» procede a una auténtica arqueología del actual racismo antiárabe. Su libro merece ser leído y meditado [illegible] España, primero porque nuestro [illegible] (y más concretamente Andalucía) ha sido frecuentemente asimilado al universo árabigo y por lo tanto analizado por los orientalistas; segundo, porque una «ciencia» paralela al orientalismo, el hispanismo, ha descrito nuestra historia, nuestros pueblos, nuestras costumbres, con los mismos criterios arrogantes y despectivos (2). El trabajo de Said, debería prolongarse por un desmontaje semejante del discurso hispanista, de esa retórica pseudocientífica (esencialmente elaborada por franceses y británicos más algún que otro alemán) que durante siglo y medio de Napoleón a la guerra civil encerró a los españoles en un tejido de definiciones intimidantes, reductoras y paralizantes, mientras el imperialismo franco-británico explotaba nuestra economía. ● I. R.

2. Algunos restos de estos criterios se [illegible] prendes [illegible] ejemplo, [illegible] reciente artículo de *Le Monde* sobre [illegible] reza de los españoles (...) herencia de los árabes»: en este mismo texto [illegible] entonces cuentanos sobre el [illegible] de los españoles(!), el autor se pregunta: «¿Cómo [illegible] admitir, en [illegible] que al pasar de lo seco a lo húmedo las idiosincrasias —tan estimadas por los pueblos ibéricos— se modifiquen, [illegible] lugar para la [illegible] moderación?» Este insólito discurso [illegible] n el [illegible]

José Hernández, pintor

CRIATURA DE LA NOCHE Y DE LA LUZ

JOSE Hernández parece un pintor joven. Lo parece por la edad –no llega, creo, a los 50– cronológica, por el aspecto físico –melena, chaqueta de cuero, barbita y sonrisa de niño, anillos mil (anillos baratos, que más parecen herramientas o herrajes, que joyas)–, y una mirada luminosa sobre hombres y cosas, una mirada que emana luz y se la presta a lo por ella percibido.

José Hernández no es un pintor joven. Nadie que haya visitado por dentro los abismos donde se pudre el sol, puede calificarse como tal. Es pintor sin edad, acostumbrado a transitar por ciénagas y cloaca, recogedor de materiales innombrables en catacumbas y casas deshabitadas, lector de libros prohibidos, que colecciona en su biblioteca todas las obras que citó en su día el sacrílego H.P.L.: «De Vermis Mysteriis», «De Masticatione Mortuorum», el «Libro Negro», el «Libro de Eibon» y, sobre todo –es su libro de cabecera– una versión castellana antiquísima del casi innombrable «Necronomicón». Sus obras pueden estar inspiradas por todos estos volúmenes que no por ser ficticios resultan menos espantosamente reales, en el sentido de que sus horrores, precisamente por no haber sido nunca escritos –el horror que se formula deja inmediatamente de serlo, lo sobrenatural que se explica se convierte de inmediato en algo por completo natural– influyen en la realidad nuestra, en este mundo deslizante y entretejido de mentiras en que vivimos, más o menos, los humanos. José Hernández es un pintor de ficción. Es, también, un personaje de ficción, como todos nosotros, como todos aquellos que hacemos de la ficción el mundo que contamos, y exteriorizamos nuestros fantasmas con pluma, pincel o máquina de escribir envenenada. Al escribir de él, hago de Hernández uno de mis fantasmas; siempre lo ha sido porque era –es– será mi amigo, y los amigos son lo que más se inventa uno.

No voy a describir aquí su trayectoria pictórica, pues creo que en estas líneas que preceden habrá quedado ya bastante claro lo ajena que me es la crítica de arte, ese mundo lingüístico cambiante al ritmo de la moda, donde se habla a veces de materias y volúmenes; de significantes, significados, semas y otras hierbas, en otras ocasiones. Pocas veces es artista el crítico, pocas veces consigue reflejar lo que se pretende, el mundo del pintor de quien habla, precisamente porque pretende dar profundidad a un arte que es arte de superficies. Contará, sin embargo, cómo este pintor nacido en Tánger comenzó haciendo una pintura naif, precisamente por falta de malicia; cómo pasó más tarde a un cierto expresionismo abstracto, y cómo, por fin, tras largos años y experimentos varios, ya en Madrid, comenzó a reflejar ese mundo de fantasmagorías y monstruos tan interiores como exteriores que hoy conocemos.

EDUARDO HARO IBARS

Ha ido elaborando su técnica –la técnica expresiva, pero también la química, la alquimia del pintor que se prepara sus colores– de una manera totalmente autodidacta, desde el no conocimiento; Hernández se ha inventado su pintura, la pintura, como ciertos maestros del Renacimiento tuvieron que inventarla: partiendo de una nada que, en su caso, ha resultado creativa y fructífera. Ha sabido, en suma, como todo pequeño demiurgo, crear del caos informe un universo rico y ordenado.

¿He hablado ya del componente fantasía y ciencia ficción que hay en la pintura actual de José Hernández? Sus obispos putrefactos, sus seres corruptos –enomias condecoradas, hijos de la hueso y del Panteón de Hombres Ilustrísimos–, en quienes la llaga supurante y el gusano no son metáfora, sino realidad activa y corrosiva; sus seres crustáceos, de expresión dolorosamente humana, tienen mucho que ver con los universos dementes de un Lovecraft. El Caos Reptante que aúlla entre los hongos de Yoggoth. Como Lovecraft, quizá también como Arthur Machen –aunque Machen no muestra el horror, sino que lo sugiere–, él nos cuenta lo que hay del otro lado de la vida, en entramado de pesadilla sobre el que se tejen los sueños, incluso aquellos que nos parecen más hermosos. Hay un terror en Hernández, que tiene mucho de gótico moderno, de estancia cerrada donde se pudre el Gran Batracio, vivo/muerto a la vez, soñando la muerte del mundo. Le falta, para ser un pintor de ciencia-ficción clásico, la

fascinación antropomecánica de un Giger –ese portento del delirio de hoy–, y se acerca más al miedo, al terror de siempre. Y no es que su pintura sea «literaria» –pero ¿qué pintura no lo es? Ni el más puro abstraccionismo geométrico se libra de su cercanía con la literatura, ni tampoco de las demás formas de expresión (desde la televisión al periodismo) que nos informan–, en el sentido de que sea trasposición de algo narrado con palabras, sino que la emoción que produce su pintura está próxima a la que despiertan algunos clásicos del

José Hernández, a la izquierda, transmite un terror que tiene mucho de gótico moderno, de estancia cerrada donde se pudre el Gran Batracio. Sobre estas líneas, el pintor en su estudio; debajo, su obra «Retrato ecuestre», 1971.

miedo. Terror a la muerte, a la alteridad y al cambio de forma, y aun de materia, que se dan en el cadáver, en ese cadáver que seremos todos y que desde nuestro interior mismo acecha.

Además de ese sentido del horror, de la fascinación por lo llamado fantástico –que no es tal, sino que es simplemente «lo Otro», lo que no percibimos de manera habitual–, en lo que pinta Hernández hay una enorme dosis de realismo. No es sólo el miedo a la muerte y a la locura –ese productor de cambios irreversibles, ese factor temible de ajenidad, de enajenación– lo que hay en sus cuadros; no sólo son los símbolos freudianos –el mar, sus criaturas; la noche, sus especros; madre inmensa que a todos, caminantes entre dos nadas, entre dos abismos, nos acoge– los que se transparentan en su obra. También hay descripción magnífica de un mundo actual, de un mundo cuyo esplendor es también decadencia y putrefacción, y cuyas glorias se fundamentan en el miedo, la miseria y la mierda. Ya sabemos que el oro es mierda; más mierda aún el oropel, el oro falso que es vómito y defecación fingida. Y no en vano los personajes de Hernández son a menudo obispos, dignidades militares o civiles, seres cubiertos de medallas, de cruces y bandas honoríficas, de brillo hermoso. Aunque, ya lo he dicho, no se puede considerar en esta pintura riquísima la putrefacción como metáfora, ni a Hernández como un pintor político, denunciante de lo repugnante y lo podrido que hay tras todo Poder, si se puede hablar de una pintura crítica; sólo que la crítica es en él mucho más amplia, alcanza niveles más profundos de lo real. Muestra un universo entero en decadencia, donde los valores no se transmiten, no están siquiera en crisis, sino que permanecen más allá de los límites tolerables: vivimos en un mundo basado –en todas sus facetas: moral, política, cultural...– en tradiciones que ya no sirven, en instituciones tribales obsoletas, en un pensamiento que quizás estuviese bien en la Grecia platónica y en una moral quizá muy útil para la tribu errante de Israel, en unos principios económicos que son, cuando menos, decimonónicos. Todos estos valores están definitivamente podridos, hieden ya, porque han muerto. Y, sin embargo, ahí siguen,

JOSE HERNANDEZ

«Retrato del comendador», 1971

embadurnados de maquillajes brillantes, exponiéndose al sol en palacios de mármol e inmensas galerías. Cada cuadro de Hernández es como un inmenso ventanal al mundo que sufrimos y nos hacen sufrir.

Ahí, precisamente en esta unión de lo onírico y de lo real, en este espacio pictórico donde el sueño y la vigilia se funden, está la aportación, a mi entender importantísima, del movimiento surrealista. Y no sólo en la imaginería, que tanto tiene de barroca y romántica, sino en las profundas raíces del pensamiento surrealista organizado, tal como lo concibiera, por ejemplo, André Breton. No hay que olvidar –aunque muchos así lo quieran– que el surrealismo no fue sólo una escuela artística. Los surrealistas entendieron a Freud, pero también entendieron a Marx, y sus trabajos no pretendían ser artísticos, sino –ante todo– revolucionarios. El propio Hernández reconoce que el surrealismo le ha dado, ante todo, un gran sentido de lo que es libertad, la libertad creativa ante un lienzo o un papel en blanco. Pero hay mucho más que eso, porque cuando un creador se enfrenta a lo que tiene que decir, no debe sentirse –no se siente– solamente libre, sino que da a ver algo, una realidad concreta. El subjetivismo libre del autor se ve necesariamente comprometido con aquello que le circunda, lo quiera o no. Nadie es inocente de lo que hace, e incluso los más fervientes defensores del automatismo absoluto, que es el subjetivismo absoluto, acaban refiriéndose siempre a lo cotidiano, a lo que les rodea. Y así, la creación no solamente muestra algo, sino que transforma el mundo en el que se produce. El poeta, el escritor, el periodista incluso, transforman de continuo la realidad, influyen sobre ella, le añaden nuevos elementos de transformación. La crítica del mundo es siempre, en cierto modo, su invención.

Vuelvo, es necesario, a invocar al viejo Lovecraft. Uno de sus cuentos se llama «El Modelo de Pickmann». Narra la historia de un pintor, Richard Upton Pickman, que pinta escenas de terror verdaderamente terribles, y de un verismo tan insoportable, que los bienpensantes directores de galerías artísticas de Boston, ciudad donde habita, acaban por rechazar sus creaciones, por ser excesivamente intolerables. Un amigo suyo descubre por fin el secreto: Pickmann pinta del natural. Las escenas de necrofagia –«Vampiro alimentándose», se titula una de ellas–, los cementerios malditos por donde reptan extrañas criaturas gomosas y enmohecidas, han sido vistas por el autor, que tiene incluso fotografías de tales horrores. Al final, el narrador –el amigo que tan imprudentemente ha querido penetrar en los secretos del creador– acaba medio enloquecido, presa de una terrible fobia por los lugares oscuros y subterráneos que le impide incluso tomar el Metro. En cuanto al pintor, Pickmann, desaparece. Le encontraremos más tarde, en otro cuento de Lovecraft, convertido a su vez en vampiro, en criatura canina y correosa, alimentándose de cosas prohibidas, húmedo habitante de las criptas más profundas del sueño. Esto podría aplicarse perfectamente a José Hernández. Sus modelos, sus monstruos, están tomados del natural, de lo que nos rodea, de lo que le rodea. Porque Hernández es, como Pickmann, una criatura de la noche; como lo somos, de hecho, todos los vivientes, ya que la Noche es el elemento en el que todo se mueve cuando acaba la luz, y esos monstruos que nos contemplan, dolorosos y sonrientes, desde los escaparates abiertos de su pintura, hace tiempo que se han llevado la luz.

Pero todavía queda una esperanza. No olvida el pintor que ha nacido en una ciudad como Tánger, en el Mediterráneo, donde la única polución que persiste es la de los burros muertos en los amplios solares que los especuladores de terrenos abandonaron, en su vergonzosa desbandada, cuando la ciudad dejó de ser nido de gángsters y se convirtió en un pedazo de Marruecos, hogar de marroquíes. Por eso, en su pintura, hay siempre una luminosidad brillante que contrasta con el horror que subyace. Y es que, de día, por contraste, lo horrores son mayores aún que en la noche; tenemos, bajo el sol, elementos de comparación. Sabemos que existe otra cosa, otro mundo más hermoso, y que nos lo están robando. Las criaturas de la noche y los pantanos nos refocilamos en ellos porque es lo único que nos han dejado. Los hay que, orgullosos, asumimos nuestro destino de monstruos, pero no nos engañamos: es nuestra única opción. ■ E. H. I.

-Profeta sin profecías, 1920.

Juan Ramón Jiménez, por Joaquín Sorolla.

Juan Ramón Jiménez, por Daniel Vázquez Díaz.

JUAN RAMON JIMENEZ
"El loco de Moguer"

JULIO MANUEL DE LA ROSA

(A Juan Alvarez Macías)

LA nueva autovía Sevilla-Huelva es un golpe a la nostalgia y a los recuerdos. Rodea, evita los pueblos. Los chalets de Gines quedan a un lado, confusos y distantes. Si el viajero sale de Sevilla buscando el mar, se encontrará en su camino con las tierras del Aljarafe. Desde la Cuesta de Castilleja, Sevilla aparece hundida en la transparencia del otoño seco. Cambia el aire. Si al viajero le sorprende en su camino la hora del crepúsculo, podrá ver el espectáculo del sol ocultándose entre los olivos, los rasgos sangrientos del atardecer, la blancura fugaz de las Haciendas. La nueva carretera quiebra la bajada del Guadiamar, la Cuesta de las Doblas, los nombres evocadores de Benacazón, Benazuza, Solúcar. Las tierras del Aljarafe llegan, más o menos, hasta los aledaños de Niebla. Por el Sur, las Marismas. Viajamos hacia Moguer, pero antes es preciso contemplar el mar. Casi toda la poesía de Juan Ramón proviene del mar. Las desiertas playas de Huelva, el mar brillante e inmenso de diciembre. De Huelva a Moguer en un autobús desartalado, lleno de aire y de mujeres oscuras con canastos, que gritan y se afanan. San Juan del Puerto. Entramos ya en la geografía juanramoniana, aquellos viajes en tren, el coche de caballo hacia el pueblo blanco. La Rábida, rota por las chimeneas, el edificio de la Universidad de Verano, tan lleno de recuerdos. El autobús avanza y se detiene. Suben y bajan mujeres y muchachas. Gritan. Hombres envueltos en sus pellizas fuman obstinadamente. Más canastos. Nos vamos aproximando a Moguer. Casi aplastado por un canasto de huevos que viaja incierto sobre las rodillas de una mujer vieja y enlutada que come y escupe castañas, recuerdo aquellas palabras de Juan Ramón: «Yo nací enfermo, con un bloqueo cardíaco, y toda mi vida ha sido un altibajo de dinamismo y caimiento, de ilusión y desilusión, de ansia y qué más da».

–Señora –pregunto a mi vecina–, *¿usted conoce en Moguer a Juan Ramón Jiménez?*

La mujer me mira unos instantes, absorta en las castañas.

–Pues no señor, no lo conozco. Pregunte usted en el Ayuntamiento.

Llegamos a Moguer. Blanco y extenso. Moguer. Me está esperando Ignacio Espina, un moguereño profundo, entrañable y viejo amigo, profesor de Literatura. Nos vamos despacio hacia la calle de la Ribera. Hace una mañana perfecta de diciembre. Huele a vino, a retama lejana. Francisco Pérez Serrano, director de la Casa-Museo de Juan Ramón, cuando fue alcalde de Moguer, dejó señalado para el viajero la ruta de Platero en unos preciosos y sencillos azulejos. Llegamos a la casa donde nació el poeta el 23 de diciembre del año 1881. Cuartel de la Guardia Civil, casa desartalada y húmeda, cristales rotos, un vago jardín, un «pobre balcón mudéjar a lo maestro García». Un guardia nos explica mientras un perro fiero de ojos enloquecidos nos ladra incansablemente desde la azotea. La antigua calle de las Flores, donde se ponían por la tarde los marineros, navaja en mano. Los marineros –me dice Ignacio Espina– tenían los ojos azules. Eran hombres diferentes.

El vino y el pan

YA no existe el río con sus listas paralelas de agua. Buscamos las huellas del agua, el viejo puerto sepultado en el cieno. Moguer se murió en parte por este río; a Moguer se le escapó la vida conforme el río se iba secando. Mira los brazos. Se distinguen todavía, miserables en agua, cada brazo con su leyenda, con su hado bueno o malo. El río, el puerto de Moguer y nunca un barco. El río Tinto, que pasa por Moguer y desemboca en el mar, cerca del puerto de Huelva. Los barcos vinateros salían

JUAN RAMON JIMENEZ, «El loco de Moguer»

de aquí, repletos, hacia Málaga, Cádiz, Gibraltar y el norte de África.

MUY despacio paseamos por la calle de la Ribera. Entramos en la «casa de enfrente», la casilla de Arreburra, el aguador de Platero. Ahora es una taberna de mostrador minúsculo. Tomamos contacto con el vino de Moguer, con el mosto mágico rubio oscuro que los hombres beben a palo seco. Ritual del vino, olor extenso y profundo de las bodegas de Moguer, las bodegas del padre de Juan Ramón: Diezmo, Ilascuras, la Castellana, Molino de la Coba. Toda una familia, un pueblo girando en torno al vino. Bebemos muy despacio. El vino se va haciendo calor en el cuerpo. Juan Ramón Jiménez nació en el seno de una familia rica por el vino. El alma de Moguer era entonces el vino. «Moguer es como una caña de cristal grueso y claro, que espera todo el año, bajo el redondo cielo azul, su vino de oro». La filoxera trajo la ruina al pueblo. Los hombres vuelven las cabezas y nos miran. La palabra acaba de estallar como un viento negro. Filoxera: «Plaga de la vid, consistente en un insecto que ataca primero a las hojas y después a las raíces». La filoxera arruinó a la familia. Entre 1905 a 1955 –nos dice Francisco Pérez Serrano– no se construye en Moguer una sola casa. Son cincuenta años de decaimiento. Como una mala borrachera, usted, media un hombre con el vaso en la mano.

Salimos de nuevo al sol de la calle. Nos vamos alejando del viejo barrio de los marineros y seguimos hablando del vino. Por esos años despierta Juan Ramón, sale de su crisálida tenaz de adolescente soñador y vulnerable, niño en el colegio de los Jesuitas del Puerto de Santa María, las inmensas tardes del colegio, las inquietudes de Fernando Villalón, el padre Zebriany, Juanito Brillantina. Los primeros poemas. Llega hasta Moguer una tarjeta postal de Villaespesa, firmada también por Rubén Darío. Tras unos meses locos y modernistas en Madrid, Juan Ramón, cansado, regresa a Moguer en verano. La ruina de la familia coincide con la larga estancia de Juan Ramón en el pueblo. Cuando el padre muere, Juan Ramón estaba dormido: «Cuando murió mi padre tenía yo diecisiete años. Murió repentinamente, mientras yo dormía, y me despertaron los gritos de mi hermana, que tenía a mi padre muerto en sus brazos. Yo era un muchacho sensitivo y la conmoción fue enorme. Sufrí un desequilibrio nervioso grande y estuve en tratamiento con el doctor Simarro.»

Es la época de los sanatorios: Castel d'Andosse, Sanatorio del Rosario, dos años decisivos en la casa acogedora del doctor Simarro. La muerte del padre y la ruina del vino.

NOS sentamos en una vieja y noble bodega de techo altísimo. Nos atiende un mozo pausado.

–*No te preocupes, que viene* –me dice Ignacio Espina consultando con los ojos la gran puerta de la bodega.

Estamos alrededor de una mesa diminuta pegada a la pared. Esperamos a un viejo vinatero que conoció a Juan Ramón. El hombre aparece puntual, con su pellica de buen ver y su gorra de visera, los ojillos irónicos, el paladar prestigiado por 80 cosechas, baja la nariz. Ignacio Espina entiende como nadie la marcha interior de estos hombres. Alguien le consulta, le pone tres hoscllas encima de la mesa. Don Enrique prueba el vino, se deja caer delicadamente el vino en la boca experta, lo paladea y lo escupe. Emite el veredicto, dogmático, absolutamente convencido y nadie rechista. Arte y filosofía de la vida. Vino con pesie, vino con chero,

Juan Ramón convaleciente en casa del doctor García Madrid, año 1952.

vino con maldad. Anela, paral, bojo. Don Enrique da por terminada la lección y surge ■ pregunta. Don Enrique me mira sonriente.

–Estaba loco –dice rotundo–; *Juan Ramón estaba loco. Casi todos los que escriben ahora tanto de él, escriben de memoria. Ninguno lo conoció. Usted es muy nuevo, ¿usted lo conoció?*

–No señor, yo no.

–Pues eso, ya lo ve usted. Juan Ramón era muy raro. No salía a la calle.

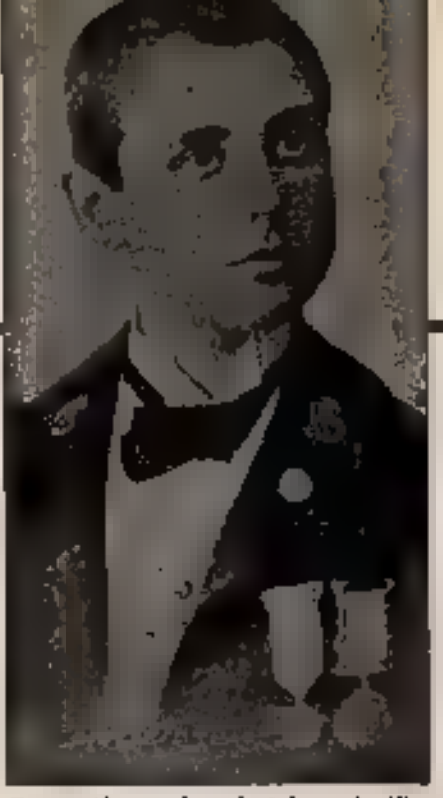
Don Enrique bebe vino y enciende un cigarro.

–Todos se han ido muriendo –dice–. *No queda nadie. Mucho televisor es lo que hay ahora, eso sí.*

Don Enrique nos cuenta la primera vez que vio a Juan Ramón Jiménez. Fue en Madrid, en verano. «Iba yo con uno de Moguer que trabajaba allí y de pronto lo vimos pasar. Mira, ese es paisano tuyo. Era verano y Juan Ramón llevaba un abrigo con unos pelos así de largos, de esos que se ponen los rusos. Después lo veía algunas veces aquí, en el pueblo, cuando venía de vacaciones, en la puerta de su casa. Una sobrina mía trabajó mucho tiempo en el taller de costura que puso Zenobia aquí en Moguer. La mujer sí que era simpática y sencilla y muy práctica además. Juan Ramón no trabajaba. Escribir dicen que escribía muy bien, pero trabajar no trabajó nunca. Bueno, tampoco trabajan los toreros. Los artistas no trabajan. Era de una familia, de una familia rica de Moguer. Después pasó lo del vino. Mi familia también se arruinó. Todo el pueblo se arruinó.»

Con Platero entre las manos

NOS vamos a la Casa-Museo. Francisco Pérez Serrano es un hombre de exquisita cortesía. Me deja solo y en libertad. Hay muchas visitas. Extranjeros. Una vez más recorro la casa de Juan Ramón. Me deprimen los museos, el traje negro junto a la cama. Conozco muy bien un mueble curioso, precioso; conozco cómo gira la llave y brotan los cajones: la última camisa de Juan Ramón, ya amarillenta, su último pañuelo, los zapatos de Zenobia, qué pequeños. Cadáveres. Me entra frío. Prefiero tocar las cajas de los poemas, esas cajas de cartón depuradoras y terribles, antologías cotidianas de la pureza del poeta: maldito (recuerdo) quien recoja lo que he tirado; maldito quien tire lo que he recogido. La letra torturada del poeta. Extraordinaria colección de revistas. Libros anotados. El pesebre de Platero siempre me pareció artificial. En la pared y en su marco, el telegrama del Nobel. Patio del aljibe. Cousa of the well, cour de la citerne. Hasta del Japón vienen para estudiar la obra del «loco de Moguer». Juan Ramón Jiménez, fino y triste, en un ángulo del salón, por Joaquín Sorolla y Bastida. «Amor y poesía cada día». Platero se murió para siempre. Pérez Serrano me relata con mucho humor de la tierra las dificultades de todo un equipo de la televisión danesa para encontrar un burrito, no un burrito plateado, un simple burro para ser enfocado por las cámaras. Juan Ramón Jiménez-Premio Nobel de Literatura, por Daniel Vázquez Díaz. Ojos inmensos, barba nazarena. Encuentro con Emilio Durán, poeta sevillano del Colectivo de Poesía y Arte «Callo de Vidrio», que preparan un homenaje a Juan Ramón como pórtico de los actos que, durante el año 1981, se celebrarán en el centenario del poeta.



Con uniforme de colegial en Sevilla, hacia 1894.

Salimos de nuevo a la calle. Ahora se trata de recorrer Moguer sin prisas, a nuestro aire. O mejor, al aire de Platero. O al aire que venga, ■ aire que nos dé la gana, me dice Ignacio Espina. Bien duchado, bien desayunado, bien abrigado, en diciembre y en Moguer, ¿qué más se puede pedir, dio? Ignacio Espina, también barba nazarena, chilaba o manta mora sobre los hombros, se ríe. Nos vamos a la Cañada de las Brujas. Nos falta ■ luna –que no viene con nosotros–, grande, redonda y pura. Por aquí se asustaba Platero: «alguien se esconde, tácito, a nuestro paso». En esa casa vivió un hombre escondido desde 1936 hasta la muerte de Franco. Los vecinos lo sabían. El hombre ■ escapaba por las noches, corría por el campo, por aquí, fuera del pueblo, por la Cañada de las Brujas. Es otro escalofrío. O el mismo, quién sabe.

SANTA María de la Granada, iglesia parroquial del siglo XVIII, con una torre hermosa que recuerda a la Giralda, como una «Giralda vista desde lejos». Tiene la iglesia un patio recoleto, maravilloso, con esqueletos de naranjos. «Como el señor cura no podía entrar con el coche, los cortó», nos dice una mujer. Calle del Sol, salida de Moguer hacia el mar de Mazagón, casa de Agueda, la pobre loca. Comentamos una segunda evidente lectura de Platero que propone Michael P. Predmore. Platero deja de ser un texto azul e inofensivo. De nuevo nos imaginamos a Juan Ramón en el Moguer de su tiempo. Poeta en España, poeta en Moguer. Era muy serio, muy raro, siempre en su habitación, no salía a ninguna parte. No iba al casino, siempre tan preocupado. «Las condiciones adversas, los ruidos, la indiferencia, todo contribuye a que el hombre interior español viva triste». Después de los años en casa del doctor Simarro, Juan Ramón vuelve al pueblo. Es un hombre nuevo. Empieza Platero hacia 1906. Decisiva influencia de Francisco Giner de los Ríos y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. Juan Ramón es un hombre ético, envuelto en un sólido deseo de austera autenticidad. Formación modernista y espíritu krausista. Amor a los niños. La realidad y el orgullo de

JUAN RAMON JIMENEZ, «El loco de Moguer»

ser andaluz. Francisco Giner: «hacer de la vida religión y religión de la vida». Platero y la caridad. La oscura casa de Darbón. Platero fue un burro invisible y solidario. Recitamos de memoria: «De pronto, un hombre oscuro, con una gorra y un pincho, roja un instante la cara fea por la luz del cigarro...» Las mariposas blancas pasan sin pagar su tributo a los Consumos.

Almuerzo en el Mesón de la Parrala. Paco Pérez Serrano, Carmen Morales, Concejal de Cultura del Ayuntamiento, Ignacio Espina, Emilio Durán.

Hablamos de los actos del centenario. Pequeña investigación sobre la Parrala. Recuerdo entrañable a don Aurelio Alvarez Josué, antiguo juez de Moguer, biógrafo de la Parrala, amigo de don Eustaquio Jiménez, hermano del poeta.

Después de la sobremesa, nos vamos a Fuentepiña. Dos kilómetros de paisaje íntimo. Vamos adivinando (soñando) los caminos entre pinos por donde pasaba Juan Ramón. Casita blanca con el pueblo a la espalda. Niños jugando en el porche. Tomamos café alrededor de la chimenea encendida. La casa no tiene luz eléctrica. Vamos de habitación en habitación. Salvo unas pequeñas obras, todo sigue igual. Salimos a la puerta. Ya está anocheciendo. Ahora es cuando Juan Ramón nos habla de verdad con el nombre exacto de las cosas. El ocaso empurpurado. El palo célebre en la tarde infinita, bajo el pino de Platero. De pronto nos quedamos callados. Las rosas y el Angelus.

Volvemos al pueblo. Moguer: romano y árabe, 8.000 habitantes, partido judicial, a 20 km. de Huelva, menos de 90 de Sevilla. Ya es noche cerrada. Cielo gélido y estrellado. Moguer encendido y silencioso. Salimos por la calle del Sol. Ya nos hemos despedido de los amigos. Vuelvo atrás la cabeza. «Y quedan, allá lejos, por las altas eras, unos agudos gritos, velados finamente, entrecortados, jadeantes, aburridos: ¡el lo...co! ¡el lo...co!». ■ J. M. de ■ ■

La casa blanca y el pino de Fuentepiña en el campo de Moguer.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

22

¿Quién piensa que esto no es divertido? El mismo día en que los obispos vuelven a reunirse para empezar a discutir cómo dicen que el proyecto de normalización de la vida española llamado divorcio es contrario a sus intereses, ese mismo día, digo, un hombre mata a su mujer legítima a golpazos, con la imagen de un sagrado corazón de Jesús. El hecho ocurre en Bilbao, pero los obispos, ya se sabe, sólo contemplan las opiniones de Roma. Era un matrimonio joven. El, 37 años. Ella, 22. No tuvieron divorcio por mutuo acuerdo, ni seguramente dispusieron del dinero suficiente para conseguir la separación que proporcionan en Roma los obispos, con su poco gratuita interpretación de las leyes divinas y humanas.

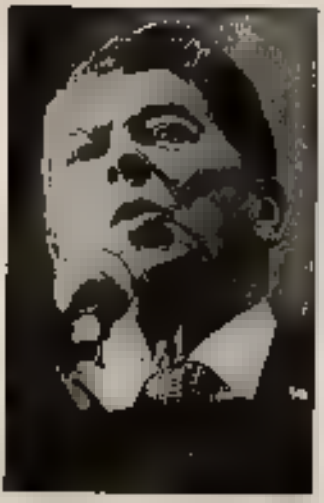
En «El Alcázar» no encuentro esa noticia, pero sí un artículo firmado por «Almendros», colectivo que dicen que agrupa a ex ministros de Franco y algunos militares, donde se hace un interesado análisis de la situación política española. Se desprende de él que sólo un golpe militar puede, dicen, solucionar el caos.

Salgo a la calle a buscar el caos colectivo, porque el particular, ese que uno lleva siempre consigo, no creo que dependa de «Almendros». Más bien al contrario: el temor a que esas bromas periodísticas comiencen a proliferar ■ aumentan considerablemente. Pero no cometeré el error de meterme a poeta ni hacer turismo, que eran las soluciones de antes. A un joven estudiante de Lérida le están juzgando por haber escrito unos versos donde combinaba lo sexual con lo sagrado, y eso parece que no lo pueden hacer los laicos. Y en Valladolid, por ejemplo, ha sido tanta y tan evidente la actividad agresiva de incontrolados de extrema derecha, que hasta Rosón ha debido enviar refuerzos policiales para que controlen algo. Y tampoco es cuestión de irse a Nueva York, a pesar de que hoy hayan iluminado la estatua de la libertad para festejar el regreso de los «prisioneros de guerra», tal y como Reagan califica a los rehenes del Irán. Tampoco voy a ir a Palma de Mallorca, donde se celebrará el congreso de la UCD, que parece una movida de porteras a juzgar por las declaraciones previas que vienen dando a los periódicos. Adolfo Suárez quiere que se vote en listas «abiertas», y los demás –los llamados «críticos»– no están de acuerdo.

Lo mejor es irse a tomar la copa de costumbre, esa que da resaca y limita el mundo a un malestar discreto.

23

Ana Belén está llena de entusiasmo, de talento, de vida. Lo demuestra en el recital extraordinario que da en Madrid. Sin embargo, hay críticos, que parecen no ser de UCD, que encuentran negativamente que la buena mujer trabaje en una determinada casa de discos. Son los autoconstituidos puros, que creen que sólo ellos pueden seguir siéndolo, trabajen donde trabajen. Son los mismos que critican que a Bertuga le hayan dado el Premio Nacional de Cinematografía, los que no se acostumbran a que una cierta normalidad nos acoja. Se van a dar cuenta cuando sea tarde.



Ronald Reagan.

Reagan, por ejemplo, tiene prisa: urge al Gobierno español para que decida las fechas en las que va a entrar en la OTAN.

24

A esos mismos críticos les parecerá excelente la serie que hoy empieza en TVE, «Centennial», una nueva muestra del poder económico de los yanquis, tan proporcional a ■ capacidad para aburrir al Planeta. Sí, será mejor que en las reuniones que ahora tienen los intelectuales del PCI; se decida reestructurar las organizaciones profesionales, porque algunos críticos, sueltos por la vida, están bastante desorientados. No son estos, sin embargo, los únicos que dicen cosas raras. Hasta el presidente italiano, Pertini, cae en la tentación de disculpar sus problemas internos con la teoría de una hábil y secreta manipulación de la URSS. El hombre tiene ya 80 años y tiene que caer en el tópico. No creo yo que la cosa sea tan simple. Puestos a buscar influencias, destaca la que ahora circula por alguna Prensa: que en el atentado contra Carrero Blanco intervino la CIA.

Robert Conrad en «Centennial».

Sandro Pertini.

25

Claro que, ■ se sigue mirando, uno descubre cosas tan extrañas como la decisión del PC checo pidiendo la disolución del sindicato polaco «Solidaridad», que estos días se en-

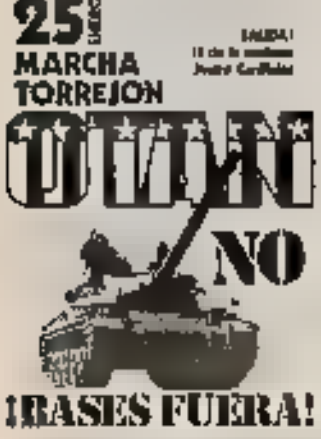
EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

cuentra atareado en últimas huelgas tendentes a conseguir la legalización de la rama campesina y la jornada laboral de cinco días.

«Las incoherencias ideológicas de origen dan pie a los conflictos internos que ahora tiene el partido», dice la gente de UCD.

En los cuarteles de la Guardia Civil hay obligación de tener, junto al retrato del Rey, otro con la imagen de Franco.

Y seguimos entre copa y copa, matando el gusanillo del aburrimiento, mientras gente más seria participa en la marcha sobre Torrejón para protestar por la posibilidad de que España entre en la OTAN. Los que participaron sólo por teléfono, dicen que fueron 7.000 los manifestantes. Pero los que se pegaron la paliza de andar, aseguran que eran cerca de 20.000. No fueron, por lo tanto, los universitarios en



paro; aseguran que son más de 160.000. Menos mal que uno no fue a la Universidad.

26

De vez en cuando te sacan de la resaca con noticias muy sabrosas. «Diario 16» publica un informe en el

Fernando Alvarez de Miranda.

que se demuestra que en el seno de UCD están apareciendo una serie de «dossiers» secretos sobre dudosas actividades de algunos de sus miembros «críticos» (es decir, los que están aún más a la derecha que sus correligionarios). «Me cuesta aceptar que hagan informes sobre mí», dice Alvarez de Miranda. «La calumnia es inaceptable», aseguran los demás. Pero, como de costumbre, las cosas se publican a medias y tiene uno que componer el resto con la poca imaginación que ya le va quedando.

28

Doscientos millones de pesetas se llevó el PNV; 40 millones, Alianza Popular; 30 millones, Esquerra Republicana de Cataluña y 60 millones el PSA de Rojas Marcos. Lo dice «Diario 16» refiriéndose a supuestas ayudas de la UCD durante los últimos procesos electorales. Este informe, como el de ayer, suscita innumerables protestas y amenazas de denuncias ante los tribunales. Las noticias llueven del cielo, como las huelgas. Debe ser ésta la primera vez que UCD festeja una. La de los controladores aéreos le ha servido para aplazar «sine die» su congreso de Palma de Mallorca. Lo asombroso del caso viene contrapuntado por las declaraciones matinales de José Luis Alvarez a Radio Madrid, que dice, desperezándome violentamente: «No, no es que se haya aplazado «sine die», es que aún no tenemos otra fecha».

¿Qué hace uno tan temprano y en la calle; oyendo esas divertidas anuncias que dicen «Somos muchos luchando por la democracia, por el futuro», que se refieren al frustrado congreso ucedeo?; ¿recuperar a Manuel Vicent, a quien tan mal han tratado los feministas?; ¿ver la excelente reposición de «Moulin Rouge», la película de Huston?; ¿asombrarse de nuevo ante el trabajo del Sacristán y la Velasco en esa primera obra que ha escrito Marsillach, una comedieta graciosa que, sin duda, el autor superará en su segunda incursión en el género?; ¿preocuparse porque Fraga opine que el informe sobre torturas en España que hace meses envió al Gobierno Amnistía Internacional no es de fiar?; ¿rebuscar en viejos periódicos para saber qué dijo exactamente el coronel José Gratián Molina en la conferencia que pronunció el pasado diciembre en la Academia de Infantería de Toledo y que ahora es motivo de una petición de aclaración por parte del diputado socialista y ex militar Julio Busquets ante el ministro de Defensa ya que, al parecer, se proponía en esa conferencia una intervención militar en el Gobierno español?; ¿interesarse por los rostros y biografías de los ultraderechistas del Frente Nacional de la Juventud que han sido detenidos con bastones armas y a los que se acusa de atracos y provocaciones?; ¿contar las reuniones que han tenido los obispos desde que llegó el famoso monseñor Innocenti (curioso nombre)? Casi nada de esto se hace en la calle. Pero en casa ya no se oye a José Luis Alvarez, con lo que la radio ha perdido parte de su encanto.

29

Y estando en casa, charlando solo, leyendo viejos artículos de Silvestre Cadar, se entera uno de la noticia: Adolfo Suárez ha dimitido. Suenan los teléfonos sin parar. Cada amigo da una versión. Que si él también tenía uno de esos «dossiers»,

Adolfo Suárez.

que si había promovido amnistía para algunos miembros de la ETA y que ahora no le dejan darla, que si es un golpe interno de la UCD, que si... Confiamos todos en que cuando intervenga luego en televisión, explique las cosas con claridad. Pero no lo hace. Habla vagamente, como si fuera una película de arte y ensayo, demostrando que esa libertad de expresión que aseguraba haber conseguido para nuestro país, ni siquiera existe para él mismo. La gente graba su mensaje para poder desentrañarlo. Pero no hay manera. Y se queda uno asombrado, frustrado, indignado. ¡Pagar tantos sueldos durante tantos meses para no merecer ni una explicación!

No se es sensible ya a

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

otras noticias: al secuestro de José María Ryan, jefe de instalaciones de la central nuclear de Lemóniz, a las declaraciones de Reagan que dice que va a dar prioridad a la lucha antiterrorista, a la huelga de celo de la Renfe, a los premios nacionales de Teatro, concedidos este año a Antonio Buero Vallejo y Carmen Carbonell... Hoy no nos enteramos de nada, como sin duda nos ha ocurrido siempre. Gratifica pensar que tampoco Felipe González había oído el asunto, puesto que le coge fuera de España, adonde regresa rápidamente y a última hora.

30

Y continúan los rumores de café, las adivinanzas. «Son presiones de los bancos». «Los curas, que no paran hasta conseguir que aquí no se divorcie nadie». «Son los franquistas camuflados de demócratas que no soportan ya vivir de forma distinta a la de antes». Unos se ponen contentos. Otros recuperan el aire avinagrado tan tra-

dicional en este país, por el que siempre parece mejor lo que había que lo que va a venir.

Otros, finalmente, son aún optimistas. Y salen a la calle en manifestación, pidiendo la ley pro-divorcio.

31

Felipe González, descansado del viaje, se ofrece al Rey para formar un gobierno en torno al PSOE.

Leopoldo Calvo Sotelo.

Pero Adolfo Suárez propone ya a Calvo Sotelo como sustituto. Los periódicos y la televisión dan esto último por hecho, y en lugar de informar ampliamente sobre el mecanismo que ahora se pone en marcha, hacen encuestas sobre la personalidad de Calvo Sotelo, dando por sentado que él será el nuevo presidente. Mientras tanto, sube la Bolsa de forma descarada.

FEBRERO

1

«Almendros» vuelve a «El Alcázar» por tercera vez, diciendo que «la irresponsabilidad política ha culminado en un triste proceso en el que forzosamente se obliga a intervenir a la Corona». El desconocimiento de la Constitución no es lo más grave del artículo, sino su nueva invitación a una intervención militar. Al parecer, el Servicio de Inteligencia del Ejército se ha interesado por el asunto; continúan los rumores respecto a las personas que componen este colectivo. Se habla de que está encabezado por un ex ministro de Franco.

3

Tienen suerte los casados y casadas porque al menos vibran ante la posibilidad de que el proyecto de Fernández Ordóñez no llegue a cuajar por culpa de las presiones que está sufriendo. No tienen forma de aburrirse. Tampoco mi amigo el parado, a quien acaban de echar de su nuevo trabajo en el que, por un sueldo mínimo, pretendían que se ganara el cielo: lo peor es que fácilmente conseguirán a cientos de posibles sustitutos. Ni se aburren los nostálgicos defensores del «Angelus», que protestan airadamente porque Eduardo Sotillos ha decidido eliminarlo de la programación diaria de Radio Nacional de España. No se desaniman tampoco los de la revista «Fotogramas», que conservan todavía entusiasmo y subvenciones suficientes para salir de nuevo al mercado llenos de vitalidad. No se aburren los ucedeos, trapicheando en los pasillos, acercándose o retirándose de Calvo Sotelo, según sean «críticos» o no.

El único que se aburre como una mona es un servidor y otros cuantos servidores que me rodean, sin señor a quien servir.

4

Las calles de Madrid se paralizan, se atascan, se complican mientras la Policía busca a dar etarras. El Rey, mientras tanto, visita el País Vasco, bien recibido, al parecer, por las autoridades.

Entre atasco y trapicheo voy a ver «Rocío», la película documental sobre la fiesta sevillana, donde se demuestra de qué manera ésta ha sido manipulada a través de los años, de acuerdo a los intereses de las «fuerzas vivas» de cada momento. Una de esas fuerzas vuelve a ser actualidad: los obispos ya han compuesto su declaración contra el divorcio. Ya nos han hecho otra vez anticlericales. ¡Qué pesadez! Con las copas tan majas que hemos tomado en esta minitregua postconciliar.

5

El viaje del Rey al País Vasco se ha complicado en Guernica con la intervención de airados miembros de Herri Batasuna. TVE lo emite sorprendiendo a la audiencia, no acostumbrada hasta ahora a reportajes parecidos. ¡Qué curioso es que

El Rey en la Casa de Juntas de Guernica.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

unas cosas se abran mientras otras amenazan con volverse enclaustrar! Qué país tan raro este.

6

Los editoriales de los periódicos se revuelven con el incidente de Guernica, calificándolo de «gamberrada». Pero la noticia del congreso de UCD, que por fin se celebra, ocupa también gran parte de sus páginas. Calvo Sotelo, al parecer, reparte «carteras» cuando todavía no es ni candidato oficial de UCD para la Presidencia de Gobierno. Todo ello, claro, hace que sólo en pequeños titulares aparezca una referencia a la pregunta que los comunistas hacen al Gobierno sobre la identidad del colectivo «Almendros».

7

Y ya hoy es imposible hablar de otra cosa: ETAm ha asesinado a José María Ryan, tras cumplirse el plazo impuesto por los terroristas para hacer volar la central nuclear de Lemóniz, sobre la que había un cierto compromiso de referéndum. En el abigarrado mundo de la copa nocturna se habla del tema, preguntándose muchos borrachos a quién beneficia esta operación. Los borrachos –casi todos, amigos míos– son gente bastante lúcida, aunque el alcohol no mejore su materia prima. Incluso, como dice alguno, a los tontos los hace más tontos. Se les nota más, vaya. Pero matar a Ryan, ¿a quién sirve? Y es curioso que cada vez que haya un referéndum, que en cada momento en que el pueblo vasco se siente relajado, venga alguien y demuestre que no tiene por qué. Mis borrachos de izquierda dicen que no es posible que eso les ayude. Mis borrachos del poder aseguran que en cuanto se despejen van a preocuparse del tema, porque sólo ellos pueden arreglarlo. Todos dejamos pronto las copas para ver en Televisión el reportaje de la BBC sobre Juan Carlos, una lección de cómo hacer documentales monárquicos, que TVE quiso prohibir en su momento. Un absurdo como tantos otros. Ahora han tenido que pagarlo (cuando pudieron coproducirlo) y han elevado la popularidad del Rey.

8

Como el divorcio parece definitivamente perdido, UCD se reagrupa. Y comienza su propio aburrimiento, a juzgar por las fotografías publicadas en la Prensa, donde los compromisarios duermen a pierna suelta. Algo incomprensible, puesto que el Congreso parece divertido, a juzgar por lo que de él nos ofrecen en televisión: dos gordísimas mujeres anónimas discuten animadamente sobre ciertos trapitos sucios intrascendentes que a ellas les ha quitado el sueño y el bridge durante unas semanas.

10

«Este es el congreso de la Unidad», dice Rodríguez Sahagún en Palma de Mallorca. Mientras tanto, se perfilan las «nuevas» líneas de UCD en torno a los proyectos de divorcio y autonomía universitaria. Van a cargárselos. El día es tenso. El teniente general Fernando de Santiago y Díaz de Mendivil escribe en «El Alcázar» que «en nuestra historia nunca hemos vivido momentos tan difíciles como el presente, pero siempre en situaciones parecidas a ésta hubo españoles que rescataron y salvaron a España». El artículo inquieta a todo el mundo; incluso se considera que viola determinadas ordenanzas castrenses, siendo, una vez más, una llamada

Teniente General Fernando de Santiago y Díaz de Mendivil.

para la intervención militar, tal como viene ocurriendo con los artículos firmados por «Almendros».

La huelga general que hoy existe en el País Vasco es una buena contrapartida contra los intentos golpistas.

11

Por fin puede hablarse de Calvo Sotelo como candidato real a la Presidencia del Gobierno. Ahora sí tienen sentido las opiniones que los demás líderes políticos habían venido expresando sobre si votarían a favor o en contra de la investidura. Sin saberlo muy bien, han creado un ambiente de opinión favorable al posible nuevo presidente, que inmediatamente aplaza la ley del divorcio y anuncia que hará progresar su programa para ingresar en la OTAN.

Pasan «Dolores» en privado: un excelente documental sobre la Pasionaria, visto sólo a través de su biografía personal, de sus sentimientos y emociones. No es una película política en primer grado, sino un descubrimiento que puede llegar a ser escalofriante sobre uno de los personajes más famosos de nuestra guerra civil, y más desconocido al mismo tiempo. La película, sin embargo, no gusta a los «viejos» de Oviedo, que finalmente consiguen que la quiten del cartel. Ya ha pasado otras veces: «La prima Angélica», «Canciones para después de una guerra», «Cándido»... Las cosas no han cambiado.

12

Ni siquiera las simplemente cotidianas. Aparco mi coche en un «aparcamiento vigilado» de esos nuevos del Ayuntamiento, y coloco la correspondiente ficha que demuestra que he pagado. Durante los 15 minutos que el coche queda solo recibe dos visitas. Una, la de quienes robaron todo su interior; otra, la de un guardia «vigilante» que pone una multa porque, entre otras cosas, los ladrones también han llevado la tarjeta. Es uno de los días más divertidos del mes. La risa negra, claro.

13

Como paso previo al festival de Berlín que comienza hoy, veo en privado las dos películas

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

españolas que competirán en el «Deprisa, deprisa», de Carlos Saura, y «Maravillas», de Manuel Gutiérrez Aragón. Son dos obras maestras, dos películas sorprendentes. Saura ha tratado el tema de la delincuencia prescindiendo de cualquier adjetivación moral, reflejando seca y fríamente las actitudes, los valores, los pensamientos de un grupito de delincuentes. Su crónica resulta de una crueldad inaudita; su dominio narrativo adquiere ya grados de auténtico maestro.

«Maravillas» se presenta como un cuento, como una crónica inventada donde se dan cita personajes extraños, divertidos y patéticos, unidos entre sí por su propia insolidaridad. Judíos, actores, delincuentes, condenados a muerte, suicidas y profesionales frustrados van entretejiéndose en una fascinante narración que supera las anteriores películas anteriores de Gutiérrez Aragón. Las películas realmente importantes no pueden limitarse a unas líneas. Hay que verlas. Hay que dejarse llevar por ellas. Tengo ganas de que se estrenen para volverlas a disfrutar.

14

Pero no es hoy momento de esto. La muerte de José Ignacio Arregui Izaguirre, uno de los presuntos miembros de ETAm que la Policía detuvo hace unos días en Madrid, revuelve las tripas. Fue ingresado en el Hospital Penitenciario de Carabanchel desde la celda incomunicada donde había sido interrogado durante nueve días. Los periódicos hablan de tortura y hasta el propio ministro de Justicia ha pedido una investigación sobre los hechos, buscando culpables. Días después del asesinato de José María Ryan, una nueva estela negra se dibuja en nuestra convivencia. Los partidos vascos solicitan una huelga general. El relajo de hace unos días se ha perdido otra vez. El informe de Amnistía Internacional sobre presuntas torturas en España –ese informe que Fraga consideraba poco verosímil– adquiere una seria importancia.

Con mal sabor de boca, voy al festival de Berlín. ■

16

Y en Berlín no pasa nada. Que hace frío, que nieva, que las películas del Festival no han sido hasta ahora nada del otro mundo. Y, claro, que los españoles que llegaron al principio, te machacan a preguntas sobre lo que está ocurriendo en España, a cambio, te dicen que Pilar Miró ha sentido un hada. Lo que allí no sabíamos todavía. Lo que allí no sabíamos ¿Y qué se les cuenta de España? Que el Gobierno ha prometido esclarecer las circunstancias que rodearon la muerte de Joseba Arregui, que Fraga reclama en su congreso la reimplantación de la pena de muerte, lo que a algunos, uniendo las noticias, les parece una broma de mal gusto y que a partir de aquí todos tenemos la misma información.

17

Que no nos llega hasta hoy. Joseba Arregui fue efectivamente torturado. Lo anuncia la televisión alemana en un amplio reportaje donde las imágenes del cuerpo expuesto en la plaza de su pueblo natal, Cizurquil, se complementan con las de las manifestaciones monstruo organizadas en todo el País Vasco. En los supervivientes españoles de Berlín hay una sensación tensa. De silencio. Se sabe que los partidos parlamentarios de la izquierda han exigido del Gobierno una aclaración suficiente, total, en la convicción de que las torturas sufridas por Arregui no han sido ni son únicas.

Y no nos importa nada el cine que vamos viendo (flojo hasta el momento) ni nos interesa que el Comité Ejecutivo de UCD haya aprobado por unanimidad el programa de Calvo Sotelo como candidato a la presidencia, ni que Fraga quiera entrar en la OTAN, ni nada de todo esto.

Los extranjeros para consolarnos nos llevan a un kabaret (con k), donde unos travestís geniales hacen la parodia de un mitin imposible. Cuando se refieren a nuestro país, dan el siguiente supuesto: «En España ha concluido del todo la guerra civil.» Y nos queríamos acojonados.

18

Menos, de cualquier forma, que cuando nos enteramos de que a raíz de la detención preventiva de los cinco policías responsables de los interrogatorios de Arregui, han dimitido altos cargos policiales. Al principio tres –el director general de Policía, Manuel Blanco, el comisario general de Información, Manuel Ballesteros (de quien la Unión Sindical de Policías pedía desde hace tiempo su destitución) y el secretario general de la Dirección de la Seguridad del Estado, José Luis Fernández Dapiro–, pero, en seguido comienzan a surgir noticias contradictorias sobre una buena cantidad de más dimisiones en cadena, que no conseguimos aclarar desde Berlín. Porque aunque algunas llamamos a amigos madrileños para que nos lo aclaren, las informaciones que obtenemos son también contradictorias entre sí. Paralelamente, llueven las denuncias sobre otros casos de «malos tratos» a detenidos, y ¿por qué dimiten estos policías si simplemente se quiere aplicar la ley que ellos mismos estaban por defender? Qué extraño y qué claro todo al mismo tiempo.

Juan José Rosón.

Qué alucinante ese paso sin solución sobre el que nos preguntan los compañeros extranjeros que se encuentran en el festival, tratando de hallar en nuestros la clave precisa que les haga comprenderlo todo como en una película de buenos y malos. Como las películas que hasta ahora se han visto en la competición, esquemáticas, rompibolas, deseosas de demostrar rápidamente cosas que para nosotros continúan teniendo vigencia o, al menos, importancia.

En el Parlamento, el ministro del Interior no aclara nada. Suelta un discurso que inmediatamente es contestado por las fuerzas de la izquierda, hartas, por fin, de reformarse con medias tintas, con palabras huecas, con leyes antiterroristas que promueven y subvienen con peligrosa ingenuidad. Hacen bien en reaccionar, aunque mejor hubieran hecho en estudiar esa famosa regla de los pasos atrás y los pasos adelante con mayor precisión. La televisión alemana ofrece hoy unas imágenes del desfile de Calvo Sotelo, tan preparado en su

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

vaguedades, en su derechismo, en sus silencios sobre los proyectos de ley de divorcio y la enseñanza. Tan coincidente con Fraga en su afán urgente de meternos en la OTAN.

19

Cuando llega «El País» nos pasamos las páginas donde un comisario y un inspector de policía publican sendos artículos defendiendo al sector que representan en el gremio, demócratas defensores de la Constitución, enemigos profesionales de Ballesteros, policías poetas que citan a Mayakovski y Petrarca.

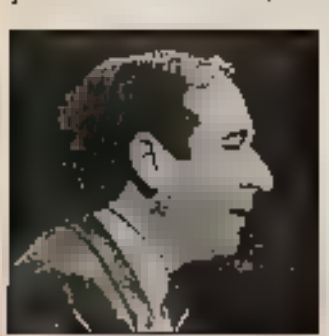
20

Calvo Sotelo continúa intentando convencer de su programa que no le van a votar positivamente. Eso parece claro. Tan claro como oscuro todavía lo que ha ocurrido en UCD, lo que él viene a renovar, lo que obligó a irse a Suárez.

Como siguen siendo oscuras las razones de tanta precisión policial contra las decisiones judiciales respecto a los cinco presuntos torturadores. ¡Han sancionado a los policías que publicaron ayer sus artículos en «El País»! como contrapunto, continúa la huelga de hambre que vienen manteniendo 147 miembros de ETA detenidos en Carabanchel como protesta por la muerte de Arregui y de otras torturas que siguen conociéndose, diariamente, al menos en los periódicos. Hasta Fernández Ordóñez notificó en el Parlamento hace unos días la cantidad de denuncias de torturas que se habían recibido en su Ministerio de las distintas provincias del País Vasco. Bandrés es quien mejor mantiene su posición, quien mejor la ha ido manteniendo desde el principio: ahora propone una negociación política entre los partidos vascos, teniendo en cuenta la posibilidad de una tregua de ETA en sus distintas ramas.

Tregua que se acaba en seguida, casi sin haber comenzado, con el secuestro de los cónsules de Austria, El Salvador y Uruguay, los dos primeros de Bilbao y el tercero de Pamplona, panorama otra vez negro, negro de miedo y amenaza de sangre, que se une a la negrura de ese combate entre los defensores del orden siempre tan sorprendente, tan inquietante. La Unión Sindical de Policías solicita un debate abierto, parlamentario, sobre la actuación de la policía en España, para que se aclaren las posturas, los medios, las incompetencias y las torturas.

Pero por ahora el debate se aplaza, aún deben los parlamentarios no acedeos seguir rechazando a Calvo Sotelo el próximo lunes, simplemente para que gane a pesar de todo, esa mediocre ganancia que le otorgan sus obligados incondicionales, tantos y tantos pensamos, sin embargo, que es una victoria contra la libertad de expresión, contra la claridad, una tregua apoyada en la ley. Ni en Berlín se está tranquilo, con tanta nieve, y el peligro constante de desparramarte por los suelos y romperte lo poco que te queda bien. Si es que queda algo.



Juan María Bandrés.

23

Nos caemos, claro está, varias veces. Los españoles nos caemos mucho. Pero nos lo tomamos a risa y seguimos con las copas que combatan este frío insoportable. Sólo nos dura unas horas el efecto del alcohol. De pronto, sin que nadie pudiera preverlo. Nos llegan noticias alarmantes. Ha habido un golpe militar en España. Los teléfonos de nuestras habitaciones suenan con voces angustiadas que nos hablan de tanques, de tiros en el Parlamento, de secuestro de diputados. Nunca el alemán ha sido una lengua más odiosa. Abarrotados ante el televisor o la radio, nos miramos con horror sin entender más que algunas palabras, algunos nombres sueltos: Milans del Bosch, Tejero... Nadie sabe nada con exactitud. Las llamadas con España se interrumpen. Hay quien se lo toma con un poco más de calma y asegura desde el principio que no se trata de una cosa realmente importante. Pero la sombra del caballo de Pavía hace que otros se abracen como en los viejos tiempos, pensando incluso en que quizás no se pueda volver, en que habrá que quedarse en estas tierras inhóspitas. Algunos argentinos vienen a nuestro lado y se solidarizan recordando su propia angustia de exiliados. ¿Dónde se exilia un exiliado?, nos preguntan.

Esa noche el alcohol no hace el efecto deseado. Suena en el magnetofón el ruido de metralla del Parlamento, las voces de «Al suelo, al suelo» y «Quita esa cámara de ahí o te mato». Suenan continuamente porque hay muchos que no quieren dejar de oírlo. Quieren creerse lo que de verdad está pasando. Arremolinados, no discutimos ya de matices, no nos enfrentamos por nuestros gustos sobre esta o aquella película. Algo nos une, de pronto. Y vamos a regresar juntos. A lo mejor ahora aprendemos a estarlo siempre.

24

Y cuando a la mañana siguiente, las noticias más refrescantes nos indican que ya pasó el peligro, nos enfrascamos a valorar el Oso de Oro conseguido por Saura en el Festival por su excelente «Deprisa, deprisa». No discutimos. Nos sonreímos. Hay algo en nuestras miradas de anoche que no podremos ya olvidar: Querejeta, Megino, Gutiérrez Aragón, Lara, Molina Foix, Francia, Esther... nos cogemos de las manos para indicarnos que estamos aquí, al lado. Y que nuestra historia, tantas veces repetida, no va a transformarse de nuevo en insolidaridad.

«Deprisa, deprisa», de Carlos Saura, Oso de Oro en Berlín.

EL REGRESO DEL FOLLETIN

IGNACIO DE LA VARA

E[illegible] bajo de la puerta. Era la novela por entregas. Llega hoy al mismo lugar, al mismo gabinete [illegible] largo, la técnica de la comunicación ha progresado a velocidad de [illegible] zado. El folletín [illegible] mana fragmentos continuados de historias desgarradoras: «Los huérfanos del arroyo», o «El pastelero de Madrigal»; «La [illegible] Umberto Eco. La alta crítica literaria mantuvo siempre sus distancias [illegible] marginado. Hasta que, aparentemente, desapareciera para que los críticos de lo que se llama «cultura de masas» [illegible] lógico más que literario. Encontraron una reivindicación de los humildes que iba más allá de la caridad cristiana: encontraron [illegible] ha llamado «socialismo utópico», en nombre del cual trabajó otro gran folletín americano: «La cabaña del Tío Tom». No [illegible] fue empleada con una dureza peyorativa por los «científicos» hasta dejar desprestigiados a unos combatientes hones[illegible] Dostoievski no tuvieron que acudir a la picaresca española —sólo los españoles acuden a la picaresca española— para crear el estilo entrecortado de [illegible] céntimo la línea— y el escritor entrecortaba su [illegible] alargan los pasos, las subidas y bajadas de escaleras, el paso de las nubes, para ganar así más tiempo con un guión breve).

La deformación de [illegible] para conseguir una [illegible]dad «de izquierdas» no ha conocido límites. Hemos visto hace poco [illegible] Dumas no vaciló en convertir a figura del conde de Cagliostro, aventurero dudoso metido en la corte [illegible] ejemplo —francés, con colaboración italiana y española—, [illegible] ses del pasado, el que tenía como personaje a [illegible] obra de Gastón Leroux— Que venía de las aventuras de Arsenio Lupin.

[illegible] querido [illegible], que terminó por despertar todas las simpatías —era la víctima real— ni la diferenciación entre los [illegible] amores clandestinos, matrimonios forzados. Y luchas misteriosas por el poder. Es difícil no relacionar la escena de «Capitanes y Reyes» en el que una reunión misteriosa en [illegible] siendo ahora. Emana una sensación de injusticia, de moral falsa impuesta por los grandes, de [illegible] seguir [illegible] lación— ni incluso que esa infiltración ideológica tantas veces [illegible] ofenden, sigue estando en pie ■

Manual de Urbanidad

«La mujer encierra en su ser todo lo que hay de más bello e interesante en la naturaleza humana; y esencialmente dispuesta a la virtud por su conformación física y moral, en su corazón encuentran digna morada las más eminentes cualidades. Pero la naturaleza no les ha concedido este privilegio sino a cambio de grandes privaciones y sacrificios. Y ■ aparecen en ella con mayor brillo y realce las dotes de una buena educación, de la misma manera resaltan en todos sus actos, como la más leve mancha en el cristal, hasta aquellos defectos insignificantes que en el hombre pudieran alguna vez pasar desapercibidos.»

Tomo la cita de una obrita de principios de siglo, el *Compendio del Manual de Urbanidad y Buenas Maneras* de don Manuel Antonio Carreño. Pero no ha sido en verdad trabajoso para mí encontrar la formulación de este principio que atribuye a la mujer la máxima responsabilidad en punto a la buena educación. Unánime es en esto ■ opinión de los autores y así, vemos resplandecer esta verdad en obras que tanta influencia tuvieron en su tiempo como *Flora o la educación de una niña*, de doña Pilar Pascual de Sanjuán, aprobada para texto en 1888; *La Ciencia de la Mujer al alcance de las niñas*, editada en Madrid, en 1885 o en ese monumento de la Urbanidad, y la ciencia femenina que lleva por título *Almacén de las Señoritas*, obra escrita en forma de diálogo por la S.ª D.ª E. Serrano de Wilson en 1872.

SEÑORAS Y SEÑORES

LUIS CARANDELL

Y yo me pregunto, ¿qué dirían estos autores y autoras y cual no sería su escándalo si levantaran la cabeza y vieran en qué ha venido a parar su sabia enseñanza? No otro, en efecto, ■ ■ mal del siglo sino la licencia que vemos en la conducta de la mujer. Mas de poco sirve que nos lamentemos de que la más bella, dulce y débil mitad del género humano, como define la eximia urbanológica doña Carmen Costas al sexo femenino, haya dejado de ser el espejo de virtudes que le proponía la urbanidad clásica, hija de la Moral. Abandonando la queja por los excesos del siglo, que hace del Manual un código por definición incumplido, tratemos de determinar cuáles son las normas consuetudinarias que rigen hoy el comportamiento de la mujer y sus relaciones con el otro sexo.

La urbanidad ■ siempre el arte de la simulación y si la urbanidad tradicional consistía en disimular las inclinaciones, la urbanidad moderna parece basarse en el deseo de disimular la «virtud» que venía impuesta por las normas tradicionales. Lo que en otro tiempo hubiese sido apreciado en ■ mujer como delicada flor de honestidad, aparecerá hoy como impresentable «estrechez». Desplegar en sociedad la bandera de la pureza, en otro tiempo tan estimada, es visto como un improcedente alarde. Una señora puede e incluso debe ser «decente» pero decirlo o darlo ■ entender en demasía la descalifica a los ojos de la sociedad bien educada. Por ejemplo, el gesto de bajarse continuamente la falda para ocultar las rodillas o la insistente inspección del propio escote se considera hoy de un insufrible mal gusto.

En los modernos «salones» que ya no son tales se observa de qué sutiles maneras cohonesta la mujer de hoy la existencia del pudor con la necesidad social de no aparecer en ningún momento como una fortaleza de virtud. Lo elegante es un cierto abandono que permita hacer pensar que puede ocurrir cualquier cosa, una facilidad de trato lo más alejada posible del «antes morir que pecar» clásico que un caballero moderno nunca jamás confundirá con una insinuación pero que muy bien podría invitar a «propasarse» al ciudadano educado en la vieja urbanidad.

Las modernas no se sorprenden ya de ser besadas y tocadas por los que las saludan. Es una costumbre establecida que tiene su límite en el extremo a que trata de llegar el hombre al que en el lenguaje femenino se conoce por el «tocón». Al tocón no se le rechaza como antes con un sobresalto o un respingo o con frases rurales del tipo de las de «las manos quietas, que van al pan». Al tocón se le congela más bien con una impertérrita, fría y paralizante pasividad que, si no es completamente insensible, le hará comprender lo insensato de sus pretensiones.

El tocón pertenece en realidad a un género de hombre que ya no se lleva. Con la virtuosa, remilgosa y parapetada mujer fue desapareciendo también en España el macho ibérico, una especie que, si aun existe y está muy presente en la sociedad española, no por ello deja de ser una reliquia del pasado. Su apogeo se puede fijar en los años 40 y 50 y en los 60 su

decadencia. La agresividad sexual del macho ibérico, la cruda urgencia que le inflama es una consecuencia del viejo Manual de Urbanidad, durante tanto tiempo confundido con el Compendio de Moral que hacía de la mujer un ser inaccesible.

Y, en un país pendular como el nuestro, ha sucedido que el nuevo Manual o Testamento de la Urbanidad ha venido a imponer al hombre aquella apariencia de virtud que el Antiguo imponía a la mujer. Si aún hay espacio y tal vez el último, para el follador rural, el hombre de la ciudad ha visto recortadas sus prerrogativas hasta hacer de don Juan un personaje ridículo y del sobafaldador a la vieja usanza un fantoche despreciable.

El comedimiento que se impone al hombre es semejante al que en otro tiempo se imponía a la mujer y hoy vemos a las mujeres usar, por ejemplo, cada vez en mayor medida el «lenguaje masculino» que los hombres utilizan cada vez menos o relegan a la francachela con los amigotes. Si es verdad que sigue existiendo un machismo, también lo es que aparece un «hembrismo» que hace hablar a algunas mujeres de «lo muy bueno que está ese tío», sin que para nada padezca la urbanidad establecida.

Del cambio o quizá podríamos decir, ruptura, en la vieja relación de los sexos pueden dar idea algunas sutiles modificaciones del lenguaje. Las palabras «hombre» y «mujer» apenas se usan ya en el contexto sexual. Si antes una persona «se acostaba con una mujer» o «se escapaba con un hombre» en la moderna urbanidad parece que «acostarse» suena a carcajada y «hombre» tiene una connotación sexual que resulta excesiva e indeseable. Se prefieren términos como chico y chica que se aplican sin atención a la edad. «Chico, chica, chico, chica» es la voz que dispone que un grupo de matrimonios o de amigos y amigas se sienten a la mesa. Se llega a preferir a los términos mujer y hombre los de «señor» y «señora», que utiliza incluso la gente muy joven para hablar de los amigos y amigas.

En la sociedad más joven, sin embargo, los términos triunfantes son los de «tío» y «tía» que se usan desde las tiernas edades colegiales en que los varones o hembras han dejado de ser niños. Estas palabras se utilizaban antes solamente en el lenguaje de los hombres para caracterizar a una diversidad de tipos humanos que iban del «tío grande» al «tío cabrón» o de las «tías perfectas» a las «tías cojonudas» que, dicho sea de paso, solían ser horrendas.

«... La tapé la boca con la mano derecha...».

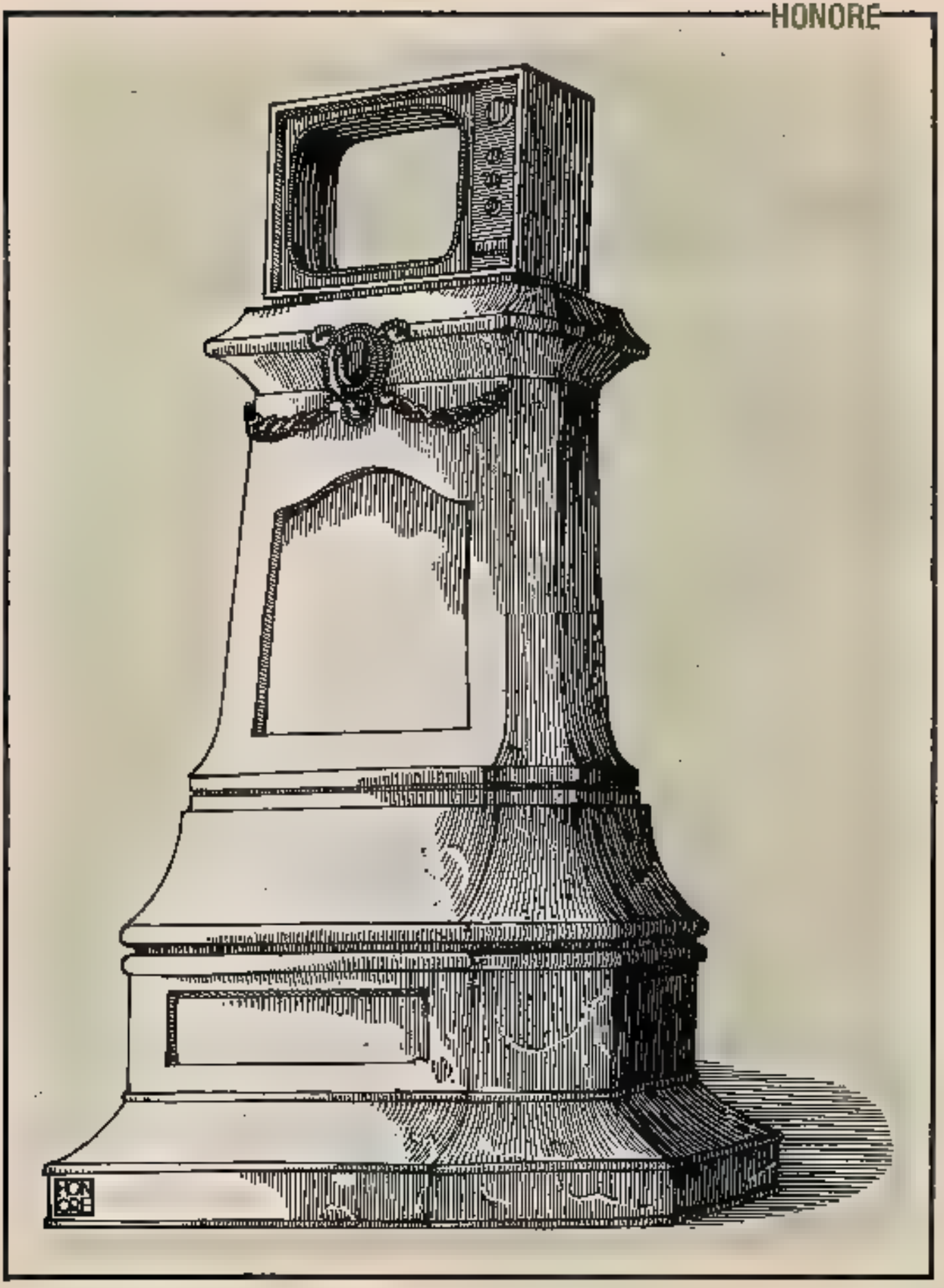
«La niña hacía un esfuerzo...»

En la moderna Urbanidad otras palabras, o conceptos han caído o cambiado de uso. La palabra «novio» parece que ya no tiene el sentido que tenía antes de dos personas que iban a casarse, como no sea durante la boda y el banquete y sólo en ese momento. El «novio» es hoy más bien el amante de una señora casada o incluso puede llegar a designarse así, cariñosamente, al marido. Pero nunca al novio. Y novios son las mujeres que «salen» con un hombre. «Salir» es el verbo sexual por excelencia en la España de hoy y puede comprender desde el tímido paseo por el Retiro hasta la relación permanente de dos personas que no viven juntas. El novio es «el chico con el que salgo».

La palabra «esposa» o «esposo» está relegada a los educandos de los viejísimos manuales de doña Pilar, don Manuel o doña Carmen que citaba al principio. El casado habla siempre de «su mujer» aunque el gusto más moderno le inclina a decir «mi chica» como dicen los solteros. Los pobres dicen «mi señora». Lo de «la parienta» «la costilla» o «la que tiene uno en casa» son reliquias de un remoto costumbrismo. La casada tiene cada vez mayor tendencia a evitar hablar de «su marido». La repetición excesiva de esta sacramental palabra es considerada de mal gusto. Con todo, la palabra «marido» puede ser útil a la mujer que se ve obligada a ahuyentar a tocones y ligones. La tonta suele sacar enseguida a relucir al marido que se convierte así en uno de los personajes más inoportunos de la conversación española.

Otra palabra que ha entrado en desuso es la de «viuda», sobre todo cuando ella está delante del que habla. Se dice más bien «una chica a la que se le ha muerto el marido». La palabra «viudo» se dice sobre todo cuando una amiga del que habla se ha casado con uno de ellos. La palabra «amiga» que antes significaba la amante o querida de un hombre casado, ha variado hoy de sentido. Uno puede tener una amiga con la cual «no salga» y la amistad entre hombres y mujeres, sobre cuya posibilidad se preguntaba siempre en las conversaciones de los finales de guateque, está hoy plenamente normalizada. Pero también puede significar otro tipo de relación, y, así, en las revistas del corazón, personas que están hartas de «salir» juntas desmienten que haya nada entre ellos y que, simplemente, «son amigos».

La Urbanidad, en fin, aunque como entre nosotros «nuestra» parezca solamente una reacción al antiguo Manual, o incluso una ruptura con toda norma, es un código que impone a las personas aparentar ser una cosa distinta a lo que son. ● L. C.



RELACIONES PUBLICAS

CONTRAPUNTO: LA AGENCIA MAS PREMIADA EN EL FIAP

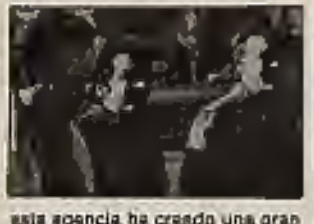
Contrapunto cierra el ejercicio de 1980 con mil doscientos millones de facturación. En su sexto año de actividad como agencia de publicidad ha rebasado ampliamente la cifra de los mil millones, situándose su facturación a un nivel de primera línea dentro de la publicidad española, con un aumento que supera en este año el 50 por ciento de crecimiento sobre el anterior.

Esta situación se ve consolidada para 1981 con la creciente consecución de dos nuevas e importantes cuentas: Editorial Planeta (fascículos) y Gurcels Scott. Al comenzar su séptimo año, Contrapunto mantiene el equipo fundacional que lanzó la agencia en 1974 y que está formado, como entonces, por José Luis Zamorano, director creativo, Teófilo Marcos, director de cuentas, Rafael Sarró, director técnico y José García, director financiero.

Además, Contrapunto, con 7 premios, ha sido la agencia española más premiada en el Festival Iberoamericano de la Publicidad (FIAP 1980), celebrado este año en Uruguay. Aparte de haber obtenido para España uno de los principales galardones (Mención por realización y fotografía a Ducados Internacional), Contrapunto ha obtenido cuatro premios gráficos (Giesbra Filman, Mapfre Vida, Arús del Mono y Loewe), uno en Radio (APM) y dos en TV (Mapfre Vida y Ducados Internacional).

NACE VITRUVIO 80

Vitruvio 80, la nueva agencia de publicidad que cuenta en su equipo directivo con Furones, Muñoz y Aristegui, ya ha abierto sus puertas. La inauguración de



esta agencia ha creado una gran expectación en el mundo de la publicidad, dado el prestigio profesional del que ya gozaban, individualmente, los que ahora forman su equipo directivo.

KODAK: «EL PLACER DE FOTOGRAFIAR»

«EL PLACER DE FOTOGRAFIAR» es un libro escrito por los editores de Kodak, del cual se han vendido más de un millón de ejemplares en todo el mundo y publicado en España por Ediciones Folio, con el fin de ayudar a los aficionados a perfeccionar su habilidad para hacer fotografías, desarrollar un estilo personal, y ampliar la satisfacción y aprecio a este apasionante y gratificante pasatiempo.

La primera parte del libro trata de los elementos visuales que crean una fotografía: línea, forma, modelo, textura y figura, de algunas técnicas básicas de composición y de las propiedades de la luz. La segunda trata de los utensilios requeridos: cámaras, objetivos, filtros, equipo de iluminación, etc... Asimismo, se dan consejos para conseguir el máximo rendimiento de los equipos y resolver los problemas fotográficos más habituales. En la tercera parte se explican las técnicas para realización de fotografías específicas: retrato, paisajes, fotos de animales, etc. La cuarta parte del libro contiene información e instrucciones paso a paso para muchos procedimientos realizados en el cuarto oscuro, tanto en blanco y negro como en color. También se explican técnicas creativas en el cuarto oscuro. La quinta describe cómo sacar el mayor rendimiento de las fotografías, cómo montarlas y exhibirlas, cómo utilizarlas en diversidad de aplicaciones y el cuidado de las mismas.

«El placer de Fotografiar» consta de 312 páginas, tamaño 20,8 × 25,5 cm. profusamente ilustradas con cerca de 600 fotografías, la mayor parte de ellas en color. En este libro se incluyen dos portafolios de Gordon Parks y Ernst Haas. El precio de venta al público será de 900 pesetas para la edición en rústica y de 1.400 pesetas para la edición en tela.

SEAT PANDA: EL COCHE MAS VENDIDO EN ESPAÑA

El último mes del año 80 registró una sensible mejora en el número de matriculaciones automovilísticas, llegándose a 42.146 unidades, a lo que hay que añadir el capítulo, ya notable de las importaciones. Dicha cifra es un 22 por ciento superior a la del mismo mes del año anterior, si bien se limita a repetir la de diciembre 78, y desde luego no compensa la fuerte caída de las ventas interiores de vehículos registrada en España a lo largo del pasado año.

La favorable reacción del mercado en diciembre debe atribuirse a los nuevos modelos, pues de los 8.000 coches en que han subido las ventas globales, más de 5.000 corresponde ya al Seat Panda. Este modelo se situó nuevamente en cabeza de las matriculaciones en dicho mes, siendo por lo tanto el coche español más vendido desde que fue puesto a la venta, a mediados de septiembre. Esta posición de líder está alcanzándose conforme va aumentando la producción en las fábricas de Barcelona y Pamplona, estando previsto que en el presente mes se alcance ya una capacidad de 384 Pandas al día, y de 510 en febrero.

EL RITMO, TAMBIEN EN CABEZA

Otro de los nuevos modelos que han hecho mejorar sustancialmente las cifras de matriculaciones automovilísticas ha sido el Ritmo Diesel, que con las demás versiones suma 3.784 unidades y se coloca en cabeza de las ventas de su categoría, inmediatamente detrás de los «utilitarios» y «polivalentes». La lista de los coches más vendidos mostró en diciembre las siguientes cifras concretas: Seat Panda, 5.178; R-5, 4.881; Ford Fiesta, 4.386; Seat Ritmo, 3.784; Talbot Horizon, 3.056; R-14, 2.838.

Es notable señalar que los modelos más modernos, presentados el último año ya se encuentra situados sin excepción entre la media docena de cabeza lo que se interpreta como prueba de la gran sensibilidad del mercado respecto a los nuevos modelos, de interior confortable, con especial hincapié en el Panda y los Diesel.

POSIBLE ACUERDO ENTRE VOLKSWAGEN Y RENAULT

Un documento de intencionalidad, ha sido firmado entre Volkswagen y Renault acerca de la concepción y la producción en común de una nueva caja de cambios automáticos.

Las dos Sociedades han considerado: Por una parte, la necesidad de poner a punto una transmisión automática más económica desde el punto de vista energético; por otra parte, encontrar un mejor sistema de producción que por el hecho del aumento de las series, entrañe una mejora de los costes sin perjudicar el nivel de empleo en una y otra Sociedad.

Al tomar esta decisión, las dos Sociedades ponen su confianza en la cooperación en común, uno de los medios de desarrollo de la industria europea del automóvil.

CIMARRON: EL PRIMER DIRIGIBLE ESPAÑOL

Este aerostato tendrá su base en Valencia (Escuela de Aeroestación) y se destinará a vuelos de instrucción (para dos licencias de pilotos de dirigible) deportivos y de competición y concurrirá a cualquier tipo de

celebraciones festivas donde se solicite su presencia.

Las características del dirigible son las siguientes: Eslora: 34 m; manga: 9 m; puntal: 16 m.

Accionado por un motor a propano de 2600 c.c. que impulsa a través de una hélice de 1,85 m. de diámetro el aerostato por el aire, la sustentación la consigue calentando el aire del interior del dirigible mediante unos quemadores especiales de propano.

Este dirigible será tripulado por el capitán Marzal, aeronauta e instructor jefe de la escuela de aeroestación de Valencia y hasta ahora único piloto español de dirigible de aire caliente.

El dirigible CIMARRON hará más fácil en lo sucesivo a toda la afición aeronáutica española, la práctica de esta apasionante especialidad.

GENERAL MOTORS, CLIENTE DE MCCANN-ERICKSON

General Motors España, S. A. ha designado a McCann su agencia de publicidad en España. Este nombramiento es la ratificación del vínculo que une a ambas compañías desde hace más de 50 años en Europa. McCann es la agencia de GM en 40 países de los cinco continentes.

Para celebrar la iniciación de actividades, Alfredo García-Valdés, presidente de McCann,

ofreció un cocktail a la Prensa, al que asistieron representantes de todos los medios de comunicación. Por parte de General Motors España, asistieron su presidente R. Neros, el secretario general J. Oras y D. Hueter, director de Marketing para Europa. Asistió, además, el director regional para Europa de McCann-Erickson, Vic Diesen, así como los directivos de McCann España.

Para el manejo de las actividades publicitarias de GM ha

RELACIONES PUBLICAS

sido nombrado director de Cuentas Paul Gladish, quien ha desempeñado cargos similares para esta cuenta en Argentina, Uruguay, Venezuela y Puerto Rico.

Además de un desafío a la capacidad creativa en toda la gestión de marketing, la cuenta de General Motors representa una gran responsabilidad para la agencia considerando que la participación de General Motors en el ámbito automotriz significa una apertura de nuevas fronteras y mercados en el mundo del automóvil.

«VIDEO-FILM» LA REVOLUCION VIDEO

SONNY, la primera marca en tecnología vídeo, ha fabricado un nuevo prototipo de unidad Vídeo-Color, Cámara-Cassette Registradora llamado «VIDEO-FILM». Este «Video-Film» aventaja en técnica y funcionamiento al registro magnético, ya que se trata de una sencilla cámara-vídeo color con un vídeo registro incorporado en una unidad perfectamente transportable, cuyo peso (incluyendo la batería) es de 2 kg.

El «Video-Film» registra la imagen en el video-cassette, pudiéndose acoplar luego a cualquier televisor. Su fácil manejo permite borrar imágenes o sonidos, siendo posible, además, una operación manual para cámaras de películas 8 mm. Este sistema es, por tanto, una respuesta al desafío del vídeo: cuenta con los usos de equipamiento del vídeo e incorpora un sistema registrador que supera cualquier meta hasta ahora alcanzada por el vídeo.

V CONCURSO NACIONAL DE VENENCIADORES

En el marco de Torres Bermejas, de Madrid y tras un castizo y tradicional cocidito madrileño, como preámbulo inmejorable, se ha celebrado el V Concurso Nacional de Venenciadores.

Conquistó el Primer Puesto y, por tanto, se alzó con el título de Campeón, Manuel Morales de Oca (Lolo de Jerez), de las Bodegas Palomino y Vergara y Eduardo Alpresa, de Pedro Domecq.

Presidieron el acto sus Altezas los condes de Zamoysky-Borbón, don Jenaro Rubio (presidente de la Peña Gran Vía), don José Manuel Rodríguez de Molina (director general de Industrias Agrarias y presidente del INDO), don Carlos García de Vinuesa, don Francisco Gutiérrez Mesa (secretario general del FORPPA), don Antonio Barbadillo (presidente del Consejo Regulador de Jerez) y don Juan Puerto Andrades (presidente de los Exportadores de Jerez).

El Jurado estuvo compuesto por don José Luis Dávila («Hoja del Lunes»), don Luis Miró (director del INDO), don Lorenzo López Sancho, don Basilio Gaseni, el marqués de Quintanar, don José Javaloyas, don Fulgencio Sánchez (director de Radio España) y don Julián Cortés Cabanillas.

CREDITO DE LA BANCA INTERNACIONAL A SEAT

Se ha firmado en Nueva York un crédito sindicado por valor de 175 millones de dólares (unos 14.000 millones de pesetas), a favor de la empresa española Seat, destinado a financiar su plan de inversiones y renovación tecnológica, materializada últimamente en el lanzamiento del nuevo modelo Panda. El Banco Manager de este crédito sindicado es el Manufacturers Hanover Trust Company, que encabeza un grupo de 34 importantes bancos americanos, japoneses, y europeos, entre los que destacan el Chemical, National Bank of Canadá, Seattle First National, Total Bank y Hokaido (Japón), Marine Midland, Security Pacific y Wells Fargo.

Esta importante operación es una de las primeras que se realizan sobre el «Prime Commercial Landing Rate» USA a empresas españolas y el tipo de interés se considera muy favorable al haber sido fijado en sólo 5/8 sobre dicho importe, idéntico al que los Bancos USA conceden a sus mejores clientes locales. El crédito es a largo plazo, ocho años y medio, con cuatro de carencia.

Por parte de Seat firmó su presidente, don Juan Miguel Antoñanzas, por el INI, que actúa de avalista, su director financiero, Fernando Rubio, y por el Manufacturers Hanover, su vicepresidente ejecutivo, Dwight G. Allen.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

CEMPRO FUENCARRAL, 98. TELS.: 221 28 04 y 05 - Madrid-4

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre ..... Apellidos .....

Domicilio ..... Teléfono .....

Población ..... D. Postal .....

Provincia ..... País .....

Suscríbanme a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de .....

Deseo recibir los ejemplares por correo .....

Señalo con una cruz ■ el período de suscripción y la forma de pago que deseo.

☐ Un año (12 números)

☐ Dos años (24 números)

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º ..... a «TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Sr. director Banco / Caja de Ahorros (táchese lo que no corresponda)

.....

Domicilio de la Agencia .....

..... Población .....

Titular de la cuenta .....

.....

Número de la cuenta .....

Sírvanse tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TRIUNFO.

Fecha .....

Envíennos también este boletín a CEMPRO. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

Atentamente (firma)

TARIFAS DE SUSCRIPCION

		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 año	1.750	1.964	1.822
	2 años	3.225	3.633	3.369
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año	2.990	3.470	3.434
	2 años	5.450	6.410	6.338
AMERICA Y AFRICA	1 año	2.990	3.470	4.214
	2 años	5.450	6.410	7.898
ASIA Y OCEANIA	1 año	2.990	3.470	4.250
	2 años	5.450	6.410	8.050

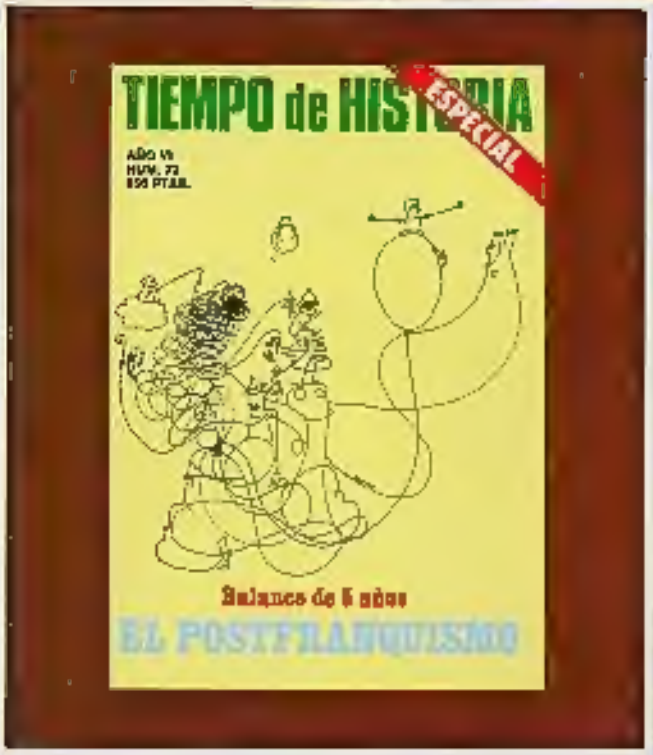
● Para cualquier comunicación que pueda establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompaña al último ejemplar de la revista que haya recibido.

● Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 15 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de archivos mecanizados.

● TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones o revistas excepto con OPEC, S. A., de Madrid, por lo que se debe rechazar cualquier oferta de ventas a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o a través de OPEC o de librerías con establecimiento abierto al público.

ULTIMA OPORTUNIDAD
dos números especiales de
TIEMPO de HISTORIA

Ante las numerosas peticiones de quienes no pudieron adquirir en su momento los números especiales de noviembre y diciembre, sacamos a la venta unas reservas de almacén. Es una cantidad limitada y las peticiones se harán POR RIGUROSO ORDEN DE LLEGADA.



«Un interesante panorama de los últimos cinco años... "Tiempo de Historia" trata a fondo el posfranquismo... un número especial que cabe recomendar fervorosamente...» (DIARIO DE BARCELONA).

«Reflexión plural sobre cinco años de posfranquismo... Un número monográfico que supone en general un acierto...» (EL SOCIALISTA).

«Trabajos de veinte especialistas, profesionales y escritores significativos, sobre diversos aspectos políticos, jurídicos, militares, sociales, económicos y culturales de la transición democrática española.» (EL PAIS).

★ ★ ★

Sobre Fernando Díaz-Plaja: «Auténtica técnica de investigador y sólida preparación universitaria» (Martín de Riquer, de la Real Academia Española). «Realidad sin trampa ni cartón» (Américo Castro). «Sigue usted el buen camino de brindarnos a los historiadores y a los degustadores de la Historia páginas llenas de interés. ¡Adelante!» (Claudio Sánchez-Albornoz).

Recorte ■ copie este boletín y envíelo ■ CEMPRO, Fuencarral, 96. Madrid-4

Deseo recibir contra reembolso:

☐ Núm. 72 «El posfranquismo» (250 ptas.)
☐ Núm. 73 «La caricatura española en la guerra civil» (200 ptas.)
☐ Núms. 72 y 73..... (400 ptas.)

Marque con una ☒ cruz su pedido.

Nombre .....
Dirección .....
Ciudad ..... D. P. ..... Provincia o país .....
Firma

Amigo de todos, amigo para todo.

El SEAT PANDA, el gran utilitario de los 80, es un coche muy adecuado para cualquier persona, edad, sexo o profesión. **Es amigo de todos. Y amigo para todo.** Que hay que trabajar... Acepta los más variados trabajos: agricultor, agente de seguros, músico, médico, ama de casa, fontanero... Que hay que viajar... Para él, cualquier camino es bueno. Que hay que ser joven... El SEAT PANDA sabe ser joven... ir al campo, a la playa, siempre alegre...

El gran utilitario de los 80 es para **todos** y para **todo.**

Para cualquier actividad, para cualquier uso.

	PANDA 30 Gasolina normal	PANDA 40
Cilindrada :	[illegible]	[illegible]
Potencia :	30 CV	40 CV
Velocidad :	[illegible]	[illegible]
Capacidad maletero :	[illegible]	
Garantía SEAT : [illegible]		

Seat Panda
Amigo para todo.

SEAT